

Revista de Antropología y Sociología

VIRAJES

Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
Universidad de Caldas
Manizales, Colombia

antropol.sociol.	Manizales	Colombia	No. 12	pp. 348	Enero - Diciembre	2010	ISSN 0123-4471
------------------	-----------	----------	--------	---------	-------------------	------	----------------

ISSN 0123-4471

-Fundada 1997-

Periodicidad: Anual

Tiraje: 300 ejemplares

Enero - Diciembre de 2010

No. 12, pp. 348

Editado por:

Vicerrectoría de Investigaciones y Postgrados
Universidad de Caldas
Manizales - Colombia

UNIVERSIDAD DE CALDAS

Rector

Ricardo Gómez Giraldo

Vicerrector Académico

Germán Gómez Londoño

Vicerrector Administrativo

Fabio Hernando Arias Orozco

Vicerrector de Investigaciones y Postgrados

Carlos Emilio García Duque

Vicerrectora de Proyección

Fanny Osorio Giraldo

Decano Facultad de

Ciencias Jurídicas y Sociales

Edgard David Serrano Moya

Indexada por:

PUBLINDEX Categoría C

LATINDEX

La revista de Antropología y Sociología: VIRAJES, es una publicación de carácter científico adscrita a la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Caldas; esta dirigida a investigadores, profesionales y estudiantes de pre y postgrado, interesados en el análisis de temas sociales. Se propone como un espacio de socialización de artículos originales producto de proyectos de investigación, artículos de reflexión, de revisión y reportes de caso, sobre las problemáticas mencionadas.

Imágen Carátula



Autor: Paola Andrea Rodríguez

Título: bañados con la misma sangre

Técnica: Mixta (cartulina, vinilo, pegante y tiza)

Dimensiones: 35cm X 50cm

Año: 2010

E-mail:

revistavirajes@ucaldas.edu.co

revistascientificas@ucaldas.edu.co

Manizales, Colombia

<http://virajes.ucaldas.edu.co>

DIRECTORES

César Moreno Baptista

(Doctor en Antropología),

Departamento de Antropología y Sociología,
Universidad de Caldas.

Mary Luz Sandoval Robayo

(Maestría en Sociología),

Departamento de Antropología y Sociología,
Universidad de Caldas.

COMITÉ EDITORIAL

Edgar David Serrano Moya

(Ph.D. en economía)

Departamento de Economía

Universidad de Caldas

Jesús Alfonso Flórez López

(Doctor en Antropología)

Fundación Universitaria Claretiana.

Carlos Eduardo Rojas

(Maestro en Filosofía)

Departamento de Antropología y Sociología

Universidad de Caldas.

Éric Lair

Ph.D.(c)

Universidad del Rosario.

COMITÉ INTERNACIONAL

Jesús García Ruíz

(Doctor en Antropología, Francia)

Maria Geralda de Almeida

(Doctora en Geografía, Brasil)

Mónica Lacarrieu

(Doctora en Antropología, Argentina)

Ernesto Licona

(Doctor en Antropología, México)

Jérôme Monnet

(Doctor en Geografía, Francia)

COMITÉ TÉCNICO

Juan David Giraldo Márquez

Coordinador comité técnico

Gerardo Quintero Castro

Corrector de estilo

Silvia L. Spaggiari

Traductora

Carolina Gil Palacios

Diagramadora

Carlos Eduardo Tavera Pinzón

Soporte técnico

CANJE

Solicitamos Canje. We request exchange.

Nous sollicitons échange

Universidad de Caldas

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Departamento de Antropología y Sociología

Carrera 23 No. 58-65

Tel: (57)(6)8781500 ext. 11222

Fax: 8781500 ext. 11622

CONTENIDO

EDITORIAL

7

PERSPECTIVAS SOBRE POBREZA

**De la conceptualización a la medición de la pobreza en Colombia:
dificultades y alternativas** 15

Liliana Velásquez M.

Artículo de reflexión

**Pobreza, desplazamiento y territorio. Una aproximación crítica al
manejo de indicadores para la medición de pobreza por parte de las
instituciones gubernamentales** 47

Víctor Alfonso Agudelo Villegas

Luis Miguel Vélez Salazar

Artículo de reflexión

Una visión multidimensional de la noción de *clase social* 63

Juan Manuel Castellanos Obregón

Artículo de Investigación

**La pobreza en las representaciones sociales de los recolectores de café en
torno a sí mismos y a su actividad** 89

Gloria Elsa Castaño Alzate

Artículo de Investigación

**Triunfadores paradójicos. Inmigrantes colombianos en burdeos: sujetos
excluidos, identidades liminales** 127

Gregorio Hernández Pulgarín

Artículo de Investigación

ESTUDIOS DE REGIÓN

**Las luchas por el reconocimiento, o la identidad como fenómeno global
en las sociedades contemporáneas** 151

Jesús García-Ruiz

Artículo de Investigación

Antropología en México y España: industria, trabajo y organizaciones 197

John Trujillo Trujillo

Artículo de Revisión

El descubrimiento del cuerpo en el descubrimiento de América 227
José Hoover Vanegas García
Artículo de investigación

Dinámicas geomorfológicas de piedemonte y procesos de transformación de sitios arqueológicos en el Magdalena Medio caldense 253
Mario Alonso Bermúdez Restrepo
Artículo de Investigación

TRAYECTOS

Lidando com a afetação: entre o método etnográfico, as narrativas de trajetórias masculinas e o método autobiográfico 275
Elizabeth Gómez Etayo
Artículo de Reflexión

RESEÑAS

Direito ambiental, luta social e ecossocialismo. 313
João Alfredo Telles Melo
Luis Martínez Andrade
Reseña

El entendimiento de los superdotados: un libro de estudio de caso Chino-Israelí 319
David, H. & Wu, Echo. H.
Mary Luz Sandoval Robayo
Reseña

Reestructuración y relaciones laborales en la banca colombiana, o una perspectiva sociológica del mundo laboral contemporáneo 327
Juan Carlos Celis Ospina
Rodrigo Santofimio Ortiz
Reseña

Pautas para los autores 335

CONTENTS

EDITORIAL

7

PERSPECTIVES ON POVERTY

About the conceptualization of poverty measurement in colombia: difficulties and alternatives 15

Liliana Velásquez M.

Reflection article

Poverty, forced displacement and territorio. A critical approximation to the management governmental institutions make of indicators to measure poverty 47

Víctor Alfonso Agudelo Villegas

Luis Miguel Vélez Salazar

Reflection article

A multidimensional vision of the social class concept 63

Juan Manuel Castellanos Obregón

Research article

Poverty in the social representations of coffee harvesters around themselves and their activity 89

Gloria Elsa Castaño Alzate

Research article

Paradoxical winners. Colombian immigrants in bordeaux: excluded subjects, liminal identities 127

Gregorio Hernández Pulgarín

Research article

REGION STUDIES

The struggle for recognition or identity as a global phenomenon in the contemporary societies 151

Jesús García-Ruiz

Research article

Anthropology in Mexico and Spain: industry, labor and organizations 197

John Trujillo Trujillo

Review article

The discovery of the body in the discovery of America 227
José Hoover Vanegas García
Research article

Geomorphologic dynamics of foothills and transformation processes of archaeological sites in the Caldas Middle Magdalena 253
Mario Alonso Bermúdez Restrepo
Research article

TRAJECTORIES

Dealing with affectation: among the ethnographic method, the masculine path narratives, and the autobiographical method 275
Elizabeth Gómez Etayo
Reflection article

REVIEWS

Environmental Law, class struggle and eco-socialism 313
João Alfredo Telles Melo
Luis Martínez Andrade
Review

The understanding of the highly gifted: -The Chinese-Israeli case 319
David, H. & Wu, Echo. H.
Mary Luz Sandoval Robayo
Review

Restructuration and labor relations in Colombian banking, or a sociological perspective of the contemporary labor world 327
Juan Carlos Celis Ospina
Rodrigo Santofimio Ortiz
Review

Author Guidelines 335

EDITORIAL

Existen en Colombia actualmente, de forma aproximada, 4 millones de desplazados y 8 millones de pobres. Los 4 millones de desplazados perdieron su propiedad, su capacidad de trabajo y de autosostenimiento, les fue expropiado por la fuerza. Así, personas que no eran pobres se convirtieron en tales, sin perder la connotación de desplazados por la violencia. Los pobres lo son desde hace varias generaciones, por la inequidad, la carencia de oportunidades de empleo y varias otras razones como la imposibilidad del ejercicio de sus derechos. Pobres o desplazados, ambos ocupan los cinturones de miseria de ciudades grandes y medianas.

Al mismo tiempo, el concepto de pobreza se ha modificado, ya no solo se habla de carencias materiales sino psíquicas para satisfacer las necesidades básicas del ser humano. En nuestro país se mide y se califica la pobreza de distintas formas, especialmente de dos: Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y Línea de Pobreza (LP) que tiene en cuenta la carencia de ingresos. Por otro lado, se diferencia entre pobreza e indigencia, las dos se miden con el indicador de ingreso y consumo diarios. Se fija un estándar para determinar si una persona vive con menos de ese estándar o si lo sobrepasa. Debajo de determinado rango una persona se considera pobre o indigente.

Pero los estándares varían, y el cambio de dichos estándares para medir la pobreza altera completamente los números sobre la misma y por tanto altera la inclusión y la exclusión. Más allá de determinar una cifra, es claro que Colombia enfrenta un problema de pobreza y de inequidad entre los ingresos y el trabajo socialmente necesario para producir los bienes. En nuestro país

las estadísticas y las encuestas sobre pobreza, obtienen resultados de acuerdo con quien las realice, es decir, han sido y siguen siendo manipuladas.

El gobierno que acaba de terminar centró su prioridad en la “seguridad”, y a través de ella estableció que era posible superar la pobreza. Pero el problema de la inequidad y del desempleo, han quedado en último lugar en sus programas. Adicionalmente, desde hace al menos casi tres décadas, el quebrantamiento del Estado Social, por la entrada del modelo neoliberal al país, ha generado crecimiento en lugar de reducción de la pobreza. Con ello no solo se entró en una profunda crisis para los sectores económicamente más vulnerables, esto es, el campesinado, los sectores populares de las ciudades y las clases medias, sino que con ello se limitaron las posibilidades del ejercicio real de los derechos consignados en la Carta Magna. Uno de los ejemplos de ello es la Ley 100 que transformó el derecho a la salud en un privilegio de quienes tienen capacidad económica para pagarla.

El año inmediatamente anterior se presentó en Costa Rica, por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD–, el último Informe Regional de Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2010, denominado “Actuar sobre el futuro: romper la transmisión intergeneracional de la desigualdad”. La desigualdad y la baja movilidad social, se dice allí, son dos de los principales problemas que aquejan a esta región, los cuales se han convertido en un círculo vicioso que, según los expertos, es difícil de romper. La desigualdad en la región latinoamericana y del Caribe no solo es alta sino persistente en el tiempo.

Se asevera en este Informe que la pobreza se transmite intergeneracionalmente, y con ello parecen dar la razón estos expertos a los académicos de la sociología, quienes fueron los primeros en “descubrir” que la pobreza se hereda tanto en forma material objetiva como en forma subjetiva, esta “heredabilidad” de la pobreza reproduce los niveles de desigualdad. Adicionalmente que, por supuesto, los mecanismos subjetivos son resultado de los constreñimientos de la estructura social y económica.

Con base en las teorías de Roemer y Sen, se establece un enfoque que utiliza las nociones de “capacidades”, vistas como **libertad efectiva** para *ser* y *hacer*, o como conjunto de opciones entre las cuales las personas pueden elegir, y la de “funcionamientos”, como **posibilidades concretas** de *ser* y *hacer*, o como elementos específicos contenidos en dicho conjunto, que materializan las capacidades.¹

¹ http://www.pnud.org.co/INFORME_REGIONAL_2010.pdf

El Informe llama la atención no solo respecto a las diferencias entre países, sino dentro de ellos sobre las diferencias de género, etnia y raza, en términos de desarrollo humano. Adicionalmente, muestra a Colombia con un índice de Gini para el año 2006 de 55,4 solo por encima de Brasil (55,9), Haití (59,2) y Bolivia (59,3), entre un total de 23 países. Lo que significa que Colombia es el cuarto país más desigual de América Latina. Señala igualmente el peso de la desigualdad en la pérdida del Índice de Desarrollo Humano (IDH), en cuya escala Colombia está situado únicamente por encima de países como: Nicaragua, Honduras, Bolivia y El Salvador, es decir, aquí también ocupa el cuarto lugar en términos de incidencia de la desigualdad en IDS. En el cuadro de IDH desde 1980 hasta el año 2007, Colombia aparece en el puesto 77, debajo de países como Chile, Argentina, Barbados y muchos otros, cerca de Perú (78), Granada (74) y Dominica (73).

El Informe señala que una de las formas de superar la pobreza es la distribución del ingreso. De no llevarse a cabo políticas en ese sentido, América Latina no podrá tener avances significativos en la lucha contra la desigualdad. En el caso de Colombia, se trata también de políticas de redistribución de la riqueza, por ejemplo, de redistribución de la tierra, particularmente luego de 8 años de un gobierno en el cual hubo un proceso de reconcentración de la propiedad rural, monopolización violenta que a su vez causó la expropiación de aproximadamente 4 millones de campesinos que engrosaron los niveles de pobreza en el país. Estas serían las medidas fundamentales, pero más allá de ellas, aún habría que establecer políticas que fortalecieran las denominadas “capacidades” y los “funcionamientos” para la verdadera superación de la desigualdad.

El Informe igualmente habla de la “tiranía de los promedios”, es decir, de la determinación de los números promedio de las estadísticas. Las metodologías cuantitativas en lugar de visibilizar el problema, lo han velado, evitando así entrar en el detalle de las causas a nivel micro, de la reproducción de la pobreza. Por ello se han incorporado nociones sociales como *desigualdad* y *movilidad social*, es decir, dos nociones sociológicas, que van más allá del PIB *per cápita* y de los conceptos puramente económicos.

En cuanto a la problemática de la medición propiamente dicha, otro de los retos para las ciencias sociales, es crear nuevas formas de medición de la pobreza, menos manipulables que las cifras estadísticas. En ese sentido, las posibilidades de la antropología, la sociología y el derecho, entre las principales, son únicas en el sentido de desarrollar los métodos cualitativos ya existentes. La aplicación de la etnografía, del socioanálisis, del ejercicio de derechos, son formas alternativas de medición de la pobreza.

Por la importancia que reviste no solo el problema de la pobreza sino los asuntos relativos a su medición, es decir, a la metodología, que se convierte en ideología, cuando las cifras dependen de quién y cómo se mide, el número 12 de la revista *VIRAJES* se ha dedicado a esta temática.

El artículo de **Liliana Velázquez**, investigadora del Centro de Estudios Regionales, Cafeteros y Empresariales –CRECE–, se centra en los enfoques de “carencia de condiciones materiales” y “carencia de capacidades y derechos”, sus reflexiones apuntan a la crítica cualitativa de las limitaciones de las distintas mediciones de la pobreza, a los índices utilizados en Colombia y específicamente en Manizales, e igualmente argumenta sobre la necesidad de consolidar el proceso de construcción de herramientas multidimensionales de medición de la pobreza en el país. **Víctor Alfonso Agudelo y Luis Miguel Vélez**, exponen un trabajo enfocado en la aplicación de las mediciones de pobreza y su relación con el desplazamiento en el marco del conflicto colombiano. El antropólogo **Juan Manuel Castellanos**, realiza una reflexión sobre la noción de clase social desde fuentes distintas del marxismo, con el fin de dar una visión más abarcadora de dicho concepto que ha sido usado para designar diferencias sociales. La profesora **Gloria Elsa Castaño**, presenta un informe de investigación sobre las representaciones sociales en los ámbitos social, cultural y económico de los recolectores de café, que pueden ser considerados como población rural pobre, en varios municipios de los departamentos de Quindío, Risaralda y Caldas. El antropólogo **Gregorio Hernández**, recoge la experiencia de investigación de inmigrantes colombianos en Bordeaux (Francia), y analiza la manera como la identidad y la subjetividad inciden en la trayectoria y actitud de los migrantes.

Para la sección de “Región”, está en primer lugar el artículo del analista de la Universidad de la Sorbona, **Jesús García Ruiz**, sobre el reconocimiento y la identidad en las sociedades contemporáneas, en el que aborda desde una perspectiva crítica el tema de la identidad. García señala que en la globalización la identidad se ha convertido en una temática en que “todas las sociedades se encuentran implicadas”, convirtiéndose en un asunto que atraviesa el interés del campo de la antropología, la sociología y las ciencias políticas, y resalta que el estudio de la cuestión de la identidad es central para la comprensión de los “dispositivos sociales”, las luchas por la legitimidad y las luchas por la hegemonía social. **John Trujillo**, en su artículo “Antropología en México y España”, reflexiona sobre el tema de la antropología de la industria, el trabajo y las organizaciones como entidades que inciden en los procesos de transformación cultural, y hace una revisión de la obra de algunos de los autores más destacados en los países interesados en el estudio del problema cultural en sociedades complejas. El artículo de **José Hoover Vanegas**, acerca

del cuerpo en el proceso del descubrimiento de América, es un tema muy poco explorado que busca analizar la imagen y representación del cuerpo que tenían los indios y su contraste con la de los conquistadores, donde aparecen varias hipótesis al respecto. Desde la disciplina arqueológica, **Mario Alonso Bermúdez** realiza una descripción analítica de la influencia de los procesos geomorfodinámicos y pedogenéticos en las transformaciones en la micro geomorfología y los estratos de sitios arqueológicos en la Cordillera Central.

En la sección de “Trayectos”, la socióloga **Elizabeth Gómez Etayo** presenta un abordaje metodológico para el estudio de las masculinidades y la violencia de género a partir de la confluencia de tres caminos sugeridos: etnográfico, narrativas orales y método autobiográfico. Describe cómo eligió el tema de investigación, la relación con su sujeto de estudio, proceso de observación e impacto de la experiencia investigativa.

La sección de reseñas cuenta con los trabajos del sociólogo mexicano **Luis Martínez** con comentarios al libro *Direito Ambiental, Luta Social e Ecossocialismo*, del profesor brasileño João Alfredo Telles Melo; y de la socióloga colombiana **Mary Luz Sandoval**, quien comenta el trabajo de los investigadores Hanna David de Israel y Echo Wu de China, denominado *El entendimiento de los superdotados: un libro de estudio de caso Chino-Israelí*. Finalmente, el profesor **Rodrigo Santofimio** reseña el libro del sociólogo Juan Carlos Celis Ospina, *Reestructuración y relaciones laborales en la banca colombiana*, un tema muy poco explorado en Colombia.

Mary Luz Sandoval Robayo
Co-editora

Perspectivas Sobre Pobreza



Autor: anónimo estudiante U.T.

Técnica: mixta.

Dimensiones: 35cm X 50cm.

Año: 2010

DE LA CONCEPTUALIZACIÓN A LA MEDICIÓN DE LA POBREZA EN COLOMBIA: DIFICULTADES Y ALTERNATIVAS

*LILIANA VELÁSQUEZ M.**

Recibido: 25 de agosto de 2010
Aprobado: 28 de septiembre de 2010

Artículo de reflexión

* Investigadora del Centro de Estudios Regionales, Cafeteros y Empresariales –CRECE–. Recinto del Pensamiento, kilómetro 11 vía al Magdalena, Manizales. lvelasquez@crece.org.co

Resumen

Entre los enfoques para el abordaje y análisis de la pobreza, que han tenido un importante desarrollo conceptual así como avances significativos en materia de medición, se destacan la *carencia de condiciones materiales* y la *carencia de capacidades y derechos*. Los principales indicadores de pobreza utilizados en el país tienen sus bases en esos enfoques. El artículo presenta una serie de reflexiones alrededor de tales enfoques, los indicadores asociados y los problemas que deben enfrentarse al pasar de los conceptos a la medición de la pobreza.

Palabras clave: indicadores de pobreza, ingreso, capacidades, necesidades básicas.

ABOUT THE CONCEPTUALIZATION OF POVERTY MEASUREMENT IN COLOMBIA: DIFFICULTIES AND ALTERNATIVES

Abstract

The shortage of material conditions and the lack of capabilities and rights, which have had an important conceptual development as well as meaningful advances as far as measurement is concerned, make part of the approaches for the observation and analysis of poverty. The article presents a series of reflections around those approaches, the associated indicators and the problems that must be faced when moving from concepts to poverty measurement.

Key words: poverty indicators, income, capabilities, basic needs.

Introducción

La revisión de literatura acerca de la pobreza revela significativos avances en su conceptualización a partir de los años ochenta. Los desarrollos de Amartya Sen posiblemente sean los más sobresalientes porque representan una ruptura con las posturas prevalecientes que hacían énfasis en los aspectos materiales del bienestar, hacia nociones donde interesan más las capacidades y libertades de las personas. Eso significó pasar de concepciones que daban más importancia al *tener* a otras en donde lo valioso es *ser y hacer*. Pese a

los importantes desarrollos teóricos alrededor de la pobreza, los avances en su medición se han dado a un menor ritmo (Corredor, 2004). Esa situación está asociada con dificultades propias de la medición. Por esa razón, aunque actualmente se dispone de un conjunto relativamente importante de medidas de pobreza, todas tienen limitaciones.

El propósito de este artículo es presentar algunas de las dificultades inherentes a la medición de la pobreza y hacer un examen crítico de los índices utilizados en el país para ese efecto. Para lograrlo el artículo se divide en cinco secciones. En la primera se elabora una síntesis de los desarrollos teóricos acerca de la pobreza. En particular se describen aquellos enfoques y definiciones que han sido objeto de medición. En la segunda sección se analizan algunas de las dificultades que surgen al pasar de la definición de la pobreza a su medición. En la descripción de esas dificultades se incluyen algunas reflexiones sobre los principales dualismos alrededor de los cuales se suelen efectuar las discusiones acerca de los indicadores de pobreza. En la tercera sección se describen los indicadores de pobreza más utilizados en el país y se señalan sus principales ventajas y desventajas. A manera de estudio de caso, en la cuarta sección se presentan algunos indicadores de pobreza de Manizales, que ilustran gran parte de las dificultades y limitaciones que tienen las medidas más comunes usadas en el país. Por último, en la quinta sección se incluyen algunas conclusiones sobre las reflexiones anteriores así como recomendaciones para el monitoreo de la pobreza en el contexto colombiano.

1. Necesidades materiales versus necesidades intrínsecas

Entre los enfoques para el abordaje y análisis de la pobreza se destacan dos, en particular, para los cuales se han presentado, además de un significativo desarrollo conceptual, avances importantes así como consensos en materia de medición. Se trata del enfoque que asocia a la pobreza con *carencia de condiciones materiales* y del que la identifica con una *carencia de capacidades y derechos* (Corredor, 2004). El enfoque monetario, que estaría comprendido en el primero, es para algunos autores una aproximación aparte (Ruggeri, Saith & Stewart, 2003)¹.

En cuanto al primer enfoque, entiende la pobreza como la imposibilidad de que las personas accedan a un conjunto de bienes y servicios materiales que les permitan satisfacer sus necesidades fundamentales. La pobreza se asocia con la ausencia o escasez de condiciones materiales, referidas a niveles mínimos

¹ Los demás enfoques señalados por los mismos autores son *exclusión social* y *enfoques participativos*.

vitales o a la falta de ingreso para adquirir ese nivel (Corredor, 2004). Este enfoque se asimila al análisis económico tradicional que identifica la noción de estándar de vida con la de “utilidad” experimentada por los individuos ante el consumo de bienes (Feres & Mancero, 2001a).

Con respecto a la pobreza vista como privación de capacidades y derechos, es un enfoque derivado de las ideas de Amartya Sen, en respuesta a las limitaciones teóricas del enfoque anterior. De acuerdo con Sen (1984, citado en Feres & Mancero, 2001a: 10), el nivel de vida de las personas no está determinado por los bienes que poseen o por la utilidad que deriven de su consumo sino por sus capacidades, es decir, por su facultad de realizar acciones. Se trata de una perspectiva “*más integral de la pobreza, entendida como carencia y privación de capacidades, lo que está condicionado por la precariedad de las dotaciones iniciales que poseen las personas y que les impiden el ejercicio efectivo de sus derechos, por lo que se traducen en una baja calidad de vida*” (Corredor, 2004: 24). En ese enfoque la pobreza se manifiesta como la imposibilidad de conseguir ciertas capacidades mínimas o básicas que permiten satisfacer importantes realizaciones o funcionamientos hasta ciertos niveles mínimamente adecuados (Ruggeri, Saith & Stewart, 2003).

En palabras del propio Sen (1985: 669), la pobreza consiste en no tener algunas oportunidades básicas de bienestar material o carecer de ciertas capacidades mínimas. En este enfoque la pobreza no está asociada con falta de ingresos sino con no poder conseguir esas mínimas capacidades que representan “*lo que una persona puede hacer o puede ser*” (Ibid.: 674). Como se observa en esta definición, aunque el énfasis se pone en necesidades intrínsecas (como *ser y hacer*), el aspecto material no está excluido del enfoque de capacidades.

A partir de las ideas de Sen se han desarrollado definiciones como la del PNUD (citada en Feres & Mancero, 2001a: 7), según la cual “*la pobreza se refiere a la incapacidad de las personas de vivir una vida tolerable*”.

Otros autores prefieren definiciones más amplias, que toman elementos de los dos enfoques (*carencia de condiciones materiales y carencia de capacidades y derechos*), sin ponerlos a competir. Como señala Arriagada (2003: 1):

“Se ha llegado a cierto consenso que considera a la pobreza como la privación de activos y oportunidades esenciales a los que tienen derecho todos los seres humanos. La pobreza está relacionada con el acceso desigual y limitado a los recursos productivos y con la escasa participación en las instituciones sociales y políticas. La pobreza deriva de un acceso restrictivo a la propiedad, de un

ingreso y consumo bajo, de limitadas oportunidades sociales, políticas y laborales, de bajos logros en materia educativa, en salud, en nutrición y del acceso, del uso y control sobre los recursos naturales y en otras áreas del desarrollo. En la perspectiva de Amartya Sen y su enfoque de las capacidades y realizaciones, una persona es pobre si carece de los recursos para ser capaz de realizar un cierto mínimo de actividades”.

2. Algunas dificultades y dualismos relacionados con la medición de la pobreza

El predominio que hasta los años ochenta tuvo el enfoque *bienestarista* o *utilitarista* al que se suele asimilar la pobreza relacionada con carencia de condiciones materiales, sumado a razones prácticas, hizo que el desarrollo de indicadores de pobreza y bienestar se concentrara en medidas asociadas a ese enfoque. Al respecto, Feres & Mancero (2001a: 9) manifiestan:

“Si bien la medición de la pobreza puede estar basada en cualquiera de estas definiciones, la mayoría de los estudios económicos sobre pobreza han centrado su atención casi exclusivamente en las concernientes a “necesidad”, “estándar de vida” e “insuficiencia de recursos”. Para estas opciones, los indicadores de bienestar más aceptados han sido la satisfacción de ciertas necesidades, el consumo de bienes o el ingreso disponible. La elección de esas variables obedece a su pertinencia teórica respecto al concepto de bienestar utilizado, considerando además la limitada información disponible en las encuestas más comunes”.

Los mismos autores señalan que cada forma de medir la pobreza tiene implícito un indicador de bienestar. Una vez se seleccione el indicador, debe elegirse un método para identificar el nivel de bienestar a partir del cual se considerará que una persona es o no pobre. Además del concepto de pobreza que se utilice, la elección de la variable que represente el nivel de bienestar de las personas dependerá de la información disponible, que suele ser escasa. La combinación entre la limitación de la información y la especificidad del contexto hace que no pueda escogerse un método para la identificación de la pobreza a partir de la teoría. Es a través de la práctica como se ha resuelto la elección del método (Feres & Mancero, 2001a).

Los indicadores de bienestar más utilizados en la medición de pobreza bajo el enfoque de carencia de condiciones materiales son el *ingreso* y las *necesidades*

básicas. En cuanto a los niveles para determinar si una persona es pobre o no a partir de esos indicadores, se denominan *línea de pobreza*, en el primer caso, y *necesidades no satisfechas*, en el segundo. En la tercera sección se describen esas medidas de pobreza.

Alrededor de la medición de la pobreza han surgido una serie de dualismos, de los cuales *algunos* podrían interpretarse como falsos, desde ciertas perspectivas. Esos dualismos se refieren a:

- Métodos directos e indirectos para medir la pobreza.
- *Unidimensionalidad* versus *multidimensionalidad* de los indicadores.
- Indicadores de medios versus indicadores de resultados.
- Objetividad versus subjetividad de los indicadores.

Acerca del **primer dualismo**, existe cierto consenso en cuanto a que la medición directa de la pobreza se efectúa a través de medidas que reflejan una satisfacción *efectiva* de necesidades, mientras que la indirecta se refiere a una satisfacción *potencial*.

“En el enfoque ‘directo’, una persona pobre es aquella que no satisface una o varias necesidades básicas, como por ejemplo una nutrición adecuada, un lugar decente para vivir, educación básica, etc. El enfoque ‘indirecto’, en cambio, clasificará como pobres a aquellas personas que no cuenten con los recursos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas” (Feres & Mancero, 2001:18).

En esa medida, el método directo relaciona el bienestar con el consumo *efectivamente* realizado, en tanto que el “indirecto” lo evalúa mediante la *capacidad* para realizar consumo (*Ibid.*). Otros autores presentan la distinción señalando que los indicadores directos intentan medir la dimensión de la pobreza *en sí misma*, mientras que los indirectos miden aspectos que *afectan* esa dimensión o son *consecuencia* de ella (Asselin & Dauphin, 2001).

Entre los indicadores que se han utilizado para aplicar esos dos métodos están el consumo, como medida *directa*, y el ingreso, como indicador *indirecto*. Luego de establecer un nivel de consumo que cubra las convenciones aceptadas de necesidades mínimas en un contexto dado, a través del consumo efectivo podría identificarse a quienes no alcanzan ese nivel. Por su parte, mediante el método del ingreso se identificaría a quienes no tienen la *capacidad* de satisfacer sus necesidades dentro de las restricciones del comportamiento típico de esa comunidad (Sen, 1979).

Además del consumo, dentro de los indicadores directos más reconocidos está el indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), que se describirá más adelante.

Respecto de ese dualismo, hay que mencionar que las dificultades de información han llevado a que se propongan indicadores que combinan variables directas e indirectas.

Con relación al **segundo dualismo**, es preciso señalar que, desde una perspectiva teórica, existe acuerdo en que la pobreza es un problema multidimensional.

“Hace más de dos décadas CEPAL denominaba a la pobreza “un síndrome situacional en el que se asocian el infraconsumo, la desnutrición, las precarias condiciones de vivienda, los bajos niveles educacionales, las malas condiciones sanitarias, una inserción inestable en el aparato productivo, actitudes de desaliento y anomia, poca participación en los mecanismos de integración social, y quizá la adscripción a una escala particular de valores, diferenciada en alguna medida de la del resto de la sociedad” (Altimir, 1979). En esta primera definición surgen elementos que dan cuenta de las múltiples dimensiones a las que la pobreza alude: aspectos relativos a la alimentación, vivienda, educación, salud, inserción en el mercado laboral, participación social así como a dimensiones de carácter subjetivo y simbólico y que definen también áreas diversas para la intervención de las políticas sociales” (Arriagada, 2003: 2).

En la práctica, sin embargo, suele hacerse una distinción entre mediciones *unidimensionales* y *multidimensionales* de la pobreza. Dentro de las segundas se incluyen aquellas que, de manera explícita, examinan carencias o privaciones existentes en diferentes dimensiones de análisis. Entre los ejemplos de esos indicadores están el índice de necesidades básicas insatisfechas así como los índices de pobreza multidimensional diseñados en la última década².

En cuanto a las medidas unidimensionales, los ejemplos recurrentes son el ingreso y la línea de pobreza, acerca de los cuales se afirma que solo miden la dimensión monetaria o económica de la pobreza. A ese respecto, consideramos que, a pesar de las limitaciones de esos indicadores, que se verán en detalle

² A nivel internacional sobrepasan el índice propuesto por Bourguignon & Chakravarty en 1999 (citados en Bourguignon & Chakravarty, 2002), así como uno más reciente, diseñado por Alkire & Foster en 2008 (citados en Alkire & Santos, 2010).

en la tercera sección del artículo, no está plenamente justificado el calificativo *unidimensional* para esas dos medidas. Detrás del ingreso y de la línea de pobreza está implícito un conjunto importante de dimensiones materiales del bienestar. Como sugieren Ruggeri, Saith & Stewart (2003: 5), es posible suponer que la métrica monetaria representa todas las demás privaciones o, en otras palabras, es su “apoderada”. De ese modo, el ingreso puede considerarse una medida sintética del bienestar material que involucra varias dimensiones: alimentación, vestuario, calzado, vivienda, servicios, y, en general, todas aquellas cosas a las cuales puede accederse a través del dinero.

Acerca de la línea de pobreza, el método para su construcción en el país parte de la estimación del costo de una canasta de alimentos con base en requerimientos calóricos o nutricionales, e incluye otro cálculo para valorar el resto de bienes y servicios que conforman una canasta mínima. En esa medida, la línea de pobreza, lo mismo que el ingreso, no están referidos a una sola dimensión del bienestar o la pobreza, sino que involucran todas las dimensiones a las cuales es posible acceder mediante recursos monetarios. No son, pues, indicadores unidimensionales, aunque sí representen medidas indirectas de pobreza.

Acerca del **tercer dualismo**, es común que, cuando se hable de medidas de bienestar y pobreza, se diferencie entre las que constituyen *medios* para lograr el bienestar o contrarrestar una privación, y las que representan *finés*. Es una distinción similar, pero no equivalente, a la de medidas directas e indirectas. Cuando, en el contexto de la medición de la pobreza, se diferencia entre medios y fines, suele ponerse un tinte negativo, acaso despectivo, a los primeros, en la medida en que ellos representan un acceso posible, pero no efectivo, a los *satisfactores*.

En la literatura se encuentran múltiples expresiones adicionales para referirse a la dualidad entre medios y fines en este contexto. Entre ellas pueden señalarse la oposición entre: insumos y resultados, recursos y realizaciones, aspectos instrumentales y aspectos intrínsecos, satisfacción potencial y satisfacción real, medidas ex-ante y medidas ex-post, enfoque bienestarista y enfoque no bienestarista.

Algunas de esas oposiciones son evidentes en los planteamientos de Haughton & Khandker (2009), basados en Sen (1979). De acuerdo con ellos, entre las formas de medir el bienestar está el enfoque bienestarista que busca estimar la *utilidad* del hogar, a través del gasto en consumo o del ingreso, que pueden considerarse como los *insumos* que generan utilidad. Dado un ingreso suficiente, se asume que el hogar elige cómo distribuir sus recursos

entre alimentos, vestuario, vivienda, etc. Un enfoque más paternalista, no bienestarista, se enfoca en evaluar si el hogar ha alcanzado niveles mínimos de salud o nutrición. Para examinar esos logros se utilizan indicadores como las tasas de mortalidad infantil en la región, la esperanza de vida, la proporción de gasto destinado a los alimentos, las condiciones de la vivienda, la asistencia escolar. Por oposición a las medidas del enfoque bienestarista, éstas son medidas de *resultados* y reflejan mejor la utilidad (Haughton & Khandker, 2009: 20).

Dentro del dualismo entre fines y medios, el enfoque de capacidades de Sen suele señalarse como ejemplo de una perspectiva no bienestarista, que enfatiza en los resultados y no en los medios (Ruggeri, Saith & Stewart, 2003). Sin embargo, la lectura de uno de los textos de Sen (1995: 15), según la cual la pobreza es la imposibilidad de que funcionen algunas capacidades básicas para alcanzar ciertos niveles mínimamente aceptables de funcionamientos o realizaciones, revela que el enfoque incluye tanto *medios* (las capacidades para funcionar) como *fines* (los funcionamientos o realizaciones). Eso sugiere que la dualidad señalada, a partir de la cual se ha intentado desprestigiar la medición de pobreza mediante indicadores monetarios, es también característica del enfoque de capacidades. Eso le da la razón a Ravallion (1998, citado en Feres & Mancero, 2001a), para quien el enfoque de capacidades debería ser visto como un complemento al análisis económico utilitarista, y no como su extremo opuesto, tal como se lo ha hecho parecer de manera reiterada. En una dirección similar, González (2010) recomienda superar el “complejo utilitarista” y admitir que las medidas multidimensionales de pobreza basadas en el enfoque de capacidades no consiguen romper la tradición que critican.

El **cuarto dualismo** está referido a la objetividad versus la subjetividad de las mediciones de pobreza. A ese respecto, Ruggeri, Saith & Stewart (2003) señalan que, aunque la mayoría de los análisis sobre pobreza sugieren objetividad, *ninguno* de los métodos es objetivo porque están afectados por juicios de valor. Lo importante, en su opinión, es determinar quién emite los juicios de valor, qué tan explícitos son, qué tanto pueden someterse a revisión o análisis de sensibilidad, de qué manera involucran a las partes interesadas, por ejemplo, mediante un proceso participativo que considere a los pobres mismos (*Ibid.*: 4).

Cabe aclarar que la subjetividad descrita de los indicadores de pobreza no tiene relación con las *medidas subjetivas* alrededor del tema. Esas medidas se refieren a las percepciones que tienen las personas sobre su pobreza y su bienestar, las cuales se capturan a través de encuestas o mediante la aplicación de técnicas cualitativas.

A partir de los dualismos anteriores se infieren algunas de las dificultades existentes para medir la pobreza. Como señala Corredor (2004), el surgimiento del enfoque de capacidades representó un importante desarrollo en términos de la conceptualización de la pobreza, pero el avance “*no se da con la misma fuerza en materia de mediciones, posiblemente por las dificultades en la información (vía encuestas), y principalmente por los instrumentos para capturar las numerosas y complejas variables*” (Corredor, 2004: 17). En efecto, la transformación del enfoque de capacidades en un marco operativo para la evaluación de la pobreza enfrenta varias dificultades de carácter metodológico (Ruggeri, Saith & Stewart, 2003: 17-18). La principal es definir las capacidades básicas y, luego, los niveles de logro que se consideran esenciales. Las aplicaciones prácticas del enfoque generalmente interpretan que las capacidades mínimas esenciales están constituidas por salud, nutrición y educación, que son prácticamente las mismas necesidades identificadas en el enfoque de necesidades básicas (*Ibid.*: 18).

Otra dificultad es traducir el concepto de capacidades en algo que sea medible (*Ibid.*). El problema es que las capacidades son un conjunto de resultados *potenciales*, cuya identificación empírica resulta compleja (*Ibid.*). En razón de las dificultades para medir capacidades, en la práctica hay una fuerte tendencia a examinar funcionamientos o realizaciones (como la esperanza de vida, la morbilidad, el alfabetismo, los niveles de nutrición). El propio Sen (1995: 23) admitía que las capacidades no pueden medirse directamente y que una de las maneras de aproximarse a ellas es a través de la evaluación de los funcionamientos o realizaciones. Eso significa que el enfoque le da importancia a los medios, pero propone medir resultados. Al hacerlo, es decir, al recomendar que se haga uso de los funcionamientos para medir la pobreza, “*el enfoque [se vuelve] virtualmente idéntico al de necesidades básicas*” (Ruggeri, Saith & Stewart, 2003: 8).

El desarrollo de otros enfoques también ha incrementado el número de dimensiones que deben medirse. Como afirma Arriagada (2003: 3):

“[...] cada vez más se incorporan aspectos no materiales que se relacionan con el bienestar de las personas y otros de carácter más cualitativos, como los relativos a la vulnerabilidad, la inseguridad y la exclusión social. Además, la visión que tienen los pobres de su propia situación y la concepción de la pobreza en las distintas culturas nacionales y locales han ido adquiriendo progresivamente mayor peso como variables de análisis”.

La medición de múltiples dimensiones de la pobreza genera un reto adicional y es la **agregación** de las privaciones de las diferentes dimensiones en una sola medida. Aunque, como señalan Ruggeri, Saith & Stewart (2003: 5-6): “[...] la agregación es útil para resumir la privación social, [...] no hay una manera correcta de agregar. [Además], por definición, la agregación implica pérdida de información” y los impactos de esa pérdida en los resultados finales deben poder ser evaluados. Para abordar ese reto, se han utilizado técnicas distintas, entre ellas la *unión* de privaciones o su *intersección*³.

3. Indicadores más utilizados en el país: aspectos a favor y en contra

La reducción de la pobreza suele ser uno de los objetivos centrales en los planes de desarrollo nacionales. El plan actual, cuyas bases acaban de ser publicadas (DNP, 2010), tiene entre sus tres pilares la *igualdad de oportunidades*, que comprende la política social, uno de cuyos desafíos es reducir la pobreza y la desigualdad. La importancia de ese desafío se evidencia en el título mismo del plan: *Prosperidad para todos: más empleo, menos pobreza y más seguridad*. Tanto el diagnóstico del plan como su componente de seguimiento incluyen indicadores de pobreza, siendo menor la cantidad que se presenta en el último. Esas diferencias tienen que ver con el desgaste de algunos indicadores y su sustitución por otros, como se presenta más adelante.

En Colombia, al igual que en el resto de América Latina, se han empleado principalmente dos medidas de pobreza a partir de mediados de los años ochenta. La primera, la más utilizada hasta hace cerca de una década, es el indicador de *Necesidades Básicas Insatisfechas* (NBI), que asimila la pobreza con carencias en dimensiones específicas del bienestar (fundamentalmente vivienda, servicios, educación y empleo). La segunda corresponde a la *Línea de Pobreza*, que identifica como pobres a las personas que pertenecen a hogares cuyo ingreso *per cápita* es inferior al costo de un estándar mínimo de consumo (Arriagada, 2000: 7). Las dos medidas están asociadas con el enfoque teórico de la pobreza como *carencia de condiciones materiales*.

Además de esos indicadores, recientemente Planeación Nacional diseñó un *Índice de Pobreza Multidimensional* (IPM), adaptado de la propuesta de Alkire & Foster (citados en Alkire & Santos, 2010). El índice está basado en el enfoque de *capacidades y derechos* de Amartya Sen, lo que revela un rezago de cerca de treinta años entre el avance teórico y la propuesta de medición. Eso no significa que no haya habido desarrollos prácticos del enfoque durante

³ En el primer caso se considera pobre a un hogar con carencias en *alguna* dimensión, mientras que en el segundo es pobre el que tiene privaciones en *todas* las dimensiones.

estas tres décadas. El primero de esos desarrollos lo constituye el diseño, hace veinte años, del Índice de Desarrollo Humano (IDH) por parte del PNUD, que, aunque no es una medida de pobreza⁴, ha inspirado la construcción de indicadores como el Índice de Pobreza Humana (IPH) y el propio Índice de Pobreza Multidimensional. A ese respecto, el PNUD (2010) señala que el IPM *original* es un sustituto del IPH que incluye privaciones en las mismas tres dimensiones del IDH (nivel de vida, salud y educación). Además de inspirar el diseño de los dos indicadores de pobreza señalados, el IDH sirvió como punto de partida para la construcción de dos indicadores de desigualdad: el Índice de Desigualdad de Género y el IDH ajustado por desigualdad (PNUD, 2010).

Adicional al IPM, en el país se han diseñado otros indicadores basados en el enfoque de capacidades que suelen considerarse medidas no monetarias de la pobreza (MERPD, 2006), pero que son, en realidad, indicadores de *estándar de vida*: el Índice de Condiciones de Vida (ICV) y el Índice Sisben, contruidos por Planeación Nacional. Esas medidas se diseñaron con el propósito de conseguir una *ordenación* de acuerdo con las condiciones de vida. En el primer caso el objetivo era ordenar municipios y departamentos, y en el segundo poblaciónE (hogares). Acerca del Índice Sisben, utilizado para la focalización del gasto social, actualmente se cuenta con una tercera versión que, además de las dimensiones de educación, salud y vivienda, incorpora variables relacionadas con la vulnerabilidad *individual* (referida a condiciones de los hogares) y *contextual* (relacionada con características de los municipios) (DNP, 2008).

En los párrafos siguientes se realiza una descripción de las dos medidas de pobreza más empleadas en el país (el NBI y la Línea de Pobreza) y de sus principales ventajas y desventajas. También se incluye un análisis sobre el indicador diseñado recientemente para operacionalizar el enfoque de capacidades (el Índice de Pobreza Multidimensional).

El indicador de **Necesidades Básicas Insatisfechas** es una medida multidimensional de pobreza que examina la privación de las personas en cinco factores o aspectos del bienestar: las condiciones de la vivienda (en particular, su tipo y los materiales de pisos y paredes), el acceso a servicios (acueducto y saneamiento), el espacio habitacional (hacinamiento), la asistencia escolar (de niños con edad de estudiar primaria) y la dependencia económica (número de personas por ocupado). Para cada aspecto se definieron niveles o características cuya presencia equivale a una necesidad no satisfecha. A manera de ejemplo, la presencia de por lo menos un niño de

⁴ Algunos autores, sin embargo, lo incluyen entre los indicadores de pobreza. Ver, por ejemplo, MERPD (2006).

7 a 11 años de edad, que sea pariente del jefe de hogar y no vaya a la escuela o colegio, constituye una necesidad insatisfecha. Si un hogar tiene una o más necesidades no satisfechas se considera *pobre*, mientras que se califica como *miserable* cuando el número de necesidades no satisfechas es superior a dos.

Como señalan Nina, Grillo & Karpf (2007), el indicador cumplió durante varias décadas con el objetivo de mostrar la realidad de la población colombiana en cuanto a sus condiciones habitacionales y su acceso a servicios básicos. Sin embargo, en la medida en que esas condiciones mejoran, como resultado de la urbanización del país, entre otros cambios, el indicador pierde su capacidad discriminatoria porque la pobreza va cambiando de características. Esa pérdida o “agotamiento” del indicador se refleja en el estancamiento que experimentó la pobreza por NBI en el país a partir de 2006: su nivel se estabilizó alrededor del 18%, en tanto que la miseria lo hizo en 5% (Piedrahita, 2010). Ese desgaste podría explicar el hecho de que el indicador se incluya en el diagnóstico de la pobreza y la desigualdad de las Bases del Plan Nacional de Desarrollo, pero no en su componente de seguimiento (DNP, 2010).

Acerca de la **Línea de Pobreza**, se trata de la medida más utilizada en la última década para monitorear la pobreza en el país, y también de la más controvertida. Las frecuentes revisiones a la medición de la canasta normativa de alimentos, que sirve de punto de partida para la estimación del estándar mínimo de consumo, junto a los cambios en la metodología de recolección de las encuestas de hogares del DANE, han generado una alta volatilidad en el indicador, limitando su comparabilidad y restándole credibilidad. De allí que se haya conformado una Misión de expertos que actualmente está revisando las metodologías e indicadores⁵⁵.

Entre los distintos métodos existentes para calcular la Línea de Pobreza, en el país se ha utilizado el denominado *consumo calórico* o *costo energético*.

“Bajo este método, la línea de pobreza corresponde al nivel de ingreso (o de gasto) que permite alcanzar un consumo predeterminado de calorías [...] Entre las ventajas de este método respecto de otros figura su menor necesidad de información, y que no es necesario fijar expresamente un componente no-alimentario de la línea de pobreza” (Feres & Mancero, 2001a: 18-19).

Esa ventaja se presenta porque el método solo comprende el cálculo de una canasta de alimentos mínima para un hogar, con base en los requerimientos calóricos o nutricionales establecidos, y su posterior multiplicación por un

⁵ Se trata de la misión para el empalme de las series de empleo, pobreza y desigualdad (MESEP).

coeficiente *simple*⁶. Mientras que la canasta alimentaria mínima constituye el nivel de *pobreza extrema* o *indigencia*, el producto resultante en la segunda operación equivale a la *línea de pobreza*, es decir, al presupuesto del hogar necesario para satisfacer el estándar mínimo de consumo.

Las estimaciones más recientes de pobreza en el país basadas en ese indicador, muestran que el 45,5% de la población colombiana tenía en 2009 ingresos inferiores a la Línea de Pobreza, y que el 16,4% se encontraba por debajo de la línea de indigencia o pobreza extrema. Dada la reiterada mención a “pobreza por ingreso autónomo” en las Bases del Plan Nacional de Desarrollo, cabe aclarar que es para diferenciarla de la alternativa consistente en imputar subsidios monetarios y en especie a cada hogar y agregárselos a su ingreso. Esta última medida, denominada “pobreza con subsidios”, arroja un nivel inferior a la pobreza de “ingreso autónomo” en más de 10 puntos porcentuales (DNP, 2010).

Con respecto al **Índice de Pobreza Multidimensional** (IPM), la necesidad de construirlo en el país surgió por el “agotamiento” mencionado del NBI y de otros indicadores multidimensionales de estándar de vida como el ICV, y por el interés de aplicar indicadores nuevos basados en el enfoque de capacidades (Piedrahita, 2010). Como se señaló, el índice corresponde a una adaptación de la medida de Alkire & Foster (2008, citados en Alkire & Santos, 2010). El IPM colombiano comprende cinco dimensiones del bienestar: 1) Clima educativo del hogar, 2) condiciones de la niñez y la juventud, 3) ocupación, 4) salud y acceso a servicios públicos domiciliarios y 5) condiciones de la vivienda. Cada dimensión tiene entre una y siete variables, para un total de dieciséis (Angulo, 2010).

El método de cálculo del IPM es equivalente al del NBI. En los dos casos se determinan niveles de privación por cada aspecto incluido y se identifica a los hogares pobres de acuerdo con el número de privaciones (en principio, el DNP seleccionó un mínimo de cinco). Las diferencias entre ambos tienen que ver con la mayor cantidad de dimensiones y variables en el IPM, y el menor énfasis que ese indicador tiene en las condiciones de la vivienda y el acceso a servicios, en comparación con el NBI.

Lo anterior ratifica las afirmaciones de Ruggeri, Saith & Stewart (2003), en el sentido de que la operacionalización del *enfoque de capacidades* es prácticamente igual a la de necesidades básicas. Incluso hay variables comunes entre el IPM

⁶ Se denomina Coeficiente de Orshansky y es el inverso de la relación entre el gasto en alimentos y el gasto total de un hogar de bajos ingresos, relación que se conoce como Coeficiente de Engel. Su estimación se efectúa con información proveniente de las encuestas de ingresos y gastos del DANE.

adaptado para Colombia y el NBI: hacinamiento crítico, material de pisos y material de paredes. Eso confirma tanto el menor ritmo en los avances de la medición de pobreza en comparación con los desarrollos teóricos, como la improcedencia de algunas de las dualidades que se han promovido alrededor de la medición.

La descripción de los indicadores de pobreza más utilizados en el país deja ver algunos de sus aspectos positivos y negativos. A continuación se presentan otros argumentos señalados por los estudiosos del tema.

En defensa de la medición a través de la Línea de Pobreza y/o del ingreso se han señalado, entre otros:

- La verificación empírica de que el ingreso es una buena aproximación a la capacidad de consumo de los hogares (Arriagada, 2003) y del importante papel que juega en la determinación del bienestar subjetivo (Giarrizzo, 2007). Como lo expresan Ruggeri, Saith & Stewart (2003), los indicadores monetarios representan un método “atajo” (*short-cut method*) para identificar a quienes son pobres en muchas dimensiones fundamentales a través de una sola medida.
- La alta y constante periodicidad que tienen las encuestas de hogares, lo que permite contar con una medida rápida del ingreso (Sánchez & Núñez, 1999). Asociado a lo anterior, las virtudes prácticas y operativas del indicador (Arriagada, 2000).
- La generalización de la aplicación del método de Línea de Pobreza, lo que facilita la comparabilidad internacional (Arriagada, 2000; Arriagada, 2003).
- El crecimiento de la pobreza económica, coyuntural o monetaria en el país, evidenciado, entre otros, por el comportamiento del Índice de Desarrollo Humano (Arriagada, 2000). El predominio de ese tipo de pobreza justifica el uso de medidas monetarias para efectuar su monitoreo.

Pese a esas razones, las medidas de pobreza basadas en el ingreso generan mucha controversia y suelen ser criticadas por motivos como los siguientes:

- Consistente con la crítica usual al enfoque monetario de pobreza, el ingreso es descalificado como medida de bienestar por su asociación con la satisfacción *potencial* de las necesidades básicas, pero no con la satisfacción *concreta* (Corredor, 2004). De forma similar, se considera incorrecto el supuesto implícito detrás de la medida según el cual la satisfacción de las necesidades básicas depende únicamente del ingreso o consumo corriente (*Ibid.*)

- La no disponibilidad de una *buena* medida del ingreso de los hogares, que suele recopilarse a través de encuestas, debido a los subregistros del indicador y a las no respuestas. Para algunos autores el ingreso es una medida limitada del consumo *potencial* porque no revela otras fuentes de recursos con que cuentan las personas para acceder a bienes y servicios, tales como el patrimonio acumulado, las transferencias indirectas, los subsidios del Estado, algunas formas no monetarias de ingreso, como el autoconsumo o el trueque, frecuentes en economías rurales, entre otros (Sarmiento & Ramírez, 1998; Arriagada, 2003).
- Dada la limitación de las encuestas para capturar el ingreso *efectivo* de las personas, el método requiere de muchos supuestos, imputaciones y correcciones del ingreso que debilitan los resultados finales (Corredor, 2004). Como agregan Ruggeri, Saith & Stewart (2003: 3), la aplicación del enfoque en los países en desarrollo involucra “imputaciones heroicas” de valores para capturar el ingreso real. En una dirección parecida, se argumenta que, aunque la medición se ha beneficiado de importantes desarrollos metodológicos, esos desarrollos requieren numerosos juicios de valor (*Ibid.*: 13).
- Otro problema del método es que supone homogeneidad en los niveles de bienestar dentro de los hogares y no capta las inequidades en la distribución interna del gasto (Arriagada, 2000; Arriagada, 2003). Asociado a lo anterior, la medida es criticada por tener una concepción individualista de las necesidades (Corredor, 2004).
- Un problema adicional tiene que ver con la forma en que se pasa de la estimación de las líneas de indigencia o pobreza extrema a las líneas de pobreza⁷. Ese método es cuestionado porque “*obvia la necesidad de cuantificar el costo de una canasta normativa de satisfactores adicionales a los alimentarios, situación que resulta en una subestimación de la pobreza no-indigente, particularmente en las áreas urbanas donde los costos pueden ser bastante más elevados que el límite supuesto*” (Fresneda et al., 1999, citados en Arriagada, 2000: 30). Acerca de ese método, Corredor (2004) critica que el uso del mismo factor multiplicador en distintos años supone una estructura de gasto constante, es decir, que los precios relativos entre alimentos y no alimentos permanecen invariables en el tiempo, lo mismo que las preferencias de los consumidores.
- Una dificultad práctica para el uso de las medidas en el país tiene que ver con que no se cuenta con mediciones de ingreso y Línea de Pobreza para todos los municipios (Sarmiento & Ramírez, 1998).

⁷ Como se señaló en una nota anterior, mediante el producto entre las primeras y un factor (Coeficiente de Orshansky) que corresponde al inverso de la relación entre el gasto en alimentos y el gasto total de un hogar de bajos ingresos en cada ciudad.

Con respecto al NBI, se han destacado varios aspectos a su favor, que también aplican a medidas asociadas al enfoque de capacidades tales como el Índice de Pobreza Multidimensional. Entre esos aspectos pueden mencionarse:

- La bondad de esos indicadores para medir la pobreza estructural y para caracterizar la pobreza (Feres & Mancero, 2001b).
- La mayor transparencia de esos indicadores en comparación con las medidas monetarias, y, en consecuencia, la mayor credibilidad que generan. Tal como lo expresan Ruggeri, Saith & Stewart (2003), al igual que con el enfoque monetario, la construcción de indicadores de pobreza basados en el enfoque de capacidades impone varios retos metodológicos. Aunque las elecciones de las dimensiones y de los umbrales o puntos de corte pueden ser arbitrarias, son más visibles frente a las que se toman con el enfoque monetario y es más fácil someterlas a escrutinio (*Ibid.*). Se trata de un aspecto de enorme importancia, que debe ser tenido en cuenta en la consolidación de las medidas de pobreza multidimensional que se están diseñando en el país.
- El mayor realismo en la identificación de la pobreza que resulta de incluir dimensiones adicionales al ingreso. Como afirma el PNUD (2010: 105), es muy probable que *“los hogares que enfrentan múltiples carencias se encuentren en una situación peor de lo que sugieren las medidas de pobreza por ingresos”*.

En contra del indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas se han planteado cuestionamientos como los siguientes:

- Una de las críticas tiene que ver con el alto costo en la periodicidad de la información requerida para la construcción de los indicadores, dado que su fuente son los censos de población (Feres & Mancero, 2001b) o las encuestas de calidad de vida.
- También se señalan problemas de mensurabilidad, dado que algunas de las necesidades básicas solo pueden medirse para hogares con determinadas características, lo que excluye de la medición a algunos hogares y produce sobrerrepresentación de otros (Feres & Mancero, 2001b). El Índice de Pobreza Multidimensional diseñado recientemente en el país evita ese problema al establecer, de antemano, el tratamiento de indicadores para hogares que no tienen las características evaluadas⁸.

⁸ A manera de ejemplo, si el indicador está referido a la asistencia escolar de niños en cierto rango de edad, se establece de antemano que no hay privación en el indicador cuando el hogar no tiene integrantes en ese grupo de edad.

- Algunos critican que los indicadores mezclan *insumos* y *resultados* (por ejemplo, miden asistencia escolar, que es una combinación entre disponibilidad y resultado, y acceso a servicios, que es un insumo). “No es claro si el método NBI ofrece una identificación de los aspectos que conforman la pobreza no monetaria o una verificación de la disponibilidad de servicios básicos para la población” (Feres & Mancero, 2001b: 24). Lo mismo aplica al Índice de Pobreza Multidimensional. Se trata de una crítica basada en el dualismo de medios y fines, que parece ignorar que la provisión de servicios puede hacerse desde el lado de la oferta o de la demanda, sin que ello impida la evaluación de su acceso a través de un mismo indicador.
- Sarmiento & Ramírez (1998), por su parte, cuestionan la métrica del indicador porque considera pobres a personas que tienen una necesidad básica insatisfecha, pero que pueden tener altos niveles de satisfacción en las necesidades restantes.
- Por último, Corredor (2004) menciona que son arbitrarias las elecciones de los indicadores de necesidades básicas así como de los *satisfactores*, es decir, las características establecidas para considerar satisfecha la necesidad.

Dado el creciente interés que, a nivel internacional, están teniendo las medidas subjetivas de pobreza, esta sección concluye con la mención de observaciones a favor y en contra de este tipo de aproximaciones.

Entre las ventajas atribuidas a esa clase de medidas se menciona que están libres de las arbitrariedades propias de los indicadores “objetivos”, dado que es la población la que define la pobreza y no el estadístico o el investigador (Feres & Mancero, 2001a). En esa medida, el método tiene implícito el supuesto de que “cada individuo por sí mismo es el mejor juez de su propia situación” (van Praag *et al.*, 1980, citados en Feres & Mancero, 2001a: 22).

Sin embargo, se argumenta que el método puede inducir las respuestas de los encuestados en la eventualidad de que ellos determinen la asistencia social que reciben (Feres & Mancero, 2001a). Es decir, podría haber sesgos en respuestas orientadas a determinar las líneas de pobreza subjetivas (por ejemplo, el ingreso mínimo requerido para la satisfacción de las necesidades básicas del hogar).

Pese a la importancia creciente de las medidas de pobreza subjetiva en el mundo, sus resultados en el país (derivados de las encuestas de calidad de vida del DANE) no suelen tener la misma visibilidad de las medidas objetivas⁹. Esa situación se ilustra en las Bases del actual Plan Nacional de Desarrollo, cuyo diagnóstico y componente de seguimiento no incorporan medidas de pobreza subjetiva. De hecho, solo hay dos indicadores de seguimiento a la pobreza en las Bases del Plan: la pobreza por ingreso y el Índice de Pobreza Multidimensional.

4. La pobreza en Manizales: el caso de una ciudad “extrema”

En esta sección se incluyen dos tipos de análisis relacionados con la pobreza en Manizales, a manera de *estudio de caso*. En la primera parte se presenta un examen crítico de los indicadores de pobreza monetaria calculados para Manizales por la *Misión para el empalme de las series de empleo, pobreza y desigualdad* (MESEP: 2009). Aunque algunos tienen un carácter preliminar, esos resultados ameritan reflexiones en torno a las técnicas que se están empleando en la revisión de las líneas de pobreza que actualmente adelanta esa Misión. En la segunda parte se realiza una caracterización de la pobreza reciente en la zona urbana de Manizales a partir de varios indicadores estimados con base en la encuesta de calidad de vida diseñada y aplicada por el CRECE en 2009: 1) la Línea de Pobreza, 2) el indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas, 3) el Índice de Pobreza Multidimensional, 4) algunas medidas subjetivas.

La pobreza monetaria en Manizales según la MESEP

El análisis de la pobreza monetaria en Manizales según los cálculos de la MESEP (2009, 2010) y su comparación con otros indicadores de pobreza revelan una fuerte contradicción: mientras que las estimaciones de la Misión para el período 2002-2009 muestran a Manizales como la ciudad con mayor nivel de pobreza monetaria entre las trece áreas metropolitanas incluidas¹⁰ (con tasas de 54,8% el primer año y 45,4% en el último), otras fuentes de información la presentan como la capital departamental con menor pobreza por NBI. Aunque esa contradicción ya había sido mencionada en análisis realizados por la administración municipal (ver, por ejemplo, Alcaldía de

⁹ Los indicadores de pobreza subjetiva están disponibles desde la encuesta de 2003. Sin embargo, el formulario de 1997 ya había incluido preguntas como la percepción sobre la suficiencia del ingreso para cubrir los gastos mínimos del hogar.

¹⁰ Además de Manizales, están Barranquilla, Bogotá, Bucaramanga, Cali, Cartagena, Cúcuta, Ibagué, Medellín, Montería, Pasto, Pereira y Villavicencio.

Manizales, 2007), es común que se resuelva afirmando que la pobreza de Manizales es de tipo monetario (*Ibid.*).

El examen de datos históricos de la pobreza por ingresos en Manizales también genera dudas: mientras que en los años 1984-1985 la ciudad tenía, entre trece ciudades, el cuarto porcentaje más alto de personas y hogares pobres por Línea de Pobreza (41,9% y 35,6%, en su orden) (DANE, 1988), en 1994-1995 pasó a ocupar el puesto 19 entre 23 ciudades, con una incidencia del 33,8% de hogares pobres (DANE, 1997). Es decir, Manizales pasó de tener una pobreza monetaria comparativamente alta a mediados de los ochenta a uno de los menores niveles relativos una década después. Sin embargo, en esos mismos años (1984-1985 y 1994-1995) la pobreza por NBI en la ciudad fue la más baja entre las 13 y 23 ciudades incluidas en las mediciones correspondientes (20,1% y 8,7%, respectivamente). El dato oficial más reciente del NBI disponible para la ciudad, con base en el Censo de 2005, muestra que el indicador de la zona urbana de Manizales es, de nuevo, el más bajo entre las capitales departamentales del país (9%). Eso revela que, a diferencia de la medida de pobreza monetaria, el comportamiento del NBI de Manizales en el contexto nacional ha sido consistente en el tiempo.

Las razones que explican los altos niveles de pobreza monetaria arrojados por la MESEP para Manizales son: 1) el alto costo de la canasta *normativa* de alimentos (que determina la línea de indigencia), explicado por los elevados requerimientos calóricos que resultan con las técnicas usadas; 2) el bajo peso comparativo que tienen los alimentos en el presupuesto medio de los hogares de Manizales; 3) como resultado de lo anterior, el alto coeficiente por el que debe multiplicarse la línea de indigencia o pobreza extrema de la ciudad para calcular la Línea de Pobreza.

Debido a esas razones, la situación de Manizales resulta paradójica: de acuerdo con los requerimientos calóricos, su población *debería* ser la que más gasta en alimentos. Sin embargo, en la práctica, es la ciudad donde ese rubro tiene el menor peso en la canasta familiar. Pero, por razón de las normas energéticas, su canasta alimentaria es, en términos absolutos, la más costosa entre las ciudades incluidas. Por lo tanto, su línea de indigencia es la más alta. Además, por tener el menor peso del rubro de alimentos, su canasta no alimentaria también resulta ser la más costosa. Así, a pesar de ser una de las ciudades con menor costo de vida en el país (Romero, 2005) y tener un ingreso familiar que está entre los más altos (MESEP, 2010), sus comparativamente elevadas líneas de indigencia y pobreza hacen que termine siendo la más pobre con los indicadores monetarios. Sin desconocer que la ciudad puede tener niveles importantes de pobreza monetaria, los análisis anteriores

evidencian problemas en la estimación de las líneas de pobreza en el país. La MESEP debería revisar el tema y evaluar otras alternativas de cálculo.

Para ese efecto, resultan ilustrativas las críticas efectuadas al método de *consumo calórico* o *costo energético* por Herrera (2010: 21), quien, citando a Ravallion & Lokshin (2006), afirma que ese método “*produce siempre líneas de pobreza inconsistentes desde el punto de vista del bienestar*”. Asimismo, cuestiona el uso de canastas *normativas* y recomienda que, en su lugar, se empleen canastas *reales*. En su opinión:

- Nada asegura que los ítems de las canastas normativas estén disponibles para el consumo.
- Tampoco hay garantía de que dichos ítems tengan precios que puedan ser estimados de manera robusta.
- Nada asegura que los productos de la canasta alimentaria normativa puedan ser consumidos por una fracción importante de la población (productos que no hacen parte de las hábitos alimentarias de la población).
- Las canastas normativas, al utilizar múltiples criterios (aporte calórico, proteico, micro nutrientes, porcentaje de proteínas de origen animal, etc.) terminan siendo canastas *ad hoc* que dependen en gran medida del experto que las construyó. Los criterios de transparencia, aceptación por consenso y reproducibilidad se cumplen difícilmente en este caso. (Herrera, 2010: 30).

La pobreza en la zona urbana de Manizales según la Encuesta de Calidad de Vida de 2009

Antes de presentar los indicadores de pobreza de la zona urbana de Manizales estimados a partir de la encuesta de calidad de vida, es necesario precisar que no son comparables con los arrojados por fuentes como la MESEP: 2009, en el caso de la pobreza monetaria, ni con los datos censales del DANE: 2010. En cuanto a la pobreza monetaria, la no comparabilidad radica en que los ingresos con los que se trabajó en la encuesta no fueron objeto de ajustes como los que se realizan a nivel nacional para resolver los problemas de subregistro y la no coincidencia con otras fuentes de ingreso. Usualmente esos ajustes pueden generar un aumento de 20-30% en el ingreso. Acerca de los datos censales (por ejemplo, NBI), no son comparables con los de la encuesta porque la aplicación de esta última se concentró en viviendas identificadas en la base cartográfica del municipio, y allí no aparecían algunas zonas subnormales.

La comparación entre el ingreso *per cápita* de los hogares de Manizales encuestados en 2009 con la línea de pobreza construida por Planeación Nacional para la ciudad en ese período (cerca de 390 mil pesos mensuales), revela que el 63,3% de los hogares tenía un ingreso inferior a ese nivel, por lo cual pueden considerarse pobres según ese indicador. Por su parte, el 21% tenía un ingreso por debajo de la línea de indigencia o pobreza extrema, estimada en cerca de 150 mil pesos mensuales por persona.

En cuanto a los demás indicadores “objetivos” de pobreza estimados para la zona urbana de Manizales, el NBI fue de sólo 3,8%, mientras que el Índice de Pobreza Multidimensional diseñado recientemente por Planeación Nacional apenas alcanzó un 0,5%. Acerca de este último, hay que señalar que se usó el criterio de considerar como pobres a aquellos hogares que registraran cinco o más privaciones en los aspectos incluidos en el indicador. Su bajísimo nivel hace pensar en la necesidad de replantear ese criterio y usar uno más restrictivo: por ejemplo, considerar pobres a aquellos hogares que tengan al menos dos privaciones (el 36,2%) o mínimo tres (11%)¹¹.

Aunque las anteriores medidas agregadas no resultan muy dicentes (sólo revelan bajos niveles de pobreza), cuando se examina el comportamiento de los indicadores que las constituyen se observan aspectos de interés para propósitos del diseño de políticas públicas locales. Los resultados más importantes tienen que ver con los indicadores de educación incluidos en el Índice de Pobreza Multidimensional, que son los que muestran las mayores carencias. Por un lado, el 66,7% de los hogares urbanos de Manizales registra una privación en la variable de *logro educativo*, lo que significa que esos hogares tienen al menos un integrante de más de 15 años de edad con un nivel de escolaridad de nueve años o menos, es decir, con estudios inferiores o iguales al cuarto grado de educación secundaria. Por el otro, el 21,2% de los hogares presenta *rezago escolar*, es decir, al menos uno de sus integrantes entre 7 y 17 años tiene una escolaridad inferior a la norma nacional (seis años de diferencia entre su edad y su escolaridad). Otro indicador que revela una carencia importante es el *aseguramiento en salud*, que forma parte también del Índice de Pobreza Multidimensional: el 18,2% de los hogares urbanos de la ciudad tiene al menos un integrante por fuera del sistema de seguridad social en salud.

Esos resultados contrastan con las buenas condiciones habitacionales y de acceso a servicios reveladas por los indicadores correspondientes, incluidos

¹¹ Teniendo en cuenta que Bogotá obtuvo un índice del 8% en 2008 para cinco privaciones o más (Angulo, 2010), cabe pensar que haya alguna(s) omisión(es) en la estimación efectuada para Manizales. Es necesario esperar a que haya una mayor difusión del método de cálculo del índice por parte del DNP para verificar los criterios utilizados en el cálculo.

tanto en el índice de Necesidades Básicas Insatisfechas como en el Índice de Pobreza Multidimensional.

Finalmente, el análisis de algunas medidas subjetivas revela que el 31,9% de los encuestados en la zona urbana de Manizales se considera pobre. La misma proporción afirmó que los ingresos de su hogar no alcanzan para cubrir los gastos mínimos. Prácticamente todos los encuestados que se perciben como pobres asocian esa situación a sus ingresos: el 98% afirma que el ingreso de su hogar no alcanza o apenas logra cubrir los gastos mínimos. En cambio, entre quienes no se consideran pobres hay, por ejemplo, una quinta parte que dice que su ingreso no alcanza a cubrir gastos mínimos. Es decir, la insuficiencia de ingresos hace que algunos hogares se sientan pobres, pero otros no asocian la pobreza con ese indicador.

La riqueza de información disponible a partir de la encuesta de calidad de vida aplicada en la zona urbana de Manizales, permite análisis más detallados de la pobreza en la ciudad, que son de gran utilidad para la comprensión del fenómeno y para el diseño de políticas públicas locales. Algunos de esos análisis ya se han efectuado¹².

5. Conclusiones y lineamientos para el monitoreo de la pobreza

Varias de las reflexiones incluidas en el texto sugieren que gran parte de los debates alrededor de la conceptualización y la medición de la pobreza resultan inocuos. Aunque hay diferencias en los enfoques para su abordaje, se han promovido una serie de conflictos o dualismos que terminan siendo débiles y que impiden una adecuada y deseable *complementariedad* de las ideas y las medidas desarrolladas.

Algunas de las críticas formuladas a los principales indicadores de pobreza utilizados resultan inconsistentes: a las medidas indirectas se las critica por no ser directas; a las que pretenden medir aspectos materiales del bienestar, se las juzga por no incluir aspectos no materiales; sobre los indicadores de pobreza estructural se discute que no sirven para medir pobreza coyuntural; los indicadores simples son cuestionados por su carácter unidimensional, mientras que los compuestos son criticados porque pierden información en el momento de su agregación; las medidas monetarias se desaprueban por utilitaristas, pero algunas formas del utilitarismo son muy similares al enfoque de capacidades¹³. Al respecto es importante tener presente que

¹² Ver, por ejemplo: Celis (2010); Matijasevic, Villada & Ramirez (2010); Velásquez (2010).

¹³ Para una interesante discusión sobre este último aspecto, se recomienda el texto de González (2010).

los distintos indicadores diseñados para estimar la pobreza son limitados, parciales y miden aspectos diferentes. No hay indicadores perfectos, pero todos tienen el potencial de ser útiles. Eso depende del *espacio* en que se esté trabajando.

Sen (1979) afirmaba que la construcción de medidas de pobreza se lleva a cabo en dos etapas: la *identificación* y la *agregación*. A partir de esa idea, a continuación se presentan unos lineamientos para el monitoreo a la pobreza en el contexto colombiano. Se trata de un conjunto de recomendaciones acerca del uso que puede hacerse de los distintos indicadores de pobreza, así como de otra información disponible que contribuye a su explicación y facilita el diseño de políticas para su superación.

La **identificación** de los pobres en el país, es decir, su “individualización”, la determinación de quiénes son, dónde viven y qué necesidades tienen, puede efectuarse mediante la aplicación de encuestas como Sisben, que han venido actualizándose con una periodicidad cercana al quinquenio. Con esas encuestas, y la construcción del índice correspondiente, se sabe cuáles son los hogares con los estándares de vida más bajos, lo que facilita la focalización de los programas sociales en ellos. No se requiere construir un indicador que dé cuenta de cuántos son. Dado que esa encuesta se hace en todo el país, esa identificación está disponible para todos los municipios.

Para la estimación de indicadores *agregados* de pobreza (que podría asimilarse a la etapa de **agregación**), que son necesarios para las evaluaciones globales de la política social, puede trabajarse con la medida tradicional de incidencia a partir de las líneas de pobreza. El DANE aplica de manera permanente la Gran Encuesta Integrada de Hogares, con representatividad estadística mensual para el país, bimensual para las zonas urbana y rural, trimestral para las trece áreas metropolitanas, y anual para veintitrés departamentos. Esa encuesta indaga por la situación laboral de la población y los ingresos percibidos. A partir de ese instrumento, y de su cruce con una canasta de bienes y servicios más *realista* que la actual, es posible contar con indicadores periódicos de pobreza monetaria, que resultan adecuados para el propósito señalado: realizar una evaluación *global* del gasto social y/o del bienestar económico de la población. Los “dominios” de interés corresponden a las representatividades señaladas (país, zonas, áreas metropolitanas, departamentos). Esos indicadores no requieren encuestas específicas, salvo para la actualización de la estructura de consumo, que se realiza a partir de la encuesta de ingresos y gastos del DANE. Podría resultar un despropósito la aplicación frecuente –por ejemplo, cada año– de una encuesta adicional (como la de calidad de vida, que es larga y costosa) con el argumento de contar

con mejores indicadores de pobreza. Sería preferible invertir esos recursos en programas sociales focalizados en la población pobre identificada.

Hay un tercer aspecto, más asociado con los análisis de pobreza que con su identificación, consistente en la **caracterización** de la pobreza. Algunos de los indicadores usados para la identificación parecen más adecuados para este otro propósito. Eso se explica por las “imperfecciones” de algunos indicadores en términos de mensurabilidad, sesgos, dificultad de construirlos con alta periodicidad, interpretación, etc. Entre las medidas que podrían usarse para la caracterización de la pobreza están el Índice de Pobreza Multidimensional así como los indicadores de pobreza subjetiva o los factores cualitativos asociados que se indagan en las encuestas de calidad de vida. En cuanto al Índice de Pobreza Multidimensional, puede usarse, como ocurría con el NBI, para la construcción de “mapas de pobreza” que permitan la ubicación geográfica de las carencias reveladas por el indicador (Feres & Mancero, 2001b). En esa medida, más que el resultado final del indicador, es relevante el análisis de cada dimensión o variable por separado para la focalización geográfica de las políticas sociales. El Índice de Pobreza Multidimensional puede aportar también información sobre el desarrollo de capacidades humanas no reflejadas en el ingreso. El principal aporte que algunos autores le reconocían al NBI, y que puede atribuírsele al Índice de Pobreza Multidimensional, se deriva precisamente de su *“capacidad para identificar geográficamente las necesidades no cubiertas por la población. Por esta razón, es razonable plantear su utilización como una herramienta de caracterización de la pobreza, complementando las mediciones realizadas a partir de métodos indirectos, y brindando información útil para la focalización de políticas”* (Ibíd.: 24).

Acerca de las medidas subjetivas:

“[...] pueden enriquecer el debate público, aportan información [...] de utilidad para los especialistas y las autoridades, sobre lo que le interesa a la población, y ayudan a explicar ciertos resultados de la aplicación de una determinada política [...] pueden ayudar a descifrar las actitudes políticas, las preferencias ideológicas y las creencias que condicionan el proceso político” (Lora, 2008: 233).

En una dirección similar, *“Los análisis subjetivos se plantean como estudios complementarios a los enfoques tradicionales bajo el convencimiento [de] que un análisis de pobreza , además de identificar y cuantificar los hogares pobres, debe buscar captar cómo perciben esos hogares su situación”* (Giarrizzo, 2007: 4). Ese tipo de indicadores también puede considerarse para la medición de pobreza estructural, de largo plazo, que no requiere alta periodicidad.

La provisión de bienes públicos, que suele excluirse de las mediciones pero se menciona en las críticas a las medidas de pobreza monetaria, debería incluirse en las caracterizaciones. Las encuestas de calidad de vida son un buen insumo para recopilar información asociada a esos bienes. Esas encuestas están disponibles para ciudades grandes y regiones. Para el resto de ciudades puede trabajarse con información de los censos (podría adaptarse el Índice de Pobreza Multidimensional de manera que sólo comprenda variables censales). Para la caracterización de temas específicos y claves (como educación, salud, nutrición), puede trabajarse con las estadísticas producidas en los propios municipios. Como señala Ravallion (1992), dado que algunos aspectos del bienestar no están reflejados de manera adecuada por los indicadores basados en ingreso o gasto, puede hacerse uso de medidas suplementarias (indicadores sociales y servicios públicos).

Finalmente, para el **diseño de políticas públicas** asociadas con servicios sociales resultan útiles los análisis de las dimensiones incluidas en el NBI y en el Índice de Pobreza Multidimensional (políticas de vivienda, servicios, educación, salud, atención a la primera infancia), mientras que la evaluación de la pobreza monetaria puede servir, pero es insuficiente, para el diseño de política económica (empleo, ingresos). Al respecto debe señalarse que una medida de pobreza *agregada* (como el porcentaje de pobres estimado mediante la Línea de Pobreza o el Índice de Pobreza Multidimensional consolidado) no arroja información práctica para el diseño de políticas *específicas*. Y, como los gobiernos no diseñan “políticas de reducción de la pobreza”, sino programas en áreas particulares para su disminución (por ejemplo, en aspectos laborales, de educación, salud, vivienda, etc.), es más conveniente disponer de medidas desagregadas (a nivel, incluso, de variables).

Pese a la mayor utilidad que, para efectos de política pública, tienen los indicadores desagregados, resulta necesaria la construcción de medidas de pobreza monetaria *realistas*, basadas en canastas de bienes y servicios ajustadas a la *realidad*, no a la *normatividad*, que permitan contar con diagnósticos rápidos, actualizados y creíbles de la pobreza para distintas desagregaciones geográficas. La MESEP debería revisar sus estimaciones y adoptar un método técnicamente robusto, pero también transparente, replicable y fácil de entender y explicar (Herrera, 2010). El análisis realizado para Manizales refleja las grandes distorsiones generadas por la técnica seleccionada por la Misión para la estimación de las líneas de pobreza en el país.

Bibliografía

- ALCALDÍA DE MANIZALES. (2007). "Información de pobreza en Manizales. La magnitud de las cifras". Manizales. En: <http://cie.wdfiles.com/local--files/social/Pobreza%20Marzo%202007.pdf> [Julio 16 de 2010].
- ALKIRE, Sabina & SANTOS, Maria Emma. (2010). "Acute Multidimensional Poverty: A New Index for Developing Countries". *OPHI Working Paper*, No. 38. En: <http://www.ophi.org.uk/wp-content/uploads/ophi-wp38.pdf> [Julio 23 de 2010].
- ANGULO, Roberto. (2010). "Propuesta de un Índice de Pobreza Multidimensional (IPM-OPHI) para Colombia". Presentación realizada en el Seminario Internacional Colombia en las nuevas tendencias de medición de la pobreza y la igualdad de oportunidades. Bogotá, julio 28 y 29. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=XpCxWgBpOIM%3d&tabid=1192> [Agosto 10 de 2010].
- ARRIAGADA, Camilo. (2000). "Pobreza en América Latina. Nuevos escenarios y desafíos de políticas para el hábitat urbano". *Serie Medio Ambiente y Desarrollo*, No. 27. Santiago de Chile. En: <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/7/5637/lcl1429e.pdf> [Octubre 1 de 2010].
- ARRIAGADA, Irma. (2003). "Dimensiones de la pobreza y políticas de género". Documento preparado para el curso Pobreza, globalización y género: avances en la teoría, la investigación y estrategias, con especial foco en América Latina. CEPAL, mimeo. En: http://www.generoypobreza.org.ar/docs/04_Arriagada_Definiciones.de.pobreza.y.politicas.publicas.pdf [Octubre 1 de 2010].
- ASSELIN, Louis-Marie & DAUPHIN, Anyck. (2001). "Poverty measurement: a conceptual framework". Canadian Centre for International Studies and Cooperation, CECI. Québec. En: <http://www.pep-net.org/fileadmin/medias/pdf/asselin/Poverty.pdf> [Diciembre 3 de 2010].
- BOURGUIGNON, François & CHAKRAVARTY, Satya R. (2002). "Multi-dimensional poverty orderings". *DELTA Working Papers* 2002-22. DELTA (Ecole normale supérieure). En: <http://www.delta.ens.fr/abstracts/wp200222.pdf> [Octubre 5 de 2010].
- CELIS, Marly Tatiana. (2010). "¿Está segregada la pobreza en Manizales?". En: *RegionEs*, Vol. 5, No. 2, pp. 55-98.
- CORREDOR, Consuelo. (2004). "Pobreza, equidad y eficiencia social". *Cuadernos PNUD-MPS*, No. 1. Investigaciones sobre desarrollo social en Colombia. PNUD. En: <http://www.fuac.edu.co/download/AREAS/10ipq.pdf> [Febrero 22 de 2007].
- CRECE-Centro de Estudios Regionales Cafeteros y Empresariales-. (2009). Encuesta de Calidad de Vida de Manizales. Manizales.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICA -DANE-. (1988). "La Pobreza en trece ciudades colombianas". *Boletín de estadística*, No. 429. Bogotá.
- _____. (1997). *Cuadros de salida de la encuesta de ingresos y gastos 1994-1995*. Bogotá.

- _____. (2008). "Censo General 2005: Calidad de vida". En http://www.dane.gov.co/censo/files/resultados/NBI_total_cab_resto_mpio_nal_31dic08.xls [Octubre 10 de 2010]
- DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN –DNP–. (2008). "Actualización de los criterios para la determinación, identificación y selección de beneficiarios de programas sociales. Conpes Social 117". Bogotá. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/Portals/0/archivos/documentos/Subdireccion/Conpes%20Sociales/117.pdf> [Diciembre 3 de 2010].
- _____. (2010). *Bases del Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014. Prosperidad para todos. Más empleo, menos pobreza y más seguridad*. Bogotá. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=PmpNQzO2JFg%3d&tabid=1157> [Diciembre 3 de 2010].
- FERES, Juan Carlos & MANCERO, Xavier. (2001a). "Enfoques para la medición de la pobreza: Breve revisión de la literatura". *Serie estudios estadísticos y prospectivos*, No. 4. Santiago de Chile. En: <http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/5954/lcl1479e.pdf> [Octubre 2 de 2010].
- _____. (2001b). "El método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) y sus aplicaciones en América Latina". *Serie estudios estadísticos y prospectivos*, No. 7. Santiago de Chile. En: <http://cdi.mecon.gov.ar/biblio/docelec/cepal/espro/7.pdf> [Noviembre 2 de 2004].
- GIARRIZZO, Victoria. (2007). "Percepciones de Pobreza y Pobreza Subjetiva. Un estudio para la Argentina". Universidad de Buenos Aires. En: <http://www.cerx.org/textos/articulos/Percepciones%20de%20Pobreza.pdf> [Julio 8 de 2010].
- GONZÁLEZ, Jorge Iván (2010). "Medidas multidimensionales de pobreza: Más allá del utilitarismo". Documento presentado en el Seminario Internacional Colombia en las nuevas tendencias de medición de la pobreza y la igualdad de oportunidades. Bogotá, julio 28 y 29. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=bpBHG5rjczk%3d&tabid=1192> [Agosto 10 de 2010].
- HAUGHTON, Jonathan & KHANDKER, Shahidur R. (2009). *Handbook on Poverty and Inequality*. The World Bank. Washington, D.C.
- HERRERA, Javier (2010). "Medición de pobreza monetaria: desarrollos recientes". Presentación realizada en el Seminario Internacional Colombia en las nuevas tendencias de medición de la pobreza y la igualdad de oportunidades. Bogotá, julio 28 y 29. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=f-UbCqwzGaE%3d&tabid=1192> [Agosto 10 de 2010].
- LORA, Eduardo. (Ed). 2008. *Calidad de vida: más allá de los hechos*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo y Fondo de Cultura Económica. En: http://www.superacionpobreza.cl/biblioteca-archivos/calidad_de_vida.pdf [Febrero 11 de 2009].
- MATIJASEVIC, María Teresa; VILLADA, Carolina & RAMÍREZ, Mónica (2010). "Felicidad, bienestar y capacidad de agencia. El caso de Manizales". En: *RegionEs*, Vol. 5, No. 1, pp. 104-150.

- MISIÓN PARA EL DISEÑO DE UNA ESTRATEGIA PARA LA REDUCCIÓN DE LA POBREZA Y LA DESIGUALDAD –MERPD–. (2006). *Metodología de medición y magnitud de la pobreza en Colombia*. Bogotá. En: http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/Portals/0/archivos/documentos/DDS/Pobreza/En_Que_Vamos/Metodologia_de_medicion_y_magnitud_pobreza_MERPD.pdf [Septiembre 4 de 2006].
- MISIÓN PARA EL EMPALME DE LAS SERIES DE EMPLEO, POBREZA Y DESIGUALDAD –MESEP–. (2009). “Resultados Fase 1. Empalme de las Series de Mercado Laboral, Pobreza y Desigualdad (2002-2008)”. Resumen Ejecutivo. Bogotá. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=8hlXDeJ%2FbRE%3D&tabid=337> [Agosto 2 de 2010].
- _____. (2010). *Cifras de Pobreza, Pobreza Extrema y Desigualdad 2009*. Bogotá. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=ltogs6K6cUQ%3D&tabid=337> [Octubre 3 de 2010].
- NINA, Esteban; GRILLO, Santiago & KARPF, Elizabeth. (2007). “¿Cuál es el mejor indicador de pobreza en Colombia para la orientación del gasto público social?”. *Papel Político*, Vol. 12, No. 1, pp. 117-144. En: <http://www.javeriana.edu.co/politicas/publicaciones/documents/5.Mejorindicadordepobreza.pdf> [Octubre 12 de 2009].
- PIEDRAHITA, Esteban. (2010). “Una propuesta de tablero de control para monitorear las condiciones de vida en Colombia”. Presentación realizada en el Seminario Internacional Colombia en las nuevas tendencias de medición de la pobreza y la igualdad de oportunidades. Bogotá, julio 28 y 29. En: <http://www.dnp.gov.co/PortalWeb/LinkClick.aspx?fileticket=sqpo3Byv3zc%3d&tabid=1192> [Agosto 10 de 2010].
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO –PNUD–. (2010). “Informe sobre Desarrollo Humano 2010. La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al desarrollo humano”. Nueva York. En: http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2010_ES_Complete_reprint.pdf [Noviembre 25 de 2010].
- RAVALLION, Martin. (1992). “Poverty Comparisons, A Guide to Concepts and Methods, Living Standards Measurement Study”. *Working Paper* 88. Washington D.C.: World Bank. En: http://www.countrycompass.com/_docs/library/WB%20Working%20Paper%20-%20Poverty%20Comparisons%20A%20Guide%20to%20Concepts%20and%20Methods.pdf [Octubre 10 de 2010].
- ROMERO, Julio. (2005). “¿Cuánto cuesta vivir en las principales ciudades colombianas? Índice de Costo de Vida Comparativo”. *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional*, 57. Cartagena: Banco de la República. En: [http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/pdf/DTSER-57-\(VE\).pdf](http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/pdf/DTSER-57-(VE).pdf) [Julio 16 de 2010].
- RUGGERI, Caterina; SAITH, Ruhi & STEWART, Frances. (2003). “Does it matter that we don't agree on the definition of poverty? A comparison of four approaches”. *Working Paper Number 107, QEH Working Paper Series – QEHWPS107*. En: <http://www3.qeh.ox.ac.uk/pdf/qehwp/qehwps107.pdf> [Octubre 11 de 2010].

- SÁNCHEZ, Fabio & NÚÑEZ, Jairo. (1999). La medición de la pobreza en Colombia. Bogotá: DNP. En: <http://galeon.com/alianzakennedy/pobreza.pdf> [Octubre 7 de 2010].
- SARMIENTO, Alfredo & RAMÍREZ, Clara. (1998). "El índice de condiciones de vida: una propuesta para la distribución". Departamento Nacional de Planeación, Misión Social, Bogotá.
- SEN, Amartya. (1979). "Issues in the measurement of poverty". *The Scandinavian Journal of Economics*, Vol. 81, No. 2, Measurement in Public Choice, pp. 285-307. En: <http://www.jstor.org/pss/3439966> [Octubre 4 de 2010].
- _____. (1985). "A Sociological Approach to the Measurement of Poverty: A Reply to Professor Peter Townsend". *Oxford Economic Papers*, New Series, Vol. 37, No. 4, pp. 669-676. En: <http://www.jstor.org/pss/2663049> [Octubre 4 de 2010].
- _____. (1995). *The Political Economy of Targeting*. Public Spending and the Poores: Theory and Evidence. World Bank. En: http://www.adatbank.ro/html/cim_pdf384.pdf [Octubre 7 de 2010].
- VELÁSQUEZ, Liliana. (2010). "Condiciones de vida objetivas y subjetivas en Manizales". En: *RegionEs*, Vol. 5, No. 1, pp. 40-72.

**POBREZA, DESPLAZAMIENTO Y TERRITORIO.
UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA AL
MANEJO DE INDICADORES PARA LA
MEDICIÓN DE POBREZA POR PARTE DE LAS
INSTITUCIONES GUBERNAMENTALES.***

VÍCTOR ALFONSO AGUDELO VILLEGAS
LUIS MIGUEL VÉLEZ SALAZAR*****

Recibido: 5 de octubre de 2010
Aprobado: 6 de octubre de 2010

Artículo de Investigación

* Artículo de investigación presentado como resumen de la caracterización socioeconómica de una muestra de desplazados en Manizales para la Defensoría del Pueblo en el año 2009.

** Sociólogo de la Universidad de Caldas. Miembro del Grupo de Investigaciones Socio-históricas y Contemporáneas.

*** Antropólogo de la Universidad de Caldas. Consultor en Desplazamiento Forzoso para la Defensoría del Pueblo.

Resumen

El presente artículo se presenta como una revisión crítica al manejo de indicadores sociales para la medición de fenómenos como la pobreza o el desplazamiento forzoso en Colombia, por parte tanto de las instituciones gubernamentales como de las académicas, y sus implicaciones al momento de profundizar sobre los análisis específicos de problemáticas con factores en común pero con particularidades estructurales tan disímiles. Se colocan aquí en discusión las características fundamentales del desplazamiento forzoso en relación con la forma en que las instituciones gubernamentales definen el concepto de pobreza, tratándolas en algunos casos bajo parámetros iguales.

Palabras clave: desplazamiento forzoso, pobreza, pobreza urbana, territorio, instituciones gubernamentales.

POVERTY, FORCED DISPLACEMENT AND TERRITORIO. A CRITICAL APPROXIMATION TO THE MANAGEMENT GOVERNMENTAL INSTITUTIONS MAKE OF INDICATORS TO MEASURE POVERTY.

Abstract

This article is presented as a critical review to the management of social indicators for the measuring of phenomena such as poverty or forced displacement in Colombia carried out by both governmental and academic institutions, and their implications at the time of going into some specific analysis of problems involving common factors but with very dissimilar structural features. The fundamental characteristics of forced displacement in relation with the way in which governmental institutions define the concept of poverty are discussed here, in some cases dealing with them under the same parameters.

Keywords: forced displacement, poverty, urban poverty, territory, governmental institutions.

Introducción

Si bien los análisis acerca del fenómeno de la pobreza empiezan a proliferar en diversos sectores académicos, sobre todo de las ciencias sociales, con base en grandes desarrollos teóricos y políticos por parte de instituciones internacionales como la CEPAL o el BID para contrarrestar la principal problemática social del denominado “mundo en vía de desarrollo”, es aún difícil de interpretar la forma en que dichos avances han influido de manera efectiva en el desarrollo de políticas públicas, no solamente relacionados con el tema específico de la pobreza, sino además, con factores sociales que influyen directamente sobre su desarrollo y reproducción, y que van más allá de las variables consideradas dentro de los indicadores desarrollados para este fin. Hablamos en este caso de un fenómeno que toma más fuerza dentro de territorios en conflicto, que debilita sustancialmente la economía agrícola y que contribuye a profundizar las características de la pobreza en sectores urbanos debido a su fácil filtración dentro de zonas marginales en la ciudad: el desplazamiento forzoso.

El tema de “los desplazados” y las zonas receptoras de esta población, reviste hoy día vital importancia no sólo para dichas zonas (departamentos, municipios), sino también para los organismos gubernamentales en su necesidad por desarrollar políticas públicas que contribuyan a manejar (sino, superar) un tema que ha surgido como consecuencia de problemáticas sociales y políticas de orden coyuntural y estructural durante las últimas décadas, para nuestro caso en Colombia.

Según estudios de la CEPAL (2010), el 79% de los ingresos generales de los hogares urbanos en Latinoamérica corresponden a la participación de sus miembros en el mercado de trabajo, el restante se distribuye entre “remesas”, ayudas institucionales, etc. Por otra parte, a los ingresos generales de los hogares rurales corresponden solamente el 38% por parte de actividades vinculadas al mercado de trabajo. De esta forma, si pretendiésemos articular las problemáticas particulares de la realidad social colombiana (pobreza y desplazamiento) con las estadísticas manejadas por este tipo de instituciones, deberíamos decir que la población en condición de desplazamiento¹ llega ahora a las ciudades con menores oportunidades de trabajo dadas, entre otras cosas, por la poca calificación laboral, y en donde los ingresos de la población urbana por cuenta del salario asciende a casi el 80%. El nuevo entorno socioeconómico obliga al desplazado a adecuar su estilo de vida nativo (economía de consumo) a uno nuevo, sustentado en la obtención de

¹ Que dentro de su economía rural de consumo cabían en el promedio latinoamericano que vive con sólo un 38% de ingresos provenientes del salario.

la mayoría de los medios de subsistencia por cuenta del empleo directo y en una mínima proporción a través de los auxilios institucionales por hacer parte de una “población vulnerable”².

No obstante todo lo anterior, debemos guardar distancia frente a gran parte de las estadísticas latinoamericanas en relación con la caracterización y medición de la pobreza dados los elementos particulares que hemos de discutir ahora. Para estos efectos, realizaremos una pequeña aproximación al fenómeno del desplazamiento forzoso con base en un estudio de caso previo realizado en la ciudad de Manizales para la Defensoría del Pueblo (Vélez, 2009), y lo contrastaremos con los requerimientos que algunas de estas instituciones gubernamentales solicitan a sus investigadores para medir el impacto del desplazamiento forzoso con base en indicadores de medición de pobreza que no profundizan realmente sobre el fenómeno atendido.

La medición de la pobreza en el contexto institucional

Los indicadores de medición de pobreza, pueden entenderse en términos bastante amplios como tipos ideales sobre los cuales se basan las instituciones internacionales para realizar mediciones comparativas entre naciones o regiones³. Sin embargo, la verdadera utilidad que pueden representar para análisis internos es la de permitir la observación del contexto y el grado en que se alejan o aproximan este tipo de fenómenos en el nivel local con respecto a estándares nacionales y mundiales. Esta es la utilidad que aún no se les reconoce a los indicadores de medición de pobreza en casos como los de instituciones nacionales que centran sus análisis en la medición directa de dichos indicadores.

En el caso de las mediciones oficiales de pobreza en Colombia se sigue esta línea particular. En el Informe al Congreso del presidente de la República del año 2008 (Uribe, 2008) presenta, por ejemplo, los resultados de medición

² En nuestro caso (en Manizales específicamente), gran parte de la población en condición de desplazamiento tarda varios meses para acceder al mercado laboral, incluso mediando las capacitaciones laborales. Aun así, un porcentaje amplio de la población subsiste casi exclusivamente de las ayudas institucionales (atención humanitaria de emergencia). Lo que es aún más grave que esto es que, dentro de nuestra muestra, sólo el 36% de las familias de desplazados habían alcanzado a recibir la primer ayuda de las tres reglamentadas por la Sentencia T-025 de 2004.

³ La base teórica de los indicadores de medición de la pobreza considera que cada persona o familia necesita un ingreso mínimo para poder adquirir los bienes y servicios esenciales. Este ingreso mínimo depende de los precios que haya en cada país para una canasta determinada de bienes y servicios. La forma más sencilla ha sido considerar que cada persona necesita por lo menos dos dólares diarios para vivir dignamente (una convención internacional): aproximadamente 5.800 pesos/día(174.000 pesos/mes por persona o 696.000 pesos/mes para una familia de 4 personas)(FLACSO, 2010).

de pobreza bajo los parámetros estandarizados internacionalmente (Línea de Pobreza, Línea de Indigencia, Producto Interno Bruto, etc.) sin hacer aclaración alguna acerca de las características especiales de la pobreza en el contexto nacional y sus manifestaciones en determinadas zonas o regiones. Más aun, dentro del informe se plantea el apoyo de una Misión para el diseño de una estrategia para la reducción de la pobreza y la desigualdad (MERPD), que tiene como objetivo precisamente elaborar diagnósticos con base en nuevos instrumentos que consideren dichas especificidades. No obstante, este objetivo parece sucumbir a la necesidad de presentar estadísticas acordes con los requerimientos internacionales antes que describir el fenómeno en particular.

Es claro pues que los indicadores para la medición de la pobreza, por su carácter general, no pueden describir por sí mismos un fenómeno tan complejo, y es por tal motivo que este tipo de informes presentan de manera secuencial diferentes mediciones de una misma problemática, confundiendo más que clarificando las posibles interpretaciones que de él puedan hacerse y más si nuestra pretensión es contrastarlo con fenómenos como el del desplazamiento forzoso. Coloquemos un ejemplo al respecto: supongamos que la línea de pobreza nos indica que existe un porcentaje considerable de familias en condición de desplazamiento que cuentan con los ingresos para satisfacer sus necesidades básicas. Sin embargo, la línea de pobreza no nos da cuenta de la forma en que se distribuyen los ingresos dentro del hogar ni de qué forma los programas de capacitación, y otros que implementa el gobierno a través de instituciones como el SENA, permiten que los recursos que se invierten en esas actividades productivas generen posibilidades de mejoramiento de la calidad de vida de los beneficiarios en términos de vivienda, salud y educación, elementos que se consideran como las principales variables dentro de los índices de medición de pobreza.

En este mismo sentido, las organizaciones dependientes del gobierno central reproducen este parámetro de medición dejando de lado otras posibilidades de análisis más allá de la satisfacción de las necesidades (materiales) básicas. En el caso particular de la caracterización socioeconómica de la población desplazada en Manizales, la Defensoría del Pueblo solicitó expresamente la elaboración de una Línea de Pobreza y una de Indigencia como base central para el análisis de dicha población. Véase más: (Vélez, 2009).

LÍNEAS DE INDIGENCIA Y POBREZA



Gráfico 1. Líneas de Indigencia y Pobreza.

Fuente: tomado de Vélez (2009).

Para estos casos, uno de los métodos de utilización de los índices de medición de la pobreza durante los últimos años, y precisamente en torno a las críticas realizadas sobre este tema por la comunidad académica a organizaciones internacionales como el Banco Mundial, la CEPAL o el BID, se refiere actualmente al denominado “método integrado de medición de la pobreza” (Alarcón, 2001), en el que se asumen como complementarios los índices de determinación (Línea de Pobreza) o carencia (Necesidades Básicas Insatisfechas) a fin de medir desde diferentes perspectivas varios aspectos del bienestar.

En este caso, debemos entrar a analizar dos fenómenos que dentro de nuestra realidad social aparecen codeterminados y que es preciso comprender tanto en su diferencia como en su manejo por parte de las instituciones gubernamentales a saber: la pobreza y el desplazamiento forzoso.

Pobreza y desplazamiento

Como mencionábamos arriba, es bastante recurrente que el fenómeno de la pobreza se maneje, dentro de las políticas públicas de los países latinoamericanos e incluso a nivel nacional, como un tema de superación coyuntural o “a corto plazo” que reproduce la problemática, haciéndola cada vez más profunda e insoluble (Klikberg, 1993).

Siguiendo una perspectiva diferente a la aquí planteada, algunos organismos tanto gubernamentales como no-gubernamentales se han preocupado por dirigir su atención hacia el ámbito que, desde los Derechos Humanos y la propia Constitución Política, considere la posibilidad de brindar soluciones prácticas al fenómeno del “desplazamiento forzoso”: procesos de reubicación, posibilidades de empleo, capacitación, viviendas de interés social, planes de seguridad y de retorno a las tierras, han sido algunas de las alternativas que dichos organismos han implementado en busca de soluciones tentativas a un fenómeno social que se torna cada vez más complejo. Asimismo, dentro de esta problemática (desplazamiento), uno de los puntos más relevantes, es la “generación de ingresos” por parte de la población, para lo cual, es imperativo pensar al desplazado desde sus dinámicas sociales en pro de dicho elemento⁴.

Los anteriores, son puntos fundamentales para expresar el papel que juegan los factores económicos ajenos (externos) a las prácticas directas del desplazado. De igual forma, aparecen otros tantos que se hace preciso analizar desde la realidad del fenómeno, es decir, desde las formas de “trabajo”, de manera que se plantee como una problemática no sólo para el análisis social, sino como un punto fundamental desde el cual se articulen las políticas de atención a la población desplazada con los derechos fundamentales de todo ciudadano y las posibilidades de superación de la pobreza desde el orden institucional.⁵

No obstante, uno de los problemas centrales que podemos encontrar en el desarrollo de políticas públicas, tanto para la superación de la pobreza como para el tratamiento y atención a desplazados a nivel nacional, está en el hecho de tratar la economía campesina sobre la base de un interés por la economía de producción menos que por el de una de consumo (Gómez & Duque, 1998). En otras palabras, por un desconocimiento parcial sobre la importancia de articular estas dos esferas económicas, tanto para la prevención de la migración voluntaria como para el fortalecimiento del sector primario de la economía. Ambos, elementos fundamentales para hacer frente al fenómeno de la pobreza, por lo menos en cuanto a política económica se refiere. A este respecto Gómez & Duque (*Ibíd.*: 105) destacan, como elemento primordial para la formulación de políticas de atención a sectores campesinos, la distinción necesaria de factores socioeconómicos diversos dentro del mismo

⁴ Algunas lecturas más amplias del desplazamiento se plantean sólo desde las migraciones de carácter violento. Véase por ejemplo: “*los factores económicos se expresan en un movimiento doble: de un lado, las migraciones de campesinos del campo hacia la ciudad con expectativas de mejoramiento de su calidad de vida; y del otro, de campesinos y habitantes urbanos, que se conectan a campañas colonizadoras en zonas de frontera agrícola en busca de su vinculación a las bonanzas o ciclos de acumulación generadas por la economía ilegal*” (Salcedo, 2005: 123).

⁵ **Artículo 25.** El trabajo es un derecho y una obligación social y goza, en todas sus modalidades, de la especial protección del Estado. Toda persona tiene derecho a un trabajo en condiciones dignas y justas (Constitución Política de Colombia).

campesinado (campesinos comerciantes, jornaleros, productores, etc.). Lo que supone de antemano un trato diversificado que pocas veces se hace evidente dentro de dichas políticas.

Ahora bien, si miramos el papel que desarrollan las instituciones en cuanto a atención a población desplazada dentro de las ciudades, se hace evidente que la población diversificada que arriba a ellas es atendida bajo unos parámetros estandarizados que consideran, en el mejor de los casos, a toda la población simplemente como “campesinos” sin distinciones particulares. De esta manera, las ayudas institucionales caen en el dilema de atender al desplazado como un individuo que necesita integrarse a un nuevo entorno socioeconómico y cultural, o como uno que se instala provisionalmente en el mismo. Dilema que no termina por resolverse hasta el momento, y que acaba por afectar la utilización efectiva de los cuantiosos recursos dispuestos tanto para atención humanitaria a desplazados como para políticas de “retorno a tierras”.

Varias han sido las preocupaciones por parte de estas instituciones⁶. Una de las principales, la asistencia y el restablecimiento de redes sociales por iniciativa de los individuos y por el apoyo tanto del gobierno como de diferentes organizaciones. Además, el “retorno a las tierras” que, entre otras cosas, ha presentado menor efectividad, pero que aparece como uno de los objetivos centrales de los planes de acción. Sin embargo, el problema fundamental aquí reside en que se tengan en consideración ambas posibilidades sin un criterio claro de distinción e impacto sobre la población tratada y que, de hecho, se lleven a cabo de manera casi simultánea, generando lo que denominamos aquí un constante proceso de *desarraigo-territorialización-reterritorialización*⁷: 1) Cuando el individuo sale de manera involuntaria de su territorio generalmente nativo; 2) Cuando asume un nuevo espacio físico y social como propio, coadyuvado por las políticas de emprendimiento, desarrollo sostenible, capacitación, etc.; y, 3) Cuando, después de haber apropiado un nuevo espacio físico y social y haber reorientado sus prácticas productivas de acuerdo con los elementos del segundo punto, el individuo decide acogerse (cuando se presenta la oportunidad) a los programas de “retorno a las tierras” a fin de buscar el posible restablecimiento de un Territorio modificado sustancialmente por el primer fenómeno migratorio: el desplazamiento propiamente dicho.

No obstante lo anterior, podría sugerirse (alegarse) como alternativa el hecho de que la Ley considere la posibilidad del retorno a las tierras como un acto *voluntario* por parte del individuo que puede, empero, ser respaldado por

⁶ Aquellas que desarrollan las políticas de atención a la población en condición de desplazamiento.

⁷ Para el desarrollo de estos conceptos véase: Vélez (2009).

los planes de acción referenciados. Aun así, muchos de los programas de atención al desplazado, por lo menos los desarrollados por instituciones como el SENA para la ciudad de Manizales, no consideran programas de capacitación que sean acordes realmente con las necesidades del desplazado al momento del arribo a su sitio de destino transitorio o definitivo (la ciudad), y que podrían generar menor tensión entre el individuo y su nuevo entorno tanto en el proceso de “primera migración” como en la posible sujeción futura a los programas de retorno a tierras. La mayoría de estos programas tienen como objetivo la posibilidad de vinculación del individuo al mercado laboral (usualmente *informal*) del nuevo territorio⁸.

Desplazamiento forzoso y reproducción de la pobreza urbana

Uno de los problemas fundamentales para el tratamiento de la pobreza ampliada y reproducida por el fenómeno del desplazamiento forzoso en las zonas urbanas es la imposibilidad por parte del desplazado, debido a la *exclusión social*⁹, de generar recursos y/o prácticas lucrativas a fin de proveerse los medios de subsistencia. De acuerdo con esto, se podría plantear que, en el proceso de desplazamiento, el individuo no se “identifica” en su *labor*: El trabajo campesino está asociado fundamentalmente a las labores agrícolas de producción. En el ámbito urbano, por su parte, el individuo está obligado a relacionarse con una serie de prácticas productivas diferentes (comercio informal, albañilería, oficios varios, etc.) y, en el mejor de los casos, con el comercio de productos agrícolas bajo la lógica de las plazas de mercado. En estos términos, instituciones como el SENA –por ejemplo– y su “Plan de Acción Integral a la Población Desplazada por la Violencia a Nivel Nacional” se encarga de capacitar a dichas personas en temas de *emprendimiento* y posibilidades de inserción laboral. Empero, muchas de estas posibilidades solo podrían hacerse efectivas para el proceso de retorno de la población a sus lugares de origen y la aplicación de estos saberes en las prácticas nativas de economía agrícola. De lo contrario, los programas terminan por reforzar la tesis que estamos manejando aquí de escindir, en el proceso de desplazamiento, al individuo tanto de su Territorio como de sus identificaciones socio-culturales y económicas. Así, esta actividad por él desarrollada aparece como diferente a la realizada durante toda su vida y/o por herencia en su lugar de residencia

⁸ Capacitaciones relacionadas con Manipulación de alimentos, Mercadeo, Máquina plana, etc., son las más recurrentes, así como las más difundidas por estas instituciones.

⁹ “La llegada de las personas en condición de desplazamiento impacta no solo sus propios imaginarios, sino los existentes en estos nuevos territorios; se consolida la dimensión de lo ‘extraño’ que produce una interacción siempre incongruente [...], que marca distancias en las prácticas, los discursos y las imágenes sociales, logrando escindir la vida cotidiana entre un mundo de confusión y otro de caos” (Palacios, 2004: 47.).

(territorio) nativo¹⁰. En estas condiciones es preciso que la generación de recursos por parte del individuo y las políticas que a este respecto desarrolla el Estado, se convierten así, no en un fin en sí mismo sino en un mecanismo que devuelva a estas poblaciones la oportunidad de identificarse en nuevos espacios y de rescatar la autonomía sobre sus destinos como manifestación amplia de reivindicación a las víctimas del desplazamiento.

Para hacer un énfasis en las ayudas humanitarias y planes de acción en contra de la situación del desplazamiento, uno de los beneficios que tienen las personas en condición de desplazamiento, serían las capacitaciones que brinda el Servicio Nacional de Aprendizaje –SENA–, con el fin de desarrollar proyectos productivos y fuerzas de trabajo que les brinde un sustento para estas familias. Dichas capacitaciones están enfocadas en labores comunes como la panadería, la producción de lácteos, las manualidades y todo tipo de labores que pueden ser desarrolladas en el ámbito urbano. No obstante, las capacitaciones que están dirigidas al fomento y refuerzo de la capacidad laboral adquirida tradicionalmente de esta población, son mínimas dadas las necesidades y requerimientos del mercado laboral urbano. Las *capacitaciones* se entienden en este sentido, de manera literal, al momento de “hacer capaz” al desplazado de insertarse funcionalmente en las prácticas laborales del nuevo territorio.

Las posibilidades de sustento económico de las familias en su territorio nativo se adecuan tanto a las labores desempeñadas por los miembros como a las condiciones de vida propiamente dichas. Sin embargo, la movilización a un territorio ajeno, sociocultural y económicamente diferente, hace que dicha concepción se transforme y se asuma bajo los esquemas del nuevo territorio, momento en el que el desplazado se asume como “pobre”. El concepto de *pobreza* aparece en la percepción del desplazado, en la transición misma del campo a la ciudad, allí donde las necesidades económicas se suplen con costos de vida más altos, estilos de vida diferentes y necesidades “nuevas” que son muchas veces impuestas por el entorno social al que se ven sujetos. La economía agrícola del “pan coger”¹¹ y otras características de la vida campesina son vistas en la ciudad como formas de reproducción de un fenómeno que, para el desplazado, aparece como “nuevo”, y que son aquí, por tanto, superfluas como posibilidades de subsistencia.

¹⁰Queda claro que el Decreto 250 de 2005 considera la estabilización socio-económica de la población desplazada a través de programas que “garanticen la satisfacción de sus necesidades básicas”. No obstante, el individuo debe entrar en contacto con dichos programas a fin de restablecer sus prácticas para generación de ingresos, lo cual supone además, el contacto con otro tipo de actividades productivas diferentes a las propias (ICBF, 2010).

¹¹Economía de consumo.

Territorio y desplazamiento en el contexto local

Para nuestro caso, la caracterización socioeconómica de la población en condición de desplazamiento en Manizales, sugerida por la Defensoría del Pueblo en el año 2009, responde a la necesidad –como ya hemos hecho mención– de indagar acerca de las condiciones de vida de dichos individuos y la forma en que asumen unas prácticas productivas (laborales) específicas que les proveen el “sustento diario” aún en contra de su propio acervo cultural, aquel que –como hemos visto también–sufre grandes transformaciones en relación con el nuevo entorno físico y social a que se enfrenta. La “generación de ingresos”, es identificada como un eje central de esta investigación, porque el despojo material de los factores identitarios, no implica el olvido de las tradiciones, por tanto, el desplazado busca continuar de esta manera en la ciudad con actividades económicas similares a las que solía desempeñar en su territorio, entre otras cosas por una destreza dada por años de práctica como actividad laboral-familiar y tradicional. De esta forma, la población desplazada no solo posee una destreza laboral limitada a determinados campos (como el de la agricultura), sino que además las mismas condiciones de exclusión social lo llevan a establecerse como una población “gueto” en la que difícilmente sus individuos podrán desarrollarse libremente como ciudadanos y hacer uso de sus derechos aún cuando, como hemos visto, las asociaciones permiten al “desplazado” una ligera aproximación al campo de sus derechos que, no obstante, no es del todo efectiva.

La condición de desplazamiento en Manizales se lee evidentemente menos tensa y marcada que en otras ciudades del país, sin embargo, no es menos difícil para el individuo que la vive: en una ciudad pequeña las condiciones laborales son más restringidas, incluso para personas nativas con formaciones profesionales específicas. El extenso sector rural aledaño hace que el fenómeno se haga menos evidente a las organizaciones encargadas de su manejo.

Consideraciones finales

Vemos entonces cómo el territorio del desplazado se ubica en todos los espacios urbanos y en ninguno. Se configura constantemente en los espacios físicos y sociales apropiados por el individuo. La “condición de desplazamiento” se asume como *condición* precisamente por el hecho de ser una constante transformación de un territorio que se hace “nómada” con su sujeto: el acervo cultural del individuo y su entorno social (fundamentalmente configurado por su núcleo familiar) no se destruye como suele argumentarse a favor de “las víctimas del desplazamiento”. No obstante, la constante transformación que

el mismo sufre en el proceso de *desarraigo-territorialización-reterritorialización* llevado a cabo en el proceso de movilidad, que desde el hábitat nativo pasa por un espacio social extraño y retorna (eventualmente) al primero, implica a mediano y largo plazo un deterioro considerable de un factor incluso más estructural del que hemos tratado aquí: el desapego del campesino por su tierra y su cultura se complementa con la tensión que implica su asentamiento en un territorio ajeno del cual aparece como “invasor”. Las posibilidades laborales restringidas se complementan con el desconocimiento de los factores arriba mencionados por parte de las organizaciones que atienden el fenómeno y generan un *sin-lugar* en los espacios sociales, físicos y laborales. El individuo, que migra del campo huyendo generalmente de amenazas de muerte directas (por grupos armados ilegales) o indirectas (por enfrentamiento entre grupos legales e ilegales), encuentra en su lugar de recepción un espacio casi tan hostil –aunque bajo otra lógica– como el que acaba de dejar.

La apropiación de un espacio físico en el nuevo territorio, ya sea a partir de actividades socioeconómicas, necesidad de huir del lugar propio para buscar seguridad en un espacio social diferente y demás factores que influyen al momento de un asentamiento en particular, conlleva a producir una carga social-simbólica que, impuesta en dicho lugar, lo apropia *legítimamente*, por lo cual aunque la calle, los lotes baldíos y sectores que por sus características pueden ser catalogados como *no lugares* (Augé, 2001), se convierten en espacios de interacción social para el desplazado, debido a la necesidad de un *lugar*. Sin embargo, el problema del desplazamiento torna el concepto del *no lugar* en un espacio colectivamente compartido, cargado de relaciones, pero en el que la impersonalidad repercute en la exterioridad del mismo, en el desconocimiento del *otro* por parte del nativo. El *no lugar* que es para el nativo, se materializa para nosotros en un *lugar* apropiado legítimamente por el desplazado y asumido como “espacio vital”.

Sin embargo, esta conclusión no es propia de la población en condición de desplazamiento. La apropiación de estos *no lugares* hace parte también de una población nativa del territorio urbano con la que el “desplazado” se confunde. Las máximas expresiones de la pobreza extrema (indigencia) se materializan en estos espacios, y son muchas veces mimetizadas por el fenómeno arriba mencionado.

No pretendemos decir con esto que el desplazamiento forzoso merezca menos reconocimiento que las manifestaciones reales de la pobreza extrema en las ciudades, sino por el contrario que ambas problemáticas merecen un tratamiento claramente diferenciado pero que profundice sobre las causas estructurales en las que confluyen ambos fenómenos. La pobreza urbana se

ve a cada paso reproducida e intensificada por el desplazamiento masivo que, a pesar de las estadísticas oficiales, no muestra clara tendencia a la disminución. Pero por otra parte, la pobreza y la falta de políticas de desarrollo a nivel rural sientan las bases para que el conflicto armado (principal motor del desplazamiento) se agudice exponencialmente y contribuya a que el desplazamiento mismo se reproduzca. Este círculo parece no tener una salida clara mientras no se encuentren herramientas fuertes contra el problema de la pobreza tanto a nivel nacional como regional (América Latina). Sin embargo, si se le da una aplicación adecuada a las herramientas desarrolladas por instituciones internacionales para la medición de la pobreza y se colocan en discusión con elementos propios para el estudio de fenómenos particulares derivados de aquella, podríamos llegar a encontrar instrumentos fuertes que dentro de las ciencias sociales permitan análisis claros y, dentro de la política, decisiones inteligentes acerca de una realidad cada vez más compleja e indescifrable como la colombiana.

Bibliografía

- ALARCÓN, D. (2001). *Medición de las Condiciones de vida*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.
- AUGÉ, M. (2001). *Los no lugares. Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Madrid: Gedisa.
- CEPAL. (30 de Julio de 2010). *Empleo, pobreza y la nueva meta del primer objetivo de desarrollo del milenio*. CEPAL.
- En: http://www.eclac.org/publicaciones/xml/2/34732/PSE2008_Cap2_Empleo.pdf[Julio 25 de 2010].
- FLACSO. (27 de Julio de 2010). *Medición de la pobreza: Situación actual de los conceptos y métodos*. FLACSO. En: http://www.flacso.or.cr/fileadmin/user_upload/biblioteca_digital/CURSO_POBREZA/medicion_de_pobreza_situacion_actual_de_los_conceptos_y_metodos.pdf[Junio 15 de 2010].
- GÓMEZ, A.& DUQUE, M.A.(1998). *Tras el velo de la pobreza. La pobreza rural en Colombia y los desafíos para el nuevo milenio*. Bogotá: TM Editores.
- ICBF. (20 de Julio de 2010). *Decreto 025 de 2005*. ICBF.
- En: http://www.icbf.gov.co/transparencia/derechobienestar/decreto/2005/decreto_0250_2005.html[Junio 12 de 2010].
- KLIKSBERG, B. (1993). *Pobreza. Un tema impostergable, Nuevas respuestas a nivel mundial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PALACIOS, M.C. (2004). *El Conflicto Armado y el Desplazamiento Forzado en Caldas*. Manizales: Universidad de Caldas.

- SALCEDO, J. A. (2005). El Desplazamiento en Colombia. regiones, ciudades y Políticas Públicas.Redif., 2004
- URIBE VÉLEZ, Á. (2008). *Informe Al Congreso*. Bogotá: Presidencia de la República.
- VÉLEZ SALAZAR, L.M. (2009). *El Territorio del Desplazamiento. Trabajo de grado para optar al título de Antropólogo*. Universidad de Caldas. Manizales.

UNA VISIÓN MULTIDIMENSIONAL DE LA NOCIÓN DE *CLASE SOCIAL**

*JUAN MANUEL CASTELLANOS OBREGÓN***

Recibido: 10 de agosto de 2010
Aprobado: 27 de septiembre de 2010

Artículo de Investigación

* Este texto es parte de la indagación teórica y metodológica desarrollada como parte de la tesis doctoral en la Universidad de Manizales-CINDE, 2009 y realizada como becario de Colciencias.

** Antropólogo. Magíster en Comunicación Educativa. Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Profesor Asociado, Departamento de Antropología y Sociología de la Universidad de Caldas. Líder del grupo de investigación Comunicación, Cultura y Sociedad. Coordinador de la Maestría en Ciencias Sociales. E-mail: juan.castellanos@ucaldas.edu.co

Resumen

La clase social es un concepto frecuentemente utilizado para describir las diferencias o similitudes entre las personas o los grupos sociales. Si bien es un recurso analítico que parece que tendría una orientación teórica especialmente marxista, se suele invocar desde distintas vertientes del análisis social y político, con distinta minuciosidad y capacidad descriptiva. En este escrito hacemos una breve revisión de algunos de los enfoques y proponemos un modelo multidimensional a partir del estructural-constructivismo. Este enfoque combina la relación ingresos y consumos mediados por el lugar en el proceso de integración al Estado-mercado. Tiene además en cuenta el capital escolar, el capital social y la evaluación de la situación propia como factores eficientes de enclasmiento en la movilización guerrera.

Palabras clave: clase social, condición social, modelo analítico, estructura social, capital social, capital escolar, estilos de vida.

A MULTIDIMENSIONAL VISION OF THE SOCIAL CLASS CONCEPT

Abstract

The social class is a concept frequently used to describe the differences or similarities among people or social groups. Though it is an analytical resource that seems to have a theoretical orientation, especially a Marxist one, it is usually referred to from different sides of the social and political analysis with different attention to detail and descriptive capacity. In this work we make a brief revision of some approaches and we propose a multidimensional model from the structural constructivist theory. This approach combines the relationship income-consumption mediated by the place in the process of integration to State-market. It also considers the school capital and the assessment of the situation itself as efficient factors in the insertion in social class in the warrior movement.

Keywords: social class, social status, analytical model, social structure, social capital, school capital, lifestyles.

1. Una breve revisión del análisis de clases sociales

El análisis de las condiciones objetivas puede ser integrado en el conjunto de los estudios de clases sociales y en los estudios de movilidad social. En la conversación cotidiana y en la jerga burocrática el uso más extendido de la noción de clase social acostumbra a tener un sentido distribucional, casi siempre ordinal, que responde a la idea de cómo se encuentra la gente ubicada en la desigualdad material, y que se expresa regularmente como estándar de vida distintivo y contrastante. Para ello se suelen invocar distintas estrategias nominativas basadas en conceptos de gradación como *clase alta, media o baja* o la noción de *estrato* socioeconómico, frecuentemente numerados de uno a seis, como se usa en Colombia para el pago de los servicios públicos y para la asignación de subsidios por la administración pública.

Hay varias vertientes del análisis de la *clase social* entre los principales autores *clásicos* de la sociología: Marx, Weber y Parsons. Así como hay una serie de investigadores que han estado realizando investigaciones sobre las clases sociales, entre quienes es importante resaltar en Inglaterra a Golthorpe (Erikson & Goldthorpe, 1992), en Estados Unidos a Erik Olin Wright (1995; Wright *et al.*, 2005), en Argentina a Gino Germani (1943) y sobre Latinoamérica a Alejandro Portes (Portes & Hoffman, 2003).

Tanto los modelos teóricos clásicos como los *neomarxistas* o *neoweberianos* reconocen la existencia sustantiva de las clases sociales, de los estamentos asociados y, desde allí, la posibilidad de su *movilización* por la prosecución de intereses específicos, cuando no antagónicos. Vamos a utilizar preferentemente, para esta breve exposición de los contextos teóricos alternativos, la estrategia propuesta por Wright (2004) para examinar cuáles son las preguntas que se hacen los diferentes enfoques que consideran relevante el análisis de las clases sociales, para desde allí generar una tipología de preocupaciones. En la práctica contemporánea, las investigaciones en esta área suelen incorporar factores de distintas tradiciones teóricas, aunque siga primando la estructura ocupacional marxista como vía principal.

La pregunta por el soporte de los conflictos sociales antagónicos, abiertos o no, que atraviesan las sociedades, especialmente las capitalistas, es de alguna manera el interrogante *clásico* de las investigaciones que incorporan la clase social como factor explicativo. Aunque este tipo de enfoque analítico es prominente en la tradición marxista (Marx, 1976, 2001 y 2003), también hace parte de la tradición weberiana (Weber, 1964: 682-700, Tomo II). Marx analizó el conflicto como una consecuencia intrínseca de las relaciones de clase. Desde el análisis marxista, la noción de *clase social* está asociada a conceptos íntimamente relacionados como *modo de producción, estructura*

de *clases, explotación y dominación*; y tiene conceptos derivados como *lucha de clases, conciencia de clase y formación de clases* (Wright, 1995). La noción de *estructura de clases* sugiere una distinción esencial entre personas que conforman *clases* sociales contrapuestas por la relación y el poder sobre los medios de producción. La *estructura de ocupaciones* ha sido utilizada de manera preferente para identificar y nominar las *clases sociales* en este enfoque¹.

El análisis de clases weberiano incorpora la pregunta por la variación histórica de las formas de desigualdad y estatus. Aunque ve la clase como un potencial de conflictos, ésta no sería una tendencia inherente. El peso de la clase estaría en la producción de la *situación de clase* que implica la construcción de órdenes diferenciales de estatus y de formas diferentes de desigualdad, lo cual estaría determinado en la sociedad capitalista industrial por el acceso a algunos recursos que posicionan de manera diferenciada a las personas en el mercado, especialmente el escolar y relacionado especialmente con el mercado laboral (Weber, 1964: Tomo II 684). Esta posición diferenciada articula la pregunta adicional que también puede ser planteada acerca de las diferencias en las *oportunidades de vida*. Se inquiera desde este enfoque sobre las maneras en que se enlazan las personas con distintos tipos de recursos que dan forma a sus oportunidades y estrategias de vida (Wright, 2004)².

Otra vía de entrada al análisis de clase social pregunta por la existencia de grupos socialmente relevantes en donde la gente se autolocaliza en una *estructura de desigualdad* que se usa para explicar las diferencias y semejanzas entre los sujetos. Suele tener un uso estereotipado, por ejemplo, en la multiplicación de relatos tipo *Cenicienta* en la producción televisiva³⁴. Se plantea en términos sociológicos que las *clases* son categorías sociales que

¹ En este sentido, la estructura de clases puede ordenar jerárquicamente grupos diferenciados en el acceso, posesión y control de los medios de producción y reproducción de la sociedad. La posesión desigual generaría intereses contrapuestos centrados en la “*interdependencia antagónica entre intereses materiales de actores en relaciones económicas*” (Wright, 1995: 2). El análisis marxista de clase tiene como elemento central la evaluación del lugar en la producción y especialmente la relación con los medios de producción (Marx, 2001). Desde allí ordena la estructura de clases en relaciones de poder y autoridad, como en la tipología presentada por Wright (1995), en la cual se proponen dos clases básicas de propietarios y empleados como una versión actualizada de la contemporánea oposición capitalistas-proletarios y algunas subclases de acuerdo al nivel de autoridad y la presencia o ausencia de empleados a su cargo.

² Por ejemplo, Goldthorpe (Erikson & Goldthorpe, 1992) realiza una categorización basada en diferentes situaciones en el mercado y trabajo, ubicación en sistemas de autoridad y control, fuentes y cantidad de ingresos. En esta línea de interrogación, la clase, si bien se usa para explicar la desigualdad, no está definida por atributos subjetivamente relevantes sino por la relación de las personas con las fuentes de diferenciación, por lo cual es más una relación contrastante que una gradación distributiva. Entre los determinantes para las diferencias en las oportunidades de vida no solamente estaría el ingreso, también puede ser la situación económica y las formas de discriminación (Wright, 2004). En general, este enfoque articula la pregunta por los factores de la desigualdad de oportunidades y su reproducción intergeneracional.

³ Telenovelas como *Café con aroma de mujer* (Fernando Gaitán, RCN TV, 1994), *Betty la fea* (Fernando Gaitán, RCN TV, 1997) y *Hasta que la plata nos separe* (Fernando Gaitán, Lina María Uribe & Andrés Burgos, RCN TV, 2006 y 2007), para nombrar solamente tres producciones nacionales de los últimos años que utilizan explícitamente la distinción social como epicentro del relato trágico de la insuperabilidad de las diferencias.

generan experiencias subjetivas relevantes que moldean las *identidades* en un sistema de estratificación económica. Las clasificaciones varían en el tiempo y constituyen *estilos de vida*. Esta perspectiva que tiene un arraigo en Durkheim, ha sido desarrollado por ejemplo por Bourdieu quien se interrogó acerca de cómo las clasificaciones estarían implicadas en las diferencias en los *estilos de vida, los gustos* y en las prácticas de distinción, tal como expondremos abajo (1988 y 2002a).⁴

En general, los análisis de clase social suelen preguntarse explícita e implícitamente por la distribución desigual de los bienes, la localización subjetiva, las oportunidades de vida, las variaciones históricas de las desigualdades y la emancipación. Para ello consideran relevante distintos criterios y tienen distinta centralidad las preguntas generales. La relación capital/trabajo y la emancipación es la clave explicativa en la perspectiva marxista (Marx, 1976); la jerarquía social y cultural y la variación histórica de las diferencias en la perspectiva weberiana (Weber, 1964); y el papel del capital cultural y otros capitales relevantes para las diferencias en las oportunidades de vida en la perspectiva de Bourdieu (1980 y 1988)⁵.

2. La perspectiva estructural-constructivista del análisis de clases

Revisaremos de manera breve, algunos de los criterios de orden teórico y metodológico del análisis de clases sociales desde la lógica analítica estructural constructivista desarrollada por Bourdieu, la cual seguimos en este documento para proponer un modelo multidimensional operativo. Un ejemplo específico donde se articula la noción de la clase como factor de análisis de los procesos de clasificación y separación entre los grupos fue realizado por Bourdieu en *La Distinción* (1988). El análisis de clase social expuesto en esta obra discute el carácter sustantivo de la clase en los análisis clásicos y asume su condición relacional y como *cosa construida* para dar cuenta de algunas regularidades en la producción de las diferencias sociales, no solamente materiales sino fundamentalmente simbólicas. Bourdieu tiene una visión más amplia de los recursos que producen las estratificaciones y las formas de distinción histórica, las cuales nombra como capitales: social, cultural y económico, entre otros (Bourdieu, 1988: 99-104). Para el sociólogo

⁴ Un uso parecido se encuentra en los agrupamientos de clase social utilizados en *La Distinción* (Bourdieu, 1988). Un ejemplo de ello es el trabajo de Pakusky, en el cual se plantea que los límites entre los grupos sociales tienen efectos reales a nivel micro en la construcción de las oportunidades de vida y las experiencias de los individuos (Grusky & Galescu, 2004). Algunos autores han planteado al respecto, que en sociedades como la estadounidense los límites de las clases corresponderían cercanamente con las categorías profesionales (Wright, 2004).

⁵ No profundizaremos en las distintas tipologías y estructuras de clase que emergen de cada uno de estos enfoques, puesto que hay una amplia literatura que puede ser consultada al respecto (Erikson & Goldthorpe, 1992; Portes & Hoffman, 2003; Breen, 2004; Wright *et al.*, 2005; Sembler, 2006; Sautu *et al.*, 2007).

francés las *oportunidades de vida* están determinadas por la manera relacional con que se combinan las diferencias de posesión y desposesión de capitales eficientes en el *juego social* en campos específicos, cuyo valor *varía* en función de la *universalidad* o rareza de ciertas posesiones.

En general, la *clase social* desde el punto de vista bourdieuano es un sistema de propiedades o capitales y no una sola propiedad que parta de una relación única de posición de algo. Si bien, la relación *capital-trabajo* propuesta en la pregunta marxista por la posición o el *lugar en la producción* es determinante en la construcción de las condiciones de existencia, es necesario especificar circunstancialmente su primacía como factor de diferenciación en el sistema de propiedades pertinentes en la sociedad y en su momento específicamente estudiados, así como la historia específica de génesis y acumulación de capitales específicos en cada *campo*.

Las *clases* conforman un sistema o una estructura que genera diferentes formas de usar los bienes y que engendran distintos y distintivos *estilos de vida* integrados en el *espacio social*. Los *estilos de vida* son el marco de producción de las prácticas y de generación de las disposiciones y de las competencias, los cuales conformarían el conjunto de oportunidades y *vidas posibles* de los agentes sociales. Los *estilos de vida*, en tanto configuraciones históricas, tienden a la sistematicidad práctica inscritos en *habitus de clase* engendrados por la experiencia de condiciones de vida semejantes. Las *clases sociales* tenderían así a la conformación de *ethos de clase* estables, en tanto tienen su génesis en relaciones sistemáticas de oposición y distinción, que no solamente implican la generación y la apropiación de los capitales pertinentes, sino semejanzas en los modos de adquisición. La historia de la *clase social* y de los procesos de socialización son, entonces, dos trayectorias que producen las semejanzas y las diferencias entre los agentes *enclasadados* en alguna de ellas.

Tres categorías distintivas se utilizan con alguna frecuencia para acentuar las características lógicas u objetivas del uso de la clase social como diacrítico distintivo. La clase *objetiva*, la clase *construida* y la clase *movilizada* son tres tipos diferentes de realidad sociológica que no pueden ser integradas en una sola, así tengan continuidad lógica y fenomenológica. El paso de la *clase objetiva* como categoría descriptiva a la de *clase movilizada* como condición *sociohistórica* necesita del trabajo de *movilización* que contribuye al paso de la *clase en sí* a la *clase para sí* realizado por *estructuras de movilización* como los partidos, las organizaciones o las instituciones sociales (Marx & Engels, 2001 [1846]). El trayecto del paso de la *clase construida* a la *clase objetiva* tiende a imponerse como sustantivo y como sustancia en algunos análisis. El esfuerzo a desarrollar en el modelo operativo propuesto en este escrito está orientado a proponer un conjunto de factores y procesos de separación en *clases analíticas*

o como clases construidas, que se corresponden con condiciones de existencia similares, como conjuntos de constricciones objetivas que engendran y se relacionan con conjuntos específicos de disposiciones subjetivas producidas y proyectivas de los agentes sociales⁶.

Un ejemplo de una estructura analítica mixta es la propuesta por Portes & Hoffman (2003), quienes incorporan en su concepción de la estructura de clases en América Latina elementos del análisis marxista (como el control de los medios de producción), del análisis weberiano (la disposición de recursos intelectuales escasos) y neoweberiano (el control del trabajo de terceros, autoridad y modo de remuneración). Adicionan a su esquema la regulación del empleo para dar cuenta de la incompleta incorporación de las relaciones laborales plenamente mercantilizadas y reguladas formalmente, y para mostrar el impacto de la implementación del modelo neoliberal en la región en la estructura de clases a través de la fragilización, desregulación e informalización del empleo creado en el esquema de economía abierta. La estructura de clases por ellos construida expresa la posición diferencial producto de la combinación de cinco criterios: a) control o no del capital y de los medios de producción; b) control de fuerza de trabajo; c) control de calificaciones escasas bien valoradas; d) control de calificaciones subsidiarias o técnicas, y e) cobertura legal del contrato y modos de remuneración (utilidades, sueldos, bonificaciones, salarios reglamentados o no). Cada uno de estos son activos que los sujetos poseerían o no, son ordenados en una escala acumulativa o de Guttman que excluye y separa en valores distintivos cuando se tienen distintas propiedades o cualidades (Portes & Hoffman, 2003: 358). A partir de ello presentan una estructura de seis clases sociales (Tabla 1), que propone una taxonomía producto de la primacía del enfoque marxista, especialmente relacionada con la separación entre capital y trabajo, y entre trabajo manual y no manual.

Tabla 1. Composición de la estructura de clases en Colombia y Latinoamérica.

Clase	Latinoamérica % de la fuerza de trabajo	Colombia 2000
I. Capitalistas	1,8	2,2
II. Ejecutivos	1,6	0,8
III. Trabajadores de élite	2,8	7,7
IV. Pequeña Burguesía	8,5	10,8
Va. Proletariado formal no manual	12,4	14,1
Vb. Proletariado formal manual	23,4	31,9
VI. Proletariado informal	45,9	40,1

Fuente: tomado Portes & Hoffman (2003: 358 y 362).

⁶ La posición del agente en la división del trabajo social y, especialmente, en la relación de posesión o desposesión de los medios de producción es la dimensión principal que se suele utilizar para la construcción y el análisis de las estructuras de clases y de los procesos de movilidad social (Wright *et al.*, 2005; Sembler, 2006).

Varios elementos deben ser discutidos de este análisis. En primer lugar, la dificultad para construir la información y los datos necesarios, sobre todo de índole comparativa entre países. En segundo lugar, la dificultad misma de partir de unidades de análisis centradas en sujetos y no en las unidades de producción y consumo como los hogares y las familias, las cuales suelen tener una estructura combinada de estrategias de producción y reproducción entre sus miembros: cónyuges, padres e hijos (Wallerstein, 2008 [1998]: 65).

En tercer lugar, la primacía urbana de los datos y la simplificación del contenido no urbano, campesino y étnico, de las estructuras sociales latinoamericanas. Los campesinos tienden a desaparecer como clase y condición social en los estudios, como si las relaciones de mercado y formalización se hubieran extendido y universalizado por toda la geografía nacional y por todo el espacio social. Finalmente, es importante resaltar la ausencia de la etnicidad (pueblos indígenas, raizales y afroamericanos) como criterio de estratificación y enclasmiento, discusión que es propuesta como línea de investigación por Atria (2004). Esta variable tendría distintos pesos estadísticos en Guatemala, Bolivia o Ecuador, en donde pueden ser mayorías nacionales, o en Colombia en donde hay por lo menos 84 pueblos y grupalidades con condición étnica diferenciada⁷.

En cuarto lugar, la composición diversa de cada clase, por ejemplo de la clase *más baja*, para poner un ejemplo. Una mirada comparativa a algunas categorizaciones de la clase *más baja* expone la dificultad de este tipo de taxonomías clasificatorias de la estructura de clases, las cuales deben ser siempre situadas espacio-temporalmente. La gran diversidad de formas de clasificación en clases en las distintas taxonomías no se debe únicamente a la diferencia en los enfoques teóricos que asumen, sino a la imposición misma que el objeto que tratan de asir atribuye sobre la categorización. Ello en parte explicaría las diferencias radicales entre unas y otras clasificaciones. Un elemento adicional expone la idea de la pluralidad interna de la composición ocupacional de las clases. Al hacer el cruce de la *clase más baja*, diversos autores tienden a componerla de manera distintiva. Un ejemplo de ello lo tenemos en la Tabla 2, en la cual reunimos distintos autores, perspectivas y países.

⁷ Como señala Wallerstein (2008 [1998]: 91 y ss.), tiende a haber una correspondencia entre la condición étnica itinerante que produce la movilidad del sistema-mundo y los estratos de clase más bajos.

Tabla 2. El estrato más bajo en las estructuras de clase en una muestra de estudios y países.

Autor	Referencia al estrato más bajo de la estructura de clases	País o región de referencia
Portes & Hoffman (2003)	VI. Proletariado informal (obreros asalariados sin contrato, vendedoras ambulantes y familiares no remunerados).	Latinoamérica
Erikson & Goldthorpe (1992)	Trabajadores calificados, trabajadores no calificados y trabajadores agrícolas. Clase trabajadora no calificada.	Inglaterra
Wormald & Torche, en Atria (2004)	Trabajadores agrícolas. Clase trabajadora no calificada.	Chile
Giddens, en Plotno, Krause & Lederman (2007)	Trabajadora (superior e inferior), (cuello azul, trabajadores calificados y no calificados).	Inglaterra
León & Martínez (2001)	Grupos “marginales”.	Chile
Wright (1995)	Trabajadores con baja calificación.	USA
Sautu <i>et al.</i> (2007)	Bajo manual (operarios y obreros semicalificados de manufactura, construcción, no calificados y peones.	Argentina
Hout, en Sautu <i>et al.</i> (2007)	Bajo manual: trabajadores de servicios, operarios, obreros. Rural: agricultores y trabajadores manuales.	Argentina
Poulantzas, en Plotno, Krause & Lederman (2007)	Clase trabajadora. Trabajo productivo material.	Europa
Blau & Duncan, en Plotno, Krause & Lederman (2007)	14. Trabajadores industriales, otros no calificados, agricultores y peones agrícolas.	Costa Rica
Germani, en Plotno, Krause & Lederman (2007)	Obreros no especializados.	Argentina
Valle Silva, en Sembler (2006)	13. Trabajadores servicios personales. 14. Trabajadores servicio doméstico. 15. Propietarios empleadores rurales y 16. Trabajadores rurales.	Brasil
Pérez, en Sembler (2006)	IV. Pequeños propietarios (1. Pequeño empresariado, 2. Trabajadores por cuenta propia no profesionales). V. Trabajadores vulnerables (1. Empleadas domésticas, 2. Trabajadores no remunerados, 3. Asalariados desreguladores sector privado).	Centroamérica

Esta diversidad de composición interna de *la clase más baja*, expone no sólo las diferencias nacionales o los énfasis teóricos de unos u otros autores, sino la dificultad misma o la poca capacidad sintética del criterio del lugar en la producción para dar cuenta de la distribución de la diversidad en la condición social. Es por ello que consideramos que los análisis de clases o de la condición social diferenciada no solamente deben incorporar la posición en la división del trabajo o en la escala de ocupaciones, sino también en la relación ingresos, consumos, acceso a bienes y servicios y la ubicación en el *continuum* urbano-rural. Todo ello para tratar de dar cuenta de la clase como *articulación*, como proceso de producción histórica de *ethos* y de disposiciones morales, políticas y de sentidos de inversión y selección que están detrás de la razonabilidad de las prácticas.

3. **La *clase social* como composición multidimensional de posesiones, posiciones y disposiciones**

Como alternativa, pero también como continuidad lógica y teórica con las dificultades expuestas, proponemos una mirada multivariada de la condición social, que parta de la conjugación de criterios ocupacionales, ingresos, consumos y capitales específicos eficientes en el espacio social. Estos criterios articulan los principios de distinción y enclasmiento, en una implicación relacional de las cualidades diferenciales de los agentes. Esta propuesta puede ser expresada de manera sucinta, cuando se plantea que la *condición social* de un agente es función de la interacción entre los *estilos de vida* expuestos y permitidos en la relación ingreso-consumos, el capital cultural (casi siempre representado por el capital escolar en el capitalismo tardío) y el capital social, en relación creativa con la posición en el mercado de trabajo y en la oposición capital/trabajo. Esta posición configuracional es mediada necesariamente por la evaluación de la propia situación que *hacen el agente y las unidades domésticas*⁸ *en las cuales participa*, en cuyo interior se plantean las *estrategias* y las *tácticas* de reproducción (no completamente conscientes), producto de lo cual la *clase objetivada para sí*, es un resultado. Este producto produce en la perspectiva típicamente Bourdiana sentidos de inversión y evaluaciones de posibilidad que "hacen de necesidad virtud".

La manera como se interpenetran los estilos de vida, las redes sociales y las matrices especialmente asociadas a esquemas de evaluación moral, apreciación estética y social, propias de las tradiciones culturales, determinan las posibilidades de la existencia de clases objetivas. Estas interpenetraciones

⁸ Unidades domésticas en cuanto unidades productivas, pero sobre todo reproductivas.

tenderían a conformar *matrices culturales* que se reproducen en la vida cotidiana, las cuales son, ahora, fuertemente mediadas por la masificación de la institución escolar, convertida no solamente en instancia de socialización sino de certificación, acceso al empleo, promoción y cadena de transmisión de los procesos de (trans)culturización que trae la modernización urbana, nacional y global. El siguiente esquema trata de formalizar el análisis que se propone y ejemplifica brevemente.

$$\int \text{Condición social} \cong \frac{(\text{Estilos clase}) \times [\text{capital escolar}] \times (\text{capital social})}{(\text{Situación social})} \cong \text{lugar en la producción}$$

Esquema 1. Análisis de la condición social.

El esquema anterior trata de expresar que la clase social o la condición social diferenciada, entendida como la localización en la estructura distribucional de recursos, se encuentra fuertemente mediada por la posición en el mercado de trabajo y por el lugar ocupado por el agente o/y su familia en la división del trabajo. La relación con los medios de producción, la realización de trabajo manual o no manual, la ubicación en distintos niveles de jerarquía y rango son determinantes para delimitar los espacios sociales ocupados. Pero la constitución de las condiciones de existencia comunes, que es la lógica con la cual entendemos la clase social, no puede estar circunscrita a la relación determinante con el capital/trabajo (o del lugar en la producción). Otra serie de factores se interrelacionan para constituir de manera determinante conjuntos diferenciados de agentes que han experimentado condiciones de existencia similares y, por lo tanto, han cimentado formas similares de ser y hacer, que se pueden constituir en *ethos* de clase. Desde este punto de vista, la posición en la estructura ocupacional es un factor más que tiene que ser puesto a juego con la lógica relacional del *campo* y de los agentes enfrentados.

La conformación de las *clases sociales* como *estilos de vida* es también una función de la estructura de ingresos y de los consumos, los cuales son fuertemente mediados por la escala de integración en el *continuum* rural-urbano/ local-global expuestos en los procesos de participación y acceso al conjunto de bienes y servicios proveídos por el Estado-mercado en el sistema actual de producción y organización de la sociedad (Redfield, 1947; García-Canclini, 1982; Jaramillo, 1987; Appadurai, 2001; Friedman, 2001). La coexistencia de formas distintas de producción, penetración del mercado y presencia del Estado hace que *los estilos de vida* permitidos por el lugar en el *mercado* sea un factor determinante en la producción de las semejanzas y de las diferencias colectivas, de las condiciones de su reproducción intergeneracional y de su movilización vital.

Pero la *condición social* no es solamente un orden dado por la posición en una estructura de producción y de división del trabajo o de las ocupaciones o resultado de la posición en una escala de ingresos y consumos. La posibilidad de localizarse en esas dos distribuciones está fuertemente mediada por la cultura y, ahora especialmente, por la escolaridad como vía privilegiada para la construcción del *gusto*, para la producción de formas de consumo y para el acceso al empleo no manual. El capital cultural, el dominio de una lengua, de una tradición y, en las sociedades capitalistas, de la “lengua escolar”⁹ constituye un proceso determinante en la generación de formas de producción y reproducción de las diferencias (Bourdieu & Passeron, 1998 [1979]). Lejos de ser ésta una mirada culturalista de la *clase social*, debe ser reintegrada como una variable objetiva que distingue radicalmente a los agentes y a sus enclasmientos. Es posible *evaluar* el estado del *capital cultural* a través del volumen y la estructura del *capital escolar*, lo que quiere decir, a través de la relación cualitativa y cuantitativa entre la escolaridad apropiada por el agente y la escolaridad heredada o acumulada por la generación anterior, específicamente de sus progenitores o cuidadores. Todo ello mediado por una restricción relacionada con la edad biológica del agente, que en tanto el sujeto *escolarizado* ha sido *administrado* es un esquema evolutivo que hace corresponder grados escolares con edades.

El *capital social* puede ser descrito por la trama de redes personales en las cuales está inmerso el agente, a través de las cuales se mueven afectos y relaciones de pertenencia, asociación o adscripción, así como, compromisos y oportunidades que dan acceso a recursos, posiciones ocupacionales, personas y organizaciones. Estas redes funcionan como *estructuras de oportunidad* que relacionan entre sí a personas no necesariamente interconectadas por la interacción cotidiana y que permiten de manera recíproca, el acceso de las organizaciones a los agentes no interconectados directamente. Solidaridades, cooperaciones, modos de cooptación y en general de movilización, dependen esencialmente de la existencia, creación y *capitalización* de formas de *ligazón social*, por lo cual se convierten en un factor más, no solamente resultado de la *clase* sino productor de ella, de la movilidad o desplazamiento entre ellas (Bourdieu, 1980; Becker, 1985; Granovetter, 1985; Castellanos, 2009).

Pero la condición estructural de la *clase* puede ser leída por el agente, y le permite en parte actuar en relación con ello. Es por eso que tratamos de incorporar esta *capacidad de agencia* y fuente de racionalización de la práctica social, al preguntar por la mediación de la evaluación de la propia situación en la construcción de las estrategias de reproducción intergeneracional y en las propias trayectorias personales y familiares. En los siguientes cuatro

⁹ Y en los campos específicos, de la “lengua local”.

acápites vamos a desarrollar los paréntesis del esquema analítico anterior, tratando de especificar el análisis y aportar algunos elementos de análisis a partir de un ejemplo.

Estilos de clases, integración al mercado de bienes y servicios

Podemos pensar la *condición social* como la representación comparativa de las condiciones materiales de existencia de un determinado grupo social. Si bien la preocupación puede guardar algo del materialismo determinista enunciado por Marx & Engels cuando plantearon una premisa que ha hecho carrera en la teoría social: “*la condición social determina la conciencia*” (Marx & Engels, 2001 [1846]). La pregunta va en otra dirección, pues trata de relacionar las condiciones con las posiciones y las disposiciones, pero no de una manera mecánica. En la versión del estructural constructivismo que seguimos, se trata de establecer el contraste entre las posesiones relativas para hacer comprensibles las distintas estrategias de movilidad y movilización expuestas en las prácticas. Se busca la delimitación de agrupaciones sociales que puedan corresponder a similares condiciones de vida con el objeto de hacer pensable el espacio social, como espacio de relaciones estructuradas por las propiedades históricas particulares y relativas (o relacionales) encarnadas en los agentes.

$$\int \int \text{Estilos clase} = \frac{\text{Ingresos} \times \text{Consumos}}{\left(\left(\text{Rural} - \frac{\text{local}}{\text{global}} - \text{urbano} \times \text{Integración (Estado + mercado)} \right) \int \right)}$$

Esquema 2. Análisis de los estilos de clase.

Un ejemplo de la operacionalización del enclasmamiento de un conjunto de personas ha sido propuesto a partir de una serie de posesiones que fungen como indicadores de condición socioeconómica y de localización en la estructura social delineadas como *condiciones materiales* y simbólicas de vida. Con el ánimo de mantener criterios de *comparabilidad* entre dos conjuntos de datos: la población nacional y una muestra, en este caso de reclutas en distintos cuerpos armados regulares e irregulares (Castellanos, 2009), hemos utilizado los indicadores de la encuesta LAPOP-2006, en la cual se preguntó por algunas posesiones (nevera, lavadora, horno microondas, teléfono, celular, carro, moto, televisor, agua potable dentro de la casa, cuarto de baño dentro de la casa), si durante la niñez vivió en el campo, en el pueblo o en la ciudad, además de rangos de ingreso mensual en pesos de 2006 (Rodríguez-Raga *et al.*, 2006). Esta batería de preguntas incorpora indicadores de ingreso, capacidad de consumo y acceso a servicios, que, en su combinación, pueden dar una

imagen más cercana de los agrupamientos socioeconómicos que funcionan como *clases* o *estilos de vida* en los cuales se estructura la *población colombiana*. La mayor o menor disponibilidad de conjuntos de *recursos* no solamente trazaría un conjunto *equiprobable* de condiciones de vida, que permitiría construir *clases socioeconómicas* sino, a partir de éstas, delinear agrupaciones de posibles experiencias de socialización similares que habilitarían hacer comparaciones y entender algún conjunto de similitudes y persistencias estadísticas entre las posesiones de una población concreta.

Del listado de elementos indicadores hay unos más *caracterizantes* que otros, por una parte, por su condición masiva, pero por otra, por la *necesidad* que ciertas condiciones de *urbanización imponen* en los estilos de vida y de los recursos disponibles, que los hacen necesarios y posibles en el marco de las posesiones. Por ejemplo los electrodomésticos, elementos de consumo que exigen condiciones suplementarias en su mayoría, como disponer de energía eléctrica para el televisor o la nevera, o carreteras para las motos y el carro. De allí surge una oposición adicional, a la de ingreso-consumo, que sería la de integración a los mercados de bienes y servicios. Esta integración se puede nombrar en dos dimensiones: el *continuum* rural-urbano y local- global, de la distribución de las poblaciones en relación con los Estados y con los mercados de bienes y servicios. Por ello, hemos dejado en el trasfondo como variable ilustrativa, el lugar de habitación durante la niñez, para tratar de resaltar la disparidad espacial, que es una situación de poder (de capital espacial) entre el *campo (rural y campesino)*, el pueblo y la ciudad (urbana y urbanita). En el extremo menos integrado estarían las *poblaciones indígenas* con mínimos grados de integración al mercado y al Estado, en cuyo extremo típico ideal estarían aún las poblaciones aisladas de nómadas como los Nukak-Makú del Guaviare (Cabrera, Frankly & Mahecha, 2001); en el otro extremo las fracciones superiores de la clase dominante cuyas coordenadas de integración a mercados tienen más una orientación cosmopolita que nacional.

El lugar de habitación y socialización no solamente es una condición favorable o desfavorable para el acceso a determinados recursos, sino también es un *marcador social* de prestigio o de marginación, en uno u otro polo del *continuum* rural-urbano/local-global. La *ruralidad* es un espectro de condiciones disímiles, en tanto las zonas de colonización reciente, por ejemplo, son muy diferentes a las zonas de colonización consolidada y mucho más a las zonas agrícolas integradas por las vías, la presencia del Estado, los servicios públicos y el mercado.

Los ingresos no son las únicas limitantes para el acceso a servicios y bienes de consumo. Personas provenientes de zonas ganaderas o de zonas de

colonización coquera (Putumayo y Bajo Cauca), en cuyas familias había ingresos superiores al promedio del *pueblo* y la *ciudad*, pero exponían un cierta *pobreza de consumo*, en tanto sí tenían con qué, pero no *qué* y *cómo* consumir, al no disponer ni de la electricidad y otros medios de oferta de bienes y servicios necesarios, además del dinero, para tener acceso al *consumo masivo*. En esos términos, el *pueblo* y la *ciudad* están asociados a ingresos superiores, pero sobretodo a mayor capacidad, exigencia y posibilidades de consumo¹⁰. Si tomamos el espacio de los ingresos y de los consumos, no solamente en términos de mercancías adquiribles, sino también de cualidades simbólicas y culturales generadoras de distinción en términos de los *estilos de vida* construibles a partir del acceso y selección, es posible identificar situaciones límites que, por sus cualidades diferenciales, ponen en sospecha la tendencia a establecer una correlación entre los *estilos de vida* y las agrupaciones de niveles sucesivos de ingresos y consumo.

Como se puede apreciar en la Gráfica 1, la dispersión de una muestra representativa nacional en el espacio descrito por el ingreso, consumo y la espacialidad, no tiende a generar agrupaciones claramente delimitadas. Los tres ejes o principios de articulación de las agrupaciones socioeconómicas y de los estilos de vida son equiparables, mas no iguales, pues están sometidos a la mediación de la cultura y la tradición local o regional específica. Producto de su conjugación se organizarían en principio tres clases de ingresos, consumos y espacialidades a partir de los cuales se distribuye la población. Las gradaciones del *continuum* en cada una de las agrupaciones pueden ser analizadas con mayor o menor detalle, lo que generaría múltiples distinciones por ingresos, capacidades o tipos de consumos, produciendo *fracciones estilísticas*, en términos de gusto, desde la idea desarrollada por Bourdieu (1988).

Mediante los mismos procesos de integración al mercado y al Estado, a la oferta de bienes y servicios, se genera un acercamiento entre rangos de ingreso-consumo diferentes, pero que el efecto de mayor o menor integración (espacial y propiamente mercantil) asimila. Así, los grupos de bajos y medianos ingresos rurales se asemejan en términos de la capacidad de ingreso y consumo a la agrupación de bajos ingresos en pueblos de menor tamaño. Y hacia arriba, la *clase alta rural* se acerca en términos de *estilos de vida* y *disposiciones estilísticas*,

¹⁰ Una condición de ciertas localizaciones espaciales plantea que las precariedades de las condiciones de vida en algunas zonas rurales no solamente son de orden económico sino, y especialmente, de orden institucional, por la ausencia de servicios básicos como electricidad, agua o alcantarillado, comunicaciones, educación y salud. Pero sobretodo una variable esencial para nuestro análisis: de seguridad; lo cual deja a la población rural a la disposición y la arbitrariedad de los agentes armados legales e ilegales que encuentran en este vacío de poder una oportunidad de negocios y de dominio para la construcción de soberanías alternativas (Salazar & Castillo, 2001: 27; González, Bolívar & Vásquez, 2003). Conquistas, facilidades o posesiones que parecen universales para un habitante promedio de la ciudad, que parten de una condición anterior y menos universal como tener agua potable en la casa, ponen en evidencia la distancia en las condiciones de vida.

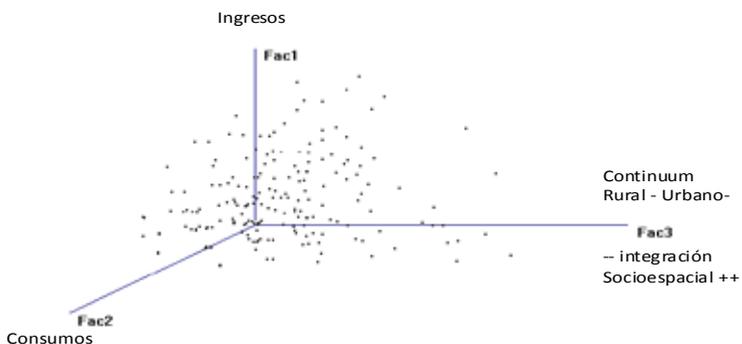
morales y políticas, a la *clase media* de los municipios y a la clase media y baja urbanas. Y así sucesivamente. Este proceso de *acercamiento y yuxtaposición* entre diferentes rangos de consumo e ingresos, entre diferentes *fracciones de clase*, articulados por las distintas formas y niveles de articulación al *Estado-mercado* genera una reducción analítica de la diversidad de un orden social, cultural y económico que tiene como principio la articulación productiva de las diferencias. Esta operación analítica que produce el efecto de integración y atracción entre fracciones de clases y estilos de vida es propuesta en la Gráfica 2, a partir del análisis de correspondencias de la distribución de la misma muestra descrita en la Gráfica 2.

Como acabamos de plantear, esta *localización* en el *espacio de las condiciones y estilos de vida* identificables por las oposiciones *consumir, ganar y vivir en*, son señaladas por las trayectorias de las modalidades de cada variable analizada. Una precisión de las ideas esquematizadas anteriormente se propone en la Gráfica 2, en la cual se muestra la extensión y superposición de las *clases de vida* en el espacio social, en donde se reagrupan los *agentes* en cinco *clases* producidas por la combinación de los tres principios de generación: la capacidad de consumo, los ingresos y la mayor o menor distancia o integración a la oferta de bienes y servicios, al Estado o los Estados y el carácter local, regional o ecuménico de las prácticas de distinción simbólica o cultural que se especifican de manera sencilla en el *continuum* rural-urbano.

Surgen de este proceso de análisis operativo, la *clasificación* o el *enclasmiento* de los agentes sociales en el espacio de posiciones, que son realmente oposiciones (y que en algún momento en la teoría materialista clásica se interpretaba como principio de contradicciones necesarias en la génesis de las clases sociales): agrupaciones, a modos de *clases de estilos de vida*, a partir de los cuales se distribuyen y se correlacionan con prácticas sociales, algunas opciones o modalidades de movilización específicas. Estos principios de articulación y distinción son los mismos principios, pero no todos, de estructuración de la sociedad.

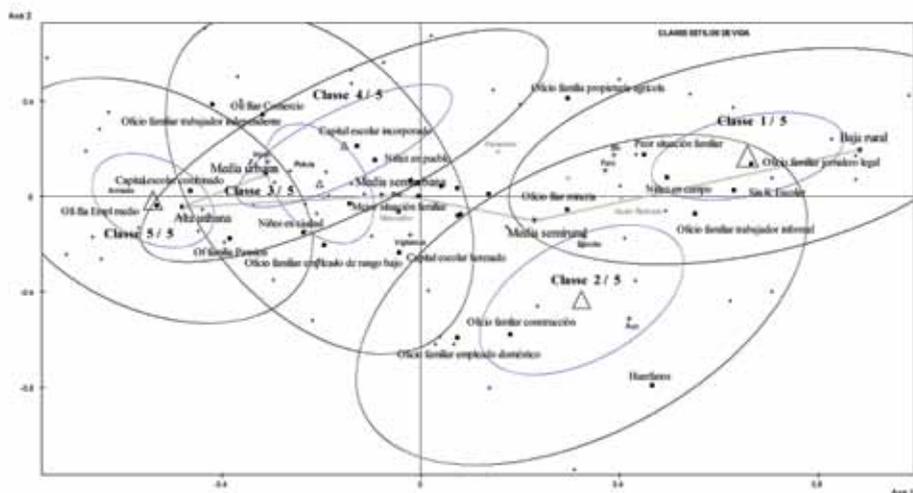
A continuación se revisa un criterio y principio de estructuración adicional, fundamental en las sociedades capitalistas: el papel del sistema escolar como productor y articulador de diferencias e identidades.

Ejes de dispersión de los estilos de vida



Gráfica 1. Dispersión de una muestra nacional en los tres ejes de formación de los estilos y las clases de vida.

Fuente: Castellanos (2009).



Gráfica 2. Tres clases de estilos de vida.¹¹

Fuente: Castellanos (2009).

¹¹ Clave de lectura. En esta Gráfica se incluyeron únicamente los reclutas como un punto. Las clases (triángulos) fueron descritas por una elipse de concentración que muestra el área de extensión en el plano multifactorial. Se incluyeron además modalidades activas (cuadros negro) y modalidades ilustrativas (signos +), para establecer la correspondencia entre las clases y la adscripción a grupos. Se adicionó una trayectoria de las modalidades de cinco estilos de vida en gris.

Capital cultural, capital escolar

La educación, sinónimo de cultura en el uso más prosaico de las dos nociones, es suministrada en un sistema estandarizado, organizado por niveles, grados y titulaciones, en una oferta pública y otra privada. La educación es una mercancía imperfecta en el lenguaje de los economistas, pues es a la vez un servicio público y un capital (objetivo mediante certificados e incorporado mediante capacidades), convertido en mercancía, por la que se compite. La escolarización no solamente genera procesos de titulación de diferentes grados, de diferentes calidades, por lo que no es posible contabilizarla únicamente por años o niveles (primaria, secundaria, técnica, tecnológica, profesional o avanzada), sino, y también, en tanto calidades distintivas, inscritas por la oposición público/privado en el sistema educativo colombiano (Gaviria, 2001; Betancur & Castellanos, 2002).

No estar *inscrito* en el sistema escolar, ausentarse tempranamente o acumular una baja escolaridad marcan una distinción esencial en el nivel de incorporación al mercado laboral, el tipo de actividades a realizar y las aspiraciones probables de ingresos¹². En los niveles superiores, la distinción entre los orígenes de las instituciones marcará la misma diferencia entre titulaciones similares en nivel, pero con valores completamente distintos y distintivos en el mercado laboral y escolar. Pero la escolaridad no solamente es un requisito o un patrón de medida para la entrada al mercado laboral, es también una correa de fuerza a través de la cual se sigue produciendo la extensión y reproducción de la nacionalidad, del orden social y cultural dominante. La escuela no solamente produce trabajadores (Willis, 2005 [1977]), también produce ciudadanos, consumidores aptos y agentes que aprenden las reglas básicas para *jugar* en un orden social complejo (Herrera, 2001; Chaux, 2004). Para poder revisar el papel estructurante de la escolaridad como principio productor de diferencias en la generación de prácticas sociales diferenciadas es necesario, como paso anterior, analizar las distinciones de *dotación* inicial, en el sentido de Sen (2000) y la distribución en *clases escolares*, que fungen como *propiedades objetivas* de los agentes.

$$\left[\text{Capital escolar} = \left(\frac{\text{capital escolar apropiado} + \text{capital escolar heredado}}{\text{Edad}} \right) \xrightarrow{\Delta} \frac{\text{Heredado}}{\text{apropiado}} \right]$$

Esquema 3. Análisis de la composición del capital escolar.

¹² Para una revisión del impacto de la educación en la generación de la estructura de clases y los procesos de movilidad social en América Latina ver: Atria (2004).

Es característico de casi toda la población actual una mayor escolaridad adquirida que heredada, lo cual es común entre las nuevas generaciones por la masificación de la escuela. El capital escolar heredado suele ser mayor entre las madres que entre los padres. Si bien la dispersión de la escolaridad heredada (de ambos padres) y la acumulada (propia y de los hermanos) es bastante fuerte entre la población colombiana medida en el 2006 (Rodríguez-Raga *et al.*, 2006), el capital escolar heredado oscila alrededor de la primaria (5 años en promedio) y la escolaridad apropiada o incorporada sujetos y sus hermanos oscila entre los 9 y los 11 años: básica primaria y secundaria.

No es fácil hacer *visible* a través de estudios de tipo encuesta la historicidad del capital escolar, lo cual en parte permitiría entrever diferencias efectivas, en términos de trayectoria social entre capitales sustantivamente similares: para algunos agentes sociales haber alcanzado la primaria o la secundaria puede describir un proceso de ascenso social relativo, mientras que otros cuyos padres son bachilleres o profesionales, la elección *vocacional*, equivalente a un empleo técnico, puede representar una trayectoria social descendente u horizontal.

Capital social: redes, relaciones y oportunidades

Entendemos el *capital social* como la red de relaciones en las cuales está inmerso el agente, que no solamente lo ata sino que es la posibilidad de establecer conexiones para incorporarse en otros espacios y atraer para sí el *respaldo*, a modo de acumulado social, para acceder a ofertas de empleo, relaciones de confianza interpuesta, obtener información o disponer de contactos. Las redes son así recursos sociales consistentes en la capacidad de movilizar, en su potencial catalizador, distintos contextos o relaciones en las cuales el sujeto está envuelto o de manera más precisa: *embebido* (Granovetter, 1973; Bourdieu, 2002a). Estas redes permiten utilizar, no sólo en provecho propio, tejidos de relaciones sociales más o menos extensas, derivadas de la *pertenencia* a diferentes grupos, agrupaciones o *clientelas*. Son urdimbres de relaciones a través de las cuales se puede conseguir empleo, entrar en grupos, acceder a servicios como protección, educación, salud o empleo, las cuales es posible identificar a través de preguntas específicas como la calificación de familiares o conocidos como influyentes, la oferta de empleo o la facilidad para el acceso a apoyos, ayudas y la confianza en la gente de su entorno.

$$\left(K_{\text{social}} = \frac{K_{\text{familiar}} + K_{\text{comunitario}} + K_{\text{organizativo}}}{\text{redes y estructuras de movilización} - \text{oportunidad}} \right)$$

Esquema 4. Análisis del capital social.

Más allá de analizar las particularidades de cada especie de capital social, es importante tener en cuenta su combinación y el tipo de acumulación que resulta de la composición de sus variedades. En un ejemplo específico vamos a revisar cómo se combinan tres especies diferentes de *capital social organizativo* discriminadas del análisis de indicadores anunciados es los estudios de cultura política. En primer lugar el *capital social comunitario*, que puede estar representado con la frecuencia de la asistencia a reuniones comunales o la participación en juntas de acción comunal, así como la pregunta planteada por LAPOP a partir del planteamiento propuesto por Almond & Verba, de la confianza, como un condicionante para el desarrollo de ciertas formas de cultura política (Almond & Verba, 2001 [1959]; Rodríguez-Raga *et al.*, 2006). En segundo lugar, la participación en comunidades y oficios religiosos¹³. Y finalmente el *capital social organizativo*, especialmente ligado a formas de afinidad y finalidad política: partidos y sindicatos, así como la participación en manifestaciones políticas.

Hasta ahora hemos propuesto la distribución de las correlaciones entre tres conjuntos diferenciados de capitales, que describen e inscriben al conjunto de agentes enclasadados en agrupaciones distintas, las cuales representarían la estructura de posiciones en el espacio social donde se *mueven* y que hacen comprensibles sus estrategias y trayectorias de personales y sociales. Incorporaremos en el análisis una *dimensión subjetiva*: la *evaluación de la propia situación*, con miras a no caer en un determinismo estructural que elimine la capacidad de acción y reacción propia de agentes dotados de una racionalidad histórica contextualmente informada.

Evaluación de la propia situación

La estructura de los capitales, conforma la estructura de determinaciones que rodean las acciones prácticas y estratégicas de los agentes. Es el conjunto de constricciones materiales y el punto de partida diferencial, inserto en la historia familiar y personal. La evaluación de la propia situación personal y familiar es en cambio la racionalización de la condición social, es la imagen o la idea de cómo le va en la vida y qué opciones se tienen, a dónde ir, qué ser y cómo llegar a serlo. Si la condición es la determinación estructural, la situación es, en parte, el punto de partida para la reacción práctica, el espacio de libertad, acción y reacción a las constricciones objetivas.

¹³ Esta es una relación que ha sido motivo de amplios desacuerdos en la ciencia política comparada, sobre todo cuando se han hipotetizado formas específicas de cultura política y de ciudadanía en relación con el protestantismo y con el catolicismo (Müller & Seligson, 1994; Weber, 1998).

$$\left(\text{Situación social} = \text{Evaluación} \frac{\text{Situación Propia}}{\text{Situación Familiar}} \Rightarrow \text{trayectoria} \right)$$

Esquema 5. Análisis de la evaluación de la situación y la trayectoria.

El estado del capital social es *evaluable* de manera más limitada que otras posesiones más sólidas. La distancia entre la *valoración* y el *valor* siempre será subjetiva, invariablemente tendrá el tinte particular y situacional de la evaluación circunstancial y no objetiva, pues en el proceso de calcular la existencia o inexistencia de redes de apoyo, oportunidades o la evaluación comparativa con un pasado familiar, el sujeto se acerca básicamente a través del relato de sus familiares y de sus *recuerdos*. La evaluación de la situación propia y la de la familia son incorporadas como indicadores de la *trayectoria social*, valoradas a partir de la situación comparativa *antes-ahora* entre padres e hijos y del contraste pasado-presente de la familia.

4. Cierre

Varios conjuntos de capitales han sido propuestos para establecer la *condición social* relativa de los agentes sociales. En esta propuesta los *capitales* o posesiones de los distintos agentes sociales no tienen un valor absoluto sino relacional, pues están incluidos en un espacio social, históricamente constituido, en tanto principio productor de identidad y diferenciación entre los grupos y los agentes. Estos principios son históricos, pues son historia incorporada en los *cueros* sociales y permiten delimitar *clases* de personas que han experimentado similares condiciones de existencia y socialización. Las *clases* son *estructuras* que a su vez *estructuran* a los agentes y que constriñen el universo de posibilidades en el cual se *movilizan*. Es también una potencial *estructura de movilización* que permite, a partir de una cierta racionalidad práctica, evaluar y actuar; que se despliega en la interacción, en la situación y en las estrategias que se expresan en las prácticas y, en últimas, en el *habitus*, como principio productor de prácticas (Bourdieu, 1988: 100, 1995 y 2002).

Con la revisión gruesa de los principales enfoques teóricos para el análisis de clases sociales, se ha propuesto un modelo híbrido que combina dimensiones caracterizantes de ingreso-consumo, integración al Estado-mercado, capital cultural, especialmente escolar y capital social. Estas dimensiones fueron efectivas en los procesos de enclasmiento que permitieron entender las distintas formas de movilización armada en Colombia a comienzos del siglo XXI (Castellanos, 2009). El proceso social hace preciso identificar factores efectivos y eficientes que producen y actúan para producir las agrupaciones que permiten entender las diferencias en las prácticas estudiadas.

Esta última proposición permite identificar la doble condición contextual y relacional de este enfoque. La una se deriva de la otra. Es contextual, en tanto no asume las clases como cosas genéricas que ordenan la sociedad, sino como relaciones específicas que estructuran campos de acción social específicos. Y es relacional, en tanto la capacidad y el valor caracterizante de las cualidades no es ordinal ni genérica, sino que está asociada a los valores relativos de agentes concretos que *actúan* o juegan en campos específicos.

Bibliografía

- ABARCA, Humberto & SEPÚLVEDA, Mauricio. (2005). "Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno". En: C. FEIXA. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (pp. 145-170). Barcelona: Anthropos.
- ALMOND, G. & VERBA, S. (2001 [1959]). "La cultura política". En: VV.AA. *Diez textos básicos de ciencia política*. 2a ed. Barcelona: Ariel.
- APPADURAI, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ATRIA, R. (2004). "Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales". En: CEPAL, *Serie políticas sociales 96*. Santiago de Chile: CEPAL.
- BECKER, H. (1985). *Outsider. Études de sociologie de la deviance*. Paris: Métailié.
- BESTARD, J. (1998). *Parentesco y Modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BETANCUR, S. & CASTELLANOS, J.M. (2002). *La puerta giratoria: tramas de la deserción escolar en Manizales*. Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas.
- BOURDIEU, P. (1980). "Le capital social". *Actes de la recherche en sciences sociales*, 31: 2-3.
- _____. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- _____. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. (T. Kauf, Trad.). Barcelona: Anagrama.
- _____. (2002a). *Las estructuras sociales de la economía*. 2ª edición. Buenos Aires: Manantial.
- _____. (2002b). *Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn*. Paris: Éditions du Seuil.
- BOURDIEU, P. & PASSERON, J.-C. (1998 [1979]). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Fontamara.
- BREEN, B. (2004). "Foundations of a Neo-Webberian Class Analysis". En: E.O. WRIGHT; R. BREEN; D. GRUSKY; E. WEININGER; A. SORENSEN & J. PAKULSKI. *Approaches to Class Analysis* (Chapter 2). Cambridge: Cambridge, University Press.
- CABRERA, G.; FRANKLY, C. & MAHECHA, D. (2001). *Los nukak: nómadas de la Amazonia Colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- CASTELLANOS, J.M. (2009). *Formas actuales de la movilización armada: una aproximación prosopográfica*. Tesis en Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Universidad de Manizales-CINDE.

- CHAUX TORRES, E. (2004). *Competencias ciudadanas: de los estándares al aula. Una propuesta de integración de áreas académicas*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- DURKHEIM, E. (1976 [1892]). *El suicidio*. Madrid: Akal.
- ERIKSON, R. & GOLDTHORPE, J. (1992). *The Constant Flux. A Study of Social Class Mobility in Industrial Societies*. Oxford: Clarendon Press.
- FEIXA, C. & FERRÁNDIZ, F. (2005). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.
- FRIEDMAN, J. (2001). *Identidad cultural y proceso*. Argentina: Amorrortu.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Editorial Nueva Imagen.
- GAVIRIA, A. (2001). *Los que suben y los que bajan. Educación y movilidad social en Colombia*. Bogotá: Fedesarrollo.
- GERMANI, G. (1943). *Sociografía de la clase media en Buenos Aires: Las características culturales de la clase media de Buenos Aires estudiadas a través de la forma de empleo de las horas libres*. Buenos Aires: Investigaciones del Instituto de Sociología, FFyL.
- GHIARDO, F. & DÁVILA, A. (2005). *Los desheredados*. Santiago de Chile: CIDPA.
- GONZÁLEZ, F.; BOLÍVAR, I. & VÁSQUEZ, T. (2003). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.
- GRANOVETTER, M. (1973). "The Strength weath ties". *American Journal of Sociology*, 78(6): 1360-1380.
- _____. (1985). "Economic action and social structure: the problem of embeddness". *American Journal of Sociology*, 91(3): 481-510.
- GRUSKY, D. & GALESCU, G. (2004). "Foundations of Neo-Durkheimian Class Analysis". En: E.O. WRIGHT; R. BREEN; D. GRUSKY; E. WEININGER; A. SORENSEN & J. PAKULSKI (Eds.). *Approaches to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press. <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/>
- HERRERA, M.C. (2001). "Acercamientos a la relación entre cultura política y educación". En: M.C. HERRERA (Comp.). *Educación y cultura política. Una Mirada multidisciplinaria* (pp. 59-94). Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Serie Educación y Cultura.
- JARAMILLO, J.E. (1987). *Tipologías polares. Sociedad tradicional y campesinado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- LÉON, A. & MARTÍNEZ, J. (2001). *La estratificación social Chilena hacia finales del siglo XX*. Serie Políticas sociales, 52: 41. Santiago, Chile: CEPAL.
- MARX, C. (1976). "Las clases". En: C. MARX. *El Capital. Crítica del economía política* (Tomo III, pp. 817-818). Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2001). *Trabajo Asalariado y Capital*. Internet: Biblioteca Virtual Espartaco.
- _____. (2003). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- MARX, C. & ENGELS, F. (2001 [1846]). *La ideología alemana*. Bruselas (Moscú): Editorial Progreso.
- MELUCCI, A. (2002). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. 1ª Reimpresión. México: El Colegio de México.
- MÜLLER, E.N. & SELIGSON, M.A. (1994). "Civil Culture and Democracy: The Question of Causal Relationships". *American Political Science Review*, 88: 635-652.
- PASSY, F. (1998). *L'Action altruista: Contraintes et opportunités de l'engagement dans les mouvements sociaux*. Genève: Librairie Droz S.A.

- PLOTNO, G.; KRAUSE, M. & LEDERMAN, F. (2007). *Escalas ocupacionales*. Documento de cátedra 30, Universidad de Buenos Aires, Sociología.
- PORTES, A. & HOFFMAN, K. (2003). "La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal". *Desarrollo Económico*, 43(171): 355-387.
- REDFIELD, R. (1947). "The Folk Society". *The American Journal of Sociology*, 52(4): 293-308.
- RODRÍGUEZ-RAGA, J.C.; SELIGSON, M.; DONOSO, J.C.; QUIÑÓNES, C. & SCHWARZ-BLUM, V. (2006). *La cultura política democrática en Colombia: 2005*. Vandertbilt: LAPOP, Center for the Americas.
- SALAZAR, B. & CASTILLO, M.D. (2001). *La hora de los dinosaurios. Conflicto y depredación en Colombia*. Bogotá: CIOSE, CEREC.
- SAUTU, R.; DALLE, P.; OTERO, M.P. & RODRÍGUEZ, P. (2007). *La construcción de un esquema de clases a partir de datos secundarios*. Documento de cátedra 33, 22, Argentina: UBA.
- SELIGSON, M. (2004). *The political culture of Democracy in Mexico, Central America and Colombia*. Vanderbilt: LAPOP, Universidad de Vanderbilt, USAID, ARD.
- SEMBLER, C. (2006). *Estratificación social y clases sociales. Una revisión analítica de los sectores medios*. Santiago de Chile: CEPAL, Serie 125.
- SEN, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. (Esther Rabasco & Luis Toharia, Trad.). Bogotá: Planeta.
- WALLERSTEIN, I. (2008 [1998]). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- WEBER, M. (1964). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Vol. I y II. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1998). *La ética protestante y el nacimiento de capitalismo*. España: Albor Libros.
- WILLIS, P. (2005 [1977]). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. (R. Feito, Trad.). Madrid: Akal.
- WRIGHT, E.O. (1995). "Análisis de clase". En: J. CARABAÑA. *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Eric O. Wright*. España: Fundación Argenteria-Visor.
- _____. (2004). "Introduction". En: E.O. WRIGHT; R. BREEN; D. GRUSKY; E. WEININGER & A. SORENSEN. *Approaches to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WRIGHT, E.O.; BREEN, R.; GRUSKY, D.; WEININGER, E.; SORENSEN, A. & PAKULSKI, J. (2005). *Approaches to Class Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/> ed

LA POBREZA EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LOS RECOLECTORES DE CAFÉ EN TORNO A SÍ MISMOS Y A SU ACTIVIDAD*

GLORIA ELSA CASTAÑO ALZATE**

Recibido: 5 de agosto de 2010
Aprobado: 26 de septiembre de 2010

Artículo de Investigación

* Este artículo resulta de la investigación: “Representaciones sociales y simbólicas en torno a la recolección del café y sus protagonistas en una población de recolectores del Eje Cafetero”, realizada entre 2008 y 2009, en municipios de los departamentos de Quindío, Risaralda y Caldas. Fue financiada por la Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados de la Universidad de Caldas.

** Profesora del Departamento de Antropología y Sociología de la Universidad de Caldas. Investigadora del grupo de investigación Comunicación, Cultura y Sociedad (Universidad de Caldas). Antropóloga, estudiante de la Maestría en Sociedades Rurales. E-mail: gloria.castano_a@ucaldas.edu.co

Resumen

En Colombia, como en el grueso de los países pobres, el desarrollo de vida en el campo siempre está asociado a condiciones extremas de miseria. Aun cuando una buena parte de la explotación actual del espacio rural se produce a partir de la penetración del capital industrial y financiero, quienes tradicionalmente han derivado su sustento de las actividades en este territorio, ya como propietarios, ya como proveedores de la mano de obra requerida, han estado indefectiblemente ligados a la carencia.

Los recolectores de café, quienes constituyen el eslabón más importante dentro de la producción del grano no escapan a esta relación, por el contrario, pueden ser quienes actualmente mejor personifican la condición de pobreza rural. Esta situación aparece en las representaciones sociales, configuradas por los recolectores acerca de su ser y de la ocupación que poseen, como un factor responsable directo de su ubicación en la escala social, y lógicamente en la económica.

Las representaciones de los recolectores de café en torno a sí mismos, y a la actividad que realizan, dan cuenta de una ambivalencia respecto a la consideración de la pobreza como un estado permanente o temporal. En ocasiones la presentan como un elemento definitorio de su configuración que de manera constante e inevitable reproducirán desde su ocupación, en otros momentos la asumen como una realidad sobre la cual podrán levantarse y superarla.

Palabras clave: recolección de café, representaciones sociales, trabajo rural, pobreza, recolectores de café.

POVERTY IN THE SOCIAL REPRESENTATIONS OF COFFEE HARVESTERS AROUND THEMSELVES AND THEIR ACTIVITY

Abstract

In Colombia, as in most of the poor countries, the development of countryside lifestyle has always been associated with extreme poverty conditions. Although the major part of the current exploitation of rural areas occurs from the penetration of industrial and financial capital, those who have traditionally derived their sustenance from activities in this area either as owners or as suppliers of required labor have been invariably linked to shortage.

The coffee harvesters, who constitute the most important link in the production of grain, do not escape to this relationship; on the contrary, they could be the ones who presently best embody the condition of rural poverty. This situation appears in the social representations set by collectors about their being and the occupation they have, as a factor directly responsible for their location in the social scale and, of course, in the economic scale.

Representations of the coffee harvesters around themselves and around the role they have, account for the ambivalence regarding the consideration of poverty as a permanent or temporary state. Sometimes it is presented as a defining element of their configuration that, in a constant and inevitable manner they will reproduce from their occupation; some other times, they assume it as a reality which they will be able to rise and overcome.

Key words: coffee harvesting, social representations, rural employment, poverty, coffee harvesters.

“Una sociedad se halla profundamente enferma cuando el campesino trabaja la tierra con el pensamiento de que si es campesino es debido a que no ha sido lo suficientemente inteligente para ser otra cosa”
(Simone Weil).

Introducción

Cuando se hace investigación en un contexto pobre se conoce de la pobreza, aun cuando ésta no intervenga de manera directa en la configuración del objeto de estudio. El presente artículo deriva de una investigación realizada en relación con los recolectores de café, para conocer las representaciones construidas respecto a su condición y a la actividad que realizan. Aunque la investigación no tuvo un interés específico por conocer lo que los sujetos entendían por pobreza o cómo la percibían y tampoco buscaba reconocer los parámetros que, en el contexto de la producción de café, la delimitan, ni mucho menos ocuparse de las políticas que se han desarrollado para superarla, saber de ella fue posible a través de las representaciones que en torno a sí mismos y a la actividad que realizan han configurado los recolectores de café.

El escrito se desarrollará principalmente alrededor de lo que tiene que ver con las representaciones sociales de los recolectores de café. Se expondrán los antecedentes de las investigaciones relacionadas con esta población, el

contexto de estudio, la teoría de las representaciones sociales que orientó la investigación y finalmente los resultados, en relación con lo representado por los recolectores respecto a su ser y a su ocupación. En este último punto, se abordará la vinculación realizada por los cosecheros del grano entre su ocupación y la condición de pobreza.

En Colombia la economía ha tenido durante muchos años en el café uno de sus principales pilares, sin embargo, su impacto no ha sido sólo en esta esfera. Para Junguito & Pizano (1991: 25) el café ha estado vinculado al progreso de:

“[...] otros sectores y otras variables claves del desarrollo nacional, como fue su interrelación con el transporte interno, su vínculo con el empleo y la situación social, su relación con las finanzas públicas, su impacto en el desarrollo industrial y en la conformación del mercado interno, su incidencia en el desarrollo institucional y aún sus vínculos con la política nacional”.

Es posible plantear que, después de lo económico, es en el campo de lo social donde el café ha contribuido de manera más destacada. Según Palacios:

“[...] La tierra se valoriza, los caminos destrozados por los inviernos y por las manadas de ganado hieren más profundamente la cordillera y los pueblos de intermediarios, sede de tenderos, caciques, negociantes en ganado, mercancías del país y productos agrícolas de tierra fría, templada o caliente prosperan con el café” (1979: 83).

En el ámbito de lo social, uno de los mayores aportes del cultivo ha sido su gran participación en la demanda de mano de obra, la que requiere de manera constante para el sostenimiento general del cultivo pero principalmente para la recolección de la cosecha, actividad fundamental en la producción del grano.

Para la recolección de la cosecha, desde sus albores en las haciendas, el café ha dependido mayoritariamente de la mano de obra libre. Si bien, para su explotación las haciendas se valieron de arrendatarios que gozaban de una estadía permanente en ellas, en lo referente al café:

“la gran propiedad cafetera recurría a **jornaleros** o (más gráficamente) **voluntarios** quienes vendían libremente su trabajo a los grandes capitalistas cafeteros. Tales obreros eran contratados temporalmente en los períodos de mayor demanda de mano

de obra. [...] Alojados en toscas barracas y alimentados como parte de su salario, los voluntarios recibían usualmente pago a destajo según la cantidad de **cuartillas** (cajas de madera en que cabían alrededor de 50 libras de café maduro) que recogieran”¹ (Bergquist, 1988: 371).

A razón de las condiciones topográficas de las regiones cafeteras del país, que han dificultado la mecanización de la recolección, todavía hoy, durante la época de cosecha las haciendas cafeteras siguen supeditadas a una mano de obra que remuneran a destajo bajo condiciones que exigüamente posibilitan su reproducción.

Pese a la importancia del café en la economía del país y a la trascendencia del recolector para la producción del cultivo, la población dedicada a esta actividad está conformada por sujetos pobres que derivan de manera temporal un salario para suplir unas necesidades permanentes, y que, en la posición de andariegos se ven obligados a soportar condiciones antihumanas de alojamiento, con alimentación muchas veces inadecuada y un ambiente de total despreocupación por los mínimos de su bienestar.

La investigación sobre los recolectores la animaron dos propósitos. De un lado, una preocupación académica por acercar nuevamente la antropología colombiana al estudio de lo rural, en este caso al tema específico del trabajo rural, del cual, en virtud de estar abordando nuevos objetos de estudio, urbanos principalmente, y probablemente como resultado de las posturas de algunos sectores de la disciplina en relación con la desaparición del campesinado, se ha ocupado poco en el contexto nacional.

De otra parte, un interés personal por visibilizar, revalorizar la población que se dedica a la recolección del café, por años desvalorizada, relegada, invisibilizada a pesar de cumplir con una labor agrícola que le ha dado al país grandes reconocimientos, al tiempo que la ubica todos los días en la vida de un gran número de individuos, pero que a pesar de ello ha tenido muy poco agradecimiento social y por el contrario representa un gran renglón de la población más pobre entre los pobres rurales, los asalariados agrícolas.

Se busca lograr estos propósitos a partir de considerar que los procesos de lectura y construcción de la realidad efectuados por los sujetos son un objeto legítimo de investigación social, y, asumiendo que a razón del posicionamiento de la producción de café en la economía colombiana, el conocimiento en torno a la fuerza de trabajo migratoria ligada a su cosecha comporta una gran importancia económica y social. Se realiza un acercamiento a las

¹ Las negritas son del original.

representaciones construidas por los recolectores derivadas de su rol, sus valoraciones y sus características.

El auscultamiento de las interpretaciones, hechas por los sujetos que se desempeñan como recolectores de café, en torno a su condición y a la actividad que realizan resulta de interés académico, social y productivo. En las representaciones construidas por los recolectores, la pobreza aparece como un fenómeno relacionado directamente con su posición social y con su desempeño laboral.

Antecedentes

La pobreza de los recolectores de café no está vinculada sólo a su condición económica. En relación con ellos, los acercamientos académicos con fines de presentarlos en su condición de sujetos sociales y culturales tampoco han sido opulentos.

Los estudios que se han hecho en relación a la población que se desempeña en la recolección del café, han sido enfocados, principalmente, a abordarlos en su papel productivo, esto es, como un instrumento más dentro del proceso de producción del grano. Los acercamientos investigativos a esta población han tenido como objetivos principales conocer los aspectos que tienen que ver con la técnica con la cual realizan su actividad, examinar la eficiencia con la que la ejecutan y la calidad de la misma, así como medir su desempeño utilizando las diferentes herramientas técnicas que para la recolección se han desarrollado, especialmente desde el Centro Nacional de Investigaciones del Café –CENICAFÉ².

Las investigaciones donde los recolectores sean el centro de interés, asumidos especialmente desde sus características sociales, culturales o económicas no son tan numerosas, de hecho, para el contexto, es posible hablar sólo de las realizadas por Ramírez (1983), Tobasura & Restrepo (1991), Tobasura (1994) y Duque, Restrepo & Velásquez (2000).

En 1983 Ramírez centró su análisis en *“las características principales de los andariegos y de las dinámicas sociales más importantes que se encontraban en juego”*

² A manera de ilustración pueden citarse títulos como: “Estudios de tiempos y movimientos para el manejo de la cosecha manual del café”, de Juan Carlos Vélez y otros, en el año 1999. “Productividad de la mano de obra en la cosecha de café en cuatro municipios de la región cafetera central de Caldas”, realizada por Hernando Duque y Carmen Dussán en 2004. “Desarrollo de una herramienta manual para asistir la recolección de café en Colombia”, de Diego Londoño y Carlos Oliveros en 2002. Y “Estudios de sistemas no selectivos para la recolección manual del café”, de Juliana Wallis y otros en 2002. Estos, entre muchos otros realizados en su mayoría por CENICAFÉ.

(Ramírez, 1983: 110), investigación de la cual concluyó que: *“La movilidad, la estacionalidad y la inestabilidad, son la expresión de la relación existente entre la transformación de los procesos de trabajo y la influencia sobre las condiciones de vida y reproducción de los andariegos Ibid.: 113”*, también *“que el uso que hace el capital de esta fuerza de trabajo, implica para los andariegos un fuerte desgaste físico y un deterioro, hasta su agotamiento [...]”* (Ibid.).

Por su parte las investigaciones realizadas por Tobasura & Restrepo, se enfocaron a determinar las características socio-económicas y las condiciones laborales de los recolectores temporales de café, así como a identificar los problemas sociales, culturales y económicos que éstos deben enfrentar durante la cosecha. Frente a este interés, en sus conclusiones plantearon, entre otras, que *“las motivaciones por las cuales el trabajador se desplaza son, en términos generales, las de carácter económico y se resumen en la búsqueda de oportunidades de trabajo”* (Tobasura & Restrepo, 1991: 35), así como que los problemas en lo social que más enfrenta el recolector durante la cosecha son *“la drogadicción, el robo entre compañeros, las riñas y peleas y el mal trato recibido de administradores y patronos”* (Ibid.). En lo laboral *“la inestabilidad, la adulteración en las básculas, la mala alimentación y las condiciones pésimas de los cuarteles (dormitorios)”* (Ibid.).

En su estudio Duque, Restrepo & Velásquez se interesan por *“conocer aspectos tales como caracterización socioeconómica de los recolectores de café, determinar la productividad de la mano de obra en la recolección, identificar las variables que más inciden en dicha productividad, conocer la disponibilidad de retorno de dicha mano de obra para la próxima cosecha [...]”* (2000: 2). En relación a la caracterización socioeconómica de los recolectores concluyen que:

“el mayor porcentaje de edad de los recolectores estuvo entre 20 y 30 años; mientras que el menor correspondió a aquellos mayores de 50 años. En su mayoría los recolectores tienen pocas razones para estar arraigados a sus zonas de origen: son solteros, sin personas a cargo, no poseen fincas cafeteras ni familiares cafeteros. Esto favorece su movilidad a través de las zonas cafeteras del país. La mayoría ha tenido algún grado de educación y es alfabeta” (Ibid.: 34).

Sobre pesquisas relacionadas con las representaciones sociales configuradas por los recolectores de café no se encontraron antecedentes, ni sobre su propia condición, su labor u otro tema que les fuera directamente relacionado.

Contextos del trabajo de campo

En el contexto de la investigación antropológica, se plantea que:

“el campo de una investigación es su referente empírico, la porción de lo real que se desea conocer, el mundo natural y social en el cual se desenvuelven los grupos humanos que lo construyen. Se compone, en principio, de todo aquello con lo que se relaciona el investigador; pues el campo es una cierta conjunción entre un ámbito físico, actores y actividades” (Guber, 2004: 83).

En este sentido, el campo de la investigación, en su aspecto social, lo configuró el conjunto de representaciones acerca de su propia condición y la actividad en que se emplean, de un grupo de recolectores “andariegos” de café. La muestra de la investigación la conformó un grupo de 180 recolectores hombres entre 18 y 68 años de edad, provenientes principalmente de municipios de Boyacá, Tolima y Cauca y de las regiones del Eje Cafetero. En su mayoría solteros, quienes tenían hijos los poseían por fuera del matrimonio o de una relación estable. En relación al nivel educativo contaban con un promedio de 5 años de educación básica.

En cuanto al espacio físico de la investigación lo constituyeron los cafetales, los “campamentos” (casas alimentadoras ubicadas dentro de la finca, ocupadas generalmente por la familia del *patrón de corte* o encargado de reclutar los recolectores requeridos semanalmente) y los “cuarteles” (cuartos donde los recolectores duermen) de fincas cafeteras de más de 20 hectáreas cultivadas en café donde los recolectores se desempeñan como tales. Además, cantinas, heladerías y cafeterías, de las plazas de mercado de municipios en los departamentos de Quindío, Risaralda y Caldas, donde los recolectores, en prácticas tanto o más rituales que la misma recolección ocupan su tiempo de descanso de fin de semana.

La construcción social de la realidad

En las ciencias sociales se ha vuelto lugar común el planteamiento en torno a que la realidad se construye socialmente. Este planteamiento se vincula a que aun cuando son los sujetos los que se ven relacionados con objetos, fenómenos, situaciones así como con otros sujetos, la forma específica de actuar ante ellos y las lecturas que orientan estos comportamientos se derivan en gran parte de los lineamientos que el colectivo o el grupo social de adscripción les ha entregado.

Lo que cada sujeto entiende como realidad vehicula la información que le ha sido inculcada en forma de valores, creencias, normas e ideas por la sociedad en la que está inscrito. Esta información, movilizada, reactualizada y enriquecida en cada experiencia nueva del sujeto lo habilita para actuar frente a ella y al mismo tiempo va acumulándose para orientar las acciones en el futuro, no sólo las suyas sino las de todos los miembros del grupo.

Según esta perspectiva, no existe un mundo “real” o “verdadero”, cada sujeto, desde los marcos colectivos con que cuenta lo construye, configurándose éste en social a medida que en su constitución intervienen las experiencias compartidas con otros sujetos, configuradas en interacción como relaciones sociales.

Berger & Luckmann (1991) plantean que la vida cotidiana se conforma como la realidad interpretada por los hombres, realidad que posee, para quien la representa, el significado subjetivo de un mundo coherente. Para dar cuenta de la intersubjetividad vinculada en la construcción de la realidad exponen:

“La realidad de la vida cotidiana se me presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que comparto con otros. Esta intersubjetividad establece una señalada diferencia entre la vida cotidiana y otras realidades de las que tengo conciencia. Estoy solo en el mundo de mis sueños, pero sé que el mundo de la vida cotidiana es tan real para los otros como lo es para mí. En la realidad, no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que mi actitud natural para con este mundo corresponde a la actitud natural de otros, que también ellos aceptan las objetivaciones por las cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo en torno de ‘aquí y ahora’ de su estar en él y se proponen actuar en él” (Berger & Luckmann, 1991: 40-41).

El mundo deviene significativo en tanto se opera sobre él una interpretación, un proceso de “familiarización” que lo haga comprensible. Pero esta comprensión, esta significación del mundo, así como la consecuente posibilidad de actuar en él, parten de la interacción con otros sujetos. Los procesos interactivos dotan a los sujetos de los elementos para constituir las representaciones que en su mundo operan como orientadoras de la acción.

El conocimiento en torno a los recolectores de café entraña un acercamiento a sus representaciones, a las lecturas de la realidad, a las interpretaciones respecto a su práctica laboral y a su configuración como sujetos en torno a ésta. Conjunto de significaciones formado a la luz de las subjetividades puestas en

acción, y que, a partir de su permanente producción y reproducción permiten examinar los modos de actuar, en el contexto de su actividad y por fuera de ella, que tienen impacto en el mundo material.

Representaciones sociales

A los sujetos, los elementos objetivos de su entorno, aun cuando existen por fuera de éstos, los determinan más por el significado que ellos mismos les adjudican y por la manera como los aprehenden que por su propia existencia. Este proceso de significación deriva de la aclaración del sentido de los objetos, que los sujetos pueden lograr, esto es de su interpretación.

Estas *traducciones*, que configuran las representaciones de los sujetos sobre su mundo, se conforman sociales en tanto cumplen la función de favorecer la interacción de los sujetos, además de que se originan en marcos compartidos o matrices culturales, desde los que los sujetos orientan sus acciones.

Las interpretaciones de los sujetos han sido definidas, precisamente desde su conceptualización como representaciones sociales, desde la perspectiva de la vertiente procesual o cualitativa expuesta por Jodelet (1986: 473) como:

“la manera en que nosotros sujetos sociales, aprehendemos los acontecimientos de la vida diaria, las características de nuestro medio ambiente, las informaciones que en él circulan, a las personas de nuestro entorno próximo o lejano. En pocas palabras el conocimiento ‘espontáneo’, ingenuo [...] que habitualmente se denomina conocimiento de sentido común o bien pensamiento natural por oposición al pensamiento científico. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social. De este modo, ese conocimiento es en muchos aspectos un **conocimiento socialmente elaborado y compartido**. Bajo sus múltiples aspectos intenta dominar esencialmente nuestro entorno, comprender y explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen en él, actuar sobre y con otras personas, situarnos respecto a ellas, responder a las preguntas que nos plantea el mundo, saber lo que significan los descubrimientos de la ciencia y el devenir histórico para la conducta de nuestra vida, etc.”³

³ El resaltado es del original.

La vertiente procesual de las representaciones sociales, diferente de la estructural, “[...] pone su atención en el examen de la actividad de reinterpretación continua que emerge del proceso de elaboración de las representaciones, y considera el espacio de interacción como su objeto de estudio. [...] el proceso de elaboración está en el devenir social más que en los mecanismos cognitivos” (Vergara, 2008: 63). Un elemento de identidad de este enfoque radica en:

“[...] considerar que, para acceder al conocimiento de las representaciones sociales, se debe partir de un abordaje hermenéutico, entendiendo al ser humano como productor de sentidos, y focalizándose en el análisis de las producciones simbólicas, de los significados y del lenguaje a través de los cuales los seres humanos construimos el mundo” (*Ibid.*).

Como conocimiento común desde el cual los sujetos se orientan en el mundo y deciden sus acciones en él, las representaciones sociales son el resultado de las múltiples experiencias cotidianas vividas, leídas y construidas desde trayectorias diferentes y específicas. Su estudio configura el puente que hace posible conocer los criterios de normalidad construidos por los sujetos a partir de los cuales naturalizan sus comportamientos.

Más allá de la discusión acerca de si el conocimiento común es o no un saber verdadero, parece claro que para los sujetos, este saber, cuyo método consiste sólo en la negociación entre los marcos de actuación individual y el patrón social, es el principal determinante de su ser y su estar dentro del sistema social. Así, como que, este saber lo configuran en su actuar cotidiano, desde los acontecimientos que marcan su trasegar diario.

En este sentido la investigación de las representaciones sociales de los recolectores de café sobre su mismidad y sobre la actividad que realizan, tuvo como base el enfoque del conocimiento espontáneo de estos sujetos, construido y compartido socialmente y configurado en sistemas significativos en torno a percepciones, valores y creencias, moldeado en el cafetal, bajo la lluvia y el sol, en los cuarteles con olor a moho y a sudor, entre gritos, órdenes y amenazas de los “patrones”, desde los cuales interpretan la realidad diaria y orientan su accionar en ella.

Los mecanismos de *objetivación* y *anclaje*, movilizados en la dinámica de las representaciones sociales (Araya, 2002) son materializados en el contexto de la recolección de café a través de la naturalización hecha por los recolectores de su posición social y económica. En cuanto a la *objetivación*, la constante exposición de los recolectores a las relaciones de producción que deprecian

el trabajo manual a favor del capital, ha llevado a materializar la actividad de la recolección, de por sí, despojada de reconocimiento, en una ocupación desvalorizada y vinculada a las carencias de capital, principal pero no exclusivamente. La recolección de café, como actividad mediante la cual el hombre transforma la naturaleza y posiciona su condición como ser humano, se transforma de concepto enaltecedor de la dignidad humana en actividad desvirtuante de la misma.

Así representada la recolección de café, es incorporada por los recolectores, la apropian como verdad y una vez realizado, desde este marco, su *anclaje* funciona para estos como referente en la interpretación y la justificación de lo que son y lo que pueden llegar a ser.

Como toda la información derivada de las interpretaciones hechas sobre su entorno, sus interacciones y vinculaciones con el mundo, las significaciones hechas en torno a la recolección de café y de su propia configuración a partir de ella, es internalizada e instalada por los recolectores como un conjunto de *supradatos*, es decir, un repertorio informativo que funciona como sistema de referencia al que acuden para responder a situaciones, objetos, fenómenos o personas a las que deben enfrentar en el contexto de las relaciones de producción.

Del repertorio de lo representado, en el contexto de su desempeño laboral, seleccionan los elementos pertinentes a las acciones que como recolectores de café deben enfrentar, igualmente, desde la particularidad de la situación reelaboran la situación y acopian datos nuevos a ser revisados y utilizados en acciones futuras.

Representando la labor

La ubicación particular de los recolectores de café dentro de una estructura social, resultado de los procesos representativos de su mundo, ha proporcionado los elementos que intervienen en su experiencia específica en relación con los objetos de representación. Entender el funcionamiento de su proceso representacional obliga a contextualizar la actividad que realizan.

Si bien, desde los inicios de producción del grano en Colombia a estos días son muchos los desarrollos tecnológicos y los mejoramientos genéticos que se han operado, tanto en el cultivo como en la planta misma, la recolección del grano no ha sufrido modificaciones importantes.

La actividad es un trabajo manual que consiste en ir avanzando, entre los surcos del cultivo, desprendiendo del árbol los granos rojos o amarillos, según el tipo de planta o la variedad cultivada, y depositándolos en un recipiente de plástico, conocido como “coco”, en el que es posible recolectar hasta doce kilos del fruto, que los recolectores llevan amarrado a la cintura por un cincho plástico o de cabuya. Es una labor, objetivamente difícil, que en Colombia se realiza principalmente en topografías muy adversas a la biología humana y para la cual toda condición climática resulta desfavorable.

Durante muchos años en Colombia, la recolección de café no ameritó conocimientos o cuidados especiales, sin embargo, con la llegada al país de plagas como la broca se hizo necesario introducir una rigurosidad en la cosecha de los granos maduros que llevaron a requerir una técnica y un preparación específica para esta actividad. Además, la introducción de producción de cafés especiales y de venta directa con prueba de taza especializaron mucho más la ocupación.

En términos laborales la actividad se desarrolla en un contexto de flexibilidad, entendida como el proceso mediante el cual la fuerza de trabajo es “*fácilmente sustituible y movilizable dadas sus características de calificación*” (Lara, 2001: 23), contexto éste que posibilita la evasión, de parte de los propietarios de las fincas de una relación laboral de largo alcance con los trabajadores a su servicio, pues éstos son reclutados por los *patrones de corte* para un período cuya duración depende mayoritariamente de un desempeño satisfactorio. Este tiempo generalmente oscila entre una semana y cinco, en su máxima expresión, lo que obliga a los recolectores a desplegar una gran movilización física entre las regiones cafeteras, y en algunos casos también una movilidad laboral.

La consecución de mano de obra para la recolección de café, vía patrón de corte al servicio de las fincas, está empezando a ser sustituida por la contratación, por parte de los grandes productores de café, de un intermediario que provea la fuerza de trabajo requerida, con lo cual las haciendas “*externalizan la función de reclutamiento y pago de la fuerza de trabajo asalariada*” (Gómez & Klein, 1993: 7). Esta es una forma de contratación en la que se produce un “*distanciamiento social entre los actores de la relación contractual dispersando las responsabilidades*” (Feder, 1980: 24), pero sobretodo pauperizando a los trabajadores agrícolas expuestos a ganarse la vida en estas condiciones.

El desempeño en la recolección de café ha generado un tipo de relación laboral muy particular, si bien es un trabajo eventual, en la práctica suele configurarse de alguna manera en permanente, toda vez que hay recolectores que llevan más de diez años visitando las mismas fincas durante la cosecha

y la travesía⁴ y manteniéndose en ellas durante el tiempo de su duración, aproximadamente ocho a diez semanas en cosecha, y cuatro semanas en travesía.

Aun cuando formalmente la permanencia de un recolector por más de cinco semanas en la misma finca no es aceptada por los propietarios, debido a las responsabilidades contractuales que esto acarrea, la situación se presenta recurrentemente, ya que, como se mencionó, son los *patrones de corte* los que se entienden directamente con los trabajadores, y los beneficiados con una larga permanencia de recolectores de quienes ya conocen la calidad de su trabajo y la *clase de personas* que son. Durante el tiempo de la investigación se conocieron recolectores que llevan hasta dos años en la misma hacienda con un día o dos de desvinculación de la finca entre cada mes y medio.

Este tipo de relación contractual y la condición temporal del trabajo, aun cuando lleva a que los recolectores tengan unas condiciones laborales precarias en las que no poseen la más elemental seguridad social, y que les niega toda posibilidad de alcanzar una jubilación, no es evidenciada por ellos como dificultad, por el contrario la asocian a una cualidad de su trabajo que les otorga una gran *libertad*, a diferencia de la sujeción a la que someten otros tipos de trabajo u otras modalidades contractuales. Además para ellos, en las actuales condiciones de pobreza y desempleo del país, ya es una “bendición” tener en que “ganarse unos pesos”.

En el caso de los recolectores de café, en las representaciones sobre su actividad, el mecanismo de *objetivación* se da, paradójicamente, transfigurando su propia condición de recolectores en la condición del otro que es como ellos pero no son ellos. La presentación de lo que es, “tal cual es”, un recolector de café está referida a características poseídas por otros sujetos que se dedican a esta actividad. La pregunta en torno a qué es la recolección de café no incita en el recolector una reflexión en torno a que ésta sea una fuente referencial de su propia identidad.

“Un recolector de café es una persona que se dedica a coger los granos de café en la cosecha o cuando ya están maduros, a eso es lo que se dedican porque lo aprendieron de sus papás o porque les tocó, y son muy desorganizados, casi toda la plata se les va en trago y con las mujeres en las cantinas, es como que no les importa el futuro” (Recolector de 35 años, 17 en la recolección, julio de 2009).

⁴ Cosecha de menor proporción que se presenta entre las principales, en algunas regiones también se le conoce como mitaca.

En la representación de la actividad, el permanente desplazamiento al que los obliga la temporalidad de la misma y la inestabilidad laboral que la caracteriza, se configura para estos trabajadores agrícolas en su capacidad de acción, como trabajadores *libres* tienen la posibilidad de vender su trabajo al *mejor postor* durante el tiempo que lo deseen.

A razón de ser una actividad que se realiza de manera independiente, esto es donde la responsabilidad depende totalmente del individuo, en su representación las relaciones sociales no gozan de un valor significativo. Por el contrario, se considera que lo mejor es no establecer muchas “migas” pues en los lugares de trabajo se está por muy poco tiempo y las “*amistades dificultan las partidas*”. Sin embargo, se considera que las relaciones temporales a que da lugar la actividad, que no llegan a ser muy comprometidas, deben ser lo más armónicas posible, tanto en el campamento como en el cafetal, pues entienden que en algunos contextos lo contrario podría resultar peligroso e incluso mortal.

El nomadismo no sólo es un elemento principal en las trayectorias vitales de estos recolectores, es un componente importante de la representación de la actividad. La no pertenencia a lugar alguno, y la percepción de no sometimiento al trabajo por un patrón, son presentadas como cualidades distintivas de la recolección que producen, en quienes a ella se dedican, una sensación de libertad. Desde una mirada externa, esta particularidad de la ejecución de la labor presenta dificultades para ser conceptualizada como cualidad, y mucho menos como posibilidad de libertad, en tanto, la recolección impone a sus ejecutantes extensas jornadas de trabajo que les impide cualquier otra expresión de su ser. Entran a trabajar a las seis de la mañana, descansan media hora mientras toman el desayuno, tiempo que puede ser menor en tanto su paga depende de lo recolectado y no desean perder un minuto para desprender granos de los árboles. A las doce del día toman el almuerzo y retornan al cafetal a las doce treinta hasta aproximadamente las cuatro o cuatro treinta, hora en la que se desplazan a hacer pesar el café recolectado. Para algunos la jornada puede extenderse hasta las cinco, incentivados por la posibilidad de recoger otro poco de granos y con ello elevar su “salario”. Adicionalmente, deben plegarse a las orientaciones que para la ejecución de la tarea permanentemente les señala el *patrón de corte*, especificaciones que de no cumplir les vale el despido de las haciendas.

Desde el estricto sentido con el que los recolectores entienden el trabajo, la recolección de café, para muchos, no lo representa. Para ellos el concepto trabajo refiere una actividad para la cual se requiere una experiencia específica, se realiza en espacios confinados o al menos muy bien delimitados,

bajo las órdenes generalmente de propietarios de empresas, o de encargados que poseen mucho poder, en unos horarios específicos de obligatorio cumplimiento y que generalmente no satisface a la gente. Consideran además que un trabajo proporciona ganancias adicionales al salario, prestaciones sociales, cuidados a la salud, servicios a la familia, entre otros, que favorecen el bienestar de las personas.

La idea de trabajo en los recolectores vincula además un conjunto de relaciones, por fuera del espacio propio de su realización, entre las personas que laboran juntas. Estas relaciones no se producen en la recolección de café, aunque muchas veces se tiene oportunidad de volverse a encontrar con los compañeros casi siempre esos encuentros se dan en las fincas, no por fuera de ellas.

“En una finca uno conoce gente y hace amistad con ella, pero dura sólo el tiempo que uno está en esa finca, es muy raro que uno se ponga en mucha amistad con los compañeros como salir a beber con ellos o así, no. Bueno aunque sí hay parceros que les gusta mantener como de a tres o cuatro y se mueven juntos por las fincas o se dicen dónde hay trabajo pero no es lo que hacen todos, pasa muy poquito, de resto uno mantiene solo o se encuentra de casualidad los fines de semana con manes que uno conoció en otras fincas y entonces se toma una cerveza y charla un rato no más” (Recolector de 32 años, 17 en la recolección, junio de 2009).

Tampoco se goza, en la recolección, de beneficios económicos diferentes al pago por lo cosechado. Los recolectores carecen de vinculación a empresas promotoras de salud y tampoco comparten corresponsabilidad con sus *patrones* en el pago de aportes para pensión.

Aunque la consideran un trabajo en la medida en que mediante ella obtienen los recursos para su sostenimiento, al no responder a un conjunto de requisitos, ya expuestos, propios del trabajo, la recolección de café no figura como tal para los recolectores. Más bien, esta actividad, más allá del tiempo que lleven en ella, la entienden como un oficio, temporal para algunos, por el cual reciben una paga pero en el que no se crea ningún lazo laboral y por lo tanto no ofrece facilidades para superar la miseria económica. Se representa como el destino que les toca asumir por no haber estudiado, ya por imposibilidad económica ya por desinterés personal, o porque no nacieron con riqueza.

En la representación del recolector la situación en la que viven es incomprensible, de un lado los propietarios de las fincas perciben una cantidad

significativa de dinero por la venta del café, el cual para ser comercializado necesita ser recolectado, mientras que quienes lo hacen y con ello posibilitan las ganancias de los cafeteros apenas sí reciben para un tinto.

Reconocen que la actividad definitivamente está relacionada con la pobreza y que algunos además la identifican también con la delincuencia. Respecto a lo primero, tienen claro que sólo los pobres están dispuestos a trabajar en la actividad y no tanto los pobres sino los pobres muy pobres, aclarando que la categoría se refiere a la condición económica. Frente a lo segundo, creen que son muy pocos los delincuentes que se dedican a ella aunque *“que los hay los hay”* y por eso a veces resulta peligrosa porque *“en este contexto uno no sabe con quién se está metiendo”*.

Como actividad, la presentan como una posibilidad digna para responder a la necesidad que se impone a todo ser humano de sobrevivir. La representan como un instrumento con el que buscan mantenerse y obtener lo necesario para satisfacer las necesidades. La perciben como una labor dura pero simple. Dejan ver que la consideran fácil de realizar y que es el contexto o las condiciones de clima, geografía, relaciones laborales y de hospedaje en que debe realizarse lo que la hacen difícil.

Sin embargo, a pesar de posibilitar la supervivencia no es sentida realmente como una oportunidad de desarrollo personal o de satisfacción individual. Muy pocos exponen una representación esencialista de la actividad, aunque se le vincula con unos grados de autonomía, libertad y disfrute, este último principalmente por la relación directa con la naturaleza, que se la presenta como muy satisfactoria.

Auto-representación

Aunque muchos recolectores de café se desempeñan en la actividad de manera fija en relación a su lugar de origen, los de la investigación son principalmente recolectores que van tras las cosechas del grano en el país. De tal forma que son primordialmente jornaleros agrícolas migratorios, esto es, trabajadores que cubren las necesidades de mano de obra dentro de un cultivo, el café en este caso, en épocas de cosecha y con tareas muy específicas, la recolección del grano, dentro del ciclo del mismo. Esto lo hacen en las diferentes regiones cafeteras del país a medida que las cosechas, bien de café bien de otros cultivos, se van presentando. Esta última característica ha dado origen al concepto de *“andariegos”* con el que también se les denomina.

Durante las épocas de cosecha los recolectores recogen el grano de campo en campo, de finca en finca, de “cuartel” en “cuartel” en regiones de las que no son oriundos. Configuran un grupo de población heterogéneo y variado tanto en lo social, como en lo económico y lo cultural. Entre ellos es factible encontrar desde trabajadores agrícolas que no poseen tierra hasta pequeños campesinos que perdieron sus tierras y se ven en la obligación de vender su mano de obra. Aunque estos últimos son escasos entre los andariegos, la actividad incluye también “expertos” en otros oficios, básicamente de la ciudad, que de manera transitoria, principalmente durante la cosecha, se ubican en ella.

La heterogeneidad de la numerosa población que en Colombia año tras año se ocupa en esta actividad, bien como trabajo permanente bien como tarea esporádica o de “escampe” mientras se ubica en otro sector o se capitaliza para desempeñarse en ocupaciones diferentes (vendedores ambulantes de ropa, mercancía variada o frutas y verduras, pintores de “brocha gorda”, entre otros), sumada a la movilidad espacial obligada por las condiciones laborales en las que se realiza la labor, así como por la diferencia de los tiempos de cosecha en las diversas regiones cafeteras del país, ha tornado difícil realizar una caracterización o tipologización de los recolectores.

Desde las informaciones provistas por los sujetos de la investigación, se ha realizado una caracterización⁵ de los actores, contemplando, por ahora, sólo el aspecto relacionado con las razones y las expectativas dentro del oficio. Los tipos de recolectores pueden reunirse en cinco grupos básicos así:

1. **Recolectores de oficio:** son los sujetos que a sí mismos se presentan como especialistas o “profesionales” de la recolección del café. La disposición para recoger el grano ha sido “herencia” de su familia, principalmente padre o abuelo. Son recolectores que llevan más de diez años desempeñándose sólo en esta actividad, por ello la consideran como una profesión y no se imaginan haciendo algo diferente. A pesar de ser conscientes de lo difícil que actualmente es ocuparse en ella, y de saberla estigmatizada socialmente, piensan que es lo único que pueden hacer.

El grupo que desde esta perspectiva se desempeña en la labor, valida el pensamiento en relación a que el café hace parte de los elementos que participan en la negociación cotidiana de su identidad.

⁵ Tratándose de una caracterización ideal derivada de verificaciones prácticas, está sujeta a variaciones y diferencias en relación a las poblaciones de recolectores que se aborden, al tipo de caficultura en la que se desempeñen y de las variables que se elijan para su creación.

2. Recolectores neófitos: alude a los sujetos que no tienen mucho tiempo en la actividad, que en ella han encontrado una manera de derivar el sustento diario. Aunque actualmente fungen como recolectores se han desempeñado en otras actividades, también rurales, como las pecuarias, o en la ciudad como las de construcción. Están dispuestos a ocuparse en lo que les resulte y, de hecho, lo hacen en el tiempo en que no hay cosecha o la demanda de mano de obra para la recolección es poca.

3. Recolectores circunstanciales: son sujetos que llegaron a la recolección visualizándola como una manera de capitalizarse para seguir haciendo negocios o trabajando en diferentes actividades en la ciudad. La han realizado unas pocas veces cuando se han agotado sus recursos económicos hasta el punto de no poder reproducir su actividad corriente, esto es una, dos y hasta tres veces en sus vidas. Consideran la recolección como una tarea demasiado ardua cuya remuneración no compensa las exigencias que requiere, les aburre y la miran como un “escampadero” mientras vuelven a lo “suyo”. Admiran por lo tanto a quienes se ocupan permanentemente en la actividad.

4. Recolectores por estrategia: son generalmente personas solas, que no tienen familia o compromisos y que ven en la recolección de café una estrategia estacional de asegurar su subsistencia, un oficio que no les exige mayores conocimientos o preparación y les provee fácilmente alimentación y hospedaje. Representa para ellos una posibilidad como cualquiera otra de obtener recursos para mantenerse.

5. Recolectores camuflados: si bien la necesidad de esconderse no es la razón más frecuente para ocuparse en la recolección, funge como la explicación de algunos de los sujetos que la realizan. En tanto es una labor para la cual no se exigen documentos o presentaciones específicas, y es auto proveedora de alimentación y pernoctada, se configura para algunos sujetos como el contexto perfecto para “desaparecer” de los escenarios de desempeño consuetudinario donde a razón de problemas con la justicia o con particulares no pueden desenvolverse.

Dentro de la población que ejerce la actividad en estas circunstancias las características son muy variadas, se encuentran desde sujetos con una formación académica que supera la media de la de los recolectores hasta sujetos sin ninguna cualificación que incluso la actividad les resulta difícil. No han construido un pensamiento específico frente a la labor, en tanto ésta se utiliza como distractor de un problema más grande que la consecución de los recursos para la reproducción, por ello es difícil

que ofrezcan sus nombres verdaderos o que estén dispuestos a dar información acerca de sus familias o aspectos más personales.

Independientemente de la categoría, la mayoría de los recolectores de café poseen niveles de educación muy bajos. Esta condición, como ya se aludió, la responsabilizan de tener que ocuparse en la recolección del café, de donde se desprende un análisis respecto a que consideran que de haber estudiado o capacitado más no tendrían que realizar esta actividad, en cambio habrían podido acceder a un trabajo.

En las épocas de cosecha, cuando la demanda de mano de obra es voluminosa los propietarios de las fincas despliegan diferentes mecanismos para su adquisición. El artilugio más común es su reclutamiento en las plazas de mercado de los pueblos, por medio de quienes en las haciendas se desempeñan como los *patrones de corte*, éstos son trabajadores que con sus familias habitan en los campamentos de la finca y son responsables de la supervisión y la disciplina en el trabajo alrededor de cada campamento. Son trabajadores que en otro momento fueron también recolectores de café, que en la nueva posición gozan de un poco más de estabilidad laboral, expresada en un contrato escrito, que consecuentemente les provee condiciones diferentes, el acceso a las prestaciones sociales, entre otras.

Quienes laboran como *patrones de corte*, generalmente son personas que se han desempeñado durante años como agregados o mayordomos de otras fincas, o recolectores de la región que se han ocupado durante varias cosechas en la finca, y que cuentan con la posibilidad de instalarse en un campamento y asumir las tareas propias de esta posición, tareas que consisten básicamente en *enganchar* los recolectores, transportarlos a la finca, vigilar la calidad de ejecución de la recolección y proveerles la alimentación.

Una vez en la finca si los recolectores están a gusto y responden a las exigencias de la labor, comunicadas a través de los *patrones de corte*, podrán quedarse hasta que termine la cosecha. Esta forma de agenciarlos ha llevado a los recolectores a desarrollar una percepción de indispensabilidad en la ejecución de la labor, desde la cual obtienen los elementos para representarse como fundamentales para los propietarios de fincas cafeteras.

“Mire, vaya usted un domingo a las plazas de mercado de los municipios cafeteros, allá va a ver a los patrones de corte gritando como locos cómo es el trabajo en la finca de cada uno. Ellos nos necesitan, por eso van a buscarnos y a ofrecernos un montón de cosas que al final uno sabe que no son verdad, la mejor comida,

un buen precio, la dormida pero es porque la cogida es la parte más necesaria del cultivo. Mire, usted puede tener mucha tierra y tener muy buena cosecha y si no tiene quién se la coja está llevao” (Recolector de 47 años, 26 en la recolección, diciembre de 2008).

El autoreconocimiento gestado desde la práctica de la recolección los ubica en una situación ambivalente, a veces liminal, se mueven entre sentirse imprescindibles y despreciados. A la luz del proceso de producción del café las manos recolectoras son insustituibles, son invisibles desde dimensiones externas a la participación en el ciclo productivo.

A pesar de que en el cafetal permanecen acompañados por otros recolectores y con ellos intercambian historias y experiencias, las condiciones específicas de independencia y responsabilidad individual exigidas por la actividad, son características que han infiltrado otros ámbitos de sus vidas. De tal forma los recolectores suelen ser muy solitarios, los “andariegos” suelen ser solteros y no desean compromisos.

Los jornaleros del café, piensan en los recolectores del grano como sujetos que han encontrado en esta actividad la oportunidad de ocupación que no han tenido en sus lugares de origen o en otros sectores de la economía. Es un espacio que por momentos les permite tener la esperanza de mejorar su vidas en todos los sentidos, aunque este mejoramiento nunca se produce, la actividad sigue siendo la promesa de mudar de posición social, aun en esos momentos de análisis profundos cuando los recolectores, después de contrastar los años que llevan en la recolección y lo que han logrado, ven difícil que el camino de la recolección les conduzca a ser algo diferente.

“La gente que se dedica a la recolección es gente que no ha conseguido trabajo en otra cosa y por eso les toca venir a hacer esto... yo no, yo sí tenía trabajo en la construcción pero me pareció que en esto me podía ir mejor y sobre todo que no tenía que cumplir horarios, uno entra a la hora que quiera y también se va cuando quiera. Piensa uno que si trabaja duro algún día podrá ser como el patrón [risas, pausa y mirada de interrogación]. Ah ¿por qué no?” (Recolector de 50 años, 28 en la recolección, junio de 2009).

En relación a la clase de trabajadores que son, aun cuando por la definición serían descritos como trabajadores rurales, para lo cual se asume como trabajo rural la realización de un conjunto de actividades agropecuarias desarrolladas en contacto con la naturaleza con el objetivo de obtener un producto a ser comercializado, los recolectores de la investigación no se

identifican plenamente en tal categoría, reconocen realizar sus labores en el espacio rural mas no lo rescatan como un referente importante en su autodefinición.

A pesar de ser jornaleros agrícolas, los recolectores no reconocen en esta condición un elemento que configure su propia representación. Se cree que responde a tal categoría quien permanece de manera constante en el contexto rural, y además de trabajar en él desarrolla allí otras dimensiones de su vida. Desde su perspectiva, no es trabajador agrícola quien “simplemente” en este contexto cumple con una actividad por la cual recibe un pago, para el caso recolectar café, y su vida se desenvuelve en el pueblo o la ciudad, siendo allí de hecho donde se consume el dinero obtenido.

En este caso resulta interesante, primero, que los recolectores requieran, para su autoreconocimiento como trabajadores rurales, la coincidencia entre el medio de desempeño laboral y el de hábitat, y segundo, que visualicen el pueblo como el territorio de su desarrollo pues en éste escasamente están los fines de semana, en tanto durante la semana permanecen en la finca en la que laboran. Esto, probablemente, responde a las condiciones en las que se desenvuelve su cotidianidad en la finca, todo el día en el cafetal y las tardes noches en el campamento y el “cuartel”, donde además de carecer de medios para distraerse las condiciones de bienestar y comodidad son exiguas, lo que imposibilita el desarrollo de un sentido de pertenencia y en consecuencia identificación con el lugar.

En su mayoría los recolectores se presentan como “miembros” de un mundo urbano para quienes la ligazón de afecto con la tierra o el campo es una condición atribuida vía herencia familiar, o adquirida muy superficialmente por su labor, sin llegar a concretarse como un elemento significativo en la configuración de su identidad. Con excepción de quienes se desempeñan como *recolectores de oficio*, quienes se autoreconocen como *hijos de la tierra*, la mayoría de los recolectores aluden al pueblo como referente de su identidad. En lo atinente a su adscripción a una clase social, reconocen su pertenencia a una misma a partir de la condición de pobreza, mas no por la coincidencia de actividad. De tal forma, es la condición económica y no la actividad ocupacional la que funciona para los sujetos como código de intercambio social. No reconocen en la recolección un mecanismo configurador de grupo, mas sí lo es el hecho de carecer de medios económicos y de trayectoria educativa.

El nomadismo, o la itinerancia, que identifica la práctica juega en la representación que los recolectores tienen de sí un papel fundamental. Según

su percepción no pertenecen a lugar alguno, “uno es del café, donde esté el grano maduro allá esta uno... bueno al menos los que nos hemos dedicado siempre a perseguir las cosechas, y uno se acostumbra así, por eso se va de todos lados aunque lo esté pasando bueno” (Recolector de 42 años, 26 en la recolección, octubre de 2009).

Es cotidiano para los recolectores traspasar fronteras, lo hacen de manera constante con las físicas o geográficas. Aunque no siempre les resulta agradable, para ellos es normal entrar a nuevos mundos alimenticios, a formas nuevas de ver el mundo y a maneras diferentes de pensar. Oscilan entre el grano maduro y el verde del mismo modo que entre las ganancias y las pérdidas culturales, así que esas fluctuaciones permean también su identidad.

En los cafetales casi nadie quiere dar su nombre, o al menos hacerlo no les es importante, el nombre de pila no interesa, no les dice nada, prefieren ser llamados por sus apodos, esos que han obtenido por algo que sí les significa y que los hace diferentes en cada lugar a razón de la experiencia que los origina.

“En una finca que yo estuve hace dos años, en la que me pasé toda la cosecha porque el patrón tenía una hija muy linda, me llamaban *leche* y no me pregunte por qué era, pues por ser yo tan mono, aunque ahora estoy más negro porque me he quemado mucho, pero en ese tiempo verdá que sí parecía yo como leche o mejor como mosco en leche porque todos los que estaban cuando yo llegué eran requemaos, aquí me llaman *el manchao*, porque en el cafetal me encontré una pepa y me puse a jugar con ella, a pelarla con la navaja y por la noche tenía yo las manos negras y eso no me salía con nada, por más que me restregué no se me quitó, como a los 4 días apenas empezó a limpiársese eso, y como no falta el que está pillando todo me pusieron *el manchao*” (Recolector de 33 años, 9 en la recolección, enero de 2009).

A pesar de asumir tranquilamente los apodos, ven de manera desagradable que en la relación laboral sus nombres no tengan importancia. En este sentido se desarrolla la contradicción entre la libertad que dicen se experimenta de que el patrón no sepa ni siquiera sus nombres y la indignación que sienten por ser tratados como “presos”, lo que para ellos se expresa en el hecho de que su existencia en las fincas se objetiva en el número con el que es identificado el costal (generalmente una estopa de fibra plástica), que se les entrega para acopiar el café recolectado en el “coco” en el cafetal.

“Ser recolector de café no le da a uno ninguna importancia, en esto uno ni siquiera nombre tiene, uno pa’ todo funciona como un número. Desde el principio el patrón de corte va a la plaza a buscar ocho, diez o el número de recolectores que necesita, luego llega al campamento e informa el número de recolectores que hay en total para la semana. Ya en el trabajo lo que importa es el número de kilos que uno recoge, pero lo más es el número de granos que uno deja caer o el número de maduros que le quedaron en el palo, y el nombre de uno es el número con el que le marcan la estopa en la que echa el café. Por ejemplo, yo acá me llamo *trece*, pero no me importa porque yo no creo en agüeros, antes cuando me llamo así es que más bien me va” (Recolector de 58 años, 25 en la recolección, enero de 2009).

La ambivalencia aparece como un elemento central en la representación de la actividad, por parte de los recolectores, y principalmente en la construcción de su ser en relación a ella. La presentan como una labor muy importante dentro del contexto de la producción del café, pero paradójicamente muy mal remunerada y con muy poco reconocimiento, tanto en el contexto general de la producción de café como por la sociedad en general.

En la representación de sí en la actividad, el tiempo, el cuerpo y el espacio aparecen como elementos clave para los recolectores, el cuerpo es el que posee la fuerza y el *aguante* para la actividad. En él se hace evidente la exigencia de la labor, por eso es necesario alimentarlo bien y proveerle un buen descanso después de cada jornada. Pero no todo el cuerpo es igual de importante, todo trabajo demanda recursos corporales diferentes, en el caso de la recolección se necesita una condición física especial pero principalmente son las manos y los pies los que mayor relevancia cobran para desempeñarse en este trabajo. Es fundamental tenerlos o haber encontrado cómo suplirlos eficientemente si se carece de ellos (en campo se conoció un hábil recolector cuya mano izquierda era un garfio), de lo contrario no podrían estar en este contexto.

Respecto al cuerpo en el contexto del trabajo, Landa & Marengo relacionando el concepto energía con el de cuerpo-trabajo han propuesto que:

“a) todo acto de trabajo implica circulación de energía, sino, no es tal. Todo *quantum* de energía corporal puede ser potencialmente desplegado como acto laboral. Por lo tanto, referir al concepto de cuerpo-trabajo implica pensar determinadas relaciones en las cuales los cuerpos establecen acciones específicas, en el marco de disposiciones sociales, estructuras de poder (asimétricas-diferenciales) y procesos de objetivación;

b) El trabajo es caracterizado como la instancia (acontecimiento) y el lugar (*locus*) en la/el cual se comprometen las propiedades de los cuerpos humanos para producir valores sociales en su acción performativa concreta. Valor no como 'medida' objetiva sino como intensidad objetivada o potencia objetivable. Hay circulación de 'valor' allí donde una determinada 'intensidad' actualizada en el hacer de un cuerpo (individual o colectivo), se constituye en objeto de disputa en la dinámica de cierta economía del poder. En consecuencia, la variable cuerpo-trabajo, su valor, su potencia y su agenciamiento en torno a determinados recorridos del poder, sólo emerge en el marco de relaciones sociales específicas, que se constituyen en un entramado reticular de escenarios, guiones, personajes que circunscriben el devenir de toda práctica socio-productiva" (2010: 4).

Para las faenas de la recolección los recolectores disponen especialmente sus cuerpos, si está lloviendo salen a los cafetales ataviados de grandes y gruesos plásticos que los protegen, si el calor predomina usan cachuchas para que el sol no martirice sus cabezas. De la misma forma se protegen cotidianamente de las picaduras de moscos, gusanos o culebras, que los incapacitarían para la labor, usando atuendos de mangas largas, protectores para la cara y el cuello, guantes para las manos y botas plásticas.

"Uno conoce ahí mismo al recolector con experiencia, no es sino velo llegar al cafetal, el que llega de zapatos fiesteros o de camisas sin mangas es la primera vez que va a coger, aunque hay muchos a los que no les gusta andar llenos de chiros pero la experiencia le va diciendo a uno qué es lo que necesita, bueno eso también depende de las condiciones del cafetal, pero en general uno tiene que cuidarse mucho más uno que no tiene servicio de salud" (Recolector de 38 años, 20 en la recolección, septiembre de 2008).

El tiempo también tiene un peso específico para los recolectores del grano. Una relación ambivalente. Desde la manera en que ejecutan y se mueven en la actividad se crean la falsa ilusión de estar por encima de él, de ser sus dueños, según su percepción trabajan cuando y hasta que lo quieren, pero en tanto el dinero que reciben depende de la cantidad de café recolectado, el tiempo es su máximo verdugo. Aunque la mayoría no tiene reloj, el radio que llevan, pegado a ellos como su propia respiración, les informa sobre los tiempos de inicio y finalización de labores así como el de los alimentos, los que consumen velozmente y de nuevo al corte.

Para los recolectores de la investigación, es decir los migratorios, el tiempo de dedicación a la actividad empieza, casi siempre, los domingos. Muy poco después del escaso desayuno que puedan tomar en las cafeterías o restaurantes de las plazas de mercado, se aprestan en ellas a esperar la voz de los *patrones de corte* conocidos o las mejores ofertas que les conducirán a las fincas donde una posibilidad es que pasen sólo esa noche, si las condiciones de alojamiento, alimentación o topografía de la finca no les satisface, pero que lo más seguro es que sea su morada durante toda la semana, aun cuando las expectativas en torno a las condiciones de lo mencionado no se vean colmadas, según ellos es muy difícil que *“los ricos se preocupen por cómo están los pobres”*.

Como ya se manifestó, la labor comienza a las seis o seis y treinta de la mañana, esto depende mucho del clima, de la hora en la que hubiesen terminado el día anterior, pero sobre todo de las condiciones del lote donde deban iniciar recolectando. A las ocho de la mañana toman el desayuno en los campamentos o les es llevado hasta el “tajo” y media hora después, como máximo, retoman el trabajo hasta las doce del día, hora del almuerzo. Entre las doce y treinta o la una de la tarde regresan al cafetal, y terminan la tarde generalmente a las cuatro y treinta o un poco más tarde si la cantidad de café lo amerita.

La gran mayoría de recolectores andariegos gusta trabajar como “kiliadores”, esto significa que les pagan por lo que recolecten, por ello vuelven al corte inmediatamente consumen los alimentos, los minutos por fuera del surco son granos no recolectados y consecuentemente dinero perdido.

Durante toda la semana se desempeñan así, una vez terminada la jornada de cada día y pesado el café algunos se bañan para consumir la comida entre las cinco y las seis de la tarde, luego se entretienen charlando o jugando cartas o parqués. Si en el campamento es permitido ven televisión, hasta las nueve de la noche, hora en la que les ofrecen tinto antes de desplazarse a los “cuarteles” y deben apagar las luces. De esta forma se da el manejo del tiempo de corta duración, el presente, el día a día. En relación al tiempo del mañana, el tiempo que configura el futuro, los recolectores no son muy sensibles, en realidad éste no existe, nunca saben qué pasará con ellos en un año o dos o más y no les interesa realmente. Existen en el día a día, no les preocupa el futuro.

Consecuentes con esta concepción del tiempo, el descanso de los fines de semana, los recolectores en general, pero principalmente los de oficio lo destinan a beber en las cantinas y hacerse acompañar de las mujeres que en ellas trabajan. Cuando el futuro no existe ahorrar no es importante. Este

pensamiento ha servido a la configuración de una representación en torno a los recolectores de café, por parte de otros actores del contexto de la producción, como irresponsables, borrachos y despreocupados.

El espacio, otro elemento importante en las representaciones en torno a la labor, se objetiva principalmente en el cafetal y en el “cuartel”. El primero, es el que experimentan durante la mayor parte de la jornada laboral, por eso la topografía de la finca, el clima, el tipo y estado del cafetal juegan un papel importante en la disponibilidad del trabajador para la labor. De la misma forma significa el cuartel, éste es el espacio que debe posibilitar el descanso y la recuperación de fuerzas de los recolectores para su desempeño en la jornada de trabajo siguiente.

Aunque el precio pagado por kilo de café recolectado es una variable de mucho peso en la elección, hecha por los recolectores, de las fincas para trabajar, la recurrencia y el énfasis de los sujetos de la investigación en torno a la calidad del espacio de alojamiento, especialmente de los “cuarteles”, posibilita pensar que en la jerarquía establecida por los recolectores esta variable se ubica por encima de la del precio. Pese a esto, y a la importancia de un buen descanso del recolector para que realice mejor su trabajo, en la mayoría de las fincas cafeteras en las que se requiere personal migratorio para la recolección, el estado de los “cuarteles” es deplorable. Por eso, aun cuando un recolector acepta ser “enganchado” por un *patrón de corte*, este enganche sólo estará seguro después de que el recolector haya conocido el campamento, especialmente el “cuartel”.

La disposición y el estado de los cuarteles son, según los recolectores, las señales básicas de lo que será su vida allí. Estos espacios, por lo general, se encuentran ubicados muy cerca de la casa del *patrón de corte*. En conjunto configuran lo que se denomina el campamento. Tienen una extensión que varía en relación con el tamaño de la finca, en las grandes (más de 20 hectáreas) las dimensiones oscilan entre los treinta y cinco y cincuenta metros cuadrados, con una o dos aberturas enrejadas en la pared, parcamente pintados y con piso de cemento sobre el que se acomoda una cantidad importante de camarotes dejando entre ellos escasamente el espacio para poner los pies al levantarse.

Los colchones, bastante delgados, suelen ser un conjunto de estopas de fibra sintética acomodadas horizontalmente dentro de otra estopa o envueltas en un plástico grande. Se carece de almohada. En muchas haciendas el dormitorio es al mismo tiempo el secadero de ropa. Haciendo uso de un gran ingenio, los recolectores extienden cuerdas de cabuya entre las barandas de los camarotes en las que cuelgan a secar su ropa interior medio lavada o su ropa de trabajo mojada por la lluvia.

Al lado de los camarotes se acumulan los morrales en los que guardan sus pocas pero “valiosas” pertenencias y la ropa sucia cuando está seca. Así, el ambiente del cuartel se torna frío, húmedo y mohoso. La ventilación con la que cuentan, generalmente poca, no alcanza a airear lo suficiente el espacio para que el descanso nocturno, después de una larga jornada de trabajo, sea apropiado.

“Los patrones quieren que uno haga la tarea muy bien, pero eso es difícil cuando uno está mal. Por ejemplo hay noches en las que uno no puede ni pegar el ojo por los zancudos o las pulgas... o porque las varillas del camarote se le entierran en las costillas, y entonces uno pasa mariaio todo el día en el cafetal, como dormido y lo peor pensando que por la noche vuelve y le toca la misma cosa, porque las pulgas no se van, aunque uno esté flaquito ellas encuentran de donde chupar” (Recolector de 28 años, 12 en la recolección, octubre de 2009).

De manera paradójica, el cafetal, pensado como el espacio que más debería constreñir al recolector por ser el directo de su desempeño, es el que le permite una representación positiva y de libertad de la actividad, mientras el espacio destinado al descanso es el que más le oprime y le aburre, incluso hasta incentivar cotidianamente el abandono de la labor.

La pobreza en la representación de la recolección

La pobreza ha sido definida de múltiples maneras. En un sentido amplio Altimir la definió como:

“Un síndrome situacional en el que se asocian el infraconsumo, la desnutrición, las precarias condiciones de vivienda, los bajos niveles educacionales, las malas condiciones sanitarias, una inserción inestable en el aparato productivo, actitudes de desaliento y anomia, poca participación en los mecanismos de integración social, y quizá la adscripción a una escala particular de valores, diferenciada en alguna medida de la del resto de la sociedad” (1979: 1).

Para el Banco Mundial (2000), la pobreza no consiste sólo en la carencia de ingresos para suplir las necesidades básicas de consumo sino que vincula también inadecuadas condiciones de salud y educación, falta de acceso a los servicios básicos, exclusión social, vulnerabilidad y baja autoestima.

Mientras Sen (2000), desde una visión que supera las convencionales referencias a la privación de bienes e insatisfacción de necesidades, refiere la pobreza como la falta de capacidades básicas que le permitan a un individuo insertarse en la sociedad a través del ejercicio de su voluntad.

De manera objetiva, cualquiera de las definiciones anteriores da cuenta de la condición de los recolectores de café. Ellos, además de moverse en situaciones de infraconsumo, hambre y desnutrición, carecen de la más mínima seguridad en cuanto a la atención de su salud y su educación.

Si bien, como supra se ha expresado, la investigación no buscaba dar cuenta de la configuración del sentido de pobreza, a través del acercamiento a las representaciones de los recolectores frente a la actividad que realizan, se accedió a una serie de valoraciones en torno a la pobreza como factor causal del desempeño en la actividad. Los recolectores señalan la pobreza como una situación que favorece el desempeño en actividades con poca valoración social. Para ellos la carencia de todo les ha puesto en esta posición. *“Cuando uno no tiene estudio, cuando uno no es de familia reconocida, cuando uno no tiene dinero lo único que tiene es recoger café”* (Recolector de 54 años, 32 en la recolección, abril de 2009).

La pobreza, entendida por los recolectores como la falta de mecanismos (educación, prestigio o dinero) para ocupar o lograr puestos o posiciones importantes, es para ellos el principal agente causal de desempeñarse en esta actividad. Plantean que a razón de no haber nacido en el seno de una familia “pudiente” debieron sacrificar el estudio, y consecuentemente no pudieron obtener conocimientos para ocuparse en “algo” diferente. En la percepción de los recolectores, en un verdadero trabajo toda vez que para ellos la recolección de café no lo es.

“Mire, si uno nace pobre le toca dedicarse a hacer esto, en las tareas del campo es en las únicas que uno no necesita haber estudiado, ni tener roscas, cosas que los pobres nunca tenemos, ni estudio ni roscas y lo malo es que uno no gana como para dejar este oficio algún día, o sea que siempre sigue siendo pobre y los hijos también porque con qué les va uno a dar estudio para que hagan otra cosa. Sí ve, el que nace pobre siempre será pobre y tendrá trabajo de pobre” (Recolector de 25 años, 10 en la recolección, julio de 2009).

El origen pobre conlleva la reproducción de la pobreza. No exclusivamente por el hecho de ser pobre, sino debido a que por ello no se tiene la posibilidad

de destinar los recursos necesarios para la educación y lógicamente la adquisición de conocimientos que habilita a los sujetos para ubicarse en una labor con una valoración social positiva, y por lo tanto con un mayor reconocimiento económico que haga posible su emancipación de la condición.

La estimación de la pobreza como agente genético de la ocupación en esta actividad no se circunscribe sólo a eso, los recolectores consideran que ocuparse como tales los sume mucho más en la dinámica de este estado. En tanto los salarios obtenidos son bajos, y por la estacionalidad de la labor suelen estar cesantes durante un buen periodo del año, disponen de muy escasos recursos para subsistir y con reducidas posibilidades de mantener el dinero que requiere la educación, por lo cual los hijos de los recolectores, así como ellos, no podrán ir a la escuela.

“El que nace pobre se queda pobre, porque la pobreza no permite nada. Eso que dicen que querer es poder no sirve pa’l pobre, porque fíjese yo quería estudiar pero no pude y también quiero que mis hijos... bueno los que tenga porque todavía no tengo, no sean pobres, pero cómo si van a ser hijos de un pobre, tal vez ganándome la lotería, pero lo malo es que los pobres no podemos tampoco comprar lotería si acaso hacer el chance y con eso no se sale de pobre” (Recolector de 38 años, 5 en la recolección, octubre de 2009).

La pobreza no sólo es relacionada con la falta de recursos monetarios, ellos la refieren como todas las carencias a las que están sometidos. No les es fácil acceder a los servicios de salud, tampoco a los de educación. En cuestiones de trabajo deben ocuparse en las tareas que casi nadie quiere hacer voluntariamente sino porque les “toca” y soportar condiciones que agudizan su sentido de incapacidad para elevarse por encima de su situación. Como recolectores migratorios, durante los tiempos de cosecha deben habitar en espacios precarios, espacios reducidos sin ningún tipo de comodidad y con condiciones de higiene y salubridad muy deficientes. Espacios pobres para trabajadores pobres.

Se carece de trato justo en términos de salario, toda vez que quienes los emplean son quienes determinan el precio a pagar por su trabajo, el que deben hacer sin ningún tipo de protección social. No se cuenta con un contrato de trabajo firmado y por lo tanto tampoco puede aspirarse, en la labor como recolector, a obtener una pensión.

La relación establecida por los recolectores entre la actividad que desempeñan y la pobreza, estructura a su vez el conjunto de relaciones sociales que

se operan entre los diferentes actores del proceso de producción. Con respecto a los propietarios y a los administradores de las fincas, manejan un resentimiento que objetivan generalmente en comportamientos cotidianos como la realización de una recolección mal hecha, es decir por fuera de las orientaciones recibidas para ello. También, en historias en las que los superiores siempre son malos o les va mal, o, y esto lo más extremo, tratando de dañar las máquinas para el beneficio del café, esto último generalmente a través de intencionalmente depositar, entre el café recolectado, piedras, puntillas o botones metálicos.

En relación a los *patrones de corte*, los identifican como de su propia “clase”, expresan que son también gente pobre que tuvieron la oportunidad de dejar la recolección y volverse patrones, pero patrones diferentes de los ricachones de los que reciben las órdenes y por lo que se ven obligados a tratarlos mal.

“A uno a veces le da mucha rabia con los patrones de corte, y hay hasta quienes les ofrecen machete cada rato, pero en verdad uno se pone a pensar y se da cuenta que es gente que ayer dejó de ser recolector y ya hoy anda haciéndole a otros lo que ayer le hacían a él, pero que no es por gusto sino porque le toca. Esa gente es gente pobre lo mismo que uno, les toca es seguir las órdenes que les dan y ellos tienen que hacerlo para no quedarse sin trabajo”
(Recolector de 39 años, 7 en la recolección, noviembre de 2009).

Para el contexto de la recolección de café, es posible hablar de una pobreza como carencia general de capacidades. Los recolectores no son libres de ejercer elecciones respecto a su destino inmediato ni mediato, por el contrario, las condiciones desventajosas que caracterizan su trabajo favorecen el fortalecimiento de la economía agrícola formal, y consecuentemente la agudización de sus desigualdades en materia económica y social. Eso explica el hecho de que mientras un sector de la población que participa de la producción de café se ubica en la posición más importante de la pirámide socioeconómica, otra muy abultada población permanezca en el peldaño inferior de la misma.

Si bien los recolectores declaran un bienestar subjetivo con la labor, éste puede estar asociado a la realidad objetiva de carencia de alternativas, de tal modo que desde la estrategia de hacer de la necesidad virtud buscan auto otorgarse el valor y el reconocimiento que la sociedad no les ofrece.

Reflexiones finales

En Colombia el café reviste una gran importancia de carácter social en tanto demanda mucha mano de obra, concentrándose ésta en la recolección del grano, actividad para la cual aun cuando se han desarrollado medios mecánicos para su ejecución, en el país, la geografía en la que se concentra el cultivo no ha posibilitado prescindir de los brazos humanos.

Por tanto, la población que cosecha el café no sólo debe ser mirada con respeto y consideración, a razón del aporte que con sus manos hace a la economía y al reconocimiento del país, sino que desde su condición de sujetos sociales amerita ser conocida en toda la extensión de lo que es.

El acercamiento a las representaciones sociales de esta población, esto es, a las nociones, imágenes, interpretaciones y mentalidades que han creado respecto al mundo cercano y al lejano, al interno y al externo, y de las cuales obtienen su capacidad de agencia social, posibilita la comprensión de las dinámicas engendradas en el contexto de producción del café en sus dimensiones económicas y sociales. Estas dinámicas, si bien están delimitadas por una relación productiva, vinculan la totalidad de los universos reales y simbólicos de los sujetos.

En lo concerniente a las representaciones sociales configuradas por los recolectores en torno a sí mismos y a la actividad en la que se ocupan, se concluye que:

A razón de la constante movilidad espacial, obligada por el tipo de actividad a la que se dedican, la representación sobre sí mismos tiene como elemento central el desarraigo. Los recolectores se representan como *"judíos errantes"*, condición expresada básicamente en frases como *"no soy de aquí ni de allá"* o en las respuestas ofrecidas a la pregunta en relación a de dónde son (refiriéndose ésta al lugar del que son oriundos), consistentes en enunciados como *"de todas partes"*, *"un andariego nunca es de alguna parte"* o *"de donde esté la cosecha"*.

En la recolección de café las condiciones de precariedad generalizada del trabajo rural se intensifican. Si bien las cosechas posibilitan el desempeño constante de los trabajadores eventuales durante un buen tiempo, éstos están enfrentados continuamente a la inestabilidad. No saben si su trabajo va a gustar a su empleador, si la cantidad de cosecha será la suficiente. Por lo tanto, su permanencia en una finca siempre está atravesada por un conjunto de factores sobre los cuales no puede operar. Aun cuando tengan trabajo durante toda la cosecha, terminada ésta los recolectores deberán enfrentarse

a la búsqueda de otras actividades, ocurriendo la mayoría de las veces que entre la finalización de una actividad y el inicio de otra pueden pasar semanas, incluso meses, de tal manera que el desempleo es el correlato del trabajo estacional. Además, se deben hacer grandes esfuerzos para sobrevivir durante el tiempo de no trabajo con lo ganado durante la época de cosecha.

La recolección se representa como una actividad que no ofrece ninguna garantía a quienes a ella se dedican. A pesar de que deben seguir órdenes las relaciones laborales son poco claras. Los “contratos” o mejor los compromisos de trabajo operan de manera informal, el solo hecho de aceptar irse a la finca en el carro *jeep* que suele transportarlos se configura en el sello de la relación laboral, una relación cuyo único sujeto real es el recolector, pues aunque el propietario de la finca es quien paga los servicios, la ligazón contractual se da a través de los *patrones de corte*, quienes no tienen una autoridad sustantiva en la finca, por lo tanto no responden por nada de lo relacionado con los trabajadores a su cargo.

La actividad no les permite posicionarse como sujetos ni desde el punto de vista económico y mucho menos desde el social. Asumen una relación de subordinación objetivada entre otros en el simple hecho de ser el propietario de la finca, y no ellos, quien determina cuánto será el precio del kilo de café recolectado, suma resultante de los cálculos ejecutados por el propietario en relación con la cantidad de café, la condición de los “tajos”, la disponibilidad de mano de obra y el promedio de pago de las fincas vecinas.

La funcionalidad de los recolectores a los intereses de los grandes productores cafeteros no les garantiza siquiera el disfrute de los derechos básicos. Realizan el trabajo fundamentalmente por necesidades económicas, pero una vez en él vinculan unas necesidades diferentes derivadas de los requerimientos de la actividad, buen trato, alojamiento digno y decente, posibilidades de recreación o distracción, de las cuales depende muchas veces su permanencia en las haciendas e incluso en la actividad misma, pero que casi nunca son colmadas satisfactoriamente por los propietarios de las fincas. Sin embargo, las necesidades monetarias operan como el dispositivo que predispone a los sujetos a la relación social subalterna.

El eje central que configura su representación de la actividad, la alinea el pensamiento en torno a que es una oportunidad de subsistencia, aunque no un mecanismo real para la superación de un estado de vida carente, en medio de un contexto que priva de oportunidades a quienes no logran alcanzar los parámetros impuestos por el sistema, que haga posible acceder cómodamente a la satisfacción de las necesidades biológicas y los requerimientos sociales.

Desde la manera como los recolectores representan su actividad y su desempeño, en ella es difícil avizorar una organización entre ellos que lleve a conseguir una mejora sentida en su situación económica y de trabajo. Esto es agravado por la ausencia, en la representación de sí, de una autoidentificación como trabajadores rurales, pues al hecho de no tener grupo, desde el cual formar una masa crítica que luche por sus derechos, se suma el que a razón de su reconocimiento como pueblerinos o, peor aún, como ciudadanos, quienes tienen sus familias paternas en las ciudades son orientados en sus consumos por esquemas urbanos, para los cuales sus salarios agrícolas son insuficientes resultando ello en el aumento de su empobrecimiento.

No percibir la actividad como un trabajo en el estricto sentido, dificulta su organización para luchar por mejores condiciones, pues quienes se asumen dentro de ella, los recolectores de oficio principalmente, han resignado su situación y el resto de la población espera salir de la actividad prontamente, aun cuando esto nunca se concrete, esto hace imposible modificar el escenario hacia uno que les lleve a lograr una protección legal que mínimamente les garantice una vejez digna.

A razón del enlace que los recolectores de café hacen de su labor con la pobreza, puede considerarse que la medición de la situación de pobreza puede darse a través de mecanismos indirectos. En tanto la pobreza es una realidad que permea todos los ámbitos del desarrollo de vida de los seres humanos, conocer acerca de ella, de su configuración, su significación y sentido así como las estrategias que, consecuentes con su lectura, se implementan para superarla o al menos para que no aumente, no necesariamente requiere de propuestas donde el tema se configure como el objeto directo del estudio. A través del conocimiento de otros aspectos relacionados con los sujetos sociales que se perciben pobres, bien como auto o como hetero percepción se contribuye a un entendimiento de la condición de pobreza como realidad humana.

En la caficultura un gran número de productores son pobres, sin embargo los niveles de carencia alcanzados por quienes se desempeñan como recolectores del grano no sólo son abismales, sino que siguen siendo desconocidos en el contexto de las políticas de desarrollo del sector, tanto por parte de las instituciones estatales como por las mismas empresas privadas.

Por lo tanto, se visualiza como indispensable un conocimiento profundo de la real situación de pobreza de esta población, tanto con el ánimo de comprenderla como con la intención de establecer su peso en el bienestar general de la población rural y urbana. De esta última en la medida en que aunque se desempeñan en el espacio rural, gran parte de la población de recolectores es de origen y habitación urbana.

Es inobjetable que la representación de la actividad está marcada por el recurrente pensamiento en torno a que la pobreza es la causa central de poseer poca o ninguna formación educativa, lo que va intrínsecamente ligado a la obligación de desempeñarse en oficios socialmente devaluados y, consecuentemente, estar sometido a malos tratos y a una dominación que suponen marcará siempre su existencia.

Si bien, los aspectos relacionados con la superación de la pobreza de la población colombiana deben obedecer a unas políticas serias gestadas principalmente desde el gobierno y ejecutadas sinérgicamente por todos los actores institucionalizados en el país, en el caso de los recolectores de café, como factor primordial dentro del engranaje de la producción del grano, la Federación Nacional de Cafeteros no puede permanecer al margen, no es política ni éticamente posible que siga desentendida de un asunto que es de su competencia y responsabilidad. Sobre todo, cuando orgullosamente “vende” al mundo la idea de un escenario socialmente justo en la producción del café en el país. Mientras los recolectores de café continúen expuestos a tan duras condiciones de vida, lo *suave* del café colombiano sólo será una característica de la taza que disfruten los consumidores extranjeros.

Es prioritario el conocimiento del sentido atribuido por los recolectores de café y en general por los asalariados agrícolas a sus actividades y a su propio ser en este contexto para poder contribuir a mejorar sus condiciones, de manera tal que no tengan que seguir, de sol a sol, persiguiendo cafetales de granos rojos para solo conseguir con que tomarse un tinto negro.

Bibliografía

- ALTIMIR, Óscar. (1979). *La dimensión de la pobreza en América Latina*. Cuadernos de la CEPAL, 27. Santiago, Chile.
- ARAYA, Sandra. (2002). “Las representaciones sociales. Ejes teóricos para su discusión”. *Cuadernos de Ciencias Sociales*, 127. En: <http://flacso.or.cr/fileadmin/documentos/FLACSO/Cuaderno127.pdf> [Julio de 2010].
- BANCO MUNDIAL. (2000). *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/2001. Lucha contra la pobreza (panorama general)*. Washington, D.C.: Banco Mundial.
- BERGER, Peter & LUCKMANN, Thomas. (1991). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERGQUIST, Charles. (1988). *Los Trabajadores en la Historia Latinoamericana. Estudio Comparativo de Argentina, Chile, Colombia y Venezuela*. Bogotá: Ed. Siglo XXI.
- DUQUE, Hernando; RESTREPO, Marino & VELÁSQUEZ, Ricardo. (2000). *Estudios sobre cosecha de café y mano de obra en Palestina, Caldas*. CENICAFÉ.

- FEDER, Ernest. (1980). "Capital monopólico y empleo agrícola en el tercer mundo". En: *Cuadernos políticos*, 26. México.
- GÓMEZ, Sergio & KLEIN, Emilio. (1993). *Los pobres del Campo: el trabajador eventual*. Santiago: FLACSO – PREALC.
- GUBER, Rosana. (2004). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- JODELET, Denise. (1986). "La representación social: fenómeno, concepto y teoría". En: MOSCOVICI, S. (Ed.). *Psicología social II*. Barcelona: Paidós.
- JUNGUITO, Roberto & PIZANO, Diego. (1991). "El café y el desarrollo histórico de la economía colombiana". En: JUNGUITO, Roberto & PIZANO, Diego (Coords.). *Producción de café en Colombia*. Bogotá. FEDESARROLLO y FEDERACAFÉ.
- LANDA, María Inés & MARENGO, Leonardo. (2010). "La metabolización de los cuerpos en el capitalismo avanzado". En: www.unse.edu.ar/trabajosociedad [Julio 25 de 2010].
- LARA, Sara María. (2001). "Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización". En: GIARRACA, Norma (Comp.). *Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- PALACIOS, Marcos. (1979). *El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política*. Bogotá: Ed. Presencia Ltda.
- RAMÍREZ, Juan Carlos. (1983). "Los andariegos. Una relación socioeconómica". En: *Cuadernos de agroindustria y economía rural*, 11. Segundo semestre.
- SEN, Amartya. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.
- TOBASURA, Isaías. (1994). "Algunos factores que afectan la oferta y la demanda de fuerza de trabajo rural en la zona cafetera del departamento de Caldas". En: *Agronomía*, No. 6, Vol. 3. Manizales: Universidad de Caldas.
- TOBASURA, Isaías & RESTREPO, Luis Fernando. (1991). "Características socioeconómicas del recolector temporal de café en el municipio de Chinchiná, Caldas". En: *Agronomía*, No. 4, Vol. 1. Manizales: Universidad de Caldas.
- VERGARA, María del Carmen. (2008). "La naturaleza de las representaciones sociales": En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, No. 6, Vol. 1. Manizales: Universidad de Manizales.

**TRIUNFADORES PARADÓJICOS.
INMIGRANTES COLOMBIANOS EN BURDEOS:
SUJETOS EXCLUIDOS, IDENTIDADES
LIMINALES.***

GREGORIO HERNÁNDEZ PULGARÍN**

Recibido: 12 de septiembre de 2010

Aprobado: 11 de octubre de 2010

Artículo de Investigación

* Este artículo es resultado de un proceso de investigación llevado a cabo en Colombia y Francia, con el apoyo del Departamento de Antropología de la Universidad Bordeaux II y del Grupo de Investigación Territorialidades, entre los años 2006-2007.

** Antropólogo de la Universidad de Caldas y Administrador de Empresas de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Antropología por la Universidad Bordeaux II. Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Caldas e investigador adscrito al Grupo de Investigación Territorialidades de la misma Universidad. Cooperó actualmente con el Grupo de Investigación en Movilidad Humana de la Red Alma Mater. Coordinador de la Maestría en Migraciones Internacionales ofrecida por la Universidad de Caldas, la Universidad Tecnológica de Pereira, y la Red Alma Mater en Colombia. E-mail: gregorio.hernandez@ucaldas.edu.co

Resumen

La emigración es concebida por los migrantes económicos como un medio para alcanzar una felicidad idealizada en torno a objetos del capitalismo. La inmigración, esa experiencia de *estar allí* para alcanzar la felicidad representada, constituye un escenario en el que se pone en juego, mediante diversas representaciones y prácticas, la construcción y reconfiguración de subjetividades e identidades. Este artículo, resultado de una investigación entre colombianos en Burdeos, refiere la manera como la identidad y la subjetividad de los inmigrantes presentan un carácter estratégico y un papel significativo en las trayectorias migratorias. La identidad y la subjetividad inciden en la manera en que aquellos que llegan construyen diversas versiones de sí mismos para afrontar la marginación y la exclusión social. Constituyen una forma de asumir, por ejemplo, una posición liminal como parte de un juego estratégico con el que se pretende alcanzar la finalidad del proyecto migratorio: la realización de una huidiza felicidad asociada con la riqueza.

Palabras clave: identidad, sujeto, liminalidad, inmigración, representaciones de triunfo, exclusión.

PARADOXICAL WINNERS. COLOMBIAN IMMIGRANTS IN BORDEAUX: EXCLUDED SUBJECTS, LIMINAL IDENTITIES.

Abstract

Emigration is conceived by economic migrants as a means of achieving an idealized happiness around capitalist objects. Immigration, that experience of being *there* to achieve the represented happiness, constitutes a scenario in which the construction and reconfiguration of subjectivities and identities are at stake, through various representations and practices. This article, result of a research among Colombian immigrants in Bordeaux, relates how the identity and subjectivity of immigrants have a strategic character and a significant role in the migratory courses. Identity and subjectivity have a bearing on the way in which those who arrive build different versions of themselves to face social exclusion and isolation. They constitute a way to assume, for example, a luminal position as a part of a strategic game which pretends to reach the goal of the migratory project: the fulfillment of an elusive happiness associated with richness.

Key words: identity, subject, liminality, immigration, representations of triumph, exclusion.

Introducción

Según Appadurai (2001), la migración es uno de los fenómenos que ha permitido la circulación de discursos e imágenes apropiados socialmente para la estimulación de la imaginación social y para la creación de las subjetividades modernas. Fundamentado en la consideración de este autor, pero, en general, en virtud de la magnitud de los flujos migratorios y de sus implicaciones en las transformaciones del mundo sociocultural y de los sujetos sometidos a la fuerza de la globalización, en este artículo busco comprender desde la antropología la manera en que los *inmigrantes económicos*¹ colombianos en Burdeos experimentan en su trayectoria y práctica migratoria una serie de condiciones que intervienen en la definición de su subjetividad y de su identidad. Dichas condiciones se asocian a un conjunto de ideales ligados al consumo y a la posesión de bienes que se creen propios de estilos de vida o de un posicionamiento social deseables. De una manera menos ilusoria, también se asocian a la liminalidad y a la exclusión, condiciones que a la postre resultan claves para definir subjetividades e identidades de los inmigrantes durante la realización de su proyecto migratorio.

En el contexto cambiante y casi siempre incierto de las trayectorias migratorias, la subjetividad se entiende como el producto de un doble proceso: por un lado, como resultado de una serie de discursos que sirven para asignar atributos a individuos que los asumen casi que de manera pasiva construyendo a sí mismos (y siendo concebidos por otros) como inmigrantes, trabajadores, excluidos, etc. De otra parte, se entiende la subjetividad como aquél proceso en el que el individuo toma una posición frente a los discursos que lo construyen y produce sentido a través del uso estratégico de éstos (Foucault, 1982; Hall, 1997), por ejemplo, convirtiéndose el inmigrante en un sujeto político que propugna por sus derechos.

En esa medida, se entiende que la construcción de las subjetividades emerge en el marco de determinaciones estructurales o discursivas, pero a su vez escapa de ellas a través de múltiples medios discursivos, imaginativos o prácticos que evidencian la construcción de sentidos y de realizaciones.

¹ Esta categoría está asociada al fenómeno de la migración económica que es la más frecuente en el mundo globalizado. Autores como Tapinos (1974) o Sassen (2000), atribuyen esta migración a la reconversión de los mercados laborales y de los salarios que evidencian grandes asimetrías entre países del Primer y del Tercer Mundo. Los inmigrantes económicos son entonces aquellos individuos que residen en países en los que esperan realizar sus expectativas económicas, en condiciones casi siempre desfavorables.

En el caso de los inmigrantes, sus trayectorias migratorias reflejan constantemente la doble condición de la construcción de sujetos. A veces existe una considerable sumisión a las estructuras de exclusión o de marginación, y a veces se asume una posición en la que el inmigrante apela a una serie de estrategias y tácticas en las que reivindica su propia existencia y su condición de sujeto, a pesar de (o sería más preciso decir, gracias a) las estructuras que son en cierta medida subvertidas. En la problemática planteada en este artículo, habría una condición adicional que considerar en la construcción de este sujeto: el hecho de que las estructuras en las que se inscribe la sumisión pero también la construcción de sentido, corresponden tanto a los territorios de origen de los inmigrantes quienes no se pueden desligar de éstas a pesar de la distancia, como a los nuevos contextos en los que ejecutan su práctica social.

Pero la construcción de sujetos opera también más allá de los constreñimientos y posibilidades definidos por el territorio. En ese sentido, es necesario advertir el influjo de imágenes y discursos deslocalizados que también hacen parte de la construcción de los sujetos en el contexto de la globalización (Appadurai, 2001). Estaríamos refiriendo, de un lado, de las imágenes mediáticas que motivan el viaje y llegan a convertir al migrante en un sujeto cosmopolita, inclusive antes de salir de su lugar de origen, y por el otro lado, de los recursos para la construcción de sujeto a los que se tiene acceso a través de la experiencia migratoria, los cuales sirven de sustento para pasar de ser "*localmente sujetos*" a sujetos "*globalmente móviles*" (Bauman, 1999: 112).

Por su parte la noción de identidad, clave desde la perspectiva asumida para comprender la migración, es entendida en los términos en que lo expresa Hall (citado por Grossberg, 2006: 59):

"[...] como una cuestión inexorablemente histórica, no sólo compleja y contradictoria ("el juego de la diferencia en la identidad", una política de múltiples identidades), como siempre en proceso, siempre constituida en y por representaciones (relatos del sí mismo), relacionados con identificaciones más que con identidades estables, como la sutura (o adhesión temporal) de la subjetividad y las posiciones discursivas".

La identidad pone en juego los sentidos de alteridad y la relación significativa entre los sujetos sociales que se construyen en diversos contextos. La relevancia del contexto y además la contingencia otorgan a la noción de identificación un papel decisivo en la concepción teórica de la identidad, al connotar su carácter no "*esencialista, sino estratégico y posicional*" (Hall, 2003: 17). Es además

dinámica, negociada, procesual y discursivamente constituida (Fosaert, 1994; Mera, 1998; Labrador, 2001; Wade, 2002; Restrepo, 2007). En nuestro caso, es un medio de clasificación social y un recurso que dota de mayor o menos valor la práctica de los inmigrantes, de acuerdo con su proyecto migratorio y con la manera en que aquellos se asumen frente a los nativos del país de recepción y la forma en que se los reconoce, atribuyéndoles cualidades diferenciadoras, por lo que deviene un mecanismo que marca diferencias simbólicas o formas de clasificación, es decir, de discriminaciones y exclusiones cognitivas, sociales y económicas fundamentadas en el ejercicio de la alteridad. A este respecto no debemos olvidar que las identidades:

“[...] no sólo se refieren a la diferencia, sino también a la desigualdad y a la dominación. Las prácticas de diferenciación y marcación no sólo establecen una distinción entre las identidades-internalidades y sus respectivas alteridades-externalidades, sino que a menudo se ligan con la conservación o confrontación de jerarquías económicas, sociales y políticas concretas. Las desigualdades en el acceso a recursos económicos y simbólicos así como la dominación y sus disputas suponen y fomentan el establecimiento de ciertas diferencias y, al mismo tiempo, un borramiento u obliteración de otras posibles o efectivas” (Restrepo, 2007: 27).

Este marco de comprensión es apropiado para interpretar la manera en que las representaciones contextuales, estratégicas y contingentes de identidad, las identificaciones, constituyen un sustento justificativo para las prácticas relacionadas con la migración. En el caso de los inmigrantes colombianos, es recurrente la apelación a una representación de la identidad que sustenta la posesión de cualidades subjetivas apropiadas para los viajeros y que define de la misma manera el propósito económico de la migración. Dicha identificación, que ha sido articulada estratégicamente a la identidad nacional colombiana, se recoge en representación que emerge en torno al sujeto triunfador que se sintetiza en la figura del *verraco* (Hernández, 2006 y 2007). La auto-representación de los inmigrantes, en torno a la figura de *verraco*, que, como se verá más adelante, apela a la posesión de cualidades excepcionales para la práctica social y económica, permite sobreponerse o matizar las condiciones de exclusión y los patrones de construcción de la alteridad que definen la experiencia migratoria. Las identificaciones en torno a esta figura, definen el tipo de relaciones que se mantienen con los demás inmigrantes y con los pobladores locales. Definen igualmente las tácticas y las estrategias, al funcionar como elementos sustanciales en la percepción, representación y presentación del *sí mismo* y del otro en los contextos de inmigración.

La identidad y la subjetividad, además de ser el producto de la inserción conflictiva y de ajuste de individuos en nuevos ámbitos simbólicos y universos discursivos (Sieglin & Rodríguez, 2006), como el que se refiere a los lugares que acogen inmigrantes, son a su vez el resultado de los lazos que persisten con los símbolos, gentes, espacios, sentidos de los territorios de donde se ha partido, lo que hace manifiesto en este proceso de construcción de sujetos, la conjunción de expresiones simbólicas de diferentes puntos del sistema mundo global, las cuales se escenifican socialmente en los espacios de recepción y se yuxtaponen, contraponen y articulan a los discursos y prácticas de marginación y exclusión que definen dichos espacios.

En la marginación se reconoce el signo que orienta la construcción del otro inmigrante, a su vez como sujeto de representación pre-codificado y como sujeto de práctica social ante el que se reacciona consecuentemente con la manera en que las sociedades receptoras del Primer Mundo en los tiempos actuales lo han definido: indeseado, usurpador, inferior, bárbaro. Para decirlo de una manera más acorde con alguna tradición antropológica, ambas, representación y práctica, hacen parte de un proceso de estructuración, de la manera como se organiza y concibe el mundo en la praxis. Uno de los principios políticos que ordena la construcción del mundo social con relación a la inmigración es el de la exclusión (Delgado, 2006). Dicha estructuración social condiciona, además de la manera como se percibe y se interactúa con el otro ('inmigrante', '*racaille*', 'negro', 'extranjero', 'sudaca'), la manera como los sujetos marginales, excluidos se construyen a sí mismos; algo que se deriva de la manera en que los Otros son "*ubicados en su otredad, en su marginalidad*" (Hall, 1997: 22), por el ojo de los nativos de un país colonial, metropolitano y receptor de migrantes y reproductor de exclusiones.

La exclusión deviene una condición intrínseca de los espacios locales que se hacen transnacionales como consecuencia de la globalización y de la redefinición del espacio y del poder. Los inmigrantes son los protagonistas de muchas de las expresiones excluyentes de los espacios transnacionales que se multiplican con la globalización. La marginación de la vida económica, la estigmatización discursiva que se traduce en matices de una relación social signada por las asimetrías desventajosas para los recién llegados e incluso la automarginación, en tanto que medida táctica para los inmigrantes, son algunas de las expresiones que apuntan a hacer evidente el rol de la migración en la construcción de nuevos fenómenos sociales como la construcción de identidades y de sujetos.

Condiciones del contexto de abordaje

Burdeos no es un destino privilegiado para la inmigración de colombianos. Muchos de los que ha llegado a esta ciudad del suroccidente de Francia que tiene reputación entre muchos franceses de ciudad elitista, han resultado allí más por razones fortuitas que atendiendo a un flujo sistemático de migrantes identificable hacia otros destinos como Madrid o Barcelona en España, Londres en Inglaterra y hasta Paris en la misma Francia. A pesar de lo anterior, los colombianos considerados para este análisis, simultáneamente perseguían el ideal de riqueza propio de las motivaciones de los migrantes económicos colombianos y se encontraban marginados, excluidos y discriminados en diferentes ámbitos de la vida social y en particular del mundo de la economía. La condición desventajosa de los colombianos, y de muchos otros inmigrantes, es analizada aquí, enfatizando en las dificultades para acceder a trabajos de alta estima social y a bienes materiales que caracterizan un estilo de vida deseable para los inmigrantes o incluso aceptable para una gran cantidad de franceses.

El estilo de vida en Burdeos, como en muchos de los países del Primer Mundo, aunque contrastante, tiende a mostrar asimetrías menos severas que las experimentadas en los países del Tercer Mundo. Además de esta relativa asimetría en los ingresos y en el estilo de vida de los habitantes de Burdeos, esta ciudad se destaca por estar enclavada en una sociedad occidental caracterizada porque el consumo es, como lo plantea Sahlins (1980), un medio de clasificación fundamental de la sociedad y de los individuos. Es a este contexto al que se integran los inmigrantes colombianos. Es allí donde su condición de pobreza, al no tener *“un nivel de bienestar económico que les permita tener un mínimo razonable frente a los estándares de la sociedad”* (Serrano, 2001)², contrasta con ese deseo de aproximarse a la riqueza a través de la migración. Entre el juego de exclusiones y marginaciones que presionan hacia la pobreza y la búsqueda de la objetivación de los deseos, aparecen estrategias y tácticas relativas a la identidad y a la construcción de sujetos. Mi experiencia etnográfica en particular en Burdeos entre 2006 y 2007 y mi condición de inmigrante, me permitieron reconocer aspectos clave que dan cuenta de la construcción de los sujetos inmigrantes, desde la apelación a tácticas y estrategias. Pero antes de esbozar las tácticas y estrategias, considero importante evidenciar el papel de la posición-sujeto que interfieren con éstas. Dicho en términos de Aramburu (2002), el ‘nosotros’, que emerge desde un

² Este criterio de definición de la pobreza expresado originalmente por Martin Ravallion, se toma porque resulta apropiado con la manera en que se asume la pobreza en Burdeos, en gran medida para los pobladores nativos y también para muchos inmigrantes. Evidentemente esta definición no es contrastada exhaustivamente con otras más apropiadas, por ejemplo para analizar la situación en Colombia, no obstante resulta suficiente para los propósitos de este artículo en el que se hace una aproximación a estilos de vida asociados con el consumo.

locus de enunciación que valora aquél o aquello que está fuera de sí, en el caso de la inmigración, resulta de la incorporación de categorías de exclusión y de marginación, en el que los demás, inmigrantes o la población local, devienen infravalorados en la representación o concebidos en la práctica sólo como medio para la realización del proyecto migratorio, como se verá más adelante.

Los inmigrantes colombianos en Burdeos a través de la exclusión y marginación se construyen como sujetos inmigrantes, empleando una serie de tácticas³ y estrategias, que resultan paradójicas al legitimar la condición de subordinación, pero a su vez al ser incluidas en el repertorio de acciones que se suponen harán triunfar al inmigrante o culminar exitosamente su proyecto migratorio, en concordancia con los recursos de la identidad de los que se hace uso. Las tácticas y estrategias reposan sobre un conjunto de representaciones modernas capitalistas que han naturalizado la búsqueda del sentido de la existencia humana, en la consecución y consumo de bienes que se convierten en epítome de la felicidad y del placer. En este orden cultural definido por la modernidad capitalista hay una relativización del malestar que implica ser un sujeto excluido o expoliado, en virtud, a cierto plazo, del logro de los objetos que producen el triunfo en la sociedad y que en virtud de esto hacen deseables las migraciones.

Por otra parte, la construcción estructurada de sujetos excluidos configura otra interesante paradoja, cuando se analizan las estrategias y tácticas de los inmigrantes: la estructura deriva, en el caso de los colombianos en Burdeos, en múltiples intentos de evasión de la misma por parte de los sujetos cuando estos incorporan el signo negativo de lo social y son excluidos de la estructura social, en función del logro del proyecto migratorio.

Además de la propia autodefinición discursiva, la exclusión genera estilos de vida que se alejan de las idílicas representaciones que suelen justificar el hecho de salir del país, de devenir inmigrantes pensando en una hipotética riqueza. Los estilos de vida de los inmigrantes contruidos en la marginalidad social y en las posiciones más bajas de la estructura social, evocan el concepto de liminalidad de Van Gennep, ampliamente desarrollado por Turner (1998). La vida liminal representa, además de un compendio discursivo que organiza la

² Esta noción se entiende, en los términos de Michel de Certeau, como la “acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio” (2000: 43). Es la ejecución de la práctica en los términos del otro, no de aquél que la ejecuta. Es el tipo de prácticas más representativo para los inmigrantes quienes están en los dominios normativos, espaciales, económicos, sociales y políticos del otro. Por su parte la estrategia implica el dominio del espacio, el poner las condiciones en la práctica calculada (De Certeau, 2000); implica una posición más favorable para quien pone en juego algo (capitales, estatus, discursos, etc.), en pocas palabras, una condición que no es tan reiterada en las relaciones de los inmigrantes con otros (principalmente los sujetos nativos).

práctica, un reto para el mantenimiento de la identidad de los colombianos en Burdeos, en virtud de que ésta se basa en el conjunto de características personales evocativas del espíritu de aventura, de la capacidad para competir, de la obtención del triunfo, de llegar a ser un sujeto exitoso, conforme a la figura identificatoria de *verraco*.

Las prácticas de los inmigrantes colombianos en Burdeos, evidencian la construcción de un sujeto que se supone individualista, que se emplea a fondo para la realización de su proyecto migratorio. El ánimo por obtener una posición más favorable en la estructura social a través de lo que se pueda adquirir en la travesía migratoria es lo que define dicho proyecto. Sin embargo, la realización no es fácil ni en todos los casos efectiva. Implica la definición de estrategias individuales y sociales apropiadas para sortear las dificultades del nuevo espacio. Esas dificultades se materializan en, contrario a lo buscado antes de emigrar, la obtención de una posición social extremadamente baja en el país de acogida, algo que plantea la figura ambigua del inmigrante triunfador-fracasado; en otros términos, aquél sujeto aventurero moderno que proyecta su felicidad (inalcanzable) en el tiempo. Esta felicidad está inextricablemente ligada a la consecución de recursos financieros para el goce de bienes y servicios (para sí mismo y su familia) y para la obtención de posición social, algo que suele no realizarse en los países de acogida y que demuestra una de las cualidades de la migración y de los inmigrantes que apelan a la identidad.

Las posibilidades de representar al otro y de representarse a sí mismo como perteneciente a una categoría o clase positiva o negativamente concebida, esto es, a definir formas de inclusión o exclusión social, hacen parte de juegos de confrontación simbólica entre el inmigrante y los otros. Los inmigrantes colombianos en Burdeos apelan a tácticas y estrategias de diversa índole (económicas, sociales, afectivas) que les permiten afrontar las condiciones impuestas por su proceso de extrañamiento. En ese juego la definición del sujeto inmigrante se produce, en gran medida, en virtud del uso estratégico de las identificaciones, las cuales resultan siendo medios cognitivos, políticos y sociales, eficaces, en términos de adaptación, en un contexto de exclusiones múltiples.

La identidad como estrategia frente a la adversidad y frente al otro

Al llegar a un destino como Burdeos los retos comienzan para los inmigrantes colombianos: deben ordenar su vida cotidiana en una geografía que ya no

será más imaginada⁴, que no será más el destino soñado antes de partir, ese que asociaban vagamente con la riqueza y la felicidad distante (Hernández, 2007). La ordenación hace parte de un proceso cosmológico y experiencial que garantizará el logro del proyecto migratorio. Este proceso implica numerosas acciones basadas en discursos y en realidades anteriores al viaje:

“[...] La llegada y la instalación en el país de acogida, no significa que se hayan roto los puentes con el país de origen. Al contrario, es el momento a partir del cual deben comenzar los pagos de la deuda financiera y moral, y los intercambios de dinero, correos, reinstaurando un vínculo regular que sirve para recordar la identidad de origen” (Do, 2005: 36).

En su nueva experiencia de lugar “*los migrantes no se deslindan de sus sociedades de origen, sino que viven simultáneamente aspectos de sus vidas en los países de origen al mismo tiempo que se van incorporando a los países de acogida*” (Moraes, 2007: 184). Además de poner en juego diversos mecanismos discursivos para evidenciar algún tipo de pertenencia en un lugar distante, los inmigrantes desde el momento de llegada incorporan experiencias de la vida social que serán útiles en los juegos de identidad y en las luchas por el sentido que estas implican (Mato, 1998).

En nuestro caso, el vínculo con los lugares de origen de los inmigrantes colombianos, comienza con la invocación de los rasgos culturales que refieren la posesión de un carácter fuerte, de unas cualidades excepcionales para sobreponerse a la hostilidad del nuevo y desconocido espacio. Se trata de la adopción estratégica de las representaciones identitarias constituidas en torno a valores asociados a la figura del *verraco*. Esta figura, que emergió desde el siglo XIX en un contexto regional en Colombia (Antioquia y las zonas de colonización antioqueña), se ha incorporado estratégicamente en la identidad nacional de los colombianos, reconociendo en los sujetos que apelan a esta representación, una serie de cualidades celebradas por las sociedades capitalistas modernas: espíritu emprendedor, vocación de aventura, proclividad al éxito, entre muchas otras (Hernández, 2006). Ser *verraco* en el extranjero tiene múltiples implicaciones. Una de ellas opera en función de la eficacia preformativa del discurso: el hecho de asumirse de esta forma genera una convicción personal en el éxito del proyecto migratorio.

⁴ Europa, y en general los lugares hacia donde se dirige quien apenas sueña su itinerario de viaje en busca de su propio ‘El Dorado’, existe para muchos de los viajeros a través de una *geografía imaginaria* que, siguiendo a Saïd (2005), es el resultado de una construcción ideológica y representacional en la cual aparecen fronteras imaginarias y lugares a los cuales les son asignados atributos que son legitimados socialmente como existentes. En esta geografía, Europa es representada como una formación rica y desprovista de álgidos conflictos, en consecuencia con la ideología occidental que se ha difundido por los diversos medios discursivos.

Pero más allá de esto se crea un compromiso social con el éxito que representa a la vez un vínculo simbólico con el lugar de origen.

Con relación al orden inicial del espacio de inmigración, el hecho de poderse ubicar los primeros días, de conseguir un contacto que servirá de apoyo para encontrar un trabajo, es el primer indicador de logro del inmigrante que reafirma su condición de *verraco*. El hecho de “ubicarse” y comenzar a enviar dinero es una representación más clara de que hay una cierta estabilidad que es pensada en términos de orden, de dominio del nuevo espacio. Este orden inicial permite perpetuar el vínculo social inherente a la condición identitaria y responder a las expectativas que generó su migración. El orden inicial implica además conocer y tener un cierto ámbito de relaciones en el nuevo contexto social.

Sin embargo, esas relaciones que se van generando no están exentas de tensiones y de conflicto, que tienen su origen en las expectativas sociales sobre la *performance* del otro. En la esfera de las relaciones entre compatriotas, mantener una relativa distancia con el otro evita los juicios sobre las capacidades del inmigrante para sobreponerse a la dificultad del contexto. Los recién llegados tienden a evitar los contrastes de sus proyectos migratorios con los de los otros colombianos. El dinero que ganan al principio no es suficiente para darles la confianza de un reconocimiento en tanto que sujetos *verracos* triunfadores. Esta relativa distancia tiene la función de evitar un intercambio de signos y de símbolos que pueden ser parte de representaciones que denuncien posible desprestigio de sus portadores.

Las mentiras para evitar exhibir los modestos ingresos, la precariedad y la disolución de los sueños de emigración, son otros procedimientos estratégicos a través de los cuales los inmigrantes construyen su propia representación. Las mentiras son utilizadas principalmente por los inmigrantes económicos que hablan de envíos exageradamente altos de dinero y de experiencias donde se minimiza el papel del sufrimiento. En Burdeos, la condición de sujeto *verraco* es definida por las remesas enviadas más que por las ideas en torno al hecho de sortear la dificultad, como sí sucede con la figura del *verraco* en Colombia, donde la superación de la dificultad tiende a ser un factor determinante de dicha condición del sujeto. Esto se explica, en cierta medida, porque la dificultad es una condición general a la mayoría de inmigrantes y por lo tanto no es, *per se*, decisiva en la construcción de la imagen de éxito del inmigrante, como sí lo es enviar remesas.

La finalidad del proyecto migratorio se centra sobre los envíos de dinero y los ahorros logrados. La falta de recursos abundantes implica la renuncia

a establecer una confrontación de prestigio basándose en otros objetos que resulten inadecuados con relación al proyecto migratorio inicial. En efecto, las marcas de objetos como vestidos, zapatos, relojes y algunas joyas, no constituyen marcadores del logro del proyecto migratorio de los inmigrantes colombianos en Burdeos. En este contexto, la ostentación de estos objetos no concede significativamente una posición social determinante, dado que estos son ordinarios entre los europeos y considerados como una forma de derroche innecesario entre los inmigrantes económicos colombianos en Burdeos⁵.

Así, existe coherencia entre el objeto de un proyecto migratorio pensado como una forma de aventura que implica un retorno con dinero y prestigio, y las estrategias de los inmigrantes para mostrar acciones y objetos que devienen signos del logro en el contexto transnacional. Al contrario, los objetos que eran deseables antes del viaje (y que siguen siendo importantes en sus contextos de salida) pierden una parte de su importancia al alejarse del proyecto migratorio en realización, al no generar una mejor estima social, sino un cierto rechazo o una valoración negativa que se puede pensar en torno a la idea del inmigrante derrochador, irracional o inconsecuente. Lo anterior denota una cierta derrota del inmigrante, quien no puede lucir en el extranjero lo que deseaba antes de partir, porque esto no será bien ponderado por sus próximos. A veces por falta de dinero y a veces por las confrontaciones de la identidad, no es posible ostentar y rendirse a la seducción de los bienes y del estilo de vida de la sociedad de mercado europea que, según Fabregat (2001), en gran medida provocan muchos de los viajes.

En Burdeos, las confrontaciones simbólicas entre los colombianos son organizadas buscando mostrar en ellas los matices de triunfo de la práctica de los sujetos inmigrantes. Después de la instalación, los colombianos muestran a los demás que ellos reúnen todas las cualidades del *verraco*, porque ellos ahorran y envían dinero.

Estas relaciones con otros colombianos y latinos, que se establecen en el marco de una tema frecuentemente abordado en el campo de las migraciones, las redes sociales (Gurak & Caces, 1998; Massey *et al.*, 1998; Valenzuela, 2002), constituyen un medio más o menos eficaz para sobreponerse a la exclusión y a la dureza de el espacio de acogida, pero a la vez, resulta ser un rico escenario donde se llevan a cabo juegos de exclusión o de automarginación, que se explican en términos de un cierto ánimo competitivo propio de los inmigrantes, principalmente de los llamados *migrantes económicos* (Tapinos,

⁵ Sin embargo, no podemos olvidar que algunos de estos objetos son comprados en Francia con la pretensión de utilizarlos en Colombia, donde funcionarían más eficazmente como símbolos de prestigio; donde más que objetos son la materialización de la felicidad a la que puede accederse a través de la migración.

1974; Taylor, 1999; Sassen, 2000; Friedman, 2002). Esta competitividad es más evidente entre los colombianos, quienes tienden a concebir su aventura en función de un rasgo de la identidad basado en valores del capitalismo moderno como el ánimo de victoria a toda costa.

A pesar del matiz competitivo, de sucesivas confrontaciones simbólicas entre los inmigrantes, la *performance* de los inmigrantes colombianos tiende a ser presentada por ellos de manera más o menos uniforme, demostrando el carácter colectivo de la identidad y la funcionalidad de la condición de ser *verraco*. Las diferencias se evidencian significativamente frente a otros inmigrantes, casi siempre latinoamericanos. Las redes sociales establecidas allí, sirven de escenarios para llevar a cabo intercambios simbólicos donde tiende a legitimarse la identidad y la diferencia. La construcción de la alteridad implica casi siempre una doble valoración por parte de los colombianos, la primera implica una auto representación que los muestra como los inmigrantes más destacados, y la segunda se fundamenta en la estigmatización del inmigrante de otras regiones principalmente los africanos, los árabes, los peruanos y ecuatorianos.

A pesar de esta percepción, no hay factores objetivos que indiquen que los colombianos sean trabajadores más exitosos que otros inmigrantes. De hecho, para un potencial o real contratante de Burdeos, Colombia es apenas una difusa porción de la amalgama de países latinoamericanos que conforman la geografía imaginaria del Tercer Mundo, y los interlocutores colombianos han sido excluidos de muchos de estos trabajos tanto como los inmigrantes de otras nacionalidades. Asimismo, no hay diferencias sustanciales entre los oficios realizados por los colombianos con relación al desempeño de los demás inmigrantes. Esto con independencia del hecho que los colombianos en sus discursos se representen como sujetos polivalentes (que demuestran solvencia en la informalidad, en el mercado negro del empleo, en el dominio de lo ilegal o en cualquier empleo formal y legal), que hacen “cualquier cosa” para cumplir con su proyecto migratorio, a diferencia de los demás inmigrantes y a pesar de la marginación y de la exclusión racista que se vive en el ámbito laboral francés (Bouly de Lesdain, 1999).

La creencia en su propia superioridad, cuando no puede ser “demostrada” con ejemplos que obedezcan a criterios económicos, dentro de las competencias simbólicas establecidas por los inmigrantes no colombianos, se intenta sustentar en otros dominios de la vida donde se minimizan las potencialidades de los demás inmigrantes, como por ejemplo a través del sostenimiento de la idea de ser un *latin lover* más exitoso, ser más inteligentes o poseer un sentido común mucho más agudo.

La condición liminal: el más pobre del país rico

El espacio de recepción de los inmigrantes, además de expresar las condiciones de conflicto y exclusión que se plantean clásicamente en trabajos sobre la migración, enfocados desde una perspectiva donde las tensiones étnicas son fundamentales (Chapoulie, 2002; Rudder, 2002; Barata, 2006; González, 2005; Cavalcanti, 2008; Lurbe i Puerto, 2008), también presenta otras formas más sutiles de marginación que definen fenómenos sociales que muestran la orientación que tiene en estos contextos la construcción del sujeto inmigrante.

Dicha orientación está definida por el espectro ideológico occidental capitalista en el que le es asignado a la posesión de bienes y al consumo, un papel preponderante en la definición de la vida social (Dumond, 1978; Sahlins, 1980; Polanyi, 1994, Bloch, 2004). A este respecto, la eficacia de la ideología construida en el dominio económico, pero que orienta la perspectiva a través de la que se piensa y actúa en el mundo, radica en el hecho de que ésta es, como lo expresaría Gramsci:

“una concepción de mundo que vale menos por su costado teórico (el conocimiento que procura, la actividad de pensamiento que representa) que por su aspecto práctico, su papel de marco para la acción; una fe, una creencia que se traduce en actitudes, en prácticas, en acciones concretas” (Simon, 1978: 103).

En concordancia con la proposición anterior, se plantea que la ideología imperante en Occidente –según la cual la vida es pensada en términos resultantes de la economía (competitividad, triunfo, ganancia, eficacia, valor, etc.)– define las formas de pensar, pero también la práctica social. Actualmente la práctica en las relaciones sociales es valorada según criterios económicos, actitud que se ha acentuado con la globalización y en particular con la circulación y revalidación de los discursos poseedores de estos matices economicistas.

La estratificación social contemporánea se centra en gran medida en la posesión de bienes o en las realizaciones sociales que, como el consumo, legitiman el estatus. En este sentido, el no consumo y la no posesión son dispositivos que garantizan la ocupación de, en términos de Turner (1990), una “*inferioridad estructural*”. Simultáneamente, generan la marginación y la automarginación.

Al principio de la estadía, la vida de los inmigrantes económicos se lleva a cabo en una declarada marginalidad. La exclusión de la que se ha hablado,

en términos de racismo y de difícil acceso a un buen empleo, es un factor significativo en la degradación estructural y en marginalización. Sin embargo, otro aspecto relevante en esta marginación se desprende de la decisión propia de los inmigrantes de ser consecuentes con su proyecto migratorio y realizar ahorros, a costa de la adopción de formas de consumo habituales en el país receptor.

Más allá de su aspecto eminente funcionalista, el consumo tiene unas dimensiones ostentatorias y subjetivas o ligadas a experiencias emocionales (Lipovetsky, 2006). La satisfacción de las experiencias emocionales (según los estándares sociales del contexto y los medios de comunicación) produce el tipo de felicidad que hace del consumo una práctica digna de imitación y de deseo. Según Fabregat, el propósito de seguir los estándares de consumo del Primer Mundo es una de las motivaciones capitales para la emigración de países del Tercer Mundo: *“si los consumos de bienes materiales propios de los modos de vida occidental, fueran realizados de una manera similar en los países que producen actualmente las migraciones, la cantidad de migrantes sería menor”* (Fabregat, 2001: 2).

En principio, es necesario hacer una precisión con respecto a las afirmaciones anteriores y a las observaciones de terreno: el consumo de los inmigrantes colombianos es más importante en su dimensión ostentatoria, pero teniendo como horizonte social el lugar de partida y no el país de acogida; en otros términos, las consecuencias sociales de la “no posesión” y del “no consumo” en el extranjero, no son significativas, lo que explica la marginación social y el desinterés por la condición liminal asumida, al no tener bienes o consumos que ostentar.

En Burdeos el consumo de los inmigrantes colombianos no constituye un medio de gran importancia para la obtención de la satisfacción. De hecho los inmigrantes apelan a estrategias de consumo que los marginan: a la compra de bienes de mala calidad y bajos precios, a la obtención de alimentos y enseres a través de instituciones de caridad y al aislamiento social para evitar consumo en sesiones lúdicas, a gastos y en último término al fracaso del proyecto migratorio.

Estas conductas evocan el concepto clásico de liminalidad, el cual se refiere a un estado donde las personas: *“1) se encuentran en los intersticios de la estructura social, 2) están sobre los márgenes o 3) ocupan los escalones más bajos”* (Turner, 1990: 123). La liminalidad implica *“el paso de un estatus menos elevado a un estatus más elevado a través del limbo de una ausencia de estatus”* (Ibíd.: 98). La experiencia individual de quien migra, exhibe un recorrido de búsqueda de

posición social elevada a través de la realización del proyecto migratorio; el momento de margen o de liminalidad es vivido en los espacios donde tiene lugar su empresa inmigrante.

La configuración de la liminalidad por la evasión de las prácticas de consumo (o el consumo de la “sección de africanos” de los supermercados), por la “no posesión” (o la posesión de bienes obtenidos por caridad) y por los demás factores de exclusión, hacen del inmigrante una figura que recoge cierto estigma social. La liminalidad se desprende entonces de símbolos asociados a la condición de extranjero/extraño en el espacio de acogida. En función de esto el inmigrante puede parecer peligroso por diversas razones. Por ejemplo, el inmigrante colombiano (en general todos los inmigrantes, principalmente los del Tercer Mundo) resulta peligroso para muchos pobladores locales porque está quitándole el trabajo a los franceses; peligroso porque está asociado al narcotráfico, a la prostitución o a una forma de violencia que se corresponde con la imagen del salvaje/desconocido, asignada a los sujetos marginales.

Es posible reconocer una suerte de paradoja entre las implicaciones del estado de liminalidad y la representación de los inmigrantes colombianos sobre la riqueza asociada al Primer Mundo. La vida en el margen implica convertirse en un sujeto indeseable en el país de acogida, algo que se opone por principio a lo pretendido cuando se decidió emigrar. Además, los objetos y los bienes que eran epicentro del deseo antes de emprender el viaje, aquellos que servirán de dispositivos para la elevación de estatus, devienen poco deseables, una fuente de bajo estatus y de insatisfacción en Burdeos.

La condición de marginalidad se acentúa cuando el inmigrante es ilegal. Aunque en Burdeos no hay muchos inmigrantes colombianos ilegales (como en París, Madrid o Barcelona). La percepción de la liminalidad por parte de los inmigrantes colombianos apela a la toma de consciencia de una cierta condición desfavorable, la cual se asume como pasajera. La condición identitaria de ser *verrac* genera el convencimiento de que habrá un cambio inminente y favorable.

Desde una aproximación siquiátrica, Achotegui (2004) muestra la manera como el inmigrante ilegal sufre como Ulises en su exilio: soledad a causa de estar lejos de sus parientes y allegados, sentimiento de fracaso ante la imposibilidad de ingresar en buenas condiciones al mercado del trabajo, un sentimiento de temor cuando está ligado a redes mafiosas y un sentimiento de ganas de sobrevivir.

Estas condiciones que configuran el denominado síndrome de Ulises, constituyen el estado más extremo de liminalidad. Sin embargo, en el caso de los colombianos de Burdeos, la invocación de los valores de ser *verraco* y el contacto frecuente por Internet o teléfono con gente de su lugar de origen, resultan siendo claves para sobreponerse a las dificultades iniciales o para suponer que su sufrimiento es menor que el de los demás inmigrantes. Las tribulaciones y el sufrimiento causado por la condición liminal, en particular, soportar la soledad o la mala situación económica, es considerado como una cierta inversión momentánea que rendirá ganancias en un tiempo lejano, cuando esperan llegue la felicidad y, obviamente, una elevación de estatus. A pesar de la recurrente creencia en una temporalidad restringida de la liminalidad, este periodo marginal y de bajo estatus, frecuentemente es prolongado.

Los cálculos de los migrantes colombianos antes de salir, indican que obtendrán su “El Dorado” al término de más o menos 2 ó 3 años (Hernández, 2007). Esa es la previsión del tiempo de la inversión. Este periodo de experiencias marginales en el Primer Mundo, es frecuentemente más largo. Los envíos de dinero tienden a ser insuficientes para la realización de los proyectos en los tiempos estimados. En el caso abordado en este artículo, las justificaciones para la prolongación de la estadía, tienen relación con la afirmación frecuente de que Burdeos no es una buena plaza para los inmigrantes. Que sería mejor ir a Madrid, Barcelona o a París, donde habría mayores posibilidades de empleo. En esos contextos, empiezan a hacerse evidentes discursivamente las frustraciones y se denigra de las personas locales y del espacio de acogida.

La insatisfacción prolongada por la vida liminal, se trata de superar basándose en los vínculos existentes con el territorio de origen. El compromiso de triunfar, el hecho de comprar una casa a su familia, vehículos y otros bienes que inspiraron el viaje, permiten revalidar y continuar con el proyecto migratorio inusitadamente prolongado.

En este momento del transcurso migratorio, los deseos y las expectativas de realización se centran más en la dimensión temporal que en la dimensión espacial: hay un énfasis en el futuro (tiempo) en la creencia de que se será un inmigrante triunfador, sobre la importancia concedida al lugar (espacios) en la realización de los sueños. Sin embargo, la geografía sigue siendo importante en las proyecciones de los inmigrantes. Por ejemplo, Colombia es un lugar de evocación nostálgica, asociada a la idea de un retorno incierto, que es casi mítico (Temime, 2001; Do, 2005). Simultáneamente, otros países o ciudades del Primer Mundo, son pensados como centros de riqueza o lugares deseables, donde se empieza a proyectar una felicidad que sigue siendo esquiva a los inmigrantes.

Esa felicidad, por lo menos la asociada al consumo y a la posesión de bienes, es huidiza aún para aquellos que deciden cambiar su proyecto migratorio y se instalan definitivamente en Francia. Cuando esto ocurre, los inmigrantes al ingresar en la lógica de consumo absorbente, parecen nunca contar con los bienes/símbolos suficientes, lo que ocasiona que aparezcan nuevos y múltiples juegos de representación estratégica del sí mismo (frente a los otros), que resultan de fundamental importancia para empezar nuevas etapas de un proyecto y de la trayectoria migratorio que se extienden.

Para finalizar

La identidad y la construcción de los sujetos inmigrantes entran en el juego de las representaciones y prácticas no solamente llevadas a cabo en el país de acogida, sino también apelando a la condición transnacional de la migración.

Los inmigrantes se construyen como sujetos que sortean las condiciones cambiantes y hostiles inherentes a los espacios de acogida. Esto implica múltiples estrategias como asumir la fuerza simbólica de representaciones estructurantes de la identidad nacional, las redes sociales a manera de escenarios de confrontación simbólica con otros inmigrantes, o la adopción de una vida liminal que obliga a los inmigrantes a marginarse de expresiones que en la sociedad del Primer Mundo constituyen medios para alcanzar una forma de felicidad y de reconocimiento social: el consumo y la posesión de bienes.

La identidad y la construcción del sujeto inmigrante están implicadas en estrategias culturales que permiten sortear las dificultades de la migración. Además de eso, en el caso colombiano, hacen parte de las motivaciones que ocasionan el viaje. En especial la condición identitaria que habla de la posesión de rasgos propios de seres viajeros y triunfadores. Dicha condición es la que hace que se persiga una felicidad pensada en acuerdo con la ideología occidental capitalista: en el consumo y la posesión de bienes. Una felicidad que se hace distante para el inmigrante cada vez que cree alcanzarla, no sólo por ubicarse, supuestamente más allá de la exclusión, sino por su misma forma inasible y efímera, tanto como los bienes que la proporcionan.

Esas curiosas estrategias y tácticas de los inmigrantes, permiten reproducir las condiciones de desigualdad que están en el trasfondo de la migración internacional. Hacen que por efecto del poder simbólico, ese que según Bourdieu (1991) naturaliza las asimetrías, los inmigrantes además de soportar la exclusión y marginación a la que suelen ser sometidos, la reproduzcan ellos mismos, en función de una ilusión paradójica e irrealizable.

Bibliografía

- ACHÓTEGUI, J. (2004). "Emigrar en situación extrema: el Síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (Síndrome de Ulises)". En: *Norte de Salud Mental*, 21: 39-52.
- APPADURAI, A. (2001). *Après le colonialisme. Les conséquences culturelles de la globalisation*. Paris: Payot.
- ARAMBURU, M. (2002). *Los 'otros' y 'nosotros'. Imágenes del 'inmigrante' en Ciutat Vella de Barcelona*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.
- BARATA, F. (2006). "Inmigración y criminalización en los medios de comunicación". En: R. BERGALLI (Coord.). *Flujos migratorios y su (des)control* (pp. 261-294). Barcelona: Anthropos.
- BAUMAN, Z. (1999). *La globalización: consecuencias humanas*. Buenos Aires: FCE.
- BLOCH, M. (2004). "Les usages de l'argent". En: *Terrain*, 23. En: <http://terrain.revues.org/document3097.html> [Julio 7 de 2009].
- BOULY DE LESDAIN, S. (1999). "Projet migratoire des étudiantes camerounaises et attitude face à l'emploi". En: *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 15(2): 189-202.
- BOURDIEU, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- CAVALCANTI, L. (2008). "Negocios étnicos: importación y repercusiones". En: E. SANTAMARÍA (Coord.). *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales* (pp. 217-236). Barcelona: Anthropos.
- CHAPOULIE, J. (2002). "La tradition de Chicago et l'étude des relations entre les races". En: *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 18(3): 9-24.
- DE CERTEAU, M. (1980). *La invención de lo cotidiano. Vol 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- DELEUZE, G. (1976). "¿En qué se reconoce el estructuralismo?". En: F. CHÂTELET (Dir.). *Historia de la Filosofía* (pp. 566-599). Madrid: Espasa-Calpe.
- DELGADO, M. (2006). "Nuevas retóricas para la exclusión social". En: R. Bergalli (Coord.). *Flujos migratorios y su (des)control* (pp. 1-23). Barcelona: Anthropos.
- DO, E. (2005). "Voyage suspendu, voyages impossibles. Un aléa de l'expérience migratoire". *L'Autre*, 6(1): 31-42.
- DUMONT, L. (1978). *Homo Æqualis I: genèse et épanouissement de l'idéologie économique*. Paris: Gallimard.
- FABREGAT, E. (2001). "Enfoque para una antropología de la migración". En: *Scripta Nova*, 94(1): 2-18.
- FOSAERT, R. (1994). "Modernización e identidades. México en el centro del nuevo mundo". En: *Modernización e identidades sociales* (pp. 3-183). México: UNAM.
- FOUCAULT, M. (1982). "Subject and power". En: H. DREYFUS & P. RABINOW (Eds.). *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago: University of Chicago Press.

- FRIEDMAN, J. (2002). "Globalization and localization". En: J. XAVIER & R. ROSALDO (Eds.). *The anthropology of globalization*. Malden: Blackwell.
- GONZÁLEZ, O. (2005). "Les droits sociaux à l'ère des migrants et la "débrouille" des latino-américains en France". En : *Revue du CIEMI, "Migrations Société"* 17(102): 255-273.
- GROSSBERG, L. (2006). "Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo". *Tabula Rasa*, 5: 45-65.
- GURAK, D. & CACES, F. (1998). "Redes migratorias y la formación de sistemas de migración". En: G. MALGESINI (Comp.). *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial* (pp. 75-110). Barcelona: Icario, Fundación Hogar del Empleado.
- HALL, S. (Ed.). (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications.
- _____. (2003). "The local and the Global: Globalization and Ethnicity". En: A. KING (Ed.). *Culture Globalization and the World-System. Contemporary Conditions for the Representation of Identity* (pp. 19-39). Binghamton: Macmillan-State University of New York at Binghamton.
- HERNÁNDEZ, G. (2006). "Verracos verdaderos o la segregación de alteridades en la representación de la identidad cultural de los 'paisas'". En: B. NATES (Coord.). *Evocaciones míticas e identidades actualizadas* (pp. 49-63). Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- _____. (2007). "Ordenes significativos del mundo y procesos migratorios en el contexto de globalización". En: B. NATES & M. URIBE (Comps.). *Migraciones y Movilidades... Nuevos territorios* (pp. 69-80). Manizales: Centro Editorial Universidad de Caldas.
- LABRADOR, J. (2001). *Identidad e inmigración: un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- LIPOVETSKY, G. (2006). *Le bonheur paradoxale*. Paris: Gallimard.
- LURBE I PUERTO, K. (2008). "Sobre la reapropiación de la "metáfora étnica" para alterar las minorías transnacionales". En: E. SANTAMARÍA (Coord.). *Retos epistemológicos de las migraciones transnacionales* (pp. 217-236). Barcelona: Anthropos.
- MASSEY, D. et al. (1998). "Una evaluación de la teoría de la migración internacional: el caso de América del Norte". En: G. MALGESINI (Comp.), *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema* (pp. 189-264). Barcelona: Icario-Fundación Hogar del Empleado.
- MATO, D. (1998). "On the making of transnational identities in the age of globalization: the US Latina/o Latin American case". En: I. ALCOFF & E. MENDIETA (Eds.). *Identities: race, class, gender and nationality*. Londres: Blackwell.
- MERA, C. (1998). *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*. Buenos Aires: EUDEBA.
- MORAES MENA, N. (2007). "Identidad transnacional, diáspora/s y nación: Una reflexión a partir del estudio de la migración uruguaya en España". En: D. MATO

- et al. *Cultura y Transformaciones sociales en tiempos de globalización. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- POLANYI, K. (1994). "Nuestra obsoleta mentalidad de mercado". En: *Cuadernos de economía*, 19(20): 194-266.
- RUDDER, V. (2002). "De l'urbain au social: le 'cycle des relations raciales'". *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 18(3): 9-24.
- SAHLINS, M. (1980). *Au coeur des sociétés*. Paris: Gallimard.
- SAÏD, E. (2005). *L'Orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*. Paris: Seuil.
- SASSEN, S. (2000). "Le travail mondialisé. Mais pourquoi émigrent-ils ?". En: *Le Monde. Diplomatie*. <http://www.monde-diplomatique.fr/2000/11/SASSEN/14478>
- SERRANO, E. (2002). "El concepto de pobreza, su medición y la relación con los problemas del medio ambiente". En: *Revista Luna Azul N° 14*. http://lunazul.ucaldas.edu.co/index.php?option=com_content&task=view&id=161&Itemid=161.
- SIEGLIEN, V. & RODRÍGUEZ, W. (2006). "Between Tradition and Modernity: Identity Conflicts and Coping Strategies of Poor Indigenous Inmigrant Workers in Monterrey". En: GARCÍA, C. (Comp), *Psychosocial and Cultural Research on Poverty in Mexico*. New York: Nova Science Publishers, Inc
- SIMON, M. (1978). *Comprendre les idéologies, les croyances, les idées les valeurs*. Paris: Chronique social.
- STUART, H. (Ed.). (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications.
- RESTREPO, E. (2007). "Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio". En: *Jangwa Pana, Revista del Programa de Antropología de la Universidad del Magdalena*, 5: 24-35.
- RUDDER Véronique de (2002) « De l'urbain au social : le « cycle des relations raciales ». En : *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 18, 3, p. 9-24.
- TAPINOS, G. (1974). *L'économie des migrations internationales*. Paris: Armand Colin.
- TAYLOR, E. (1999). "The New Economics of Labour Migration and the Role of Remittances in the Migration Process". En: *International Migration*, 37(1): 49-63.
- TEMIME, É. (2001). "Vieillir en immigration". En: *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 17 (1). En: <http://remi.revues.org/document1758.html>
- TURNER, V. (1990). *Le phénomène rituel. Structure et contre-structure*. Paris: PUF.
- VALENZUELA, J. (2002). "De migras y migraciones. Diásporas, ciudadanía y nación (latino)americana". En: N. GARCÍA-CANCLINI (Coord.). *Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*. México: OEA/Santillana.
- WADE, P. (2002). "Identidad". En: M. SERGE et al. (Eds.). *Palabras para desarmar* (pp. 255-264). Bogotá, Ministerio de Cultura – ICANH.

Estudios de Región



Autor: Luz Aida Clavijo Casallas.

Título: Soberanía de la pobreza humana.

Técnica: Collage elaborado con acrílico, colores ocre, relieves en plástico y algodón.

Dimensiones: 35cm x 50 cm

Año: 2010

LAS LUCHAS POR EL RECONOCIMIENTO, O LA IDENTIDAD COMO FENÓMENO GLOBAL EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS

*JESÚS GARCÍA-RUIZ**

Recibido: 20 de agosto de 2010
Aprobado: 25 de septiembre de 2010

Artículo de Investigación

* Director de Investigaciones. Centre National de la Recherche Scientifique, CNRS-EHSS (Francia).
E-mail: jesus.garcia-ruiz@wanadoo.fr

Resumen

En la globalización vivimos en un universo en el que las interacciones entre lo local y lo global son una realidad insoslayable y las consecuencias culturales no pueden ser minimizadas. Se trata de un proceso que afecta a los grupos sociales y al individuo, a su identidad y a su posicionamiento en el espacio político y público. Los procesos de emancipación son, también, luchas por el reconocimiento y por la construcción de la identidad política. Lo que está en juego no es únicamente el ejercicio del poder: la gobernanza requiere hoy un proceso permanente de legitimación de la autoridad que es la condición del reconocimiento del derecho al ejercicio del poder. Dicho proceso conlleva la confrontación permanente entre identidades diferenciadas, lo que presupone un desplazamiento de lo político. Y en este contexto, como lo señala Jacques Le Goff, la búsqueda de la identidad individual o colectiva *“es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy, en la fiebre y en la angustia”*.

Palabras clave: globalización, identidad, reconocimiento, autoridad, alteridad.

THE STRUGGLE FOR RECOGNITION OR IDENTITY AS A GLOBAL PHENOMENON IN THE CONTEMPORARY SOCIETIES

Abstract

In globalization we live in a universe in which the interactions between the local and the global are an unavoidable reality and the cultural consequences cannot be minimized. It is a process which affects social groups and individuals, their identity and their positioning in the political and public spaces. The emancipation processes are also a struggle for the recognition and the construction of political identity. What is at stake is not only the exercise of power: governance requires today a permanent process of authority legitimization which is the condition of the recognition of the right to exercise power. Such process entails the permanent confrontation between differentiated identities which presupposes a displacement of the political aspect. And in this context, as it is indicated by Jacques le Goff, the search for individual or collective identity *“is one of the fundamental activities of today’s individuals and societies, in the fever and the anguish.”*

Keywords: globalization, identity, recognition, authority, otherness.

Nadie realiza solo su destino. Nadie recorre solo su camino en la historia. Nadie se construye sin la relación al otro, a los otros. Cada uno necesita ser reconocido para existir: son los otros quienes confirman nuestra existencia ya que toda coexistencia es, al mismo tiempo, un reconocimiento. Lo que significa que no es posible absolutizar al individuo concreto como un objeto en sí y por sí. La mirada del otro me reconoce y, al mismo tiempo, me articula y estructura. Todo individuo es “*un sistema de interdependencias*”: “*el hombre es un proceso*” evolutivo y cambiante, afirma reiteradamente Elias (1991: 141), que está inserto en un ovillo de fuerzas contradictorias.

La crítica social tiene que ver con lo que es llamado, desde Hegel, la negatividad, es decir, la conciencia de que lo “existente” es lo que ya existe y lo que aún no ha emergido, pero que ya está en proceso. Ahora bien, lo que existe, es el resultado de las acciones de mujeres y hombres que viven en una época específica. Son ellos quienes crean realidad (material o inmaterial) en procesos de ruptura con lo existente, al tiempo que apoyándose en ciertas continuidades. Lo que existe es un “ser-realidad” integrado por lo que ya es y por lo que está en proceso de ser, olas de fondo que trabajan a las sociedades. Esta tensión entre rupturas, continuidades y emergencia, opera tanto en el contexto individual como en el seno de las diferentes formaciones sociales y en lo global. Es por esta razón que es el eje central de la constitución de fenómenos sociales, como lo señala Kaufmann (2001: 32).

Son esos hombres y mujeres que viven en situaciones contingentes, que han constituido –con otros– realidades sociales que, a su vez –y a su manera–, les dan también, forma a ellos mismos. Esos hombres y esas mujeres, se revelan (raramente) y se someten (frecuentemente) a las formas de lo que existe. Son esos seres humanos heterónomos que nos interesan como creadores, pues son ellos –sumados a otros– quienes dan forma a lo social (Augé, 1982). Pero, al mismo tiempo, ciertos grupos sociales inciden más que otros, ciertos grupos sociales se imponen instaurando formas de dominación, a través de las cuales pretenden –y a veces lo logran– fabricar al otro. Dicho con otras palabras, como lo han señalado Berger y Luckmann, la sociedad se construye por la exteriorización y la objetivización de la actividad humana.

Es a las ciencias sociales a quien corresponde convertir en inteligibles estos procesos, pero posiblemente el debate no sigue la dinámica, no sigue las olas de fondo que trabajan a las sociedades y, cuyo trabajo, hace que la “otra” realidad, que el cambio, ya esté presente entre nosotros aunque sigamos pensando con los parámetros que intentaban explicar las realidades de la fase precedente. Los debates animados por las inquietudes y la curiosidad han sido substituidos por discursos de gente “del oficio y con oficio” que tienen

una verdad que defender, intereses que alimentar, poderes por conquistar o por consolidar. La actualidad nos enceguece, y hace que resistamos a la evidencia. No vemos lo que nos ocurre porque el movimiento de cambio se ha pluralizado al pluralizarse los grupos sociales. Y lo que nos ocurre –a nivel de la escala de nuestra época– es el fin de una ficción y el inicio de otra que se va consolidando en las conciencias al tiempo que las nuevas ficciones se multiplican. Al igual que el individuo extirpa lentamente los ideales mágicos de la infancia, cada unidad cultural humana llega a un punto en el que no puede seguir creyendo en la eficacia inmediata de su propio pensamiento, de su esquema estructurante, de su ideal unificador. En ese contexto, debe negociar con lo real, que es eso –lo real–, porque resiste a la unificación teórica en el sujeto, y obliga a que este último admita su propia división interior entre las palabras que le inspiran, la vida-realidad que vive y las contradicciones en que encuentra inmerso. La realidad es también transgresión, no solo deber ser.

Como lo afirmaba Duvignaud, en otros tiempos, esa “gente del oficio” era “el yacimiento de la pasión sociológica”. Hoy la pasión sociológica es rara pues está asociada a la “opinión” en el espacio público, y la opinión no es equivalente, necesariamente, de realidad. Pero la sociología, como las otras ciencias sociales, no son solo modos de implementación de la acción: sin ser neutras en relación con las sociedades, tienen que tener en cuenta la distancia entre pertenencia y competencia, función y verdad social, “caja de resonancia” y análisis de lo social. Las teorías críticas movilizan la razón y ciertas “razones” para distinguir, juzgar y decidir. Sus objetos, es decir, la sociedad y su teorización, le imponen la negatividad –en el sentido hegeliano–: portan en sí mismas la negación que la teoría crítica puede hacer emerger para poner en perspectiva futuros posibles.

Como lo señala Hirschman (1980) en “Post-criptum”, [*La fable du Système*], cuando una idea es utilizada ampliamente en la vida cotidiana y desempeña un rol social de primera importancia, es difícil para el científico tomar una distancia crítica: la noción aparece tan clara y diferenciada, que nadie se preocupa por definirla con precisión. El concepto de identidad es uno de esos conceptos que se encuentran, precisamente, en esta situación: se presenta como una totalidad particular en relación con otros conceptos (Lipianski, Toboada-Leonetti & Vásquez, 1990). Si observamos la temporalidad de la utilización del término (Jayaran, 2004; Wang, 2004: 30)¹, nos damos cuenta

¹ En un gran número de lenguas ni siquiera existe un término equivalente, como lo señala Jayaran (2004a) en su artículo “Inde. Le primat du groupe au la primauté de collectif?”, en relación con las lenguas hindúes. Y Wang Bin (2004: 30) en “Chine. Un problème transculturel”, señala que “*existe, para traducir identidad, dos términos chinos, diferenciados pero correlacionados y que son empleados alternativamente, según el contexto: Shen Fen y Ren Tong*”.

de que en una generación su uso –en el lenguaje común y cotidiano– se ha difundido de manera sorprendente: se ha convertido en un término mágico tanto en lo que se refiere a su uso común como en el especializado de las diferentes disciplinas. Y estos contextos hacen que sea objeto de todas las manipulaciones, como lo señala Muchielli (2001) “¿cómo es posible proponer tantas definiciones, no necesariamente compatibles entre sí, pero que nos parecen posibles, sin que nunca agoten la temática?”. A la identidad le está todo permitido porque es una evidencia social necesaria en la que los individuos están implicados como testigos. Como previene Wang (2004: 30) –profesor de teoría literaria en la Universidad de Cantón (China)–: “Para la persona como para la nación, una identidad pura e inmaculada tiene que ver con el mito. Hay que guardarse de mitificar el problema identitario so pretexto de “patriotismo” o de “pureza religiosa” [...]”.

La globalización ha generado la puesta en tela de juicio de conceptos y marcadores que tradicionalmente eran pensados como estables. Tal es el caso de los conceptos de tiempo, espacio, autoridad, jerarquía... y entre ellos encontramos también el de identidad. Las sociedades y los grupos sociales se han pluralizado al tiempo que la auto-percepción se ha distanciado y diferenciado de la percepción tradicional comunitaria pensada como homogénea. Los marcadores de las identidades se han multiplicado y la constitución de la relación del individuo con el sentido-significado se ha individualizado. Producto de procesos de emancipación y de diferenciación, la toma de conciencia es un fenómeno reciente como proceso masivo en las sociedades. Pero estos procesos han dado origen a una profunda efervescencia intelectual y política que ha conllevado una verdadera revolución silenciosa de desmitificación de las mentalidades, modificado el comportamiento social y político de numerosos grupos sociales pues han aprendido a pensar estratégicamente, a formalizar sus intereses y a posicionarse en el terreno político del que tradicionalmente estaban excluidos. Todos estos procesos han pluralizado a las culturas desde el interior, pluralizando como consecuencia las sociedades locales y nacionales, y han diversificado los marcadores que configuran las identidades.

Esta perspectiva crítica es la que nos proponemos adoptar para el acercamiento a una cuestión como la identidad, que es central para la comprensión de los dispositivos sociales, las luchas por el reconocimiento, las luchas por la legitimidad y las luchas por la hegemonía. En la globalización, la identidad se ha convertido en una temática también global, en el sentido de que todas las sociedades se encuentran implicadas pues los marcadores tradicionales han sido desestabilizados. Pero es en lo local donde los procesos toman forma, ya que es en lo local donde las luchas por la dimensión política de la

identidad y la identificación son implementadas. Esta dimensión política, al mismo tiempo, cumple una función central en los procesos de recomposición de las legitimidades, de los estatutos sociales y de la recomposición de las fuerzas políticas. En la globalización todos somos minoritarios porque las reivindicaciones se han vuelto transversales sobrepasando fronteras, territorios y dando origen a neo-comunidades extraterritoriales. Proceso que puede dar origen a identificaciones extra territoriales y transnacionales.

1. La identidad, fenómeno global en las sociedades contemporáneas

Se observa que, para las opiniones públicas en todas las regiones del mundo, la cuestión de la identidad está presente en primera línea como el signo distintivo y totalizante del presente. La vida social y política es ritmada, por todas partes, por reivindicaciones y luchas identitarias: desde la India al Líbano, desde Sri Lanka a México, desde Pakistán a Bolivia, desde Indonesia a numerosos países africanos. Pero estas luchas no son únicamente la panacea de los grupos étnicos: se puede encontrar huella en las universidades, en las calles de Bogotá, en los movimientos cívicos y políticos en Europa, en las campañas electorales de Ecuador o de Guatemala, etc. El tema de la identidad se ha convertido en un tema sustantivo, tanto en el discurso antropológico como sociológico, filosófico o político. Pero también a nivel personal, ya que los actores, por todas partes, la reivindican, la autoconstruyen y la sacralizan, en ciertos casos. Y esta omnipresencia de la identidad no debe ser considerada como una moda intelectual: corresponde a un cambio de mentalidades, de referentes, de estrategias que se inscriben en un proceso de emancipación que conlleva cambio en la finalidad de la acción en los actores, cambios en prácticas y en los objetivos políticos, pues en las luchas sociales no solo reivindican el derecho a identidad particular, sino el fin de la exclusión, la redistribución igualitaria de la riqueza, nuevas formas de presencia en el espacio político, de condiciones de vida saludable, etc. La identidad se ha convertido, al mismo tiempo, en un problema teórico y práctico, como lo han señalado Balibar & Wallerstein (1988). Para Le Goff (2005: 63), la búsqueda de la identidad individual o colectiva, *“es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy, en la fiebre y en la angustia”*.

Las identidades tradicionales han entrado en proceso de incertidumbre – es lo que genera la angustia de que habla Le Goff– y los marcadores que tradicionalmente permitían las identificaciones se han puesto en movimiento, se han diversificado y, al mismo tiempo, se han desestabilizado. Los procesos de emancipación son, también, procesos de individualización del sentido-significado y, en este sentido, intentos de institucionalización de nuevas

configuraciones de los referentes de la verdad. Lo religioso se ha auto-asignado siempre –aunque esa función la han asumido también los sistemas educativos, jugando funciones centrales en ciertos períodos de la historia– el rol de “fabricar al individuo”, reivindicando el derecho a construirle su visión del mundo, la causalidad social y la normatividad ética. Frente a los vacíos dejados por el Estado, nuevas instituciones –entre las cuales las religiosas– han ocupado nuevos espacios, nuevas funciones y nuevos roles en la fabricación del individuo contemporáneo. Pero lo religioso se ha pluralizado también. Se ha convertido en un actor pluralizado y, al mismo tiempo, pluralizador, contribuyendo también a la diversificación de las identidades.

La identidad es, también, un fenómeno editorial que podemos identificar claramente: en estos últimos años, el número de libros, artículos, números especiales de revistas, etc., consagrados a la identidad han experimentado una progresión exponencial, una verdadera explosión temática. “Conflictos identitarios”, “identidad étnica”, “identidad masculina”, “identidad femenina”, “identidad y mundo del trabajo”, “identidades nacionales”, “identidad y religión”, “identidad y socialización”, “identidad y derechos culturales y políticos”, etc., son algunas de las múltiples variantes de la declinación de la temática. Y la producción la encontramos en todas las regiones, en todos los países, y no únicamente en relación con las ciencias sociales: las ciencias administrativas, el *marketing*, el *management*, etc., se han apropiado también la problemática, como lo señala JDe Leersnyder (2000: 6-7), cuando afirma que “*Le marketing internacional se encuentra en primera línea en la confrontación con las culturas extranjeras. [...] La cultura resiste. Resiste en todo el sentido del término*”. Sainsaulier había ya señalado el rol central de la cultura: la cultura se encuentra en el corazón de las sociedades: fuerza de adaptación o fuerza de cambio. Propone, incluso, hablar de identidad más que de cultura, en relación con la empresa:

“La organización está compuesta de seres humanos, que tienen una cierta presencia, y la acción colectiva en una empresa determinada se encuentra generalmente marcada por una lógica coherente, que la distingue de las otras. Esta lógica se constituye y se afirma con el tiempo. Permite a cada uno identificar dicha empresa y, en ciertos casos, identificarse a ella. Es lo que se llama identidad” (Sainsaulier, 1988: 401).

Si la cuestión de la identidad tiene tal presencia hoy es, en parte, porque el concepto mismo es incierto, como lo señala Kaufmann (1997). Dicho con otras palabras, la cuestión de la identidad es inseparable de la aceleración del proceso de individualización que caracteriza a las sociedades hoy, lo que nos

aleja cada vez más del modelo holístico (Duban, 1997). El individuo universal, definido por sus roles y sus estatus, cede terreno ante “el individuo singular”. Cuando se pasa de identidades de pertenencia a identidades en construcción, la cuestión de la “estima de sí” se convierte en una realidad social crucial. Lo que pone en evidencia –para decirlo con la expresión de Honneth que la mayor parte de las luchas sociales son luchas por el reconocimiento. Esta dimensión política la explicita claramente Chevalier (1997) cuando afirma:

“la cuestión de la identidad es central para los politólogos, teniendo en cuenta la dimensión intrínsecamente política de los fenómenos identitarios: lo que está en juego en la identidad es, en efecto, la construcción de los lazos sociales, los procesos de integración social, las relaciones de dominación y de poder”.

Identidad y globalización

Nuestras sociedades están viviendo procesos de cambio acelerado, aceleración que está determinada –en gran medida– por la innovación y las transformaciones producidas por las nuevas tecnologías que han modificado en profundidad nuestra relación al tiempo, al espacio, a la autoridad y a la percepción del mundo (Norbert, 1996: 112): acceso a la información, comunicación interpersonal e institucional, instantaneidad y simultaneidad de las imágenes (Augé, 1994: 149), derribo de fronteras –desde las nacionales hasta las institucionales e individuales–, interacción en el espacio-mundo en tiempo real, que se ha convertido en “aldea global”, como lo llamó, en la década de los sesenta, el intelectual canadiense Marshall McLuhan.

Se trata de transformaciones que han sido llamadas multidimensionales, ya que implican el sistema productivo, el sistema organizativo, el sistema institucional y el sistema cultural de nuestras sociedades. El nuevo sistema global se configura a través de redes de intercambio y flujos de comunicación, lo que le convierte en sistema extremadamente flexible y dinámico pero, al mismo tiempo, en altamente inestable, ya que está sometido permanentemente a dinámicas competitivas fluctuantes. Y esta lógica atraviesa hoy todos los territorios nacionales, regionales y locales, lo que ha dado origen a redes transnacionales que incorporan segmentos de población y excluyen a otros en cada una de las unidades territoriales, haciendo coexistir en un mismo territorio polos de riqueza y polos de pobreza, polos de inclusión y polos de exclusión, polos de violencia y sistemas de protección.

La aceleración del movimiento contemporáneo, que se confunde en gran medida con el proceso de globalización, es un proceso con el que se encuentran

confrontadas todas las sociedades, ya que las trabaja y las transforma. Francart (2000: 298), insiste específicamente en las consecuencias:

“La revolución de la información va más allá que la revolución tecnológica puesta de manifiesto por numerosos especialistas en táctica, en tecnología y por burócratas. Se abre sobre una nueva era estratégica en la que el poderío pertenecerá a los países capaces de generar conocimiento y sentido-significado. Este conocimiento no es únicamente acumulación de información, sino también –y sobre todo– comprensión íntima de las situaciones y de los seres humanos que se encuentran implicados”.

Y esos procesos no transforman únicamente relaciones económico-financieras y comerciales, transforma a las sociedades, transforma el rol de los Estados, transforma a las instituciones, transforma las lógicas de ejercicio del poder y las lealtades de los sectores sociales. Las dos últimas décadas de globalización han erosionado a los Estados nacionales en su rol de organizadores de la política económica, y les ha desposeído de numerosas funciones que tradicionalmente eran suyas (Petrella, 2004: 76-79). Les ha desposeído, en cierta manera, de las fronteras nacionales, de ciertos componentes clásicos de la soberanía (Batistella, 2004: 46-48) y de la capacidad de articular lealtades en los miembros de la comunidad política que es la nación.

Pero, como lo señala Lester Thurow (1996) –ensayista norteamericano– se trata de una ola global, cuyo choque no está reservado únicamente a las regiones más pobres del planeta. Se trata, también, de una fragilización de las autonomías coordinado por un *“sistema de alianza entre élites a escala mundial”*. Estos procesos dan origen a un estilo de poder que se experimenta e instala por todas partes, de escalón en escalón y en cada nivel entre homólogos. Ese nuevo orden extrae su poderío imaginario y real del condicionamiento cibernético: cada agente, ligado a los otros por la comunicación universal del mercado, debe rendir cuentas a esa totalidad, que ha sido promovida al rango de maquinaria social. Acrecentando su influencia sobre los consumidores y sobre los trabajadores, los grupos financieros, industriales y comerciales no serían simplemente *“entidades económicas”*, sino centros de poder, asociados a fuerzas militares y de seguridad tanto públicas como privadas (Hubac, 2002: 189-194). Promovidos al rango de unidades de base de la sociedad, remplazando a una ciudadanía abstracta en regresión, como lo señala Bonny (1996), esos centros están en capacidad hoy de poner en tela de juicio la democracia.

Como ya lo hemos señalado, la globalización, al incidir en la transformación de las sociedades, afecta también al individuo. En la modernidad se hablaba

de la individualización como resultado de la salida de las sociedades rurales y la entrada en la sociedad industrial. En esta nueva fase –la globalización– se habla más bien de “individuación” que correspondería a un proceso a través del cual un grupo emergente adquiere, al diferenciarse de otros grupos, características que le permiten designarse frente a otros dominantes y hegemónicos y, de esa manera, ser reconocido a través de la construcción una nueva centralidad que le permita reposicionarse. Y eso como resultado de la necesidad de constituir un individuo conforme con el mundo globalizado. En lo global, es decir en la interacción permanente que afecta a las sociedades contemporáneas, la fábrica del individuo se entiende como la fábrica del individuo compatible. Y este proceso se construye en la interacción entre global y local y viceversa.

La jerarquización vertical de las relaciones humanas contradice la igualdad presupuesta de los sujetos de la comunidad política. Pero ese “recentraje” del gobierno de los hombres es presentado como un reajuste “técnico”, en una coyuntura de guerra económica. Considerando las formas históricas de regulación de la comunidad política como “pensamiento obsoleto”, estos grupos –alimentados desde el Norte– sostienen que el progreso se alcanza mediante la globalización y que las reformas económicas bajo el amparo de las ideas neoliberales, son el único medio que permite unirse a este proceso, que ha venido para quedarse. Estos planteamientos se han convertido en discurso sistemático de los “altoparlantes” y cajas de resonancia que son los organismos internacionales y los agentes locales del neo-liberalismo y de la globalización, que hoy sientan cátedra en los gobiernos de una parte de los países latinoamericanos.

Por otra parte, la globalización era presentada como portadora de promesas de una democracia renovada, pero en realidad, al relativizar y condicionar el rol de los parlamentos y de las funciones provenientes de la elección popular, numerosos interrogantes surgen sobre la interacción entre democracia y globalización (Bayazo & Lacarrieu, 1999: 13). Siendo anti-estatal, la globalización se ha apoderado y condicionado las instituciones de los Estados para impulsar su agenda (García-Ruiz, 2006^a: 24), minimizando los resultados de los escrutinios de las mayorías e impulsando la cooperación de nuevas élites, que tienen que merecer ser miembros del club de la globalización. Este proceso se lleva a cabo a través de mecanismos que subastan la riqueza de los bienes nacionales y de toda forma de soberanía popular, en el mercado global.

El rol de las ciencias sociales es también –entre otras cosas– analizar las lógicas económicas, sociales, culturales, políticas y religiosas que el proyecto globalizador implementa, teniendo en cuenta que se implica una voluntad

consciente de transformación de la realidad, lo que no significa que dicho proyecto sea “la realidad”, como lo demuestran las movilizaciones y luchas sociales de resistencia, oposición y de contrapropuesta. En efecto, la realidad es el resultado de la confrontación entre proyectos múltiples, aunque el proyecto globalizador lleva, por ahora, la delantera. Su análisis es hoy más importante que nunca, como lo señala Augé (2005: 9):

“Aquello que se ha convenido en llamar “mundialización” plantea numerosos problemas a los observadores sociales. La mundialización es, al mismo tiempo, la globalización (la extensión del mercado liberal y de redes tecnológicas) y una forma de conciencia planetaria. Esta conciencia planetaria –ella misma– se reparte entre conciencia ecológica inquieta (el planeta es pequeño, maltratado y frágil) y una conciencia social desdichada [el mundo se uniformiza, pero las desigualdades –en los dos extremos de la riqueza y de la pobreza– no cesan de ahondarse]. En ese contexto, incumbe a las diversas disciplinas de la observación de lo social, contextualizar, por una parte, sus objetivos tradicionales y, por otra, escucharse entre sí sin renunciar a sus especificidades respectivas. Deben, en suma, mantener un estado de vigilancia crítica en el momento en que el mundo mundializado se hunde bajo las imágenes y el peso de falsas evidencias”.

Volviendo a las relaciones entre globalización y Estado, observamos que la globalización, como lo hemos señalado, ha debilitado las fronteras, ha desplazado al Estado en su rol de articulador de la soberanía, de la identidad nacional, y de las lealtades de poblaciones presentes en su territorio. En efecto, en ciertos países del Sur, la incapacidad de los Estados para articular las identidades nacionales reconocidas y a las que los ciudadanos adhieren, ha tenido como consecuencia el surgimiento –en los territorios nacionales– de reivindicaciones de identidades específicas en función de los grupos sociales de pertenencia. Se trata de identidades fuertes, comunitarias, que reivindican historia, tradición y contenido cultura, pertenencia arraigada y diferencia, lo que ha convertido a las luchas por identidad en uno de los conflictos más relevantes en el interior mismo de los territorios nacionales. Estas identidades fuertes y articuladas han entrado en un proceso de confrontación y de diferenciación, lo que marca hoy lógicas de parte-aguas en el interior de los grupos sociales. Descalificando los contenidos reivindicados por las construcciones identitarias nacionales, argumentos que priorizan postulados sociales y políticos (Crowley, 2000: 15-42) y visiones del mundo contrapuestas. Estos procesos funcionan a partir de lógicas de contradistinción –yo soy yo porque no soy tú– lo que genera luchas por la apropiación y la legitimidad del sentido-significado.

En Guatemala este proceso fue evidente –y lo sigue siendo–, como lo hemos desarrollado en otro artículo (García-Ruiz, 2006c) las luchas por el reconocimiento desembocaron en la afirmación de una identidad fuerte en el movimiento indígena, identidad que cuestionó, al mismo tiempo, a la identidad nacional unívoca y a la identidad “ladina”, que se presentaba como única identidad válida, propia de la cultura dominante, presentada como “superior”. En el caso de Guatemala –como en otros muchos países– asistimos a un doble proceso: por una parte, la emergencia de estas identidades fuertes, comunitarias, que enraízan sus referentes en la historia y en la cultura y que se manifiesta tanto a nivel discursivo como organizativo y marca –de manera decisiva– las luchas sociales y, por otra, la recomposición de identidades individuales por parte de ciertos segmentos sociales (Friedman, 2003), lo que conlleva una individualización que está generando, al mismo tiempo, identidades auto-construidas a partir de proyectos personales, lo que significa que no son identidades por pertenencia, sino por adhesión auto-electiva. Estas identidades individuales electivas –de las que forman parte las identidades familiares individualistas que son portadoras, al mismo tiempo, del sustrato comunitario y del proyecto individual– se desarrollan independientemente de los principios de pertenencia simbólica, ya que surgen en el contexto de desposesión de las funciones y principios históricos de regulación del Estado-nación y de las instituciones y organizaciones que históricamente encarnaban dichos valores y principios (Turner, 2003). El contexto de inseguridad individual y social, asociado a los referentes difundidos por la globalización, constituyen factores de repliegue, que están generando identidades de auto-defensa y repliegue.

Otro factor que es necesario tener en cuenta en relación con Guatemala –y con otros muchos países– es el nuevo rol que desempeña lo religioso en la articulación y consolidación de las identidades. En efecto, como lo hemos analizado en diversos textos recientes (García-Ruiz, 2004, 2006, 2008), las nuevas formas de lo religioso protestante –pentecostal y neo-pentecostal), fundamentalmente– recurren a la conversión como factor central y unívoco de la elección divina, lo que constituye el núcleo de referencia del cambio cultural y, en consecuencia, del cambio identitario. Como lo señala Jayaran (2004) en relación con la India, pueblo religioso por excelencia, *“Si la irreligión es bien la categoría identitaria más amplia, la identidad recibida (por oposición a la identidad construida) se funda, ante todo, por la pertenencia a un grupo”*. En el caso de Guatemala la situación es compleja: por una parte, aquellos que se reivindican de pertenecer a la “espiritualidad maya” se inscriben en “la identidad religiosa recibida”, mientras que los “convertidos” participan de una “identidad religiosa construida”, es decir, de la identidad individual y familiar recompuesta recientemente. En efecto, los procesos de conversión

son frecuentemente “familiares”, es decir, que es la totalidad de la familia que se convierte y asiste en grupo a las actividades de culto. La conversión conlleva una deshistorización de la conciencia en relación con los referentes en los que el grupo fue socializado y la apropiación de nuevos referentes pertenecientes a la historia social de otros. La conversión, en consecuencia, es una ruptura y, como tal, una refuncionalización. Estas nuevas Iglesias que surgen, en gran medida, dentro del contexto ideológico y organizativo de la globalización, están mucho más cerca de los valores y referentes sociales de ésta que las Iglesias históricas protestantes y, sobre todo, más que la Iglesia católica, institución que hasta el periodo barroco había mantenido la iniciativa de la refuncionalización de lo social. Las Iglesias que existían antes de la globalización tienen que hacer un esfuerzo importante de adaptación que pasa, en numerosos casos, por un rechazo previo, y la naturaleza de su institucionalidad puede entrar en conflicto con la institucionalidad en red que reivindica la globalización.

La conversión, proceso acelerado en el contexto de la globalización, es el verdadero punto de partida del cambio de cultura y de la re-construcción identitaria o, dicho con otras palabras, concretiza un cambio de “modelo referencial” de la cultura, cambio profundo que es posible identificarlo en el lenguaje: el convertido se apropia una nueva terminología que transforma –e identifica al individuo– por el nuevo discurso. Al mismo tiempo, se sitúa en un marco institucional, y la institución es quien confirma, reconoce y valida, al tiempo que legitima la nueva pertenencia del convertido. Dicho con otras palabras, la conversión es un cambio de “afiliación”, un cambio de tradición, un cambio del universo de significaciones y un proceso de refuncionalización de las lealtades, que reorganiza –al mismo tiempo– las redes de relaciones sociales y de sociabilidad. Es un cambio de contexto, lo que conlleva un cambio en las relaciones jerárquicas, en las relaciones de autoridad y un cambio en los modos de comunicación. Donde estos procesos se evidencian con mayor claridad es en la reconstrucción de la biografía personal, es decir, en la reconstrucción narrativa transmitida a través de un nuevo lenguaje, lo que conlleva un auto-reconocimiento y un reconocimiento, por los otros, como perteneciente a la nueva comunidad de referencia, debido a un proceso de intervención exterior –intervención divina– que articula y legitima el cambio personal.

El cambio de la naturaleza institucional, el cambio de lenguaje, la apropiación del nuevo discurso, etc., induce cuatro cambios fundamentales: nueva concepción de la persona, nuevas relaciones con la naturaleza, nuevas relaciones con lo sagrado, inserción en una neo-comunidad de “hermanos”, lo que transforma las lógicas de las relaciones interpersonales, las formas de sociabilidad y la recomposición de las lealtades.

Y es en este conjunto de procesos que la identidad es puesta en juego: el cambio de lenguaje, la inserción en la nueva institución, el cambio de sistema jerárquico, el cambio de relación con el poder y la autoridad, etc., son factores que organizan nuevas autodefiniciones individuales y sociales. Y es en esta autodefinición que la nueva identidad se construye. Esta reconstrucción identitaria se consolida a través de la participación y de la incorporación cotidiana a los mensajes y a las prácticas de la nueva institución y da origen a nuevos principios, a nuevos valores, a nuevas relaciones en las que la afectividad se encuentra íntimamente implicada.

El querer sobrepasar y superar las lógicas de las identidades culturales e históricas, fue una pretensión central tanto del liberalismo como del marxismo, pero hoy podemos constatar no solamente que no lo lograron, sino que la identidad ha renovado su importancia social y política, potencializando su capacidad de creación y articulación de sentido-significado ante el vacío dejado por la transnacionalización de las referencias, por la ideología difundida por la globalización, por reivindicaciones de reconocimiento. Y, en este sentido, se trata de un proceso que desarticuló hipótesis y teorías, ideologías y programas políticos, convirtiéndose en un factor cuyo poder se confirma cada día en las sociedades a nivel mundial. Dicho con otras palabras, los procesos identitarios han “re-sacralizado” lógicas sociales, invalidando –por lo menos en ciertas sociedades– las teorías de la des-ideologización.

La pluralidad nuevo principio de legitimidad

Asistimos no “al fin de la historia”, sino –tal vez– al inicio de “otra historia”: una nueva historia en la que una de las variables centrales será la preocupación por la diversidad como principio de legitimidad. Diversidad y legitimidad han irrumpido en nuestra realidad y se han impuesto como variables centrales. Podríamos interrogarnos por qué no hemos sido capaces, hasta ahora, de plantear la cuestión de la diversidad con la urgencia que se impone, autonomizándola de ideas paseistas sobre la identidad, los etnicismos, los particularismos, los nacionalismos o las identidades religiosas. La respuesta podría ser que la conciencia política que fundamenta esta preocupación no se sitúa en el nivel de una historia objetiva, económica y técnica, sino que tiene que ver con una historia subjetiva y con una filiación portadora de una dialéctica propia. No hemos sido capaces aún de plantear la *diversidad* –y su concepto político, la *pluralidad*– como vector y pivote de nuestra acción histórica. La dimensión política del Estado-nación que se ha construido sobre lo homogéneo sigue siendo aún el vector de lectura de lo político en numerosas sociedades.

Lo que está en juego hoy es el principio mismo de la pluralidad y no tal o cual forma de respeto de lo múltiple. Pero la pluralidad comienza cuando “dos” están presentes y en ese contexto se multiplica inmediatamente: un mundo dual no puede satisfacerse a sí mismo ya que implica obligatoriamente la presencia de un tercero. Una lógica plural implica la presencia de un mínimo de tres principios: el ser, su ausencia y su mediación. Duclos (2000), por su parte, señala que toda pluralidad está integrada por cuatro instancias: la naturaleza, el cuerpo, la cultura y la información.

La **naturaleza**, en primer lugar, que representa –simbólicamente– lo estable y permanente. En el contexto guatemalteco, esta pluralidad de concepción de la naturaleza es evidente: para unos representa, simplemente un lugar de producción-extracción incondicional de riqueza y, para otros, es el lugar de la “herencia”, de la transmisión histórica de “un bien del que se es responsable pero no propietario” y que ha sido sacralizado y ritualizado por la relación con los ancestros, lo que le ha convertido históricamente en lugar de culto y de enraizamiento de la vida. Esta segunda visión se está transformando en defensa política del medio ambiente, con una conciencia clara de continuidad como garantía para las generaciones venideras. Esta visión está dando origen, a nivel mundial, a una ecología política –que Augé llama “*conciencia inquieta (el planeta es pequeño, maltratado y frágil)*” (2005: 9)– que tiene también sus límites, pero que se sitúa en los antípodas de la explotación depredadora y destructora. La naturaleza no contaminada, aunque en ciertos casos es una utopía, es también una lucha por el cambio de proyecto y de las mentalidades. Como lo señala Paul Ricoeur (2004: 297), “*las relaciones de los hombres entre sí incluyen también las relaciones de los hombres con la naturaleza al igual que las relaciones con los muertos, guardianes de la mirada sobre el tiempo pasado*”.

El **cuerpo**, en segundo término, y la reivindicación del derecho a ser entidades locales con costumbres propias, con morfología, vestido, estilos corporales y lingüísticos identificados sobre una territorialidad geográfica, negativizado históricamente por la cultura dominante (Godelier, s.f.). Considerados desde ese punto de vista, esos grupos sociales que han sido descalificados también por la vestimenta que identifica su cuerpo, se han convertido hoy en vanguardia de la resistencia. Esta resistencia encarna la defensa del cuerpo propio que se mueve y danza, que tiene su propio registro alimentario y de belleza. En esta óptica, la vestimenta desempeña un rol particular, ya que es –literalmente– un terreno de encuentro entre mi concepción de mi belleza y la mirada de los otros, al tiempo que me permiten situarme en relación con los otros: quiero asemejarme a tal o cual grupo o quiero asemejarme únicamente a mi grupo. Elijo mi vestimenta en función de los otros, aun cuando sea para significarles que me son indiferentes. En el caso de la descalificación de tal

o cual tipo de vestimenta por parte de tal o cual grupo, lo que puede ocurrir es que me sienta privado de un componente de mi identidad. Este proceso merece ser analizado en el caso de Guatemala, donde el reivindicarse como “indio” ha sido el resultado de un proceso que ha convertido el “estigma en bandera”, lo que se ha manifestado también en relación con la vestimenta: no sólo se la ha valorizado como un signo de identidad y de cultura, sino que numerosas dirigentes y profesionales que se vestían con vestimenta “ladina” –es decir, la del otro– han retomado la vestimenta tradicional de las sociedades mayas, estatizándola, ya que se visten con “la vestimenta indígena global” y no necesariamente –como era la tradición– con la específica de su pueblo de origen. El Ministerio de la Cultura ha declarado patrimonio nacional los trajes tradicionales como resultado de reivindicaciones recientes.

La *cultura*, en tercer lugar, en su carácter primordial de filiación, de “historia compartida”, de creación permanente y continua de experiencia, de “maneras de ser, de ver, de actuar”, es un sustrato central de la identidad. Pero, al mismo tiempo, la cultura se inscribe en el tiempo incorporando la experiencia y las experiencias. En efecto, la cultura no es una marca inamovible e inmóvil que encierra a los grupos en un corsé estático e invisible: las culturas evolucionan con lógicas propias y los individuos adoptan estrategias plurales en relación con las mismas. En este sentido la experiencia vivida por cada actor se convierte en componente de la cultura transmitida a las generaciones siguientes garantizando su capacidad de adaptación y de respuesta.

Es necesario distinguir, en relación con el uso de la noción de cultura, las usanzas que de dicho concepto se hace. Durante mucho tiempo, la tendencia consistió en clasificar las culturas a partir de una escala de valores. Eso era lo que pretendía la escuela culturalista norteamericana, que marcó las políticas culturales en Guatemala. La respuesta a esta visión vino también de la antropología, la cual avanzó dos propuestas: la primera postulaba que cada cultura es “auto-centrada”, es decir, que cada cultura se comprende en relación con el modelo del que procede y que propone, el cual tiene una coherencia interna en tanto que sistema; la segunda propuesta afirma que no es posible juzgar un modelo a partir de otro, es decir, que no es posible juzgar una cultura a partir del sistema de otra. En efecto, todo sistema cultural es el resultado de contextos y “opciones”, de filosofías de la existencia que es necesario pensar en su globalidad y que, en ninguno de los casos, no permite ni jerarquizaciones en función de un sistema de valores ni una demostración racional incuestionable de que tal o cual es mejor. Eso significa que no existe un patrón para medir las culturas y que cada una es portadora de coherencia y de opciones estratégicas que le son propias.

Si hubiese que pensar en definirla, optaríamos –aún sabiendo que toda definición es un límite y una forma de delimitación– por la presentada por el antropólogo Godelier (s.f.: 290-291)² en una de sus conferencias:

“Por ‘cultura’ entiendo el conjunto de las representaciones y de los principios que organizan conscientemente los diferentes aspectos de la vida social, así como el conjunto de normas, positivas o negativas, y de los valores ligados a estas formas de actuar y pensar. Vemos, pues, que la cultura pertenece al campo de lo “ideal” y que una cultura es una combinación de cierto número de elementos “ideales” asociados con prácticas materiales”.

Es necesario también hacer referencia a los postulados planteados por aquellos que, apoyándose sobre su cultura para legitimizar su diferencia, tienden frecuentemente a pensar y hacer creer que la cultura es inmutable. Esta “sacralización”, debido frecuentemente a una especie de “pasión por la diferencia”, trae como corolario el querer fijar a los grupos en “identidades” estáticas e impermeables, con contenidos obligatorios lo que lleva a una exclusión recíproca. Esta sacralización postula la inmutabilidad de configuraciones culturales, es un primer aspecto de su “sustancialización”, al que es necesario añadir otro: la representación común de la “enculturación”, es decir, del conjunto de operaciones por medio de las cuales un sujeto toma posesión de la cultura de su grupo y del sistema, que son introducidas en bloque –como estructuras inmóviles– en el espíritu de los individuos, los cuales son pensados necesariamente como “copias” conformes del “deber ser”. Y esto ni siquiera es cierto en lo que concierne a antiguos grupos tradicionales, ya que cada sistema, tal como es enunciado y reconstituido por la antropología, no es sino un “ideal tipo” en el sentido weberiano, un “deber ser” que nunca existió ya que no incluye las contradicciones y las transgresiones que son también parte de la realidad y, por lo tanto, de la cultura.

Y este proceso es aun menos cierto en las sociedades contemporáneas: la circulación del sujeto a través de subgrupos y de sub-culturas diversas y diversificadas entre sí, le permiten acceder a la conciencia de las representaciones que contienen y, en consecuencia, incorporarlas o distanciarse de las propias. Los recorridos territoriales son, hoy, móviles y diversos, lo que significa que el acceso a otros referentes es mucho más permanente. Eso significa que los individuos tienen la posibilidad de operar procesos de manipulación personal de dicha “materia” y contenido, pudiendo –de esta manera– construir su fórmula cultural propia, como es el caso, por ejemplo, a través de los procesos

² Dicha conferencia ha sido publicada bajo el título “Introspección, retrospección, proyecciones”, en Godelier (s.f.).

de conversión o de formalización de la pertenencia étnica. Y en la relación con esos individuos “emergidos”, esta fórmula cultural puede depender más de sub-culturas que frecuente que del grupo al que pertenece –o perteneció–.

A esta deriva substancialista se opone la perspectiva “situacionista” que avanza que los sistemas de significación colectiva se elaboran en función de las necesidades humanas, las cuales incluyen una variabilidad considerable en la interacción con contextos que se transforman, lo que significa que transforman los problemas que es necesario afrontar. Si bien es cierto que las culturas son creaciones-fundaciones históricas evolutivas (lo que relativiza la noción misma de “cultura de origen”) y que –por otra parte– deben mucho a los préstamos mutuos, ya que las modalidades por intermedio de las cuales las culturas se influyen son variadas, es necesario tener en cuenta los procesos de intercambio –más o menos recíprocos– y la reapropiación o no de los rasgos intercambiados. Lo que observamos, también, es que a lo largo de los recorridos individuales, se manifiesta toda una variabilidad de posibles en las manipulaciones de los códigos de las diferentes culturas.

Es de esta manera que el sujeto intenta mantener la unidad de su yo en torno a una estructura modificada de representaciones y de valores (operación que tiene que ver con lo que se ha llamado función ontológica de la identidad), y adaptarse a su nuevo medio y contexto (función pragmática o instrumental). En la medida en que se tienen razones como para orientarlos hacia esa finalidad, todas las conductas son consideradas como estratégicas, y el fracaso en la adaptación abre las crisis que alimentan las patologías de la aculturación. Estos comportamientos son particularmente evidentes en el contexto migratorio, pues se encuentran confrontados con un conflicto interior: una opción es la de valorizar la función ontológica de la identidad, sacrificando su función pragmática; pero la opción puede ser, inversamente, lo contrario: conducirse pragmáticamente en función de conductas oportunistas, en cuyo caso, la fluidez identitaria es el precio que es necesario pagar y, al mismo tiempo, la garantía potencial de éxito.

Otras variables estratégicas pueden emerger, estrategias que se esfuerzan en articular representaciones y valores de las dos culturas en presencia, lo que corresponde a la preocupación por las lealtades (preocupación ontológica) y a la necesaria incorporación al contexto de inserción (preocupación pragmática). El resultado es convertirse en “multicultural” en el sentido sociológico del término. Este proceso, para que sea viable, implica lo que ha sido llamado “contrato de asociación” con base en un mínimo de representaciones y valores comunes fundamentales. Al mismo tiempo, ese contrato de asociación –que exige pertenencias contradictorias– debe conllevar el reconocimiento y el

respeto de las diferencias culturales. Este proceso –movimiento dialéctico– implica la desacralización de las culturas y de las identidades en el nivel pragmático.

Finalmente, la *información*. Es gracias a ella que la cuestión de la diversidad de lo universal ha sido planteada como central en la historia. La información es un componente de la construcción de la humanidad como tal y de las sociedades como realidades históricas. La comunicación es el sustrato articulador de las culturas y, al mismo tiempo, la garantía de la función de transmisión. Comunicación por el discurso, comunicación por las prácticas, comunicación por el ejemplo, etc. Permite que el otro interiorice, se adapte, se construya.

Estos cuatro componentes de la pluralidad son indisolubles. Pero el mundo plural no es un mundo compuesto de facciones. Un pluralismo mínimo para el mundo de mañana es también un componente central del nuevo proyecto histórico, el cual tendrá sus defensores y sus detractores, pero será necesario para pensar la nueva configuración de la comunidad política que es la nación.

Una mirada retrospectiva

¿Cuáles son los elementos que es necesario tener en cuenta sobre el individuo para establecer su identidad? ¿Qué es necesario saber sobre sí mismo para responder a la eterna pregunta: “¿Quién soy?” ¿Pero, se trata realmente de saber o de otra cosa, de algo que es necesario descubrir ya sea en uno mismo o plasmando la mirada más allá de uno mismo, o de algo que se construye todos los días? Como lo señala Eco (2003: 45-48), el “conocerte a ti mismo” de los griegos ya no es suficiente hoy; es necesario asociar al epitafio del frontón de Delfos “conoce a los otros” como garantía para ser yo mismo. Acercarse al análisis de la identidad es verse confrontado con una serie incierta de paradojas, por lo tanto.

En efecto, a pesar de las modas y de las incertidumbres conceptuales, siempre es difícil hablar de identidad, pues se trata de una noción intrínsecamente problemática. Como lo ha señalado Lévi-Strauss (1977) “*Toda utilización de la noción de identidad comienza por una crítica de dicha noción*”. La noción de identidad contiene, en primer lugar, una interrogación, ya que se enuncia de manera interrogativa y, en este sentido, requiere más que una respuesta o una afirmación.

Situada en la intersección de la psicología, de la sociología, de la ciencia política, de las ciencias cognitivas y de la antropología, la cuestión de la

identidad es, en realidad, una cuestión típicamente moderna. En efecto, en las sociedades tradicionales esta cuestión no se plantea, simplemente, porque no era pertinente –o no era necesario–. La identidad individual, en particular, no es un objeto de pensamiento conceptualizado como tal, ya que el individuo se piensa difícilmente fuera del grupo y –como individuo– no puede ser planteado como un origen suficiente de determinación de sí mismo.

“El término mismo de “identidad” es anacrónico para las culturas pre-modernas, lo que no quiere decir que las necesidades de una orientación moral o espiritual eran menos absolutas anteriormente, sino únicamente que el problema no podía ser planteado en términos reflexivos, relativos a la persona, tal como se plantea para nosotros” (Taylor, 1998).

Como lo señalan Müller & Prost (2002) *“En la antigüedad, la primera identidad concebida para distinguir al individuo, estuvo –durante mucho tiempo– relegada lejos detrás de la identidad comunitaria y no dejó sino pocas huellas históricas: la identidad individual no se convirtió en personal sino tardíamente”*. Si bien es cierto que la identidad individual no es negada, es planteada –no obstante– a partir de la pertenencia comunitaria.

En efecto, una constatación evidente es que las interrogaciones sobre la identidad se sitúan en el contexto de dos procesos: por una parte, como reacción a la disolución de los lazos sociales y desarticulación de las instituciones de referencias, inducido por la modernidad y, por otra parte, el cuestionamiento se sitúa también en la continuidad con el desarrollo de la concepción de persona en Occidente (Mauss, 1993).

2. Del “reconocimiento”

Ya los pensadores de la Grecia antigua tenían claro que el reconocimiento era una condición de toda la existencia. Aristóteles lo expresó con gran lucidez: *“El hombre que se encuentra en la incapacidad de ser miembro de una comunidad, o que no resiente la necesidad porque es auto-suficiente para sí mismo, no forma parte de la “polis” y, en consecuencia, o es un animal o es un dios”*. Moralistas como Montaigne o La Rochefoucauld, pensaban que “el sabio” debía lograr la autonomía ya que el reconocimiento por parte de los otros era una debilidad. Pero fue a mediados del siglo XVIII que emerge la noción de “dignidad del individuo”, lo que convertirá al reconocimiento en una variable central del pensamiento social. Y es precisamente Rousseau quien con mayor clarividencia lo formula: *“El salvaje vive en él mismo, el hombre sociable, siempre fuera de sí, no vive sino en la opinión de los otros y es del juicio de los otros que extrae*

el sentimiento de su propia existencia". Rousseau distingue, en su análisis tres sentimientos centrales: el "amor de sí mismo", el "amor propio" y la "idea de consideración". El primero tiene que ver con el instinto de conservación individual, por lo que le considera como un sentimiento positivo; el segundo lo considera como cercano a la vanidad ya que lleva a considerarse superior a los otros, y en ese sentido lo piensa como negativo; el tercero se sitúa como componente de la relación con los otros: es el considerar a los otros y querer ser considerado por ellos. El gran aporte del análisis de Rousseau ha sido el de desplazar al sentimiento de rivalidad como articulador de la relación social.

Adams Smith, conocido sobre todo como autor de *La riqueza de las naciones* (1994), también publicó, en 1759, *Teoría de los sentimientos morales* en la que se posiciona frente a la filosofía moral, obra que él mismo consideraba como superior a la primera. Situándose en la perspectiva postulada por Rousseau, Smith afirma que el acceso a la "humanidad" reside en la mirada que tenemos de los otros y la que los otros tienen de nosotros. Postula que el "ser mirado" es lo que sintetiza el conjunto de necesidades que tenemos, pero al mismo tiempo señala que el vivir en función del juicio de los otros es vano. En este contexto, avanza la idea, la persona debe convertirse en "un observador imparcial y bien informado" de tal manera que la mirada del otro no acabe neutralizándole.

Fue Hegel, no obstante, el primero que utilizó el término "reconocimiento" en su *Fenomenología del espíritu* (1807), específicamente en el capítulo que consagra al análisis de las luchas en las que los individuos se implican para hacer reconocer al otro su libertad. En ese contexto, conceptualiza el término "reconocimiento" como el que la visión que tengo de mi propio valor depende del otro. Su proyecto intelectual (Fischbach, 1999) se asignó como objetivo el reconstituir, con la ayuda del concepto, la historia de la evolución de la moralidad humana. Postula que lo que diferencia al hombre del animal es que el segundo es guiado por su instinto de conservación, mientras que el primero, además de ser guiado por el instinto, aspira al reconocimiento de su valor y de sus obras por parte de los otros. Este proceso es tan fundamental que en numerosos casos el hombre estaría dispuesto al sacrificio de su propia vida por ser reconocido y honrado: morir por la nación, por la bandera, por las creencias...

Hegel considera que la lucha por el reconocimiento –"lucha a muerte de puro prestigio"– constituye el basamento del progreso moral, el cual es el resultado de un proceso en el que considera como fundamental tres factores: el primero lo denomina "reconocimiento jurídico", el cual asigna un estatuto a la libertad

individual; el segundo sería el “reconocimiento en el amor”, que aporta la estabilidad afectiva; y el tercero el “reconocimiento en el Estado” que permite contribuir a la reproducción del orden social en el respeto de sí mismo.

Más cerca de nosotros, Bourdieu (1998), se ha interesado también en la temática y considera que las luchas entre grupos sociales son luchas por el reconocimiento, es decir, enfrentamientos simbólicos que tienen por finalidad el imponer al conjunto de la sociedad su visión del mundo con la finalidad de valorar y mejorar su posición en dicha sociedad.

El “reconocimiento”, dispositivo central de lo social

Entre los autores que han contribuido a la construcción de esta teoría del reconocimiento, dos nos interesan particularmente: Charles Taylor –profesor de filosofía y de ciencia política en la Universidad de McGill, implicado en el reconocimiento de la nación de Québec por Canadá–, y Axel Honneth –alumno de Jürgen Habermas a quien sustituyó en la dirección del Institut Sozialforschung de la Universidad Goethe de Fráncfort– que se sitúa en la continuidad del proyecto intelectual de la Escuela de Fráncfort de una teoría crítica de la sociedad. Aunque las perspectivas no son coincidentes, los dos autores asocian reconocimiento e identidad.

Taylor, que es considerado como uno de los teóricos del comunitarismo y del reconocimiento de las minorías (1997), postula que toda la cultura política moderna gira en torno a una exigencia de reconocimiento igualitario. Los principios políticos que articularon las Revoluciones francesa y norteamericana postulan igualdad de dignidad, a diferencia de la sociedad feudal que asignaba un estatuto por el nacimiento. Dos son los interrogantes que Taylor plantea como punto de partida: ¿esta “dignidad igual” se sitúa en el nivel de los derechos universales para legitimar la libertad individual, como lo sugieren aquellos que reivindican la tradición del liberalismo político? ¿O es necesario, más bien, admitir que existen derechos que se deben reconocer, promover, y respetar, ya que la garantía jurídica de las libertades puede ser desposeída del sentido si los valores fundamentales inscritos en las culturas –como la lengua, la visión del mundo, las costumbres– no son reconocidos?

Taylor postula que es la segunda propuesta la que tiene que ser defendida ya que el menosprecio y descalificación de la cultura genera formas de opresión, lo que es tan grave como la violación de los derechos universales. Afirma que *“la política de la diferencia crece orgánicamente a partir de la política de la dignidad universal”*. Por una parte, la libertad es puesta en peligro por las violaciones explícitas de los derechos universales y, por otra, por la opresión

de que son víctimas todos aquellos que se identifican a valores socialmente descalificados, minimizados o menospreciados. Las políticas liberales han evidenciado su incapacidad en proteger la libertad que cree garantizar y esas mismas políticas liberales no pueden garantizar tampoco lo que presentan como uno de los objetivos centrales: la conformación de un espacio político como una instancia de neutralización de enfrentamiento de opciones morales y religiosas divergentes.

Taylor (1993) sostiene, por lo tanto, que el negar el reconocimiento puede ser una forma de opresión del otro. La necesidad de reconocimiento de los grupos sociales tiene que ver –y está relacionado– con las cuestiones de identidad del individuo. En una de sus obras clásicas (Taylor 1996) aborda el análisis del malestar identitario del individuo contemporáneo y afirma que la libertad moderna ha desacreditado las jerarquías de valores, las jerarquías de autoridad y de normas definidas por un orden divino que asignaba a cada uno su rol. Este proceso, señala Taylor, conlleva riesgos, uno de los cuales es el de mantenerse en la ilusión, ya que la existencia humana no tiene sentido fuera del lazo que une un sujeto al otro; nos definimos siempre en un diálogo –a veces por oposición, a veces por identidad– con los otros que cuentan.

Taylor utiliza la noción de reconocimiento como “política del reconocimiento” que asocia a su reflexión sobre la “política de la diferencia”, la cual se sitúa –a su vez– en el interior del debate sobre liberalismo y comunitarismo. Dicho con otras palabras, “reconocimiento” hace referencia a formas de representación pública de aquello que constituye el valor de una “diferencia”. La diferencia es entendida en su dimensión cultural y en relación con el contexto canadiense: diferencia de la cultura minoritaria de los pueblos amerindios y a la situación, en Québec, del francés como lengua minoritaria. No obstante, asigna al concepto de “políticas de la diferencia” una dimensión más amplia. La exigencia de reconocimiento de la diferencia pueden concernir marcadores sociales de otros grupos, por ejemplo, de emigrantes, o grupos que son definidos en términos de desigualdad de estatuto o de desigualdad de reconocimiento.

Por su parte, Honneth, ha retomado el concepto de “reconocimiento” asociándolo con el de justicia social. Posicionándose en relación con la perspectiva de Taylor, afirma que el concepto de “reconocimiento” es más amplio y tiene más alcance que el de “política de la diferencia”. Postula que la noción de reconocimiento permite avanzar en la comprensión de cómo los conflictos sociales e individuales son resueltos. En esta perspectiva, asocia las nociones de interés y de poder a su análisis.

Partiendo de la premisa de que el sujeto de la filosofía moral es el de contribuir a definir lo justo y el bien, señala que es necesario que esta disciplina coloque en un nivel muy alto la necesidad de reconocimiento de la identidad del otro, como lo hizo Hegel. Honneth (1997) prolonga la problemática hegeliana con los aportes hechos por el sicólogo social George Mead a principios del siglo XX, quien había intentado describir la génesis del individuo moderno y afirmaba que cuanto más autónomo es el sujeto más depende del reconocimiento por parte de los otros, lo que genera la conciencia de “irremplazabilidad”. Para Honneth (2006) estos procesos son centrales en todos los niveles de la sociabilidad humana.

El amor o la soledad individual organizan el círculo de las relaciones primarias (familia, amigos, relaciones), mientras que el respeto y la consideración dan fundamento al universo de las relaciones jurídicas y sociales. La estima y el reconocimiento de la utilidad de cada uno son la argamasa de las solidaridades entre los grupos (asociaciones, organizaciones, nación).

Honneth sostiene que la imagen positiva que podemos tener de nosotros mismos depende de la mirada, del juicio y del comportamiento de los otros en relación con nosotros mismos. Esa sería la razón que nos lleva a esperar reconocimiento en las relaciones sociales.

En el proceso de validación de su tesis, Honneth diferencia tres tipos de reconocimiento que relaciona con tres modalidades de relación positiva consigo mismo, las cuales son distribuidas en tres esferas sociales diferenciadas:

- La primera esfera tiene que ver con **la intimidad** en la que el reconocimiento se concretiza por el amor y la amistad, factores que son el fundamento de “la confianza en uno mismo”. Las relaciones amorosas, familiares y de amistad consolidan los afectos y es esta experiencia amorosa la que consolida la confianza en uno mismo. En este nivel Honneth recurre a las teorías psicológicas de la importancia de la relación estrecha con la madre, relación a la que asigna una importancia central en los procesos de construcción de la identidad personal y de la autonomía.

- La segunda esfera la sitúa en el nivel de las **relaciones jurídicas**: se trata del reconocimiento que se nos asigna a través de los derechos que nos son reconocidos, ya que son ellos los que consolidan “el respeto de sí” o, dicho con otras palabras, la certidumbre del valor de nuestra libertad. Este nivel tiene que ver con la esfera del “principio de igualdad” articulado con la posibilidad de reivindicar idénticos derechos.

- La tercera esfera la califica como **actividades individuales** y que tendría que ver con lo que cada uno aporta a la sociedad en función de la actividad individual. Tiene que ver con el principio de solidaridad en el espacio de la colectividad. El trabajo, por ejemplo, nos permite acceder al sentimiento de “estima de sí mismo”, ya que es visto como la contribución individual a la colectividad.

A nivel operativo, estas tres formas de reconocimiento pueden ser complementarias o excluyentes, dando origen, en el último caso, a relaciones conflictivas entre sí. Esta perspectiva la plantea en el nivel jurídico:

“la adjudicación de plena ciudadanía con sus derechos políticos de participación y sus garantías de seguridad social constituyen mínimamente una intersección analítica con la categoría de solidaridad política (también con la solidaridad socio-moral), cumple los requisitos de una inclusión garantizada y hace derivable de ella derechos y lealtades”. (Honneth 2006: 36)

Es en estas esferas institucionales que pueden, al mismo tiempo, manifestarse formas particulares del no-reconocimiento, las cuales, para Honneth (2001), constituyen el corazón mismo de la expresión de la injusticia. Instauro, por lo tanto, un lazo esencial entre la cuestión de la justicia social y la cuestión del respeto. Desde el punto de vista de la teoría del reconocimiento, la experiencia de injusticia social es siempre una experiencia del menosprecio social e, inversamente, la exigencia de “respeto” puede ser considerada como una demanda de justicia social.

En su análisis instauro una relación particularmente estrecha entre “dignidad”, y “respeto”, relación que retoma de análisis anteriores. Se trata de una idea que ha estado siempre presente en las luchas por la emancipación y en las luchas sociales, pues, en los dos casos, se trata de conquista de “derechos-libertades” (derechos de) o de “derechos-crédito” (derecho a). En la mayor parte de esas luchas, esa dignidad pasaba –de cierta manera– por la puesta en equivalencia de situaciones personales a través del proceso de solidarización y el reconocimiento de entidades colectivas, que permitían –y permiten– a cada uno encontrar su lugar en el espacio social. Estos son los procesos que operan tanto en el llamado movimiento maya como en las movilizaciones de los movimientos de mujeres o en el caso de los emigrantes, por ejemplo. En una entrevista reciente, intitulada “Los conflictos sociales son luchas por el reconocimiento”, Honneth (2006: 38) retoma el tema y afirma:

“Mi posición sobre ese punto ha evolucionado a lo largo de mis investigaciones. Al principio, mi proyecto era solamente el de criticar el modelo clásico que analiza los conflictos como “conflictos de interés”. Según ese modelo, se presuponen sujetos o grupos de sujetos que tienen ciertos intereses predefinidos, los cuales no son satisfechos en ciertas condiciones determinadas; esos sujetos luchan, por lo tanto, para satisfacerles. Ahora bien, para mí, aparece que al menos una parte de los conflictos sociales son mejor comprendidos si se hace intervenir en su análisis de dimensiones morales, es decir, explicándolos por sentimientos de honor herido, de menosprecio y de no reconocimiento. [...] Mi idea actualmente es que todos los tipos de conflictos sociales, incluso aquellos que tienen como objetivo la distribución de bienes y que dan la impresión de que son exclusivamente instrumentales, deben ser comprendidos como conflictos normativos, como luchas por el reconocimiento”.

Esta perspectiva esclarece, evidentemente, las luchas de las sociedades indígenas de América latina y de todos aquellos que históricamente han sido “minorizados”.

Honneth muestra que la negación del reconocimiento puede inducir sentimientos de injusticia y luchas colectivas contra la injusticia en cada una de las tres esferas. En este sentido, la teoría del reconocimiento postula diferentes hipótesis para una sociología de los movimientos sociales.

La interacción y combinación de estos diferentes elementos, asigna a las solidaridades un rol central para la integración, pues brinda a las personas un contexto de interacciones que son el basamento para la construcción de la identidad y desarrollo del sentido de su rol social. La solidaridad, siendo un factor de integración, constituye un sub-basamento en la construcción de la identidad de los individuos. Y es aquí donde es necesario, nuevamente, plantear la pregunta: ¿cuáles son las condiciones estructurales para la formación de la identidad personal? Honneth avanza elementos orientados hacia aportar una respuesta. En su análisis de la solidaridad recurre a la teoría de la intersubjetividad de Mead y postula una idea central: considera que el reconocimiento del individuo a través de otros sujetos es una condición primordial para la formación de la identidad personal. Ese reconocimiento es, al mismo tiempo, producto recíproco: al tiempo que es reconocido, el sujeto reconoce, a su vez. La identidad personal se construye a través de esa relación recíproca de reconocimiento que, a su vez, constituye una esfera de igualdad de la que tienen que participar todos los sujetos para obtener reconocimiento.

Reconocimiento por conformidad / reconocimiento por distinción

Por su parte, Todorov aborda esta misma temática en su obra *La vida en común. Ensayo de antropología general* (1995) y hace un recorrido de las lógicas y la pluralidad de las formas del reconocimiento. Todorov señala que el reconocimiento es central en un doble sentido: por una parte marca, más que cualquier otra acción, la entrada del individuo en la existencia específicamente humana y, por otra, está caracterizado por una singularidad estructural. El reconocimiento engloba actividades innumerables, lo que nos obliga a diferenciar.

En primer lugar, el reconocimiento puede ser material o inmaterial, puede expresarse a través de la riqueza o de los honores, e implicar –o no– poder sobre otras personas. La aspiración al reconocimiento puede ser consciente o inconsciente y desde este punto de vista, el vestido es una variable particularmente interesante, ya que es un terreno de encuentro entre la mirada de los otros y la imagen que presento, al tiempo que me posibilita el situarme con relación a los otros en una relación dialéctica: puedo querer asemejarme o, por el contrario, puedo querer manifestar mi diferencia.

El reconocimiento implica la totalidad de nuestra existencia: necesito el reconocimiento tanto en mis relaciones personales como en relación con mi estatuto profesional, en el amor como en la amistad. Y estos territorios son autónomos: la amistad no compensa la pérdida del amor ni los fracasos en la vida política pueden ser compensados por el equilibrio y la intensidad de mi vida privada. Hegel analizó perspicazmente que la demanda de reconocimiento podía acompañar la lucha por el poder, pero puede también articularse con relaciones o la presencia de jerarquía, lo que permite evitar conflictos.

Todorov diferencia dos categorías de reconocimiento –por conformidad o por distinción– y señala que dichas categorías se oponen entre sí: puedo pretender ser reconocido como diferente o que me reconozcan como semejante.

Su reflexión parte de que lo que es universal y constitutivo de la humanidad es el hecho de que entramos, desde el nacimiento, en una red de relaciones interhumanas en el mundo social; lo que es universal es que todos aspiramos a una cierta visión de lo que quisiéramos que fuese nuestra existencia. Pero los canales a través de los cuales accedemos, están condicionados por las culturas y los grupos de pertenencia. Insiste en que el habla es universal, pero las lenguas son diversas; de igual manera, la sociedad es universal, pero no sus instituciones.

Es claro que la cuestión del reconocimiento social no se plantea de la misma manera en las sociedades jerárquicas o “tradicionales” que en las sociedades igualitarias como las democracias modernas. Francis Fukuyama ha construido algunos jalones para una historia del reconocimiento desde este punto de vista. Por una parte, si la aspiración del individuo se centra en ocupar una función predeterminada, sus opciones son más limitadas pero le garantizan la pertenencia a un linaje de “abuelos y abuelas”, de ancestros, de filiaciones, que aportaba el sentimiento de ser reconocido. Este tipo de reconocimiento corresponde a un “reconocimiento por conformidad”.

Pero en las sociedades democráticas, las redes familiares ya no pueden garantizar “el estatuto” en función de la filiación (excepto entre los grupos dominantes). El reconocimiento no es automático y la inserción tampoco. Como lo ha señalado Taylor el reconocimiento de la persona en las sociedades tradicionales, se esfuma en las sociedades democráticas. El reconocimiento, en este tipo de sociedades, no es por conformidad: es el éxito que se convierte en el signo de reconocimiento por distinción. Pero este reconocimiento por distinción lo encontramos también en las sociedades tradicionales: tiene que ver con el reconocimiento del deber cumplido que da origen al honor. En las sociedades modernas esta aspiración genera la búsqueda de prestigio sentimiento que no es equivalente a la gloria.

El reconocimiento político de la identidad

Vemos, por lo tanto, que el concepto de “reconocimiento” es central cuando se trata de la identidad. En este sentido la afirmación de Lamizet (2002: 20), es esclarecedora: *“Que se trate de la construcción de la identidad propia en el proceso del reconocimiento de sí mismo en el espejo, o del reconocimiento del otro, es la experiencia de la comunicación que funda la dimensión simbólica de la identidad”*. Esta exigencia ha estado presente en todas las sociedades, pero se agudiza aún más por el advenimiento de la globalización, ya que la identidad no se fundamenta ya debido a la jerarquía, sino que depende más aún del reconocimiento del otro. Si bien es cierto que la identidad no se confunde con el reconocimiento, ya que existen identidades no reconocidas, es necesario reconocer que identidad y reconocimiento forman un dúo indisoluble.

Como lo ha desarrollado con eficacia Patrick Savidan (2009), siguiendo la perspectiva de Hegel, no hay que creer *“que existe primero la identidad y que, después, se plantea la cuestión del reconocimiento de dicha identidad. El reconocimiento interviene en la definición misma de la identidad, en el sentido en que el reconocimiento ‘realiza’ dicha identidad”*. Dicho con otras palabras, el reconocimiento complementa la identidad, la cual puede ser considerada

como “plena” cuando es reconocida. Es en esta perspectiva que se sitúa la reflexión de Taylor al hablar de “identidad lograda”.

Reconocer al otro implica un doble proceso: por una parte reconocerlo como “otro”, pero también es necesario aceptar que si somos semejantes es gracias a nuestras diferencias. El reconocimiento implica, al mismo tiempo, reconocer la alteridad, como lo ha señalado el antropólogo Marc Augé. La igualdad de derechos es reconocer que al igual que yo tengo el derecho a la diferencia, el otro también lo tiene. Reconocer al otro su derecho a la diferencia no equivale a pensar el otro como “mismidad”, para retomar la expresión de Ricoeur (2004: 205), sino aceptar la pluralidad. Lo universal se alimenta también de las diferencias, lo que significa que no puedo exigir al otro que las haga desaparecer para convertirse en homogéneo.

Lo humano se presenta siempre como plural, lo que implica que las diferencias son el registro que organiza la diversidad. Durkheim había insistido en que un cierto tipo de solidaridad estaría articulada por las diferencias más que por las semejanzas.

El problema del reconocimiento de las identidades emerge nuevamente con gran fuerza hoy debido a la globalización y a la crisis del Estado-nación. En la globalización, el gran proyecto moderno de un espacio unificado, controlado y construido desde arriba, es objeto de críticas y de desconfianza. Como lo señala Bauman (2003: 259):

“Las grandes identidades que los Estados-nación habían construido minuciosamente se derrumban [...] La construcción de la identidad, y más aún el mantenimiento de la identidad, se ha convertido en esas circunstancias en una cuestión de bricolaje sin talleres ni jefe de fábrica manifiestos. Se podría decir que la producción de identidad, a semejanza del resto de la industria, ha sido des-regulada y privatizada”.

En un contexto de desdibujamiento de las referencias unificantes, el Estado-nación no logra integrar a las sociedades ni reproducir los lazos sociales. No proporciona ya más a los actores sociales el sentimiento de unidad, una razón de vivir y de morir, es decir, una razón de sacrificar el interés personal –y a veces la vida– a una realidad o noción que sobrepase la individualidad propia. Aparece y es visto como una estructura abstracta, burocrática, alejada de la vida real. Las necesidades identitarias “*tienen tendencia hoy a manifestarse con más vivacidad, como consecuencia cada vez más evidente de la incapacidad de los Estados-nación en su rol de productores y proveedores de identidad*” (Bauman, 2003:

259). Las identidades nacionales se desagregan, pero es en beneficio de otras formas de identidad. Ya no es únicamente el Estado el que tiene el derecho a reivindicar la formación de la comunidad política: hoy ciertas instituciones han perdido legitimidad en la construcción de lazos sociales y otras la han conquistado, lo que incide en la naturaleza misma de las nuevas relaciones sociales. Cuando se debilita la “comunidad nacional” y las instituciones que tenían la función de garantizarla, otras surgen implementando nuevos procesos: los vacíos dejados son rápidamente llenados, las sociedades no pueden pensarse sin procesos de articulación. Y, en este sentido, lo religioso puede convertirse, en un momento determinado de la historia, en un nuevo articulador y “proveedor”.

Pero, sobre todo, en este contexto, el problema de la identidad se plantea, con particular acuidad, en el registro político. La exigencia de reconocimiento tiene como finalidad el ser reconocido como totalidad, lo que significa que la esfera pública se encuentra particularmente implicada. En este contexto, la identidad política asume la función de articuladora del conjunto de los componentes. Estos procesos de reivindicación identitaria (cultural, lingüística, política, religiosa, sexual, etc.), como lo ha señalado Fleitscher (1983: 164-165), hacen referencia al “derecho de permanecer siendo uno mismo” y desempeñan un rol esencial en los conflictos sociales y políticos actuales. Se trata, sin duda, de formas de autodefensa y de constitución de espacios políticos propios.

Como lo señala Le Goff (2005: 63):

“la memoria colectiva no es sólo una conquista: es un instrumento y una mirada de poder. Las sociedades en las cuales la memoria social es principalmente oral o las que están construyéndose (como en el caso de las sociedades indígenas en Guatemala y en otras regiones del mundo) una memoria colectiva escrita, permiten entender mejor esta lucha por el dominio del recuerdo y la tradición, esta manipulación de la memoria”.

3. Identidades en conflicto: sobrepasando las lógicas de las emancipaciones

La identidad, aunque determinada por las estructuras mentales, por procesos sociales y psicológicos, se construye en cada individuo mediante experiencias y relaciones sociales singulares temporalmente situadas. Los individuos se encuentran insertos en instituciones, y son las instituciones las que construyen

a los individuos canalizando su acción, aportando justificaciones simbólicas y normatividad. Las instituciones (familia, religión, Estado), a pesar de que dan la impresión de haber perdido influencia, siguen manteniendo su lugar en los dispositivos de identificación social, pero el rol de cada una se transforma o son remplazadas por instituciones nuevas. En el interior de las crisis de la identidad nacional o de recomposición de identidades religiosas o familiares, el rol de la construcción de la identidad es cada vez más importante para el individuo. Y, en este sentido, los procesos plurales de construcción de la identidad son hoy un vector para la comprensión de las mutaciones sociales.

Pero, la identidad –la reivindicación identitaria– surge cuando las relaciones sociales históricas entran en crisis: es cierto en relación con las sociedades indígenas de América Latina, como lo es también a nivel mundial. Esta dimensión es afirmada con fuerza por Al-Azmeh (2004) interrogándose sobre la identidad en el mundo árabe:

“La noción de identidad no ocupa el primer plano de la escena sino como consecuencia de derrotas internas y externas que conoció el nacionalismo árabe y los Estados de los que procedía, en los procesos a que dio origen la guerra de 1967 con Israel. Eso se produce, de cierta manera, por carencia, como un irredentismo histórico, en la nostalgia de una Arcadia pre-colonial. A finales del siglo XX, por el contrario, manifiesta un carácter hiper-nacionalista. Las energías de las naciones y de las sociedades árabes están obstaculizadas, e incluso considerablemente atrofiadas por todo tipo de bloqueos e impases evidentes, ligados con las desigualdades socioeconómicas, políticas y culturales”

Hoy, con el levantamiento revolucionario en Túnez y Egipto numerosos obstáculos han sido derrotados y el miedo, como dicen algunos analistas, ha cambiado de campo.

Una evidencia se impone hoy: todas las sociedades humanas contemporáneas están afectadas por la emergencia y el advenimiento del individuo y de su construcción identitaria. Tradicionalmente, la identidad era definida por las instituciones, pero la globalización ha convertido a la identidad en un recurso auto-integrado ya que a través del mismo se valoriza –según las circunstancias y los intereses coyunturales o estratégicos– aspectos étnicos, religiosos, políticos, profesionales, sexuales, democráticos, etc.

La emergencia de la temática de la identidad no debe ser considerada como el simple indicador de una moda intelectual, pues responde a un

cambio efectivo de prácticas y de objetivos individuales y políticos: cada vez más las luchas sociales toman la forma de luchas por la emancipación y el reconocimiento. La identidad no acepta ya respuestas simplistas: se ha convertido en un problema práctico. Lo que está en juego hoy –y tan vez así lo fue siempre– cuando hablamos de identidad es su dimensión política, pues se ha convertido en objeto de reivindicaciones colectivas y que es su dimensión colectiva y segmentada –al mismo tiempo– lo que constituye la verdadera interrogante.

Ante esta cuestión central, dos parecieran ser los ejes de respuesta, ejes que se oponen, paradójicamente, entre sí.

- El primero sostiene que si hablamos hoy tanto de identidad, es porque la misma pertenece ya al pasado. Designaría una definición caduca de lo humano, de la que no logramos distanciarnos y desprender nuestras representaciones. Nuestras sociedades ofrecerían marcos excesivamente flexibles y evolutivos, excesivamente multiculturales e internacionalizados, como para que podamos seguir definiéndonos por medio de identificaciones colectivas o por pertenencias a tal o cual grupo social o cultural. Esta primera perspectiva sostiene que es porque sentimos confusamente que dichas comunidades han desaparecido que –aunque nos negamos a admitirlo– hablamos tanto de identidad.

- La segunda corriente sostiene, inversamente, que hoy la identidad se presenta como un problema político real y fundamental. Ciertamente, numerosas luchas que se llevaron a cabo en un pasado lejano podrían ser interpretadas –retrospectivamente– como luchas por el reconocimiento de la identidad. Sin embargo, no se reconocían –ellas mismas–, como tales, sino que fueron pensadas como luchas cuya finalidad era hacer triunfar la verdad religiosa, en el caso de las guerras de religiones, por ejemplo, o la verdad republicana en el contexto de las luchas de independencia. Ha sido únicamente cuando las identidades se han convertido en inciertas, ya sea porque otros niegan la mía o porque es difícil definirse a sí mismo por intermedio de la referencia a una pertenencia principal. La identidad es una variable que nos contentamos con afirmar mientras podemos definirnos a través de una pertenencia principal no problemática, diciendo –por ejemplo– yo soy maya-quiché. Para que sea un objeto determinado, una “reivindicación”, es necesario –precisamente– que se convierta en un problema: como lo indicaba Sartre (1954): no es el judío que ha dado origen al antisemitismo, sino el antisemitismo que ha hecho al judío.

Hoy, en ciertas regiones del mundo, asistimos una verdadera “guerra de identidades”, para retomar el título del libro del académico argentino Ernesto Laclau (2000). Estas guerras identitarias, simbólicas o reales, – de género, de origen, de cultura, de religión, etc.– se expresan con fuerza y, en cierto sentido, han trascendido las luchas por la emancipación que fueron, en los dos siglos precedentes, luchas por la igualdad. En otros casos, las luchas por la emancipación pueden ser pensadas como luchas por el reconocimiento y de voluntad de inclusión. Este proceso se observa a nivel mundial: en Estados Unidos con el multiculturalismo, en el mundo árabe con la reivindicación cultural, en numerosos países europeos con la xenofobia, en otros con el racismo... Estas luchas identitarias se manifiestan por encima del ideal igualitario, que era patrimonio de las diversas tradiciones que se afirmaban como movimientos de izquierda. Pero esta confrontación entre memorias es una consecuencia de la pluralización de las sociedades, como lo señala el historiador Vidal-Naquet (2005: 67): *“La rivalidad organizada de las memorias es una característica de las sociedades pluralistas. No sucede lo mismo en las sociedades totalitarias, donde memoria e historia –ambas oficiales– deben coincidir plenamente bajo pena de ser modificadas por órdenes de arriba”*. La conciencia identitaria implica –en principio– una preferencia natural por aquellos que comparten la misma pertenencia que nosotros. Pero identidad y pertenencia no son sinónimos, ya que la primera no se reduce a la segunda y, sobre todo, es necesario tener en cuenta que nuestras pertenencias, siendo siempre múltiples, pueden entrar en conflicto.

Y en este sentido, se puede afirmar que las opciones de pertenencia son comparables con los dilemas morales: surgen cuando dos o más de nuestros componentes identitarios entran en contradicción. Evidentemente, la doble lealtad es una de ellas, y cada uno de nosotros nos encontramos –en uno u otro momento– confrontados con ello. La pregunta, en este nivel, es simple y clara: ¿cuál de nuestros componentes identitarios es el que elegimos en caso de conflicto? Depende, en gran medida, de la temporalidad, del contexto y de las estrategias. Este interrogante es particularmente pertinente en ciertos países latinoamericanos: el desarrollo de las diferentes formas de pentecostalismo y neo-pentecostalismo ha dado origen a procesos de conversión masiva en las sociedades indígenas (entre los tobas de Argentina, los mapuches del sur de Chile, los grupos amazónicos, etc.) al igual que en Guatemala, Ecuador, Bolivia, México o Perú. Estos procesos de conversión son también, como lo hemos señalado anteriormente, procesos de construcción identitarios. Es en ese contexto que observamos una transferencia de lealtades: ¿la autodefinición de referencia está determinada por la pertenencia étnica o por la pertenencia religiosa? Ciertos índices permiten pensar que –en ciertos momentos históricos– la autodefinición pasa por la pertenencia religiosa más

que por la pertenencia étnica. Si esto se confirma, las consecuencias pueden ser significativas (al menos durante un cierto tiempo): en ciertos casos, los movimientos políticos indígenas pueden perder adeptos, como parece ser el caso en Ecuador y en Guatemala. En Guatemala, núcleos significativos indígenas han manifestado en los procesos electorales esta tendencia. Si se confirma, las consecuencias políticas pueden modificar el panorama de las pertenencias y de las lealtades. En el caso de Bolivia pareciera que la pertenencia étnica y religiosa ha sido aglutinada por lo sindical, que en ese país tiene una larga historia desde los años setenta y alta capacidad organizativa gracias a las luchas de los sindicatos mineros, que han sabido transformarse en movimiento de masas.

Identidad e identidad política se configuran también en el contexto de las luchas sociales y en el ejercicio del poder que aporta experiencia y nuevos parámetros autolegitimadores. Como lo señala Tazi (2004: 7):

“Por lo que se refiere a la cuestión de la identidad que desestabiliza a lo político hoy bajo sus diversas modalidades, encuentra sus prolongaciones apasionantes según que se abra a una puesta en tela de juicio fina del colonialismo (África y América Latina), reivindicando un juego de espejos y una reconstrucción paradójica desembocando en una reivindicación transcultural (China), se presta a una desdramatización (mundo árabe) y a una vuelta pendular como reacción al multiculturalismo anterior (Estados Unidos, América Latina). O simplemente que la ocasión se presente para esclarecer el debate (en India e Europa)”.

Pero, ¿qué es lo que –en el conjunto de esas características– plantea problema hoy? El hecho de que la identidad sea un espacio de reivindicación política, es decir, un objeto de reivindicación colectiva, es –tal vez– lo que origina su conflictividad (García-Ruiz, 2006c). El problema político de la identidad es, evidentemente, el de su valor: la identidad es, al mismo tiempo, la representación que un individuo o un grupo construye sobre su especificidad y la representación que tiene de su propio valor.

La pluralidad de pertenencias

La pluralidad de componentes identitarios puede, también, integrarse fluidamente en la persona como ocurre en el caso de la India. V.S. Naípaul (1992), Premio Nobel de Literatura –de padres indios que inmigraron a Las Antillas, y que vive en Inglaterra–, ha publicado un en el que describe el caso

de un hombre de negocios inserto en la modernidad más avanzada y que, al mismo tiempo, se inscribe en la continuidad y en la fidelidad a tradiciones centrales de su identidad india. El relato es particularmente interesante para acercarnos a la comprensión de lo que son hoy las *identidades móviles* –las identidades plurales– pero profundamente articuladas por una fluidez que permite pasajes sin ruptura, pasajes plurales, identificaciones y pertenencias múltiples. El relato es, al mismo tiempo, testigo y testimonio de la importancia crucial –sea cual sea la sociedad–, de los procesos contemporáneos en que se inscribe la identidad.

Se trata de un riquísimo agente de cambio –personaje de ficción del escritor– que vive en Bombay. Por su profesión se encuentra inmerso en la cultura económica y en su prolongación de estilo de vida, es decir, comportamiento, manera de pensar, etc., propia al grupo social y profesional que interviene en los mercados, en el sistema financiero mundial y en los intereses políticos nacionales y transnacionales. Es en este contexto que el agente de cambio mantiene relaciones con sus colegas norteamericanos, asiáticos, europeos... con los cuales comparte la cultura que le está asociada.

Pero al mismo tiempo, el agente de cambio está íntimamente integrado, al igual que su familia, en la comunidad *jain*, en el interior de la cual practica sus creencias e interioriza los valores religiosos. Esta doble pertenencia no le impide sentirse profundamente hindú:

“Si se está en periodo de negocios, la imagen que se tendrá será la de la diosa Lakshmo. En otras ocasiones será Saraswati. Lakshmo es la diosa de la opulencia. Saraswati es la de la sabiduría. Y cuando pienso en los niños de las villas miseria, debo pensar en Dios... Ahora bien, ¿por qué estoy aquí y no en las villas-miseria? En ninguna parte de la instrucción organizada que me ha sido dada en la escuela y en la universidad no encuentro respuesta a esas cuestiones”

Nuestro agente de cambio tiene una identidad compleja, que se encarna en las creencias, en los valores y, sobre todo, en acciones y prácticas diferenciadas y múltiples que vive.

La lógica de esas identidades móviles en la India, lo analiza con gran pertinencia Jayaran (2004 73), profesor de sociología en la Universidad de Goa:

“La importancia de la identidad para los habitantes de la India se manifiesta de manera sorprendente por la subordinación de las marcas identitarias en su paisaje socio-cultural. Como lo veremos,

todo habitante de la India es portador de varias identidades que marcan los lazos con comunidades o grupos particulares. Cada individuo, según el contexto en el que evoluciona, hará prevalecer preferencias de una identidad determinada; correlativamente, las personas que le son cercanas le identificarán, según el contexto de interpretación de su comportamiento, como perteneciente a tal o cual grupo o comunidad”.

Y a lo largo de su análisis explícita aún con más claridad este proceso:

“La dinámica de relaciones sociales se caracteriza, por lo tanto, en la India, por dos procesos correlativos: la ‘percepción’ por parte del individuo de su propia identidad en una situación dada, y la ‘reacción’ de los otros en función de su identidad tal y como la perciben. En la medida en que una situación social obedece a un orden, tradicional u otro, y donde existe un consenso sobre las normas y los valores que rigen ese orden, las transacciones sociales que pesan sobre marcas o símbolos de identidad siguen siendo clásicos o rutinarios. Pueden, no obstante, crearse, bajo el efecto de diversas fuerzas de cambio social, situaciones más móviles (cuando un miembro de una de las antiguas castas se convierte en sarpanch (jefe) de un panchayat (consejero elegido de un pueblo) o incluso subversivas (cuando un miembro de una casta de intocables es nombrado sacerdote de un templo)” (*Ibid*).

Se trata de un análisis de los posibles que caracteriza a esas identidades móviles que tienen que ver con la coyuntura, los contextos y la temporalidad. Dicho con otras palabras, el individuo recurre –él mismo– a los registros-marcadores múltiples de su identidad polivalente y, en ese proceso, los otros le sitúan, le identifican y se posicionan.

Identidad y memoria

Otra dimensión que es necesario tener en cuenta cuando se habla de identidad es la interacción que ésta mantiene con la noción de memoria. En efecto, la identidad presupone la memoria que es una facultad tanto individual como colectiva y social: no es casualidad si la temática “deber de memoria” acompaña las dinámicas identitarias contemporáneas. La persona o el grupo que ha perdido su memoria no pueden pensar ni percibir su identidad en términos de continuidad. Esta memoria implica –ella misma– una mirada sobre el pasado, la cual –a su vez– tiene también que ser capaz de anticipación, de proyección de sí misma en el futuro.

Nadie puede construir una existencia estabilizada si no tiene una conciencia clara de que su presente prolonga un pasado y prolongará su futuro. La representación del pasado, en consecuencia, es constitutiva no solo de la identidad individual –la persona está integrada por sus propias imágenes sobre sí misma– sino también de la identidad colectiva. En esta perspectiva el origen adquiere un nuevo rol pues constituye el punto de partida (o en ciertos casos de llegada) de la memoria. En efecto, individuos y grupos sociales tienen necesidad de adscribirse a un pasado, pues de ello depende su identidad. Como lo señala Todorov (2005: 29), *“El recuerdo (recurso) del pasado es necesario para afirmar su identidad, tanto la del individual como la del grupo”*, pero, al mismo tiempo afirma que *“Uno y otro –individuo y grupo– se definen también por su voluntad en el presente y sus proyectos de futuro: pero no pueden pasarse de esa primera referencia”*, al menos, evidentemente, de que la memoria del origen sea auto-criticada y censurada, y los individuos se alejen de la misma, como puede ocurrir en ciertos casos de conversión religiosa en que se reniegan creencias y/o prácticas que, de una u otra manera son descalificadas (al ser calificadas “paganas” o “satánicas”) y que el mismo individuo repudia para poder integrarse en el nuevo grupo de creyentes³ en el que su identidad se recompone. El gran historiador de la Edad Media, Le Goff (2005: 63), constata que *“La memoria es un elemento esencial de lo que hoy se estila llamar la “identidad”, individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy, en la fiebre y en la angustia”*.

Ahora bien, es necesario diferenciar esta memoria de la visión romántica de que “todo tiempo pasado fue mejor”. Lasch (2002: 78) ha evidenciado claramente la diferencia existente entre ese tipo de nostalgia, que idealiza el pasado –sobre todo, teniendo en cuenta que es lejano– y la memoria que es necesaria para la construcción de la identidad:

“Las representaciones nostálgicas del pasado evocan una época pasada terminada y, en consecuencia, intemporal e invariable. La nostalgia, en el sentido estricto del término, no implica –para nada– la “implicación” de la memoria ni su ejercicio, ya que el pasado idealizado por ella permanece fuera del tiempo, estático en una perfección eterna”.

³ Baste con recordar la evolución de la Iglesia Católica en relación con el mundo indígena: hasta el siglo XIX lo maya era identificado con el mundo del diablo; a partir del siglo XIX se lo identifica con la superstición y la incultura; el Concilio Vaticano II lo considera como religión popular; la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM) que se reunió en Medellín a finales de los años sesentas lo consideró como teología popular, y en la Conferencia que se llevó a cabo en Manila (Filipinas) en 1982 se acuñó en término “inculturación”, es decir que el evangelio tenía que adaptarse a las culturas indígenas. El Concilio Vaticano II dio origen a numerosas instituciones religiosas que iniciaron numerosísimos estudios antropológicos sobre las culturas indígenas de América Latina.

La memoria, contrariamente:

“considera al pasado, al presente y al futuro como continuos. Está menos preocupada por la pérdida, por nuestra deuda permanente en relación con el pasado, cuya influencia formadora persiste viviendo en nuestras maneras de hablar, en nuestros gestos, en nuestras ideas del honor, en nuestras esperanzas, en nuestra disposición fundamental en relación con el mundo que nos rodea” (*Ibid*).

Desde el punto de vista identitario, la historia es un argumento de continuidad (historias de vida, historias de recorridos, auto-biografías) mientras que la memoria puede ser definida como un modo de inscripción de la identidad en la “duración”. El recurso a la historia fundamenta la identidad de los actores sociales aportándoles un conocimiento sobre las formas heredadas de la solidaridad que les es propia. Les permite reconocerse en el pasado y cómo proyectarse en el futuro. La mirada portada sobre la historia no es nunca neutra: es de ella que extraemos las representaciones simbólicas de nuestra identidad que nos constituyen como sujetos sociales y como actores de nuestra propia historia. Nuestra identidad es en definitiva –ella misma–, una historia: la historia de la evolución y de la transformación de nuestras identidades temporales específicas. Como lo señala Lamizet (2002: 75):

“Escribir y leer la historia son maneras de re-fundar en el pasado la identidad de que somos portadores y lo que apoya la sociabilidad que se asume en las prácticas culturales y en las prácticas políticas. La historia implica un conjunto de representaciones de la identidad en la sucesión de épocas y de actores que nos han precedido [cuando los dirigentes mayas se refieren a sus abuelos y antepasados para justificar, legitimizar o legitimarse, por ejemplo], pero al mismo tiempo, dando un sentido-significado a los procesos que constituyen las formas políticas y las estructuras sociales a las que pertenecemos: da una conciencia específicamente simbólica a nuestras identidades [...] La dimensión propiamente política de la historia se encuentra ahí: en la difusión que garantiza a las formas de la identidad que son susceptibles de dar a los lazos sociales la consistencia que hace que uno sea reconocido por aquellos que son también portadores”.

Pero, al mismo tiempo, como lo señala Arendt (1986: 291), “*Para que el pasado sea transmitido como tradición, es necesario la autoridad. Es necesario que la autoridad*

se presente históricamente, para que se convierta en tradición". No obstante, la tradición no es una instancia inmutable, que inspiraría o encontraría sus diversas manifestaciones históricas sin ser afectadas por ellas. La tradición tiene también una historia, sus recorridos, sus priorizaciones, sus olvidos.

El "llamado" a la memoria (reencontrar su memoria, no dejarse desposeer de su memoria, etc.) es, no obstante, ambiguo. En efecto, la memoria puede manifestarse como "abusiva" cuando pretende por ejemplo, sobreponerse a la historia elaborada por los historiadores. Y es en ese sentido que Ricoeur (2000: 511) habla, con toda razón de *"esos abusos de memoria que puede llegar a ser las conmemoraciones impuestas por el poder político o por los grupos de presión"*. Es necesario, en esta perspectiva, señalar que la memoria se reorienta cuando –convirtiéndose en militante– reinterpreta el pasado seleccionando los elementos que el sujeto selecciona en el contexto de sus estrategias contemporáneas. La memoria puede, también, inhibir la identidad, cuando es portadora de excesivo número de elementos contradictorios.

Como lo ha señalado Lamizet (2002: 302):

"Es el reconocimiento de una indistinción de derechos que ha hecho posible –en la historia del conocimiento de esta diferencia– la diferenciación fundamental entre identidad singular –fundada sobre la filiación y sobre el origen–, y la identidad colectiva indistinta –fundada sobre la pertenencia y sobre las formas de representación de la sociabilidad [...]. En este sentido, la universalidad del derecho representa una puesta en tela de juicio radical de la problemática de la identidad".

Esto puede traer como consecuencia que sea relegada a la esfera privada, como lo señala el mismo autor (*Ibíd.*: 109), *"A partir del momento en el que el modelo institucional se fundamenta sobre el reconocimiento de la indistinción, la filiación cesa de tener un significado en la estructuración de las identidades políticas que se estructuran en el espacio público"*.

La constitución de comunidades políticas necesita de identidades fuertes. Tradicionalmente la nación ha sido estudiada en esta perspectiva. Hoy la identidad nacional es puesta en tela de juicio, como ya lo hemos señalado. No se puede afirmar que todos los componentes de las identidades nacionales desaparezcan, pero algunos de esos marcadores se reposicionan situándose en registros más universales (como en el caso de la identidad por lo religioso) o más intra-territoriales (como en el caso del regionalismo o de lo local identitario). Lo que se constata es que se disocian del Estado y que surgen grupos sociales que la reivindican pero a partir de sus propias propuestas y

valores. Estas búsquedas de definiciones sociales identitarias –consideradas todas como legítimas– se focalizan de manera recurrente sobre la coherencia o la cohesión de tal o cual colectividad territorial o sobre tal o cual pertenencia institucional. Esto significa que, ante las dificultades de pensar la nación como unidad de referencia, las pertenencias territoriales, culturales o religiosas se estén convirtiendo en lugares de identificación y de adhesión. Y, como en el caso de la constitución de la identidad nacional desde la consolidación del Estado-nación durante los siglos precedentes, la cuestión que está en juego es la de enraizarse (por origen o por adhesión) en una historia común. Pero este “común” ya no puede ser pensado como “unificante”: en el interior de los espacios nacionales los grupos sociales se han pluralizado dando origen a neo-comunidades diversificadas. Esta dimensión la observamos en el desarrollo de los movimientos mayas en Guatemala que se ha diversificado internamente, la observamos –como proyecto– en el trabajo de ciertas ONG y en las propuestas de ciertos partidos políticos que postulan “pensar una nueva nación”, pero la observamos también en las construcciones intelectuales elaboradas por numerosos actores religiosos, que proponen la “nación cristiana” como programa político. Se observa en diferentes regiones que lo religioso tiende a liberarse de la referencia nacional tradicional al tiempo que se reapropian el concepto para situarse en lo global, pero es para reintroducir –en una segunda fase– con mayor eficacia la referencia a partir de lo religioso. Cuando lo político decae, lo religioso emerge, cuando lo religioso decae es lo político que asciende, decía Michel de Certeau. Esta función de vasos comunicantes no es nueva, pero puede contribuir a explicar el por qué lo religioso se ha convertido en una temática que se asocia con la identidad tanto en los espacios sociales como académicos.

Bibliografía

- ARENDRT, Hannah. (1986). *Walter Benjamin*. Paris: Gallimard.
- AL-AZMEH, Aziz. (2004). "Les mots du monde". En: *L'identité*. Paris: La Découverte.
- AUGÉ, Marc. (1982). "L'homme et son double. La nécessité du social". En: *Le génie paganisme*. Paris: Gallimard.
- _____. (1994). *Pour une anthropologie des mondes contemporains* Paris : Flammarion.
- _____. (2005). "Préface". En: *Des cultures et des homes. Clés Anthropologiques pour la mondialisation*. Paris: L'Harmattan.
- BALIBAR, E. & WALLERSTEIN, I. (1988). *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Paris: La Découverte.
- BATISTELLA, Darío. (2004). "La soberanía". En: *El Cadejo*, No. 13. Guatemala: ICAPI.
- BAUMAN, Zygmunt. (2001). "Identité et mondialisation". En: *Lignesyn*. Paris.
- _____. (2003). *La vie en miettes. Expérience postmoderne et moralité*. Rodez, Le Rouergue/Chambon.
- BAYAZO, R. & LACARRIEU, M. (1999). "Notas introductorias sobre la globalización, la cultura y la identidad". En: *Globalización e identidad cultural*. Buenos Aires: Ediciones Ceccus.
- BESSIS, Raphaël. (2004). *Dialogue avec Marc Augé autor d'une anthropologie de la mondialisation*. Paris : L'Harmattan.
- BONNY, Yves. (1996). "La citoyenneté aujourd'hui, extension ou régression?". En: Pierre MERLE & Françoise VATIN. *La Citoyenneté aujourd'hui, extension ou régression*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- BOURDIEU, Pierre. (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Genève: Librairie Droz.
- _____. (1988). *La Distinción*. Madrid: Taurus.
- CROWELEY, J. (2000). « Les usages de la culture ou les limites sociologiques du multiculturalisme normatif », in H. GREVEN-BORDE y J. Tournon. *Les identités en débat : intégration ou multiculturalisme ?* Paris : L'Harmattan. 15-42.
- CHEVALIER, Jacques. (1997). "Entrevista". En: *Sciences Sociales*, No. 15. Paris.
- DE LEERSNYDER, Jean-Marc. (2000). "Préface". En: Pierre DUPRIEZ & Solange SIMONS. *La résistance culturelle. Fondements, applications e implications de management interculturel*. Bruselas: De Boeck Université.
- DUBAN, C. (1997). *La Crise des identités. L'interprétation d'une mutation*. Paris: Puf.
- DUCLOS, Denis (2000). "Un projet civique pour le nouveau siècle: universelle exigence de pluralité". En: *Le Monde Diplomatique*, No. 550.
- ECO, Umberto. (2003). "Conoce a los otros". En: *El Cadejo*, No. 10. Guatemala: ICAPI.
- FISCHBACH, F. (1999). *La reconnaissance*. Paris: PUF.
- FLEITSCHER, Irving. (1983). *Arbeit und Spiel. Essays zur kulturkritik and sozialphilosophie*. Stuttgart: Reclam.
- FRANCART, L. (2000). *La guerre du Sens. Pourquoi et comment agir dans les champs psychologiques*. Paris: Economica.
- FRIEDMAN, J. (2003). "Los liberales del champagne y las nuevas clases peligrosas: reconfiguración de clase, identidad y producción cultural". En: *Culturas en*

- contacto. *Encuentros y desencuentros*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes.
- GARCÍA-RUIZ, Jesús. (1992). *Historias de nuestra historia: la construcción social de las identificaciones en las sociedades mayas de Guatemala*. Guatemala: IRIPAZ ediciones.
- _____. (1997). *Hacia una nación pluricultural en Guatemala*. Guatemala: CEDIM ediciones.
- _____. (2004). "Le néo-pentecôtisme au Guatemala: entre privatisation, marché et réseaux". En: *Critique Internationale*, No. 22, pp. 81-94. Paris: Editions des Sciences-Po.
- _____. (2006a). "Globalización, administración pública y buen gobierno". En: *Revista de Administración Pública*, No. 50, pp. 37-54. Instituto Centroamericano de Administración Pública, Costa Rica.
- _____. (2006b). "La conception de la personne chez les pentecôtistes et néo-pentecôtistes au Guatemala: millénarisme, Fin de l'histoire et pouvoir". En: *Socio-anthropologie*, No 17-18. Université de Nice.
- _____. (2006c). "Lealtades en disidencia. La construcción de la identidad política en los movimientos mayas de Guatemala": (pp. 73-112). En: J. GARCÍA-RUIZ. *Identidades fluidas, identificaciones móviles*, Guatemala: ICAPI.
- _____. (2008). « Acteurs locaux, acteurs globaux. Les néo-pentecôtistes en Amérique Latine », in *L'Homme, L'Anthropologie et le contemporain : autour de Marc Augé*, numéro spécial 185-186, janvier / juin, 2008, pp. 387-400
- GODELIER, Maurice. (s.f.). *Cuerpo, Parentesco y Poder. Perspectivas antropológicas y críticas*. Ecuador: Abya-Yala.
- HIRSCHMAN, A. (1980). *Les Passions et l'intérêt. Justifications du capitalisme avant son apogée*. Paris: Puf.
- HONNETH, Axel. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica.
- _____. (2001). "Reconnaissance". En: M. CANTO-SPERBER. *Dictionnaire d'éthique et de philosophie morale*. Paris: PUF.
- _____. (2006). "Les conflits sociaux sont des lutes pour la reconnaissance". En: *Sciences Humaines*, No. 172. Paris.
- HUBAC, Oliver. (2002). "Armées, la relative privatisation de la violence armée". En: *Puissances et influences. Annuaire géopolitique, 2002-2003*. Paris: Decartes & Cie.
- JAYARAN, N. (2004). "Le primat du groupe ou la primauté du Collectif?". En: *L'identité*. Paris: La Découverte.
- KAUFMANN, J.C. (1997). *L'invention de soi. Une théorie de l'identité*. Paris: Scull.
- _____. (2001). *Ego. Pour une sociologie de l'individu*. Paris: Nathan.
- LACLAU, Ernesto. (2000). *La guerre des identités. Grammaire de l'émancipation*. Paris: Editions la Découverte/M.A.U.S.
- LAMIZET, Bernard. (2002). *Politique et identité*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- LASCH, Christopher. (2002). *Le seul et vrai paradis*. Castelnau-le-Lez, Climats.
- LE GOFF, Jacques. (2005). "Memoria". En: *La memoria, entre historia y política*. Estudios y Documentos, No. 54. Guatemala: ICAPI.

- LÉVI-STRAUSS, Claude, (1977). *L'identité*. Paris: Grasset.
- LIPIANSKI, A.; TOBOADA-LEONETTI, I. & VÁSQUEZ, A. (1990). "Introduction a la problématique de l'identité". En: CAMILLERI *et al.* *Stratégies identitaires*. Paris: PUF.
- MAUSS, Marcel. (1993). "Une catégorie de l'esprit humain: la notion de personne et celle du moi". En: *Sociologie et Anthropologie*. Paris: PUF.
- MORIN, Edgar & NAIR, Sami. (1996). *Une politique de civilisation*. Paris: Arlea.
- MUCHIELLI. (2001). *Violence et insécurité*. Paris: La Découverte.
- MÜLER, Ch. & PROST, F. (2002). *Identités et cultures dans le monde méditerranéen antique*. Paris: Publications de la Sorbonne.
- NAIPAUL. V. S. (1992). *L'Inde : un million de révoltes*. Paris : Plon, 1992.
- NORBERT, Elias. (1993). *Qu'est-ce que la sociologie*. Paris: Fayard.
- _____. (1996). *Du temps*. Paris: Fayard.
- PETRELLA, Ricardo. (2004). "La desposesión del Estado". En: *El Cadejo*, No. 12. Guatemala: ICAPI.
- RICOEUR, Paul. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil.
- _____. (2004). *Parcours de la reconnaissance. Trois études*. Paris: Stock.
- SARTRE. (1954). *Réflexions sur la question juive*. Paris: Gallimard.
- SAINSAULIER, R. (1988). *Strategor, Statègie, Structure, décision, identité*. Paris: Interéditio.
- SAVIDAN, P. (2009) *Le multiculturalisme*, Paris : Presses Universitaires de France. PUF.
- SMITH, Adams. (1994). *La riqueza de las naciones. Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1997). *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.
- TAZI, Nadia. (2004). "Les mots du monde". En: *L'expérience*. Paris: La Découverte.
- TAYLOR, Charles. (1993). *Multiculturalismo y política del reconocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1994a). *A Source du moi. La formation de identité modern*. Paris: Seuil.
- _____. (1994b). *De la distinction. Critique sociale du jugement*. Paris: Minuit.
- _____. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Editorial Paidós.
- _____. (1997). *Multiculturalisme. Différence et démocratie*. Paris: Flammarion.
- _____. (1998). *Les sources du moi. La formation de l'identité moderne*. Paris: Seuil.
- _____. (1999). *De la distinction, Critique sociale du jugement*. Paris: Minuit.
- TODOROV, Tzvetan. (1995a). *La vida en común. Ensayo de antropología general* Paris: Seuil.
- _____. (2005a). "La vocación de la memoria". En: *La memoria, entre historia y política*. Estudios y Documentos, No. 54. Guatemala: ICAPI.
- TURNER, T. (2003). "Clase, cultura y capitalismo. Perspectivas históricas y antropológicas de la globalización". En: *Culturas en contacto. Encuentros y desencuentros*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes.
- THUROW, Lester. (1996). *The future of Capitalism. How Today's Economic Forces Shape Tomorrow's World*. Penguin.

- VIDAL-NAQUET, Pierre. (2005). "Memoria e historia". En: *La memoria, entre historia y política*. Estudios y Documentos, No. 54. Guatemala: ICAPI.
- WANG, Bin. (2004). *Chine. Un problème transculturel*. Paris: La Découverte.

ANTROPOLOGÍA EN MÉXICO Y ESPAÑA: INDUSTRIA, TRABAJO Y ORGANIZACIONES

*JOHN TRUJILLO TRUJILLO**

Recibido: 7 de agosto de 2010
Aprobado: 30 de septiembre de 2010

Artículo de Revisión

* Máster en Antropología UN. Antropólogo UN. Docente-Investigador Universidad Central, Facultad de Ciencias Administrativas, Económicas y Contables, Carrera de Mercadología.

Resumen

Este ensayo busca caracterizar, a la luz de las elaboraciones presentadas en varias obras de autores mexicanos y españoles, las preocupaciones sobre las cuales nació y cómo se ha desarrollado la antropología en ambos países, y en particular la antropología cuyo núcleo de referencia ha sido el estudio de la industria, el trabajo y las organizaciones como entidades influyentes en sus procesos de transformación cultural. Se trata de retomar el trabajo de unos pocos antropólogos que se han concentrado en manejar los problemas culturales de las llamadas sociedades complejas, dejando de lado el clásico derrotero disciplinar dirigido a indagar sobre las comunidades preindustriales y no industriales.

Palabras clave: Antropología en México; Antropología en España; Antropología Industrial; Antropología del Trabajo; Antropología de la Empresa.

ANTHROPOLOGY IN MEXICO AND SPAIN: INDUSTRY, LABOR AND ORGANIZATIONS

Abstract

This essay looks for the characterization, under the light of elaborations presented in several works by Mexican and Spanish authors, of the preoccupations around which Anthropology was born and how it has developed in both countries, and particularly Anthropology whose reference core has been the study of industry, labor and organizations as influential entities in its cultural transformation processes. It is about retaking the work of a few anthropologists who have concentrated in managing the cultural problems of the so called complex societies, leaving aside the classic discipline course directed to investigate pre-industrial and non-industrial communities.

Key words: Anthropology in México; Anthropology in Spain; Industrial Anthropology; Anthropology of Work; Business Anthropology.

Presentación

Para abordar este tema de la antropología en México y en España he dividido el documento en tres segmentos. El primero se concentra en establecer un contexto que ayude a comprender el porqué del surgimiento

de la antropología preocupada por los temas de la industria, el trabajo y las organizaciones; este apartado se acompaña por una explicación de cómo se pueden definir los conceptos antropología aplicada y sociedades industriales, toda vez que dentro de la antropología el asunto organizacional en diferentes ámbitos ha estado fuertemente relacionado con búsquedas relativas a su uso práctico. Posteriormente, me dedico a mostrar brevemente lo que han sido los antecedentes de la antropología en España y en México como marco histórico relevante y desde allí me acerco a los temas centrales del artículo. Finalmente, elaboro un pequeño análisis y concluyo observando diferencias y semejanzas de la antropología y los antropólogos en estos dos países.

1. Introducción

Hacia la década del cincuenta, dentro del campo de la antropología se empezó a vivir un desplazamiento desde lo que tradicionalmente había sido su núcleo de preocupación cifrado en el conocimiento de las comunidades preindustriales y no industriales, hacia otros temas (Marzal, 1996). De esta forma se inició un interés por estudiar las características de la vida en el propio corazón de Occidente –en lo urbano–, hecho que obedecía tanto a razones prácticas –facilidad de acceso a los lugares de estudio, disponibilidad de recursos o aplicación de miradas comparativas renovadas–, como al establecimiento de nuevos análisis transculturales –diversidad y diferencia entre lo “moderno” y lo “premoderno”–. Todo esto surgió como una alternativa para explicar las relaciones culturales en un período caracterizado por el crecimiento de las ciudades debido a las mayores tasas de natalidad y al masivo desplazamiento de pobladores que desde el campo llegaban a las metrópolis en procura de oportunidades de trabajo, educación y ‘mejores condiciones de vida’, entre otras razones (Moraña, 2000; Herrera, 2006).

Este interés disciplinar, como es de suponerse, se originó en los grandes centros urbanos de los países industrialmente fuertes, en momentos cuando la antropología hispanoamericana luchaba por alcanzar un posicionamiento social y una consolidación académica. Pero dada la velocidad del fenómeno urbano y las implicaciones de desestructuración-reestructuración social que aquel hecho precipitó, se produjo una renovación en la mirada del discurso antropológico sobre la ampliación de sus campos de interés y de sus “sujetos de indagación”, al sentirse algunos de sus practicantes atraídos hacia el estudio de problemas que hasta ese entonces habían sido abordados por otros científicos sociales. Es entonces cuando los antropólogos basados en su núcleo articulador –la búsqueda de la diferencia y la diversidad cultural dentro de los conglomerados humanos–, su armazón teórica –sobre cómo las formas

de vida nunca corresponden a lógicas y miradas únicas y homogéneas– y sobre su base metodológica –el trabajo etnográfico en campo–, se lanzaron al estudio de estos grupos (Cuco, 2004).

En lo que toca a la antropología, nos recuerda Alex Leiva (2004), que fue en 1926 cuando dos eminentes figuras de la disciplina como Bronislaw Malinowski y Alfred Reginald Radcliffe-Brown, realizaron un viaje de visita por algunas reservaciones indígenas y otro por las principales universidades norteamericanas, viaje financiado por la *Rockefeller Foundation*, que a su vez costeaba las investigaciones de la Escuela de Psicología Industrial de la Universidad de Harvard, dirigida por el siquiatra australiano Elton Mayo, amigo de ambos antropólogos. El encuentro entre ellos, llevó a que Mayo comprendiera la importancia del trabajo de campo y las posibilidades que éste podía brindarle para resolver problemas en torno a las investigaciones que desarrollaba en la *Western Electric Company*, en el barrio de Hawthorne de Chicago, investigación que tenía el propósito de establecer la relación entre fatiga humana y cambio en el sistema de incentivos, incorporando algunas variables ambientales como iluminación, humedad o temperatura. Los resultados negativos que se obtuvieron en ese trabajo, sorprendieron a los investigadores cuando hallaron la no incidencia de factores físicos y ambientales en los resultados de la productividad.

La reorientación de estos estudios, se considera, estuvo ligada a la recomendación que se dice recibió Mayo de sus amigos antropólogos –hacia comienzos de la década del 30–, y que lo llevó a incorporar en su equipo al antropólogo William Lloyd Warner, quien había realizado sus estudios de campo sobre la organización del parentesco en una tribu aborígen. El aporte de Warner hizo referencia, fundamentalmente, a la aplicación del método de campo a este tipo de organizaciones, a partir de concebir la fábrica como si fuera una micro sociedad. Una vez se adelantó la nueva etapa, los hallazgos efectuados, cambiaron la forma de identificar micro-organizaciones informales dentro de organizaciones formales, las que se reconoció, no estaban estructuradas de acuerdo a la racionalidad de las directivas¹.

Hoy podemos reconocer este evento como el que inauguró la relación entre la antropología y los estudios organizacionales. Se trató de un período de vinculación que permitió, por una parte, comprobar la validez e importancia del método etnográfico aplicado a este nuevo campo. Y, por otro lado, sirvió para introducir en el ámbito de la teoría organizacional y de la dirección

¹ Esta serie de investigaciones dieron paso, posteriormente, a la Teoría de Mayo sobre las Relaciones Humanas en la Administración, teoría que se ha considerado como opuesta al Taylorismo, paradigma que dominó la escena productiva hasta mediado del siglo XX.

empresarial, algunos conceptos fundamentales de la antropología, con los que se ha buscado describir la realidad organizacional como si se tratase de un objeto tradicional de la antropología.

De este modo, investigadores de varias disciplinas empezaron a imaginar que la empresa estaba atravesada por eventos rituales, espacios rituales, procesos de iniciación y, sobre todo, se asumió la idea de que existían culturas organizacionales, término que finalmente se acuñó en la teoría del desarrollo organizacional, y que a partir de entonces empezó a ser vista por los administradores como un asunto-problema necesario de ser abordado, pero bajo la lógica de la propia racionalidad productiva.

Se llegó entonces a proponer que la cultura organizacional –si es que tal cosa existe– al igual que las diferentes partes o componentes de un modelo de gestión organizacional, se podía construir externamente y trasplantarse a una organización determinada como modo de ser y hacer particular a cada organización. La organización tendía así a visualizarse como un ente pasivo, que podía ser moldeado en función de modelos ideales, contruidos a partir de una ingeniería tecno-científica dentro de la cual la cultura iba a adquirir una forma estática ante el cambio organizacional, ya que se le podía convertir en una especie de modelo conservadurista.

Es en medio de esa transformación urbana atravesada por lo organizacional y lo productivo cuando en los países que luchaban afanosamente para seguir el paso de aquellos altamente “desarrollados” en el proceso de industrialización y modernización, se promovieron reformas de todo tipo, entre ellas las de la educación superior, sector que se visualizaba como elemento indispensable en la búsqueda de las metas del “desarrollo”. Esta situación abrió el camino para la apertura masiva de programas profesionales en todas las áreas, siendo para las ciencias sociales el momento para la aparición de una variedad de programas de antropología, que sumadas a las de los demás campos del saber, surgían como requerimiento destinado a soportar unas nuevas demandas políticas preocupadas por mantener un equilibrio socio-cultural ‘indispensable’ en ese tránsito hacia la “modernidad urbana”².

Pero fue realmente en las grandes ciudades –principalmente las capitales– de esos ‘nuevos Estados modernos’ donde se concentraron los procesos de cambio, convirtiéndose aquellas en centros macrocefálicos de países que allí articulaban todas las dinámicas de transformación interna alrededor de los poderes políticos, económicos, sociales y culturales. Entre los casos destacados de este proceso de renovación, ubicamos a los países de México y España y a

² Ver: De Sierra *et al.* (2007).

sus ciudades capitales México D.C. y Madrid como dos de los más ambiciosos proyectos modernizadores en Hispanoamérica (Tuñón de Lara, 1992; Maíz, 2009), siendo precisamente estos procesos de cambio, articuladores de varias subdisciplinas de la antropología reciente tanto mexicana como española, espacio donde se centra la reflexión aquí expuesta.

México y España se constituyeron así en lo que visualizo como “centros” de la “periferia” al ser la producción en temas antropológicos de estas dos academias, un referente insoslayable y altamente influyente de la labor profesional que se hace en Latinoamérica. Sin embargo, no se puede olvidar que a ella se suma el aporte igualmente amplio de investigadores de Brasil, Argentina o Perú, y en menor medida de los antropólogos del resto de países del área (Arizpe, 1993).

1.1. Contextualización: antropología aplicada y sociedad industrial

Los estudios que en el seno de la antropología se han realizado sobre los fenómenos que aluden a la industrialización de las sociedades, fueron observados inicialmente dentro de esta disciplina al amparo de la llamada *antropología aplicada*. Este terreno de la antropología es definida y conceptualizada por Thomas Barfield (2000: 23) –editor de la obra *Diccionario de Antropología*–, como “[...] el uso de la antropología más allá de los habituales intereses académicos de la disciplina en investigar y enseñar, para resolver problemas prácticos, proporcionando información, creando directrices o emprendiendo la acción directa”³.

Es necesario destacar que dentro de la antropología aplicada, de acuerdo a Barfield, existe una subclasificación, que comprendería dos categorías generales como son las de investigación aplicada e intervención. Según nos explica el autor:

“Buena parte de la primera se realiza por razones de política social, es decir, para aportar información al proceso de políticas de desarrollo, en sentido tanto específico como general, para evaluar el impacto de una línea política o de las decisiones emanadas de ella, o para evaluar algo que se ha realizado debido a una política” (*Ibíd.*: 234).

³ También Bartoli (2002).

A su turno:

“Las prácticas de intervención se concentran más en las comunidades que en los individuos [...] y procuran 1) identificar lo que una comunidad percibe como necesario, como parte importante del proceso de diseño de programas, y 2) auspiciar el desarrollo de organizaciones comunitarias representativas. Estas prácticas de intervención incluyen los campos de antropología de acción, antropología de gestión, intermediación cultural, investigación de acción participativa y mercadotecnia social” (Ibíd.).

Ya al hablar del concepto de *sociedades industriales*, Barfield (Ibíd.: 480-489) expone que estas se explican a partir de un conjunto de elementos comunes soportados en su estructura económica que las hace transculturalmente similares. Estos conjuntos incluirían los siguientes elementos: 1) La mecanización de la manufactura y la agricultura, junto con un drástico incremento correspondiente en la producción de alimentos, bienes y servicios. 2) Sistemas de fábricas basados en: formas de energía más sofisticada que la humana y la animal, maquinaria automática y de alta velocidad, y procesos de producción continua. La producción fabril industrial, [que] utiliza la estandarización de partes, ciclos de manufactura repetitivos y precisos, y una intensa división de tareas en el trabajo. En la agricultura, la productividad más elevada es consecuencia del uso de maquinaria agrícola, fertilizantes químicos, gigantescos sistemas de irrigación y conocimiento científico aplicado a suelos, plantas y animales. 3) Una sociedad de base con gente que se traslada del campo a las ciudades a medida que se eleva la demanda de trabajadores para fábricas y oficinas, y disminuye la necesidad de mano de obra agrícola. 4) Elaborados sistemas de tiempo que permiten la planificación y coordinación de acciones futuras.

Ante este panorama, plantea el autor, las diferencias que se establecen entre las sociedades industriales y las llamadas sociedades preindustriales estarían atravesadas por aspectos como el uso particular del tiempo que se da en ambas sociedades; las elecciones económicas de bienes que oscila entre ilimitados en las primeras en tanto limitados en las segundas; y, la sincronización de actividades. Igualmente se asume como rasgo diferencial la fuerte incidencia que tienen en las sociedades industriales las comunicaciones y la información consideradas vitales para su funcionamiento⁴.

Esta condición se ha hecho particularmente evidente en la mirada de los estudios antropológicos que, en su tránsito hacia los estudios urbanos,

⁴ Ver también: Gipolla (2003).

básicamente se encontraron con el rastreo de lo que era la transición de las sociedades tradicionales hacia los nuevos esquemas orientados por el auge capitalista. Tal condición llevó a los antropólogos a toparse con el fenómeno migratorio tanto interno como internacional, y de allí surgió su nuevo núcleo de observación focalizado en estudiar los modos de inserción de esos migrantes, que ahora se veían atraídos por las nuevas posibilidades laborales, educativas y de consumo de las crecientes ciudades. De este modo no se interesaban en lo que rastreaban los sociólogos en términos de su preocupación por entender las sociedades complejas, sino en seguir la vida de las poblaciones que mantenían nexos entre el campo y los lugares raizales, al tiempo que se adaptaban a las condiciones de lo urbano. Así llegó la gente a la ciudad, y así se fue dando su acercamiento a la modernización y al modernismo. De allí solo quedaba un paso para que los/as antropólogos/as se enfrentasen a indagar sobre las emergentes formas de vinculación laboral, algo que se dio con particular fuerza en las regiones de frontera dada la instalación de plantas de multinacionales que desarrollaron el esquema de maquila con el fin de reducir costos y obviamente, incrementar ganancias. Todo ello llevó a que se mantuviera la observación antropológica sobre lo tradicional, pero para ser leído a la luz de los afectos de los nuevos esquemas sobre las formas de vida tradicionales. Igual fenómeno se asoció con el crecimiento de los cinturones de población en condiciones de pobreza en torno a las grandes ciudades, lo cual repercutió a la postre en las preocupaciones antropológicas sobre esos nichos de población.

A partir de aquí nos introduciremos en el tema de la antropología en España y en México y de sus aportes al tema de la antropología industrial.

2. Antropología en España y en México

Se destacan en este apartado algunas de las corrientes y pensadores más sobresalientes tanto en España como en México, en torno a lo que ha sido la elaboración y construcción de la antropología organizacional, del trabajo e industrial; previa una sucinta contextualización de la historia y recorrido de la disciplina en esas naciones.

2.1. La antropología en España

Desde una dimensión espacio-temporal es necesario, según lo expone Miguel Rivera Dorado (1977, 11)⁵, vislumbrar la historia de la antropología en España como ampliamente vinculada a Iberoamérica debido a su: “[...] *imperiosa*

⁵ Ver también: Jiménez (1997).

necesidad de conocer y penetrar en las culturas indígenas, precolombinas o ágrafas del Nuevo Mundo [...] Se trata de una historia que se fue consolidando a través del tiempo y que se remonta cuatro siglos atrás". Una caracterización de dicho proceso histórico y su relevancia en la antropología de España, la resumo en la siguiente síntesis elaborada a partir del documento *Etnología y etnografía españolas* (s.f.), en el cual se destaca como hecho importante dentro de la antropología ibérica, su fuerte relación con los llamados estudios folclóricos, los que se asocian de manera especial a figuras como Antonio Machado y Álvarez –padre del poeta Antonio Machado– (Aubert, 1994) y Ramón Menéndez Pidal; y a regiones como Cataluña, Galicia, el País Vasco, Castilla y Andalucía. Tiempo después se evidencia el efecto que tuvo la Guerra Civil Española –iniciada en 1936– en la antropología, al considerarse que aquella afectó seriamente la investigación etnográfica en dicho país, siendo hasta después de su culminación cuando se asignó al Consejo Superior de Investigaciones Científicas lo que quedó de los trabajos de campo de la época, colocándose bajo su dominio instituciones como el Centro de Estudios de Etnología Peninsular hacia 1947, el cual recogió los trabajos de españoles y portugueses interesados en estos temas⁶.

Pero es realmente hacia la década del 60 cuando se considera que en España se empezó a institucionalizar la disciplina (Reyes & Prat, 2004), y a finales de la misma década se creó el primer departamento de antropología cultural, lo que ocurrió en la ciudad de Barcelona. Ya para los años 70 se destacó el establecimiento de un cambio en el objeto de estudio de la disciplina, siendo el enfoque de la otredad un fenómeno que concentró la reflexión del trabajo antropológico, reflexión que se construyó a partir de la elaboración de una mirada retrospectiva que recogió tres momentos históricos de la vida española: 1) La constante guerra y comparación de dos culturas –cristianos y musulmanes– que desde el punto de vista religioso y político han sido diferentes. 2) El Renacimiento, donde los indios se vuelven ahora los otros en reemplazo de los musulmanes. 3) El regionalismo, iniciado a partir de las guerras de Independencia de las colonias, donde perdió España ‘sus posesiones’ y su concepto de unidad.

Pilar Romero (1977, 295), una estudiosa de la historia de la antropología española y especialmente de la museología, nos recuerda que en ese país esta disciplina ha estado radicalmente vinculada a la historia del mundo español, recogida en el Museo Nacional de Etnología fundado hacia 1875, y del cual reconoce cuatro etapas. La primera, ligada a Pedro González Velasco de quien dice “*gastó todos sus ahorros en la construcción del edificio y en la instalación de las*

⁶ Ver también: Bonte & Izard (1996).

*colecciones que él mismo había formado*⁷. González Velasco fue adicionalmente el creador de la primera Sociedad de Antropología del país, y tras su muerte el Museo pasó a pertenecer al Estado. A ello sucedió un período en el que el Museo permaneció cerrado durante algunos años. Una segunda etapa del Museo se dio cuando éste se debió integrar al Museo de Historia Natural, donde en 1883 se creó la sección de Antropología y Etnografía, elevada en 1910 a la categoría de Museo Antropológico, el que curiosamente fue ubicado en el mismo edificio donde González Velasco había fundado tiempo atrás su Museo. Entraron a pertenecer al mismo los elementos de expediciones como la del Pacífico, la de Guinea Española –Guinea Ecuatorial– y la de Filipinas. La tercera etapa del Museo la ubica Romero entre 1939 y 1962, siendo hacia 1940 cuando se dio el cambio de su nombre y de su ordenación. La cuarta etapa, la actual –según Romero–, presenció la creación del Centro Iberoamericano de Antropología y la Escuela de Estudios Antropológicos, en un período donde es menester destacar entre sus directores a personajes como José Tudela, Julio Caro Baroja, Claudio Esteva Fabregat y Octavio Gil Farrés (*Ibid.*: 295-297).

Dentro de esta misma perspectiva histórica, al hablar sobre las agremiaciones de antropólogos, nos recuerda Romero que la vida de la ya referida Sociedad de Antropología se reflejó en la producción de sus dos publicaciones –la *Revista de Antropología* nacida en 1874 y la revista *La Antropología Moderna* de 1883–, donde aparecieron los trabajos de los miembros de esta Sociedad, la cual desaparecería años más tarde. Después vio su nacimiento en 1921, la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, siendo los trabajos de los historiadores, filósofos, juristas y médicos que la conformaban, publicados en la revista de la Sociedad llamada *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Esta Sociedad tuvo gran importancia, dice Romero (*Ibid.*: 299), “principalmente desde 1921 hasta 1936, en la vida académica española”, entre otras razones por hacer parte de *La Junta de Investigaciones Científicas de Marruecos y Colonias*, hecho que definió en gran medida el trabajo antropológico español de ese entonces, focalizado hacia indagaciones en Marruecos y en las colonias españolas de África.

Por otra parte, Romero indica que en España se atribuye el origen académico de los estudios antropológicos a Manuel Antón Ferrándiz, de quien dice obtuvo la primera cátedra de Antropología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central en el año de 1892⁸. Ya para el siglo XX, nos habla de la creación hacia 1941 del Instituto “Fray Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología” el cual cumplía funciones de museo y lugar de investigación, y entre cuyos fines estaba “*el estudio del hombre español sano*

⁷ Ver también: López (2006).

⁸ Ver: Peiró & Pasamar (2002).

y normal, sus variaciones regionales y sus relaciones con los países vecinos, para poder establecer los límites con lo patológico y para acometer empresas de tan alto valor nacional como el mejoramiento de la raza" (Ibíd, 302.) ; sus investigaciones hacia 1945 se publicaban en el material titulado *Trabajos del Instituto "Fray Bernardino de Sahagún"*. Desaparecido el Instituto, en 1965 se creó el Centro Iberoamericano de Antropología con su Escuela de Estudios Antropológicos, adscritos ambos al Instituto de Cultura Hispánica, que se convirtió en la primera organización de este tipo en España, "donde se buscó especializar en Antropología a licenciados de diferentes Facultades" (Ibíd.:).

Rivera (1977) nos complementa esta visualización de la antropología española, al observar que la misma ha tenido una gran riqueza al destacarse entre sus precursores a los misioneros y funcionarios que desde el siglo XVI informaron sobre las costumbres y la forma de vivir de los indígenas americanos⁹. Tres siglos después, hacia el siglo XIX, dice Rivera, ya se destacaban como precursores de la antropología contemporánea española figuras como Antonio Machado y Álvarez, primer estudioso interesado por conocer la realidad de los pueblos locales en torno a los modos de vida y de pensamiento en cada región de ese país. De modo más reciente, para la década del 70, la situación se vislumbraba bajo una perspectiva crítica, ligada a lo que él llama "*atraso de la antropología en España*" toda vez que aquella aún luchaba por "institucionalizar" el campo, atravesado entonces por un balance negativo en términos de producción académica, de número de cátedras y de centros de investigación e instituciones relacionadas con la materia, siendo ello un hecho abrumadoramente desfavorable en contraste con lo existente, para el mismo período, en Estados Unidos o en otras partes de Europa. Para las últimas décadas, tal como dice el mismo Rivera, lo que se viene buscando es proyectarse en el afán de formar los antropólogos "*que puedan hacer más comprensible el gigantesco proceso de transculturación en el que se ha visto y se ven, implicados los pueblos ibéricos de ambos lados del Atlántico*" (1977: -14).

2.1.1. La antropología de la industria en España

El antropólogo Claudio Esteva Fabregat (1984), con su obra clásica titulada *Antropología Industrial*, fue el investigador encargado en la disciplina de liderar en España el surgimiento del interés sobre este tema de la antropología y la empresa junto al asunto de las dinámicas de trabajo¹⁰, dirigiéndolo es ese entonces hacia el estudio de las:

⁹ Ver: Palerm (1982).

¹⁰ También ver: Esteva (1955 y 1994).

“[...] cuestiones relacionadas con el trabajo industrial, con el desarrollo social y con la situación de hombres y de grupos dentro de los contextos culturales de la vida industrial [...] todo íntimamente vinculado con los cambios económicos ocurridos en nuestras sociedades y con el problema de las migraciones campesinas” (Esteva, 1984, 9).

Se trataba de un ámbito que despertaba el interés antropológico y que en su momento fue una mirada naciente de la disciplina en su preocupación por abordar las llamadas sociedades complejas industriales, donde lo problemático, según Maestre, lo relacionaba con tratarse de una: “[...] *afectación devenida de la intervención del hombre en cada sector de la vida, donde nadie ni nada parece ya escapar a la influencia del poder material e ideológico de las organizaciones industriales [...]*” (Maestre Alfonso, 1983, 292) *Ibíd.*:).

Para Esteva con este progresivo posicionamiento de la empresa como nueva unidad modificadora de la sociedad –al estar en capacidad de utilizar rápida y productivamente a los hombres–, la cuestión social acusaba otros límites referidos a cómo se iba estableciendo la nueva conducta de los miembros de un grupo y de la sociedad “*y a su capacidad para convivir sin conflictos perturbadores del orden social*” (*Ibíd.*: 224). A partir de este punto, el autor propició en su obra una analogía entre el clásico peonaje rural y el que define como nuevo peonaje industrial en Hispanoamérica, donde dibujaba al nuevo mundo obrero así:

“[...] por su desordenada conducta familiar, por su pobre sentido de responsabilidad, por sus inestables asociaciones afectivas, por su crisis ética, por sus defectuosos sentimientos de solidaridad e inadecuado estilo de convivencia. En definitiva, por su rendimiento social desorganizado [...]” (*Ibíd.*: 228).

Es a partir de allí desde donde Esteva llega a su concepción de proponer una “antropología industrial aplicada” que, “[...] *contando al principio con un reducido grupo de especialistas, estudiará los diversos problemas de los trabajadores en relación estrecha, funcional, con su sociedad [...]*” (*Ibíd.*: 231), así “*los aludidos especialistas estudiarían aquellas cuestiones que expliquen la situación más amplia del trabajador de industria, proponiendo asimismo las soluciones que permitirán la adecuación humana al trabajo sin traumas disociadores de la personalidad*” (*Ibíd.*). Entre las preocupaciones de aquellos antropólogos estarían temas, según Esteva, como los de: el prestigio, la organización del trabajo humano dentro de la fábrica, la relación entre los medios para producir mercancías –las máquinas– y el trabajador, las dinámicas de participación social, los métodos

de producción industrial, la comunicación en las relaciones industriales, los sistemas de organización, los valores sociales asociados a la industria, la informalidad y la diversidad laboral.

En este punto es necesario destacar de Esteva que parte de su producción académica se desarrolló en su exilio, el cual precisamente se adelantó en México, país en el que vivió entre 1939 y 1956, estancia que generó su apropiación de nuevos elementos relevantes en su mirada sobre la antropología como disciplina científica y la antropología con ciencia aplicada (Capel, 2009). De allí que este pensador se convirtió en un puente en la producción antropológica a ambos lados del océano, siendo variados sus temas de interés, entre ellos los de la antropología del trabajo donde observó el fenómeno en las migraciones campo-ciudad. Sin embargo, destaca Capel la distancia de enfoques que existían entre los antropólogos mexicanos quienes privilegiaron una perspectiva nacionalista y la mirada de Esteva al que se consideraba como eurocentrista.

De modo reciente Ángel Aguirre Baztán (1997) quien se denomina un 'psicólogo de la cultura', ha explicado que el tema de la cultura organizacional de las empresas apareció como tema de interés social en la década de los ochenta, algo que sucedió cuando las propuestas contenidas en libros como los de Ouchi (1981), *"Theory Z: How American Business Can Meet the Japanese Challenge"*; de Deal & Kennedy (1982), *"Corporate Culture: Rites and Rituals"*; y de Peters & Waterman (1982), *"In Search of Excellence"*, se plantearan el tema de la cultura organizacional¹¹. Allí las preocupaciones iban en dirección a dejar atrás la concepción taylorista, siendo indispensable buscar orientar a las empresas hacia el 'marketing', "[...] en procura de suavizar el sistema laboral, y pretendiendo promover y desarrollar necesidades de consumo, latentes o inexistentes" (Aguirre, 1997: 329-330).

Dentro de este contexto, Aguirre estableció una metáfora de lo que llama "patios cerrados" entendidos como aquellos lugares clausurados sobre sí mismos, algo con lo que se genera un aislamiento paranoide (secta, cuartel, cárcel, manicomio) y "patios abiertos" (escuela, hospital, ayuntamiento) vistos como lugares asociados a organizaciones que necesitan del exterior para permanecer, al tratarse de instituciones basadas en la interacción social y cultural. Bajo este esquema, Aguirre clasifica a la empresa como una entidad ubicada en este segundo segmento, bajo la noción de ser una "cultura abierta" (*Ibíd.*: 329). De esta manera, Aguirre recoge las definiciones sobre cultura de la empresa dentro de la concepción de ser "un 'conjunto de elementos' compartidos grupalmente, sedimentados a lo largo de la vida de la empresa a la cual identifica, por

¹¹ Ver también: Páramo (200), Dubrin (2003), Soto & Dolan (2004).

lo que son transmitidos a los nuevos miembros y son eficaces en la resolución de los problemas [...]" (Ibíd.: 331-332).

Otro antropólogo español relevante en el tema es Jordi Roca, quien en su libro *Antropología industrial y de la empresa* (1998)¹², ha hecho un detallado recorrido por varias conceptualizaciones del tema, buscando definir su objeto de estudio en términos de la configuración de lo que sería una antropología de la industria. Para hacerlo refiere de entrada que tanto la antropología como las demás ciencias se constituyeron *"a partir de una división internacional del trabajo intelectual impuesta por el desarrollo del capitalismo"* (ado en Roca, 1998, 13)¹³.

En su obra Roca plantea, como punto importante, la relación-distinción entre lo que sería la antropología industrial y lo que ha sido la antropología económica. Para ello comenta que se trata de un espacio donde el objeto de la primera sería:

"la economía de las llamadas 'sociedades primitivas' o, por extensión, de todas aquellas sociedades pre o no industriales ('tradicionales', 'atrasadas', 'simples'...), y el de la segunda sería la sociedad industrial, no necesariamente de forma exclusiva en su dimensión económica, pero sí en cuanto menos de manera principal" (1998: 28).

Dentro de este contexto, el núcleo del interés de Roca es trabajar las concepciones y diferencias entre la antropología del trabajo y la antropología industrial. Desde su visión existirían entre ellas *"unos límites de actuación relativamente amplios"*. Así las cosas, la antropología del trabajo se ocuparía *"tanto del trabajo industrial como del que no lo es"*, siendo objetos de su interés *"una empresa industrial, una explotación agrícola, una tienda, un taller artesano, una delegación de hacienda o un taller de producción inserto en la economía informal []"* (Ibíd., 42). A su turno, la antropología industrial la ubica con unos límites de especialización más allá de los correspondientes a la antropología del trabajo *"[...] cuando al definirse como industrial, si bien hace referencia a un modo de producción... también declara su interés por todos aquellos aspectos característicos de dicha sociedad que aunque fundamentados sobre una base laboral-productiva, acaban sobrepasándola ampliamente"* (Ibíd., 43-44.), afirmación que refuerza cuando menciona que:

¹² Ver también: Roca (1999).

¹³ Ampliar el tema según sugerencia de Roca en E.L. Menéndez, 1977 y 1991.

“[...] es en este sentido, y desde esta perspectiva, que la antropología industrial es también una antropología de la sociedad industrial, con interés, por tanto, por los problemas históricos relativos al industrialismo –su origen, su evolución, su futuro– y por el contexto exterior, societal, en donde se inscribe la actividad industrial” (*Ibíd.*: 44).

Este somero recorrido por la antropología española, de la mano de varias de sus figuras, contiene un panorama interesante que permite identificar distintos momentos en el desarrollo de este campo disciplinar. Veamos a continuación algunos detalles de la historia de la antropología en México, a partir de revisar su desarrollo tanto en el ámbito externo que obedece al papel de este país como parte del proyecto colonial; y en el orden reciente, relativo al interés de sus antropólogos en el plano interno, donde se han destacado frentes como el de la museología, los estudios indígenas y los estudios urbanos.

2.2. La antropología en México

Para sintetizar en una primera parte del trabajo lo que ha sido la antropología mexicana, haremos uso de algunos contenidos de un extenso documento del Instituto Mexicano de Antropología e Historia, “¿A qué nos referimos cuando hablamos de Antropología?” (2004), cuya elaboración estuvo bajo la coordinación de Gloria Artís Mercadet y cuyos autores fueron: Bárbara Martínez, José García, Alejandra Garay, Pedro Arjona, Jesús Machuca, Enrique Serrano, Susana Cuevas, Luis Barjau, Jesús Monjarás y Leonardo Manrique.¹⁴

Los orígenes de la antropología en México, dicen ellos, surgió con la colonización del continente americano, en el siglo XVI, tras la llegada de los españoles, lo que propició contradicciones sociales y culturales ligadas a la política colonialista y expansionista del imperio¹⁵. Apareció por aquel entonces la necesidad de describir, interpretar y comprender a los nativos, naciendo así los que hoy se consideran como primeros estudios antropológicos mexicanos elaborados por evangelizadores, misioneros, funcionarios y exploradores tales como Fray Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Juan de Torquemada, Alonso de Zorita, Motolinía (Fray Toribio de Benavente), Fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga, Bernal Díaz del Castillo y el propio Hernán Cortés. Más adelante surgieron estudios de indígenas como los de Alva Ixtlilxóchitl, Muñoz Camargo y Tezozomoc. Y ya durante el siglo XVIII, figuras como Carlos Sigüenza y Góngora, Francisco Javier Clavijero,

¹⁴ Ver también: Bonte & Izard (1996).

¹⁵ Ver también: Marzal (1993) y Medina (1996).

Fray Servando, Teresa de Mier y Carlos María Bustamente se preocuparían por buscar explicaciones sobre el origen del ser americano original, para lo cual apelaron al pasado de las culturas prehispánicas. Para el siglo XIX, bajo el movimiento independentista, surgieron en México nuevas tareas para la antropología alrededor de interpretar la realidad social existente, en medio de la búsqueda por crear una Nación estable con una identidad común y un Estado fuerte, siendo en este último período cuando se considera se dio origen a la profesionalización de la antropología en ese país.

El proceso de profesionalización, dicen Artís y sus colegas, se localiza en 1825 con la creación del Museo Nacional, año en que se dieron los primeros pasos para institucionalizar la investigación antropológica basada en trabajos enciclopedistas alrededor de la historia del hombre; siendo esos primeros trabajos los que mostraron a México como un país complejo. Para 1865 con el traslado del Museo Nacional a la Casa de Moneda, se impulsó el análisis de la historia de los pobladores de América mediante la arqueología, la etnografía, la filología, la heráldica, la biología y la geología. En ese mismo año se cambió el nombre del Museo Nacional por el de Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia al que se unió la naciente Biblioteca Nacional (respecto del tema del Museo Nacional de Antropología ver Castro, 1987). En este período y un poco después, personajes como Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y Antonio García Cubas iniciaron la publicación de estudios de carácter antropológico en libros de divulgación y de carácter periódico como los *Anales* y la *Revista Científica Mexicana*.

Para 1903 se inició en México la enseñanza de la antropología física¹⁶ y la etnología, en cátedras impartidas por Nicolás León, junto con personalidades como Jesús Galindo y Villa. En 1906 fue creada la Escuela Nacional de Altos Estudios; y, en 1910, bajo el auspicio de los gobiernos de México, Prusia y Francia, y de las universidades de Columbia, Harvard y Pennsylvania, se creó la Escuela Nacional de Arqueología y Etnología Americanas, que vivieron la llegada de antropólogos como Franz Boas y Eduard Seler, cuya influencia fue relevante para el posterior desarrollo de la antropología mexicana.¹⁷

Para la misma época, según el grupo de Artís, a los anteriores nombres se sumó la figura de Manuel Gamio, gran paradigma en la conformación de lo que sería la antropología indigenista de ese país, siendo desde entonces el indigenismo una de las corrientes más duraderas de su pensamiento (González, 2003). Ello fue relevante en el porfirismo dados los intereses del

¹⁶ Ver: Villanueva, Serrano & Vera (1999).

¹⁷ Ver: Matos (1987).

proyecto liberal planteado bajo las ideas de progreso económico y cultural, lo que llevó a la población indígena a quedar al margen del proyecto de Nación por considerarse que aquella población frenaba el progreso proyectado. El indio se convirtió así en un problema político, económico y social que exigía una pronta solución. Fue entonces cuando se destacó Manuel Gamio como opositor a las políticas de exterminio promovidas por un sector del régimen porfirista. Se planteó desde esta crítica de Gamio, como solución al asunto, la llamada concepción *integracionista*.

Más adelante, en los años 20 y 30 surgió en México una antropología comprometida con los intereses nacionales a la que se denominó "Nueva Antropología", destacándose entre sus exponentes Moisés Sáenz. De forma simultánea se fue consolidando la tradición academicista, ligada esencialmente al desarrollo de los museos. Ya para finales de los años 30, dentro del programa educativo del presidente Lázaro Cárdenas, se impulsó la creación de centros educativos de nivel superior en el área, siendo el más importante el Instituto Politécnico Nacional donde se iniciaron clases de antropología en 1938. Se crearon igualmente institutos de investigación como el Instituto Nacional de Antropología e Historia dentro del cual se conformó más adelante la Escuela Nacional de Antropología e Historia (Olive, 1987).

Para la década del 60, refieren Artís y sus colegas, se inició en ese país un proceso de reflexión y cuestionamiento de la disciplina tanto de las teorías antropológicas clásicas como del papel del antropólogo en la sociedad, reflexión de la que surgió una retoma del marxismo, visto en algunos casos más 'como moda' y en otros como planteamiento científico. Para la siguiente década, la del setenta, se presentó una revisión de los límites tradicionales de los campos de interés de la disciplina, donde se pasó al estudio de asuntos de otros grupos sociales como fueron los campesinos, los obreros y los migrantes, y de ciertos grupos de sexo y edad.

Una mirada que complementa la anterior revisión histórica de la antropología mexicana pero ya en relación con el período reciente, es la que realiza Esteban Krotz (1993, y García & Krotz, 1988), para quien esta antropología se diferencia de la del resto de América Latina por tres razones:

"En primer lugar, se desarrolla en un ámbito que cuenta con un patrimonio cultural de raíces prehispánicas, extraordinariamente rico y variado, al cual, ni el malinchismo, ni el olvido interesado, ni las estrategias etnocidas han podido borrar [...] En segundo lugar, aunque no haya sido nunca la única razón, ha sido la del Estado, y más precisamente la del Estado nacional, la que ha organizado

desde sus inicios, el discurso antropológico mexicano [...] En tercer lugar, las particularidades del camino postrevolucionario mexicano han evitado, hasta ahora, la existencia de largos períodos de represión masiva de la actividad intelectual, especialmente en el ámbito académico” (Krotz, 1993: 361-362).

Krotz preocupado por esa historia reciente de la antropología Mexicana refiere que aquella vivió una fase de expansión iniciada hacia mediados del siglo XX, ligada a aspectos como el número sin precedentes de antropólogos pasantes, titulados y con posgrado; el aumento de las instituciones de formación antropológica; una nueva situación contractual de sus practicantes; el mayor número de profesores y de profesores-investigadores de tiempo completo; la fundación del sistema de centros regionales del Instituto Nacional de Antropología e Historia –INAH–; la fundación del antes Centro de Investigaciones Superiores INAH; el nacimiento del Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán y el desarrollo físico del Instituto de Investigaciones Antropológicas –IIA– de la Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM–.

También registra Krotz en su balance, el incremento significativo en el número de museos y la creación de muchos lugares de trabajo para los antropólogos, quienes se pudieron vincular a dependencias gubernamentales en la instrumentación de programas de desarrollo, en instituciones como el Sistema Nacional de Investigaciones y en diversas organizaciones políticas y sociales. Para mediados de los setenta, indica este autor, se fundaron los dos colegios profesionales de los antropólogos mexicanos; se generalizaron las reuniones bianuales de la Sociedad Mexicana de Antropología; se dio un aumento en el número de coloquios, simposios y otros eventos; y se generó un auge de las publicaciones, entre las que se destacan las revistas *América Indígena* y el *Boletín de Antropología Americana*, ambas reconocidas internacionalmente.

Desde una perspectiva académica, Krotz resalta que mientras en la década de los setenta el tema hegemónico de la antropología mexicana fue el de la población rural, “en especial la del campesinado”, tema aún vigente allí (Zepeda, 1988), de manera paralela,

“Al margen de esta corriente otras temáticas empezaron a perfilarse poco a poco [...] Particularmente, dos de ellas se volvieron muy atractivas para muchos antropólogos hacia fines de la década [...] la primera es la problemática urbana, donde temas como el proceso de urbanización en el capitalismo dependiente, la vida en determinados sectores urbanos, sobre todo la de los estratos

más pobres, las movilizaciones sociales y políticas en torno a las demandas típicamente urbanas (tierra, vivienda, servicios) y algunos fenómenos específicos (migraciones, bandas juveniles, economía informal) sobresalieron” (Krotz, 1993, 371).

La segunda tuvo que ver con la conformación y caracterización de la clase obrera mexicana, sobre lo que dice Krotz:

“[...] se han realizado pesquisas sobre maquiladoras y grandes complejos industriales; y, sobre la pequeña industria doméstica, algunas formas de transición provenientes del artesanado. Aquí, tópicos como procesos y organizaciones del trabajo, sindicalismo y cultura obrera, aglutinaron intereses y debates entre [grupos] de antropólogos [...]” (*Ibíd*, 371-372.).¹⁸

2.2.1. La antropología de la industria en México

En México la tendencia de la antropología por apreciar los fenómenos de la relación entre grupos poblacionales y cultura frente a los fenómenos migratorios y de modernización, ha tenido una especial relevancia, entre otras razones, por dos asuntos que podemos destacar: Tener ciudades de frontera con los Estados Unidos que se han afectado y transformado por la dinámica empresarial –de maquilas– y por el paso ilegal de migrantes; al tiempo ha surgido un permanente reto por tratar de comprender el fenómeno social de la llamada corrupción visto de tiempo atrás como un profundo problema político-económico, por lo que se ha hecho interesante comprender las dinámicas culturales que han favorecido su arraigamiento en la sociedad mexicana. De este modo se convirtieron aquellos temas en asuntos de interés antropológico en tanto llevaron a preguntarse a los estudiosos por las relaciones entre las nuevas formas de organización tradicional, y las tensiones y ajustes que se han venido construyendo con los cambios nacidos del auge capitalista presente en aquellos lugares.

Para abordar estos trabajos, destacamos en el plano conceptual al antropólogo mexicano Luis Reygadas (2002). En su artículo “Producción Simbólica y producción material: Metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo”, se propuso “*construir un concepto de cultura del trabajo congruente con un enfoque histórico-semiótico de la cultura, es decir, con la visión de la cultura como un proceso de producción, transmisión y apropiación de significados en contextos históricos y sociales específicos*” (2002: 102). A partir de allí Reygadas retomó el asunto que versa sobre mirar cómo la reflexión acerca de las relaciones entre los aspectos

¹⁸ Ver también: García-Canclini (2005).

materiales y culturales del trabajo ha estado dominada por la metáfora que opone la materia y la mente, a lo que se resiste enfatizando que: *“la producción material no puede desligarse de la producción simbólica que se entreteje con ella”* (103). De esta forma para Reygadas *“la noción de cultura del trabajo busca[ría] captar esta intersección entre lo simbólico y lo productivo, [y se] ubica[ría] en el espacio de las relaciones entre las dimensiones materiales y mentales de la actividad laboral”* (Ibíd.:).

Hecha esta aclaración, Reygadas ha propuesto definir la cultura del trabajo como *“la generación, actualización y transformación de formas simbólicas en la actividad laboral”* (106), de allí que en su perspectiva, el concepto *cultura del trabajo* debería aludir a *“la intersección de dos aspectos de la vida social: la dimensión simbólica y la dimensión productiva”* (Ibíd). En esta intersección se deben analizar tres procesos que se refieren a la influencia que cada una de las dimensiones ejerce sobre la otra: *“...el primer proceso tiene que ver con la coincidencia que va “desde la esfera productiva hacia la cultura”* (Ibíd) , al cual llama *eficacia simbólica del trabajo*. El segundo, hace al fenómeno inverso: *“la importación de maneras de percibir, sentir y valorar desde el conjunto de la experiencia social hacia la actividad productiva”* (Ibíd, 110). Finalmente, un tercer proceso lo refiere a la intersección entre los individuos en el trabajo, siendo en esas interacciones *“donde los significados son producidos y apropiados, en donde la cultura previa es actualizada y repercute en el trabajo, en donde el desarrollo de la actividad laboral genera nuevos significados que los sujetos pueden llevar, después, a otros campos de actividad”* (2002: 116)¹⁹.

Desde esta perspectiva de la antropología aplicada en el ámbito organizacional, el antropólogo Ricardo Llanque (2002) en su trabajo *“Redes sociales y cultura organizacional en entidades públicas”*, ha presentado los resultados de una investigación realizada en dos entidades públicas mexicanas –las cuales evita nombrar–. Se trató de un estudio basado en el uso de técnicas como la observación participante y las entrevistas. Ello lo llevó a establecer en su análisis una serie de características fundadas en la hipótesis de que hay una diferencia central en la conformación de relaciones sociales de producción, y en los hábitos y costumbres dentro de una entidad pública con respecto a lo que sucede en una entidad privada.

Otro investigador que labora en México desde una perspectiva aplicada es Alfredo Hualde Alfaro (2003), quien ha descrito y analizado en su artículo *“Formación educativa y formación en la empresa: Un balance sobre las maquiladoras de Tijuana”*, el papel que ha jugado el conocimiento productivo en la frontera norte de México, sobre todo en Tijuana ciudad vecina al estado

¹⁹ Ver también: UNAM (1999) y Rico & Reygadas, frente a trabajo y globalización, (2000).

norteamericano de California, de la cual relata: *“concentra el mayor número de plantas y de trabajadores después de Ciudad Juárez”* (2003: 165). Con este objetivo, el artículo se preocupa por tratar aspectos como: 1) el crecimiento de las maquiladoras en Tijuana y su especialización productiva, 2) las características de la oferta educativa en la ciudad, y 3) la formación en la empresa de frontera.

Como contexto del fenómeno, Hualde refiere que el origen de las ciudades fronterizas en México se llevó a cabo *“a instancias de las necesidades de ocio de los vecinos de Estados Unidos”* (Ibid.: 166), cuya actividad económica se relacionaba con las prohibiciones o restricciones existentes en ese país *“para el juego, el consumo de alcohol o la prostitución [...]”* (Ibid.). Hualde aclara que se trata de territorios con una historia muy diferente a la de ciudades con tradición industrial como, por ejemplo, Monterrey. Por el contrario indica que en Tijuana la frontera ha estado ausente al existir lo que llama el ‘saber hacer’, es decir aquel saber transmitido entre generaciones de obreros industriales, lo que no ha permitido la transformación operativa y empírica de determinados materiales, herramientas o formas de trabajo, cosa que sí ha ocurrido en ciudades industriales de otras regiones mexicanas o del mundo. De esta manera, él piensa que esa situación ha marcado una diferencia importante con respecto a otros sistemas productivos locales.²⁰

En conexión con estas consideraciones, el resultado final del trabajo de Hualde lo lleva a afirmar que los datos e interpretaciones aportadas acerca de la realidad de la articulación social en Tijuana permiten concluir que: *“no hay un alejamiento, ni una desvinculación entre ambos sectores (Ibid., 177”* ya que allí lo que se ha presentado es la generación de *“múltiples formas de articulación arrastradas por la pujanza del mercado de trabajo”* (Ibid). Para Hualde esos mecanismos tienen cierta ambigüedad, ya que los basados en contactos personales, resultan frágiles para dar continuidad a las políticas de articulación; sin embargo, como él mismo lo señala: *“las redes sociales pueden llegar a ser una buena garantía de que la articulación se mantenga [...]”* al ser las redes *“[...] una manera de sortear los mecanismos burocráticos de las instituciones educativas o las reticencias de las plantas a comprometerse con el entorno local”* (Ibid.:).

A partir de estos ejemplos de trabajos de investigación antropológica hechos en México en torno a la incidencia cultural y social de la industria, paso a establecer algunas consideraciones generales de orden comparativo entre lo que ha sido y es el desarrollo y los alcances de la antropología en España y en México.

²⁰ En esta perspectiva regional ver también: Durand (1986), y sobre cultura obrera en México ver: Novelo (1999).

3. Reflexión en torno a los aportes de la antropología organizacional, del trabajo, industrial, de la empresa

Tanto en México como en España los aportes de sus antropólogos a la comprensión de los asuntos relativos a la relación cultura-organización – núcleo orientador de esta preocupación– no se destacan como los de mayor interés en la disciplina. Sin embargo, el surgimiento de nuevas generaciones de profesionales ha llevado a que en la misma se exploren nuevas áreas de interés, de modo que esas generaciones han encontrado un espacio de preocupación ya no solamente en torno al estudio de las poblaciones tradicionales abordadas en sus lugares de origen, sino que están trabajando con esas poblaciones y su situación en relación con los desplazamientos que han vivido con mucha intensidad en términos de buscar otras condiciones de vida.

Esos cambios de localización sirvieron –en particular a la antropología mexicana– a dirigir su perspectiva hacia nuevos contextos, atravesados por la conformación de otras formas de relacionamiento cultural, nacidas de una búsqueda que ha llevado a muchas personas a migrar a las grandes ciudades para encontrar lo que ofrecen esos espacios. Poblaciones en el mundo entero vivieron y viven esta transición, quedando en medio un cambio que ha sido radical en la reflexión incorporada en la antropología y en las demás ciencias sociales con respecto a la acción y consciencia de vida de las/os agentes sociales. Lo anterior en muchos casos ha llevado a la disciplina a trascender el modelo de explicación estructuralista al estudiar el cambio cultural.

Esos cambios se dan, como hoy se ventila, entre la “muerte” –yo preferiría decir pérdida de terreno o fusión de la tradición cultural con lo moderno– y la fuerte irrupción de las ideas de la modernidad dirigidas a repositionar a las personas en la sociedad. Así surgió toda una nueva corriente de estudios antropológicos interesados en apreciar cómo se está dando esa agencia y agenciamiento de las/os personas y los movimientos sociales sobre-dentro de las estructuras sociales, intentándose develar en la actualidad las modificaciones que esa dinámica pueda estar provocando. El punto aquí parece relacionarse con que en distintas latitudes y en grados diferenciales tanto la tradición permanece –especialmente en el llamado Sur global– al tiempo que se desarrollan fuertes procesos de modernismo y modernización, e incluso de orden postmoderno, lo que ya no hace fácil estudiar en un orden separado las cuestiones de la vida, sino que aquellas se integran de modo que se hace necesaria la construcción de una mirada compleja de los eventos.

Toda esta transformación se convierte en un asunto especialmente sensible en lo que toca a los estudios organizacionales, por ser ese un ámbito

particularmente articulador de lo que hacen las personas, quienes por lo regular se integran a entidades de diferente tipo –empresariales públicas, empresariales privadas, Nuevos Movimientos Sociales, Organizaciones No Gubernamentales, entre otras figuras de colectivización–. Esas formas de organización hoy se instalan en cualquier espacio social del planeta, convirtiéndose en entidades que demandan personal local e internacional para realizar sus labores. Aquellas tienen de común el formar parte del fenómeno laboral global, que a su turno viene propiciando cambios radicales con respecto a los modelos tradicionales de empleo. De esta manera tales organizaciones hoy cubren escenarios que van desde los espacios físicos permanentes y temporales, hasta las vinculaciones realizadas a través de sistemas de telefonía o Internet a distancia. En cualquiera de los dos casos, el resultado es el mismo: *la llegada de nuevos contenidos informacionales, de nuevos modelos laborales, de nuevos esquemas sociales difundidos a través de la conexión mundial de las comunicaciones.*

Frente a esta situación, la antropología tiene la posibilidad y obligación de acercarse a comprender a través de sus investigaciones, lo que termina surgiendo de esta integración planetaria. De allí que nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas encuentren aquí un terreno insoslayable de preocupación académica, donde se correlacionan lo tradicional con lo moderno, lo instituido con lo que desafía la estabilidad cultural, lo grupal en tensión con lo individual, todo dentro de un orden global-económico en el que prima el modelo capitalista de producción y consumo.

Al respecto tanto en España como en México se puede identificar un interés que sin ser el de mayor peso en las escuelas antropológicas, ha surgido como un asunto de preocupación de la disciplina, ya que se cruzan en ese plano componentes propios de las sociedades complejas –vistas por muchos sociólogos como el lugar de interés de dicha disciplina–, como también efectos transformadores de los modelos de vida tradicionales de estos dos países. En ambos casos se trata de sociedades con un legado que abarca lo multi y lo intercultural. Igualmente contienen esos territorios referentes tradicionales tanto como modernos, a lo que se suma la existencia de una diversidad de nuevas formas culturales que hoy se pueden reconocer como singulares. De esto último se desprende la importancia antropológica por aportar a la comprensión de cómo se dan las intersecciones entre las dinámicas culturales locales y nacionales, y las dinámicas globales de organización capitalista.

4. Algunos apuntes comparativos

1. El origen y asentamiento de la antropología en México y España, como se ha podido observar, responde a condiciones y situaciones substancialmente diferentes pero articuladas, algo que se ha dado desde la intromisión de los españoles en América. México vio nacer así los primeros textos sobre sus habitantes desde la pluma de los españoles, al tiempo los españoles vieron el surgimiento de su antropología en directa relación con las nuevas colonias. Sin embargo aquí es necesario aclarar que estas dos visiones antropológicas no responden a la condición de ser una hija o dependiente de la otra. Por el contrario, ellas tuvieron ramificaciones diversas que terminaron llevándolas por caminos y logros distintos.

2. En el período moderno de la antropología en estos países, es decir el período que se inicia a finales del siglo XIX, se reflejan preocupaciones locales acerca de lo que en cada lugar sus primeros antropólogos empíricos buscaban. Es relevante ver aquí, una vez más, cómo en ambos lugares fue la creación de sus dos principales museos de antropología, el núcleo que se convirtió –cada uno a su manera– en el nicho articulador de la labor antropológica nacional. Lo más interesante del asunto es hacer notar que los museos se configuraron en una dimensión pocas veces imaginada por el común de las personas, e incluso por los mismos antropólogos, ya que alrededor de aquellos nada fue realmente estático y todo fue dinámico por ser a través suyo que se movilizaron asociaciones, se dieron debates académicos, se volvieron tales sitios en lugares de interés nacional y en espacios de discusión de las políticas estatales, entre otras actuaciones.

3. En conexión con el punto anterior, es relevante observar que en torno a la labor de los museos, convergieron en ambos países figuras de la antropología mexicana y española. Fue el ejercicio de la profesión en muchos de esos casos relacionado con acciones basadas en la dirección de instituciones académicas adscritas a dichos museos.

4. En tanto en México los problemas de la Antropología en sus primeras etapas se dirigió a recuperar una historia propia, que hasta cierto momento se quiso pasar por alto, la antropología española se concentró más en estudiar el legado que le dejó su imperio en relación con pretender acercarse a lo que otrora fueran sus colonias. De esta forma en España no existió un interés amplio por conocer lo local, y la disciplina no se preocupó por mirar en detalle la propia condición de los pueblos que habitaban la península. En síntesis, mientras en México la preocupación antropológica ha girado por la comprensión de lo propio, en España el mayor peso se ha dirigido al estudio de los otros, particularmente bajo la idea de ‘los otros colonizados’.

5. A pesar de tener la antropología mexicana un origen más reciente, se puede advertir, después de esta valoración, que la misma ha obtenido unos logros superiores que la española en relación con su alcance e impacto en la vida social, económica, política y cultural propia. De este modo, mientras en España se presencia una profunda crisis en la producción e inserción académica de la antropología hacia fines de la década del ochenta, crisis que hoy en día se ha ido superando, la antropología mexicana ha mantenido niveles permanentes de inserción y aceptación social, siendo la misma, a través de la historia de ese país, relevante para la identificación de políticas sociales y culturales.

6. En términos teóricos, se evidencia con mayor claridad la fuerte influencia de la teoría marxista en el desarrollo de varias etapas de la antropología mexicana, en tanto la antropología española parece no haber estado tan influida por esta perspectiva crítica.

7. Las subdisciplinas de la antropología que en las últimas décadas han tenido como punto de interés las situaciones de la vida urbana en la sociedad, se han vuelto tanto en España como en México una preocupación para sus investigadores, siendo las ciudades actuales receptáculo de las expectativas de la población, y foco de atención de los antropólogos que hoy se preguntan por las rupturas y continuidades que surgen en sociedades que hasta hace muy poco eran básicamente rurales, y que rápidamente se han insertado en el modelo del consumo y de lo urbano.

8. Tanto en México como en España ha existido desde la década de los 70, un interés por el estudio de temas como el trabajo, la industria y las organizaciones, ello por parte de un sector de antropólogos que ha visto cómo las dinámicas impregnadas por estos eventos, están teniendo un efecto irreversible en términos culturales dentro de la población, indistintamente del lugar geográfico que cada grupo humano ocupe. De allí se desprende la preocupación por establecer ese desplazamiento en la mirada sobre las sociedades no industriales hacia los conglomerados urbanos dado el impacto que ha tenido este hecho en las últimas décadas.

9. Dentro de los momentos recientes es valioso destacar que los procesos de construcción de la nación mexicana han sido radicalmente afectados por su relación de frontera con Estados Unidos, situación que ha impactado las acciones de la antropología como terreno de indagación que ilumina sobre las diversas situaciones vividas en los territorios fronterizos y en los imaginarios internos respecto al "país del norte". A su vez España ha mantenido una tensión en el sentido opuesto en relación con sus fronteras físicas, lo que ha llevado a que el fenómeno de la migración sea tenido en cuenta, pero con una

preocupación diferente a lo ocurrido en México, al ser España un país al que buscan llegar muchos migrantes.

Bibliografía

- AGUIRRE BATZÁN, Á. (Ed.). (1997). *Etnografía: metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. México: Alfaomega.
- AGUIRRE BATZÁN, A. & RODRÍGUEZ, A. (Eds.). (1995). *Patios abiertos y patios cerrados: psicología cultural de las instituciones*. Barcelona: Boixareu Universitaria – Marcombo.
- ARIZPE, L. (Comp). (1993). *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARTÍS MERCADET, G.; MARTÍNEZ MORENO, B.; GARCÍA ZAMUDIO, J.M.; TENORIO GARAY, A.; ARJONA, P. et al. (2004). “¿A qué nos referimos cuando hablamos de Antropología?”. Instituto Nacional de Antropología e Historia – Coordinación Nacional de Antropología del INAH de México. En: http://www.antropologia.inah.gob.mx/pdf/pdf_presentacion/introduccion.PDF [Septiembre 24 de 2007].
- AUBERT, P. (Ed.). (1994). *Antonio Machado hoy 1939-1989*. Madrid: Casa de Velásquez.
- BARFIELD, T. (Ed.). (2000). *Diccionario de Antropología*. México: Siglo XXI Editores.
- BARTOLI, L. (2002). *Antropología aplicada: historia y perspectivas desde América Latina*. Quito: Abya-Yala.
- BONTE, P. & IZARD, M. (1996). *Diccionario de etnología y antropología*. Madrid: Akal.
- CAPEL, H. (2009). “La antropología española y el magisterio de Claudio Esteva Fabregat: estrategias institucionales y desarrollo intelectual en las disciplinas científicas”. *Scripta Nova*, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona, XIII (287). En: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-287.htm>
- CASTRO LEAL, M. (1987). “Doctor Román Piña Chan y el Museo Nacional de Antropología”: (pp. 91-98). En: *Homenaje a Román Piña Chan*. (pp. 91-98). Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas. México: Autor.
- CUCO GINER, J. (2004). *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- DE SIERRA, G.; GARRETÓN, M.; MURMIS, M.; REYNA J.L. & TRINADE, H. (Coords.). (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México: Siglo XXI Editores.
- DUBRIN, A.J. (2003). *Fundamentos de comportamiento organizacional*. México: Thomsom.
- DURAND, J. (1986). *Lo obreros del Río Grande*. México: Colegio de Michoacán.
- ESTEVA FABREGAT, C. (1955). *Carácter social y familia obrera en México*. Tesis de Maestría en etnología, presentada en la Escuela de Antropología e Historia de México.
- _____. (1984) [1973]. *Antropología industrial*. Barcelona: Anthropos.

- _____. (1994). *Sistemas de trabajo en América indígena*. Quito: Abya-Yala.
- GARCÍA-CANCLINI, N. (Coord.). (2005). *La antropología urbana en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – Universidad Autónoma Metropolitana – Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA MORA, C. & KROTZ, E. (1988). *La antropología en México: panorama histórico*. Vol. 9. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- GIPOLLA, C. (2003). *Historia económica de la Europa preindustrial*. Barcelona: Crítica.
- GONZÁLEZ GAMIO, A. (2003). *Manuel Gamio: una lucha sin final*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- HERRERA CARASSOU, R. (2006). *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. México: Siglo XXI Editores.
- HUALDE ALFARO, A. (2003). "Formación educativa y formación en la empresa: un balance sobre las maquiladoras de Tijuana". *Revista Nueva Antropología*, México, 62 (XIX), pp. 163-181. Red Redalyc. En: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=15906209&iCveNum=0> [Septiembre 10 de 2007].
- JIMÉNEZ NÚÑEZ, A. (Comp.). (1997). *Antropología histórica: la audiencia de Guatemala en el siglo XVI*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- KROTZ, E. (1993). "Antropología y antropólogos en México: elementos de balance para construir perspectivas": (pp. 361-380).. En: *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe* Universidad Nacional Autónoma de México. México: Autor.
- ETNOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA ESPAÑOLA. (s.f.). Liceus, Servicio de Gestión y Comunicación. En: <http://www.liceus.com/cgi-bin/ac/pu/etno1.asp> [Septiembre 20 de 2005].
- LEIVA OLGUÍN, A. (2004). "**Antropología y Sociedad Industrial: A propósito del desplazamiento del objeto de estudio**". Ponencia presentada al IV Congreso Chileno de Antropología. Congreso de Antropólogos de Chile. Noviembre 8 al 12 de 2004. En: <http://rehue.csociales.uchile.cl/antropologia/congreso/s2004.html> [Septiembre de 2008].
- LÓPEZ PIÑERO, J.M. (2006). *Santiago Ramón y Cajal*. Valencia: Universidad de Valencia – Universidad de Granada.
- LLANQUE FERRUFINO, R.J. (2002). "Redes sociales y cultura organizacional en entidades públicas". *Revista de Antropología Experimental* 2. En: <http://www.ujaen.es/huesped/rae/rae-02.pdf> [Septiembre 9 de 2004].
- MAESTRE ALFONSO, J. (1983). *Introducción a la Antropología social*. Madrid, Akla.
- MAÍZ, C. (2009). *Constelaciones unamunianas: enlaces entre España y América (1898-1920)*. Salamanca: Universidad de Salamanca
- MARZAL, M. (1993). *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Barcelona: Anthropos.
- _____. (1996). *Historia de la antropología*. Vol. 2 – Antropología Social. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MATOS MOCTEZUMA, E. (1987). "Román Piña Chan y la Escuela Nacional de Antropología e Historia": (pp. 81-90).. En: *Homenaje a Román Piña Chan* Universidad

- Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas. México: Autor.
- MEDINA, A. (1996). *Recuentos y figuraciones: ensayos de antropología mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- MORAÑA, M. (Ed.). (2000). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- NOVELO, V. (Comp.). (1999). *Historia y cultura obrera*. México: Instituto de Investigaciones – Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- OLIVE NEGRETE, J.C. (1981). *Antropología Mexicana*. México: Plaza y Valdés – Instituto Nacional de Antropología e Historia – Colegio Mexicano de Antropólogos.
- PALERM, A. (1982). *Historia de la etnología*. Vol. 1. México: Alambra.
- PÁRAMO MORALES, D. (2001). “Hacia la construcción de un modelo de cultura organizacional orientada al mercado”. *Revista Colombiana de Marketing*, 2, pp. 66-91.
- PEIRÓ MARTÍN, I. & PASAMAR ALZURIA, G. (2002). *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*. Madrid: Akal.
- REYES, R. (Comp.) & PRAT CAROS, J. (Dir.). (2004). *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas*. Vol. 2 – Antropología y etnología. Madrid: Universidad Complutense.
- REYGADAS, L. (2002). “Producción simbólica y producción material: Metáforas y conceptos en torno a la cultura del trabajo”. *Revista Nueva Antropología*, 60 (XVIII), pp. 101-119. En: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/159/15906007.pdf> [Abril 10 de 2007].
- RICO, R. & REYGADAS, L. (Eds.). (2000). *Globalización económica y Distrito Federal: estrategias desde el ámbito local*. México: Plaza y Valdés.
- RIVERA DORADO, M. (1977). *Antropología de España y América*. Prólogo, pp. 9-15. Madrid: Dosbe.
- ROCA, J. (1988). *Antropología industrial y de la empresa*. Barcelona: Ariel.
- _____. (1999). “De la (im) pertinencia del obrero como objeto de estudio de la antropología social”. *Revista Política y Sociedad*, 31. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología – Universidad Complutense de Madrid.
- ROMERO TEJADA, P. (1977). “La antropología española y el museo nacional de etnología (1875-1974)”: (pp. 295-313). En: M. RIVERA DORADO. *Antropología de España y América*. Madrid: Dosbe.
- SOTO PINEDA, E. & DOLAN SIMON, L. (Eds.). (2004). *Las pymes ante el reto del siglo XXI: los nuevos mercados globales*. México: Thomsom.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1992). *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*. Madrid: Siglo XI Editores.
- UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO – FACULTAD DE CONTADURÍA Y ADMINISTRACIÓN. (1999). *Programa de posgrado en ciencias de la administración*. Vol. II. México: Autor.

- VILLANUEVA, M.; SERRANO, C. & VERA, J.L. (1999). *Cien años de antropología física en México: inventario Bibliográfico*. México: Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- ZEPEDA PATTERSON, J. (1988). *Las sociedades rurales hoy*. Michoacán: El Colegio de Michoacán.

EL DESCUBRIMIENTO DEL CUERPO EN EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

JOSÉ HOOVER VANEGAS GARCÍA*

Recibido: 12 de agosto de 2010
Aprobado: 29 de septiembre de 2010

Artículo de investigación

“No es el cuerpo, por tanto, el que impone su ley a la conciencia. Es la sociedad la que, por medio del lenguaje, rige la conciencia e imprime su ley al cuerpo”

Jean Starobinski

* Doctor en Filosofía. Profesor e investigador titular del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Manizales. Miembro de la comunidad académica Cuerpo-Movimiento y coordinador del grupo de investigación de Ética y Política, de la misma Universidad. Email: hovgster@gmail.com

Resumen

Este trabajo consiste en mostrar algunas costumbres que tenían los nativos colombianos a la llegada de los conquistadores con el fin de identificar algunos elementos sobre la imagen de cuerpo que ellos tenían, en relación con la representación de cuerpo que traían los españoles, de tal manera que la tesis que defendemos consiste en mostrar cómo la idea de cuerpo que vieron los conquistadores en América en general, y en Colombia en particular, no era más que la transferencia de su propia concepción somática a la de nuestros antepasados. Esta tesis la defendemos en tres momentos: el cuerpo como imitación de los dioses, el cuerpo como elemento integrador de la naturaleza, y la intervención corporal. Es de anotar que este artículo corresponde a una parte de la investigación: "Historia colombiana de la corporalidad", elaborada en la Universidad Autónoma de Manizales, la cual tiene como objetivo interpretar la evolución de la corporalidad (imagen corporal) en los periodos de la historia colombiana.

Palabras clave: cuerpo, corporalidad, historia colombiana, descubrimiento de América, nativos colombianos, conquistadores, costumbres, cultura, salud, vivencias.

THE DISCOVERY OF THE BODY IN THE DISCOVERY OF AMERICA

Abstract

This work presents some customs of native Colombians at the arrival of conquerors in order to identify some elements of the body image they had in relation with the body representation brought by Spaniards, in such a way that our argument pretends to show how the idea of body conquerors found in America in general, and particularly in Colombia, wasn't other than the transference of their own somatic conception to that of our ancestors. This argument is defended in three stages: the body as an imitation of the Gods, the body as an integrator element of nature, and the corporal intervention. This paper is derived from the research project: "Colombian History of Corporeality" carried out at Universidad Autónoma de Manizales whose objective was to interpret the evolution of corporeality (corporeal image) in the different periods of Colombian history.

Key words: body, corporeality, Colombian history, discovery of America, native Colombians, conquerors, cultural customs, health, experiences.

Introducción

Los cuerpos humanos son entidades dinámicas, no sólo en su configuración anatómo-fisiológica, sino en su manera que tienen de presentarse a los ojos extraños y a sus mismos ojos. En el primer sentido, los cuerpos cambian de una manera muy lenta de acuerdo a las condiciones geográficas y climáticas de los territorios en donde habitan. En una segunda instancia, podemos afirmar que la percepción de cuerpo varía en coherencia con la época en que se vive y de acuerdo con los patrones culturales que limitan o amplifican la manera del ver el cuerpo. En el primer caso, los cambios se miran desde el cuerpo físico; en el segundo, se pueden mirar desde la percepción del cuerpo, lo que en fenomenología se denomina corporeidad o corporalidad, ésta, entonces, hace referencia a las concepciones sobre el cuerpo que determina la cultura en una época y en un espacio determinado. Para nuestro caso nos interesa este segundo concepto de cuerpo, ya que, en este trabajo, se tratará de describir la corporeidad, sobre todo en la época del descubrimiento de América, pero no sólo lo que vieron los conquistadores en los cuerpos nativos, sino la manera como nuestros antepasados se veían a ellos mismos.

Bajo este concepto de corporalidad se incluyen muchas percepciones de cuerpo¹, que se pueden construir en la historia y en la actualidad, tales como: la visión religiosa de cuerpo, el cuerpo como medio de la moda, el cuerpo saludable, la estética del cuerpo, entre otras. Para nuestro caso, sólo vamos a mirar tres aspectos: 1) el cuerpo resplandeciente, 2) el cuerpo invisible: la sombra de la muerte, y 3) la intervención corporal.

Ahora bien, este trabajo corresponde a la investigación: “Historia colombiana de la corporalidad”, elaborada en la comunidad de investigación Cuerpo-movimiento de la Universidad Autónoma de Manizales, cuyo objetivo es: interpretar las diferentes concepciones de cuerpo que han tenido los colombianos a partir de las creencias y las costumbres que expresan los sujetos a través de cada una de las épocas de la civilización colombiana con el fin de comprender el sentido de la corporalidad para los sujetos de la actualidad.

Esta investigación hace un análisis de la corporalidad desde los registros de los historiadores que abarcan conjeturas arqueológicas en América latina más o menos entre diez o veinte mil años antes de Cristo. Como lo afirma Reichel-Dolmatoff: *“La fecha de entrada del hombre a América del sur se había calculado, hasta hace poco menos de 8.000 o 12.000 años a.C., pero actualmente, en vista de los últimos descubrimientos arqueológicos en el Perú y en otros países, se sugiere más*

¹ Sobre el concepto de cuerpo, hay mucha bibliografía, sin embargo la postura que hay de fondo en lo que se va a decir sobre el cuerpo está en el libro *El cuerpo a la luz de la fenomenología* de José Hoover Vanegas García (2001).

bien una fecha de 20.000 años" (1989). Sin embargo, en este artículo sólo vamos a mirar la percepción, en siglo XV en Colombia, con base en las narraciones que dataron algunos protagonistas de la conquista.

1. El cuerpo resplandeciente

La llegada de los conquistadores a nuestro continente, no sólo sorprendió a nuestros nativos, sino a los recién llegados, que encontraron parte de su propia imagen en nuestro territorio. En su diario escribe literalmente Cristóbal Colón: *"Muy bien hechos de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballo, y cortos: los cabellos traen por encima de la cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan"* (1989: 20, T. I). Así nos vio Colón, pero en esta descripción está impregnada la concepción de ser humano y por tanto de cuerpo que él tenía, es decir, ya había toda una estructura cultural que le sirve de esquema para poder enunciar estas características de los cuerpos de nuestros nativos. Pero ¿cuál es la concepción que sobre su existencia corporal tenían nuestros antepasados? Esta es la pregunta que nos inquieta en este apartado, no obstante, para acercarnos a ella tenemos que partir de la descripción que hacen los historiadores de la época en cuestión, no hay otra manera. La idea, entonces, es perpetrar el concepto 'cuerpo' que tenían los nativos de acuerdo con la percepción que nos legaron los conquistadores.

Los cuerpos de los nativos eran pedazos de sol y de luna, que habían descendido de lo más alto y le dieron forma al alma de nuestros antepasados, como lo refiere Jiménez de Quesada:

"Ellos tienen al sol y la luna por creadores de todas las cosas y creen de ellos que se juntan como marido y mujer, para tener sus ayuntamientos. Además de estos tienen otra muchedumbre de ídolos, los cuales tienen como nosotros acá en los Santos, para que rueguen al sol y a la luna por sus cosas" (Melo & Valencia, 1989: 71, T. I).

La materia perceptible del mundo era igual a la materia perceptible de los cuerpos, y del mundo brotaron los ancestros de nuestros ancestros, el dios que todo lo ilumina, el dios que trae la luz:

"Según dice el padre simón, Chiminiguagua era el omnipotente, señor todo poderoso, una divinidad creadora en quien estaba depositada la luz y la belleza, que llenó de claridad el universo"

por medio de unos pájaros negros que lanzaban por el pico aire claro con el cual quedó iluminado el mundo y resplandeciente como está” (Castro de Posada, 1955: 42).

Ahora ya no eran cuerpos oscuros nacidos de la noche, sino cuerpos que resplandecían la claridad que les concedió el dios *Chimini* que literalmente significaba para los Chibchas, el creador.

El agua también tenía un significado sacro para nuestros antepasados, la fluidez de lo líquido conformaba otro hechizo de la naturaleza que se incorporaba a los seres humanos como elemento fundamental de la existencia corporal. El agua es un elemento que comparte a la vez las cimas y la tierra del mundo, es un elemento que por su condición está en lo más alto para la percepción humana, pero también en lo más próximo, habita en el mundo de los dioses y en el mundo de los hombres y las mujeres, de tal forma que lo que fue Poseidón para los griegos, el dios de todo lo líquido era *Sie* para los Chibchas, la diosa de lo líquido, de donde surge la vida, así lo transcribe Castro de Posada, refiriéndose a la laguna de Iguaque, ubicada en la población de Leiva:

“Del fondo de aquellas dormidas aguas surgió BACHUÉ o FUCHSACHOGUE que quiere decir, mujer buena. Sacó consigo de la mano un niño de entre las mismas aguas, de edad hasta de tres años, y bajando ambos juntos de la sierra al llano donde ahora está el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella; porque luego que lo tuvo se casó y el casamiento tan importante y la mujer tan prolífica y fecunda, que cada parto paría cuatro o seis hijos, con lo que se vino a llenar toda la tierra de gente, porque andaban ambos por muchas partes dejando hijos en todas, hasta que después de muchos años, estando la tierra llena de hombres y los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo, llamando a mucha gente que los acompañara a la laguna de donde salieron, junto a la cual les hizo la Bachué, una plática exhortándolos a la paz y a la conservación entre sí, a la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses; y concluido se despidió de ellos con singulares clamores y llantos de ambas partes, convirtiéndose ella y su marido en dos grandes culebras. Se metieron por las aguas y nunca más aparecieron por entonces” (Castro de Posada, 1955: 43).

Del sol unido a la luna nace la tierra y todo lo que en ella habita y de ésta surge el agua, que comparte tanto el lugar de los dioses como el de los hombres, y del agua emerge la vida en forma de cuerpos y de estos cuerpos brotan otros cuerpos, que a su vez se multiplican y cubren la tierra. *Sie*, entonces es dadora de vida en forma de cuerpos, por esto las mujeres nativas tenían su asiento al lado del agua a la hora de parir: *“Las mujeres que iban a ser madres buscaban la orilla de los ríos o de las lagunas, como escenario de su misión sublime. Después de nacido el niño, ambos recibían un baño y ella regresaba feliz con su adorada carga y la bendición de Sie”* (Ibid: 54). El dar a luz, o el desprendimiento de otro cuerpo era un ritual que sólo podía estar acompañado por la diosa del agua, sólo *Sie* era testigo presente de este milagro de la naturaleza, sólo ella testimoniaba la producción de cuerpos, el surgimiento de un cuerpo que lo primero que su piel sentía después de brotar al mundo era a la diosa misma, era al agua, de esta manera el líquido sagrado estaba unido a los cuerpos.

Pero esta unión entre cuerpo y agua, vida y *Sie*, no termina aquí, ella acompaña a los nativos en toda su existencia no sólo como base de su alimento, como es necesario a todo ser vivo, sino como un elemento sagrado, como la fluidez hacia donde tienden los hombres y las mujeres, el bautismo mismo estaba regado por la diosa: *“El recién nacido recibía un bautizo que lo purificaba y le abría las puertas de la eterna ventura, haciéndolo digno devoto de la amada Sie. Este debía entregar sus cabellos como tributo de adoración”* (Ibid: 44). El agua, entonces, era el medio con el cual se legitimaba la existencia de un nuevo cuerpo en el mundo de la vida, por medio del bautismo, se reconocía la epifanía corporal, como rito que enunciaba una nueva existencia, una nueva generación.

Los eventos más importantes también tenían como protagonista a la diosa *Sie*, por ejemplo, cuando se iba a nombrar un nuevo heredero al cacicazgo, además de ponerlo a ayunar seis años, no podía ver el dios sol en todo este tiempo, ni exponer su carne a ninguna mujer, como una especie de purificación. Cuenta Juan Rodrigo Fraile ((Melo & Valencia, 1989: 110-111, T I), que le cubrían su cuerpo desnudo de oro en polvo y diamante, y en una balsa lo transportaban hasta el centro de la laguna de Guatavita en donde se cubría con las aguas de la diosa *Sie*, depositando allí todas sus ofrendas, después de lo cual se agitaban las banderas y sonaban las flautas y empezaban los bailes para celebrar la llegada de un nuevo príncipe. El poder de los caciques estaba representado por el regreso a la diosa *Sie*, por el regreso como al ritual de iniciación, de donde surgió la diosa, allí se actualizaba el cuerpo que debía de mandar, el cuerpo tenía que ser ungido con el agua sacralizada, a la cual se le devolvía en oro y diamantes sus favores, el oro se quedaba en la laguna y el poder emergía del agua al cuerpo de los caciques.

Agua y cuerpo acompañaban la vida de nuestros ancestros, esta correlación parte de la sacralización del agua a la sacralización de los cuerpos. De esta forma el cuerpo tenía connotaciones divinas y participaba de la consagración de la diosa *Sie*. Sin embargo, la sacralización no sólo acompañaba la vida del cuerpo, también acompañaba a los cuerpos muertos:

“Después de muertos, los cuerpos de algunos caciques, eran arrojados con todas sus riquezas al fondo de las aguas. Otros disponían que se desviase el cauce de los ríos, mientras se colocaban allí los despojos mortales y todas las riquezas del extinto, para que, al echarlas nuevamente, las aguas los cubrieran para siempre” (Castro de Posada, 1955: 45).

De esta forma el agua estaba presente antes de la epifanía de los cuerpos, con la presencia de los mismos y después de ser carne. En este sentido, la presencia de la ausencia de los seres humanos, como representaciones corporales recordadas seguían existiendo en la memoria de los aborígenes, de hecho las citas que hacemos aquí se basan en citas de relatos de nativos a la llegada de los españoles.

La muerte implica la ausencia perceptiva en el mundo de los otros, significa dejar de vivir como presencias corporales, y pasar a existir como presencia en el pensamiento de quienes los testificaron, es decir, morir significa la conversión del ser corporal al ser recuerdos. Para nuestros antepasados no era menos significativa la muerte de sus contemporáneos, y menos si era un cacique. Como lo veíamos anteriormente, el origen de los cuerpos para los nativos era la luz, la vida estaba asida al agua y de ella surgían los cuerpos, lo cuales regresaban al agua, cargados con el metal que brilla, con oro, que se asemejaba al sol, es decir, que en la mente de los nativos, el cacique regresaba al sol a lo alto del mudo, al seno de su madre luna, y de su padre el sol. En la concepción de cuerpo, entonces hay un ciclo que parte del sol y la luna, luego transita al agua de la cual surgen los cuerpos, los cuales vuelven al líquido que todo lo puede, y de allí nuevamente a su origen: el sol.

De acuerdo con lo anterior, en nuestros antepasados, como en la mayoría de las teogonías de las comunidades primitivas, existe una dualidad en el origen de los seres humanos entre el cuerpo de carne y hueso, el cuerpo de la acción y la idea² de cuerpo representada por las deidades. Para nuestros ancestros no hay problema, el cuerpo es la idea hecha carne. Por un misterio de los

² Con el término ‘idea’, nos referimos, no sólo al acontecimiento de las cosas, los objetos y las personas en el pensamiento, sino a la morfología misma de los cuerpos en la mente. El término lo asumimos desde su etimología griega, como *eidos* (*eidos*). Para profundizar más en este concepto se puede consultar a Xavier Zubiri, en *Naturaleza, hombre y Dios*.

dioses, la idea o el espíritu³ como también se le puede denominar, se expresa en los cuerpos físicos que habitan la tierra. Como lo afirma Patrizia Maglial, en *Fragmentos para una Historia del Cuerpo Humano*, al considerar la historia de los cuerpos en general, “*el cuerpo, no siendo solamente la envoltura exterior del espíritu, sino también lo que lo simboliza, no es otra cosa que la animalización del alma, su imagen sensible y significativa*” (Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia tazi, 1991: 122, T. II). Ahora bien, para nuestros ancestros toda la naturaleza brota de los dioses, y el cuerpo es parte de ella, el cuerpo es naturaleza, por ello para los nativos el mundo circundante tenía mucha importancia, la madre tierra, el agua, la selva misma; es decir, no había una separación tajante entre cuerpo y mundo natural, uno era parte del otro, el cuerpo era un momento y un lugar del paisaje del mundo, el paisaje se cierra para darle prioridad a los cuerpos.

Pero no sólo los cuerpos de los caciques compartían la luz del sol transpuesta al brillo del metal, después de muertos algunas costumbres nativas habituaban enterrar a sus semejantes con el brillo del oro, el cual depositaban en el corazón de los difuntos, para significar la importancia de la afectividad o de las emociones que en vida estaba representado por este órgano, el más importante del cuerpo vivo, como lo afirma Pedro Simón: “*Todo el oro que hallaban en ellas estaba puesto al lado del corazón del difunto y aún en el propio corazón lo descubrían en algunos cuerpos que hallaban no acabados de consumir*” (Melo & Valencia, 1989: 37, T. I). El corazón representa en el cuerpo la urdimbre de la vida, y para nuestros antepasados era algo así como la linterna que alumbraba el camino en el viaje de la muerte. La muerte era emprender un viaje hacia el infinito, por esto a los cadáveres los despedían con toda clase de alimentos y bebidas, lo mismo que con algunas personas allegadas para que los acompañara, como afirma el mismo autor:

“[...] y metiéndolas consigo en sus sepulturas con sus macanas, si son hombres, arco y flechas y otras sus armas y si es mujer, la piedra de moler, múcuras, cazuelas y otras cosas que les pertenecen y comúnmente a todos les ponen vasijas de chicha, bollos y otras comidas y con las más principales se entierran las mujeres más queridas y los criados que ellos escogen para esto, porque la sepultura es capaz para todo, pues la hacen cuadrada y bien ancha” (*Ibíd.*: 36, T. I).

La muerte significaba el regreso a la luz. La respuesta al llamado de la claridad se respondía por nuestros antepasados con todo un arsenal de utensilios, para

³ El término ‘espíritu’, lo tomamos literalmente del griego *Nous* (*nous*), que podemos entender como principio de intelectualidad o disposición al conocimiento.

facilitar la cotidianidad, de armas para la defensa, de alimento para la fatiga y de acompañantes para el viaje hacia el mundo de los muertos, el mundo de la creación del dios *Chimini*. El padre creador era el mismo que los esperaba en su seno. El cuerpo, en general, no representaba sólo una estructura física, sino una estructura psíquica, que no moría con la desintegración del soma, sino que persistía en la existencia misma, aún como fantasmas que rondan el mundo de los nativos. Así, existen transiciones de lo orgánico a lo psíquico y al contrario, o dicho de otra forma de lo visible a lo invisible, como afirma Jean Starobinski: *“En las pulsiones, el paso de lo somático a lo psíquico no es de orden perceptivo, la pulsión no es el eco o el registro del grito del órgano”* (1991: 365, T. II). En lo que sigue, intentaremos tematizar el concepto de cuerpo invisible para los nativos colombianos.

1. Cuerpo invisible: la sombra de la muerte

Todo cuerpo es un trozo de naturaleza, es un pedazo del mundo, pero en el caso de los cuerpos humanos estos se alejan de la naturaleza y del mundo mismo; hacerse humano, consistía y consiste en cobrar distancia de la naturaleza y del mundo. Bajo este principio, los cuerpos de los nativos eran invisibles para los conquistadores, ya que en su naturaleza no estaba la visibilización, por lo menos no a la manera que los conquistadores entendían. En nuestra tierra no encontraron personas cubiertas con ropa sino de universo, como lo afirma el mismo Colón: *“Y la gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticias andan todos desnudos. Hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar, con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen”* (Melo & Valencia, 1989: 24. T.I). De esta forma, el cuerpo era de la naturaleza y como tal se perdía en el mundo de la percepción, en el mundo mirado. No era una particularidad que sobresalía de la totalidad del paisaje, sino parte del paisaje natural.

Nuestros primitivos ocultaban sus cuerpos detrás de la estructura de la naturaleza, se hacían a ellos mismos invisibles, se camuflaban con fines prácticos, para no ser atacados por animales feroces o para cazar presas para alimento, lo que un lobo veía en otro lobo lo podía mirar en el cuerpo de nuestros nativos. Su invisibilidad corporal significaba una herramienta de supervivencia, por ello rescataban elementos de la tierra misma para prolongar sus propios cuerpos, es decir, pintaban su piel para hacerse más naturaleza, como lo relata Colón:

“De ellos se pintan de prieto, y de ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco, y de

ellos de colorado, y de ellos de lo que hallan, y de ellos se pintan las caras, y de ellos todo el cuerpo, y de ellos sólo los ojos, y de ellos solo la nariz” (Melo & Valencia, 1989: 20.T. I)

El oscuro los confundía con la tierra, el amarillo los camufla con el oro, lo mismo que el dorado, mientras que el blanco les da la transparencia de la claridad del día, cada uno de estos colores, que se desplegaba por la piel de los nativos reflejaba en el cuerpo su similitud con el mundo, el cuerpo se hace espejo de la naturaleza.

El oro en particular representaba para los cuerpos jerarquía, poder, superioridad. Un cuerpo entre más brille más dominio tiene en la comunidad de significantes inter-corporales, como lo expresa Jiménez de Quesada, que enuncia algunas características de los adornos de los cuerpos de los Chibchas, de los que iban a ser caciques, después de encerrarlos y azotarlos en una casas cerradas por varios años:

“Y salidos de allí pueden horadar las orejas y las narices, para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra. También traen oro en los pechos, que se los cubren con unas planchas. Traen también unos capataces de oro, a manera de mitras, y también los traen en los brazos” (Melo & Valencia, 1989: 69.T.I).

Los cuerpos en la invisibilidad de la brillantez del oro que los cubría era uno de los distintivos de los caciques de los Chibchas. El oro expandido en la extensión del cuerpo, atravesando las orejas y la nariz, para complementar la gestualidad del rostro, los pectorales que protegían el corazón, la fortaleza del guerrero, brillaba como haciendo frente al destino corporal de los nativos. El cuerpo hecho como el dios sol, brillando desde la altura que le daba el poder al cacique, el dios de luz transferido al cuerpo de los Chibchas, alcanzable para todo el mundo de los nativos.

No obstante, no sólo los caciques gozaban de significantes corporales, la naturaleza se trasladaba al cuerpo de los indígenas, en general, por ejemplo adornaban su cabeza con diademas de plumas como símbolo de altura, para connotar la proximidad al sol, mientras que las mujeres *“en las cabezas traen comúnmente unas guirnaldas hechas de algodón, con unas rosas de diferentes colores de lo mismo que les viene a dar enderezo de frente”* Así lo afirma Jiménez de Quesada, (Melo & Valencia, 1989: 68. T.I). La cabeza y en particular los cabellos conformaban, como en la actualidad con significantes diferentes, un símbolo de poder, de belleza y de erotismo. Es más, nuestros antepasados idolatraban su cabello como lo describe Castro de Posada: *“Todos, hombres y mujeres, eran*

idólatras de su cabello y el cortarlo les ocasionaba la más humillante afrenta" (1955: 147). El rostro mismo constituye el primer foco de encuentro entre los seres humanos, es lo primero que se nos da de la presencia del otro, y por ello es lo más sobresaliente en el encuentro en la mirada, quizá bajo esta lógica, intuitiva quizá para nuestros antepasados, era que el rostro era adornado y además pintado con plantas de achiote, jagua y chica. La búsqueda de la semejanza con la selva se expresa en el rostro de los antepasados.

En cuanto al cuerpo, eran muchas las comunidades que por su desnudez se confundían con la naturaleza, ya que no necesitaban una segunda piel. Ahora bien, esta característica de algunos de nuestros antepasados no se puede juzgar como ausencia de ropa para cubrir la dignidad, ya que no se puede carecer de lo que no se posee, es decir, no era una carencia en los cuerpos nativos como lo vieron los conquistadores, ya que los cuerpos recorrían la tierra colombiana como dios los trajo al mundo, como su madre los parió. De esta forma, nuestros ancestros no simbolizaban negativamente su cuerpo, y menos sus órganos reproductores. Para ellos, el cuerpo, en su totalidad, era una creación del dios sol y de la diosa luna, por ello la vergüenza no habitaba en los sentimientos de los nativos, por lo menos, no como producto del significado de su cuerpo. La piel del cuerpo era parte de la piel de la naturaleza, la naturaleza misma se expresaba y se expresa en la particularidad por medio de los cuerpos en general, las piedras, los árboles y los somas de los seres vivos. Así, la segunda piel de los españoles transita a los nativos por el sentimiento de vergüenza, por la morbosidad que ellos nos trajeron. Más que el vestido, nos trajeron la culpabilidad corporal, el deprecio por nuestro propio cuerpo. Este encuentro entre dos imágenes corporales, no es neutro sino cargado con intencionalidades perversas.

Los órganos reproductores han constituido un misterio que se expresa en el engendramiento de los cuerpos, en la prolongación de la especie, de hecho el término que se usa en el Génesis de la Biblia, es *toldot*, que se traduce como engendramiento. La iniciación y la prolongación del cuerpo de los seres vivos tienen su origen en los órganos reproductores, la reproducción tiene sus símbolos físicos y estos no son más que los genitales, de hecho, los órganos genitales son índices de los fantasmas de los cuerpos, son la fuente de la presencia de la ausencia de los nuevos cuerpos que pueblan y poblarán el mundo. Esta idea nace con la naturaleza de los seres vivos en general, pero intencionalmente en los seres humanos, así se expresa en nuestros nativos. De aquí que los pobladores de la tierra colombiana hayan ideado formas de proteger los cuerpos no nacidos a partir del cuidado de sus órganos reproductores, por esto muchas costumbres de nuestros antepasados ideaban formas de proteger su generación a partir de la protección de su reproductividad. Así los Darienes, los Quiriquiris del lago de Maracaibo, los

Tupes del Cesar, los Pantágoras del Magdalena, los Guayupes al pie de la Cordillera Oriental, entre otros⁴, acostumbraban atar el prepucio a la cintura con una cuerda, de cabuya u otras fibras vegetales, algunos con estuches de capullos, otros con el pene entre las piernas, otros, como los Darienes, con él en posición vertical, como símbolo de virilidad. Al respecto de estas costumbres nos dice Oviedo y Valdéz:

“El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndolo entrar tanto adentro, que en algunos no se les parece a tal arma, sino la atadura, que es unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andaban así, decían que porque aquello era su usanza, y era mejor traerlo así, que no suelto como los indios de la isla de Chira o como nuestros caballos” (1959: 299, III).

Parece ser que el uso de utensilios peniales y vaginales tuvo como origen la protección de la picada de los mosquitos o la entrada de peces urinofilos o de serpientes, otros creían que el contacto de los genitales con el agua los podía volver impotentes cómo lo narra Karsten (1935: 453-454), esto hizo que algunas comunidades, como los Caribes, avanzaran tecnológicamente hasta usar conchas o caparazones de moluscos, especialmente de los caracoles, para proteger su pene. Otros más avanzados, elaboran con metal de oro o de plata protectores peniales, así lo cita Patiño: “A raíz del viaje de Rodrigo de Bastidas al istmo de Panamá, llevó capturados, para mostrar en España, ‘ciertos indios morenos y desnudos, como todos los otros, así de las islas como de tierra firma, que traían cubiertas sus vergüenzas, con cañutos de oro en forma o figura de embudos’ (1993: 33). También se usaron otros elementos como frutos tales como el totumo y la calabaza, que les llamaban con el nombre de *peniestuches*, para proteger los genitales.

En el caso de las damas aborígenes, se tiene noticias que cubrían sus órganos con materiales tejidos con vegetales a los cuales se les llamaba: maures, pañetes, pampanillas, faldellines y rapacejos (Patiño, 1993: 38). Según nos cuenta Oviedo y Valdés:

“Cíñense un hilo tan delgado o menos como una pluma de escribir, o como un alfiler grueso, de algodón torcido; y desde la cinta baja por sobre el ombligo otro hilo no más gordo que el de una cinta, y aquéste pasa por mitad de la natura de la mujer y va a fenecer entre las nalgas, con un nudillo al cabo, con que entra

⁴ Estos datos como los que siguen, en este aspecto, son tomados del libro *Historia de la cultura material en la América equinoccial* de Víctor Manuel Patiño (1993).

en el purgatorio o parte más sucia de la persona; e si allí no quiere que entre, rebuja al cabo un poco el cabo del hilo y pasa adelante y quédase entre las nalgas” (1959: 12-13, III).

También era común en el Caquetá usar conchas, que les llamaban *zapa*, también los Guayupes aprovechaban tablillas de madera que ataban de la cintura, entre otros materiales estos eran los más usados para usar como “taparrabos”. En coherencia con estos datos, el significado que tenían los órganos genitales para nuestros ancestros era de delicadeza y engendramientos naturales tanto para quienes andaban vestidos de universo como para quienes cubrían, por protección, su intimidad.

El cuerpo, en general, representaba para nuestros aborígenes la exaltación de la naturaleza particularizada en las personas, por ello se resaltaba el cuerpo como un instrumento físico, que sobresalía en la generalización del paisaje que habitaban. Esta interpretación se puede defender con las costumbres de los nativos colombianos, por ejemplo, Fray Gregorio Arcila, al narrar las costumbres de los Ansermas, afirmaba que: “Ellos solían pintar el pecho, la espalda, lo mismo que las piernas con el sumo de fibras vegetales” (Agudelo, Luis E, 1983: 33). En cuanto a los Pijaos, nos dice Tobar (citando a Fray Pedro Simón): “en la guerra cubrían su pecho y el estómago con escudos gruesos e impenetrables, hechos con piel de danta” (1958: 49). Así el cuerpo constituye el rostro de la humanidad que se expone al medio de la percepción, por ello había que, inicialmente, embellecerlo, mostrarlo diferente a su naturaleza, ya que en su ser se muestra la debilidad de la piel, al camuflarlo con colores se expresa la fortaleza del cuerpo, lo mismo que la virilidad. Y en un segundo momento la protección del tórax es fundamental en el conflicto, en donde lo expuesto es el cuerpo mismo, en la guerra, nuestros antepasados eran crueles con el cuerpo de los enemigos. El otro, dejaba de ser un ser humano y pasaba a ser un cuerpo que había que lacerar, que había que destruir, que había que convertir en cadáver.

Existían otras costumbres que también nos muestran la idea de cuerpo, que tenían los habitantes de Colombia a la llegada de los conquistadores, tal es el caso de “los Karibes que se deformaban la pantorrilla en forma de huso y por medio de pito torcida y delgada” (Tobar, 1958: 125), este hábito nos muestra la necesidad de algunos nativos de simular la naturaleza con propósitos estéticos, ya que la belleza no estaba en la regularidad de los cuerpos, sino en la emulación con el mundo externo y el caminar de una manera singular. Esta costumbre aunada a la modelación del cráneo también la practicaron otros grupos de nativos: “Los Quimbayas tenían la costumbre de deformar intencionalmente, las extremidades inferiores y las superiores, lo mismo que el cráneo y se tatuaban el cuerpo con rodillos” (Betancourt, 1998: 127). Esta forma que tenían los nativos de ajustar el cráneo

desde chicos, instalando tablillas en su cabeza de manera permanente y con propósitos de alargamiento del cráneo de forma tubular erecta o tubular oblicua, o rectilínea, era con el fin de diferenciarse socialmente de otras personas. Estas modificaciones corporales implican un inconformismo, con la percepción cotidiana del cuerpo, implican la voluntad de ser diferentes, pero también implican el atrevimiento con lo que la naturaleza forma y la disposición a modificar el cuerpo mismo, sin importar o no tener en cuenta las implicaciones patológicas.

Los cuerpos no sólo tenían valor como órganos vivos, ya que aun la sombra de los muertos tenía mucha importancia para sus contemporáneos, lo cual se manifestaba en varios ritos que ejercían, tales como sembrar los cuerpos femeninos en la base de una edificación como lo cuenta Castro de Posada relatando las costumbres de los Chibchas: *“Las más bellas muchachas del imperio debían presentarse para atender el llamamiento que el monarca les hiciera, a fin de elegir entre todas a las privilegiadas, aquellas cuyos cuerpos habían de ocupar los fosos donde iban a colocarse los cimientos del templo o de la gran mansión”* (1955: 95). Esta era una forma de ganar la inmortalidad de su existencia, ya que su recuerdo era deificado en los cimientos de los templos, similar destino corrían los indios de más alta jerarquía:

“A los Zaques y nobles, en tierra de los Hunzas, les extraían las vísceras, ponían el cuerpo a secar a fuego lento, les llenaban el vientre de oro y esmeraldas, los envolvían en finas mantas, los adornaban con mitra, pectorales, collares, brazaletes, y demás joyas de oro y los conducían al templo del sol donde reposaban para siempre en sendas barbacoas” (*Ibíd.*: 115).

La sombra de la muerte recorría los caminos que se abrían como venas y arterias de nuestra tierra, es decir, convertían la existencia física en recuerdo. El cuerpo no terminaba con la desaparición de la vida, el otro y la otra seguían existiendo, como fantasmas, como almas. Frente a esta idea los nativos tenían su propia concepción, las almas, cuando brotan de los cuerpos muertos, emprenden un viaje hacia el centro de la tierra, atravesando por un río en una barca tejida con telas de arañas, en donde ocupan su lugar en coherencia con lo bueno o lo malo que se hayan comportado en la vida. No hay límites, entonces, para la existencia, sólo hay transformaciones de la materia, en la mente de nuestros antepasados, el otro y ellos mismos siempre han existido, ya sea como cuerpos físicos, o como almas divagando en el mundo invisible a los sentidos, pero visible en el mundo de los pensamientos. Esta idea la defiende Jiménez de Quesada, hablando de las costumbres de los Chibchas:

“Cuanto a la inmortalidad del alma creenla tan bárbara y confusamente que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir, si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos, es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que el acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo, porque le están dando muchos azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen que estos aunque han sido malos, por sólo aquello están con los buenos, descansando y holgando. Y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derecho a descansar y a holgar, por solo aquella voluntad que han tenido de ensanchar y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines” (Melo & Valencia. 1989: 71, T. I).

Bajo estos presupuestos, hay dos mundos, como mínimo, en el pensamiento de los Chibchas, el primero que es la prueba para ganar, el segundo que es el habitad de la eternidad. Hay privilegios que se ganan con el cuerpo de carne y hueso y que se premian con favores al alma. Es decir, que la gratificación era un llamado de la lejanía a los cuerpos para que se esforzaran, ya sea en guerra, con el encuentro en la piel del enemigo, es decir, en la destrucción de los otros, pero también en procreación de semejantes. La muerte y el engendramiento son los dos polos de puente que unen la vida física del cuerpo con la existencia pensada en el recuerdo, el cuerpo vivido con el cuerpo hablado. Quedar en el recuerdo significaba, ser testificado por sus hazañas, por sus proezas, por la valentía, pero también por la facultad de contribuir a la eternidad mediante el engendramiento.

De esta manera, podemos afirmar que el cuerpo físico tenía un valor más reducido que el cuerpo fantasma, o el cuerpo hablado, sin embargo hay una costumbre en los Chibchas, en donde el cuerpo aún después de muerto era usado en las batallas, como lo narra Jiménez de Quesada:

“En sus batallas tienen una cosa extraña, que los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos, les confeccionan el cuerpo con ciertas unturas, que queda todo el armazón entero, sin despedazarse, y a estos los traen después en las guerras, así muertos, cargados en la espalada de algunos indios, para dar a entender a los otros que pelean como aquellos pelearon en su tiempo, pareciéndoles que la vista de aquellos le ha de poner vergüenza para hacer su deber” (1989: 67-68, T. I).

Los significados de cuerpo con esta costumbre se revelan de una manera más evidente, el cuerpo del otro asido a la espalda del guerrero, le da fortaleza al guerrero mismo, y para la percepción del enemigo, no era enfrentar a un contrincante sino a dos, a dos cuerpos, un cuerpo doble, pero además esta imagen infunde temor, le anuncia, visualmente a los enemigos, las pocas oportunidades que tiene.

De esta forma, los nativos americanos ingeniaban formas de aprovechar a sus muertos, conservando el valor de los héroes caídos en batalla. La sombra de la muerte los acompañaba literalmente con el cuerpo de sus aliados a sus espaldas. El otro no desaparecía, seguía viviendo, seguía batallando, como un cuerpo útil o como un cuerpo instrumento para beneficio del grupo, no era un estorbo. El cuerpo del muerto constituía un símbolo de valor que transitaba al cuerpo vivo. Esta fusión entre cuerpo vivo y cuerpo muerto, representaba el valor del guerrero muerto advenido al cuerpo vivo. De forma similar, los guerreros se camuflaban con máscaras, algunas veces hechas con el rostro de los enemigos caídos en batalla: *"Usaban máscaras hechas con la piel del rostro de sus enemigos"* (Bedoya citado por Tobar, 1958: 47). El cuerpo del enemigo era utilizado como uno objeto, como una cosa, pero a la vez, con este hábito se le reconocía al otro caído en guerra su identidad, se presuponía que los enemigos identificaban a su propios amigos, es decir, eran los contrincantes vestidos con la piel de sus enemigos. El otro en uno o en el otro parece ser la búsqueda de los hombres primitivos, por lo menos en la guerra.

Esta misma simbología corporal se expresaba en la antropofagia, en este caso algunos grupos de indígenas colombianos consideraban que el alma se podía transmitir y la valentía de los enemigos se podía consumir en la carne de los otros:

"Esta abominable y salvaje costumbre, no sólo fue motivada por herencia, por la costumbre y la deleitación sensible, sino por el sentido mágico que en el mismo acto pretendían hallar o que en ello se imaginaban incorporar el valor y cualidades positivas de sus víctimas que en el jugo de sus carnes se transmitía" (Tobar, 1958: 43).

La búsqueda de formas para incorporar al otro, para apresar al otro en uno, ya sea mediante el embalsamamiento, o la imitación con el rostro de otro, o consumiéndolo, es la misma: ganar algo que el otro posee, en las dos primeras es algo que trasciende la carne, pero en la tercera costumbre es precisamente el cuerpo lo que se consume, y aunque el canibalismo no se puede justificar bajo nuestra cultura, es posible comprender un poco tal actividad cuando se

efectúa con creencias de por medio, tal y como lo han hecho muchas culturas, en sus inicios, el peligro es caer en el desenfreno frente a la antropofagia. Como en caso de los Pijaos, según nos cuenta el Capitán Diego de Bocanegra:

“Son guerreros animosos, y por naturaleza rabiosos, crueles, inhumanos, comen carne humana, y gustan de ella más que de otra comida. En los tiempos pasados, que había gran número y cantidad de indios en los valles de Saldaña, Neiva y su comarca tenían y usaban los indios Pijaos carnicerías públicas de carne humana y se vendían los unos a los otros los cuartos de los indios y muchachos cautivos, como entre nosotros los de vaca y ternera” (Melo & Valencia, 1989: 144, T. 1).

La sombra de la muerte ronda la vida de nuestros antepasados, como lo hace en la actualidad, pero con prácticas diferentes, desde su forma de vestir para algunos, hasta la desnudez de los cuerpos, desde querer consumir al otro, literalmente, hasta apropiarse de los cuerpos ajenos por medio de su soma o su rostro. Los cuerpos invisibles, y la perpetuación hablada de los cuerpos es una permanente en la historia de nuestros antepasados tal y como lo narran los historiadores de la época de la conquista. Así el cuerpo es fundamental para la percepción de los mismos nativos, tanto que hasta las casas mismas tenían este símbolo, como en el caso de los indios del Amazonas, como lo narra Tobar: *“Cada Maloca que se construye y se habita representa el cuerpo de la madre ancestral en posición de dar a luz, por su parte frontal nace la humanidad, hacia el patio la creación, espacio abierto del almacenar”* (1958: 74). Sin embargo, el cuerpo también podía ser intervenido, en su conformación biológica, como lo veneremos en lo que sigue.

2. La intervención corporal

El cuerpo, por el sólo hecho de ser un entidad orgánica, ya está expuesto a los devenires de la naturaleza. El cuerpo es un sistema semi-abierto y auto-controlado, que transforma la energía liberada de la naturaleza en energía cinética, en otras palabras, la vida de los cuerpos es tal porque intercambiando material, constantemente, con la naturaleza, toma de ella nutrientes y los convierte en movimiento, por ello el cuerpo es una entidad móvil en la naturaleza, pero por ello, también, los cuerpos orgánicos pueden en cualquier momento desestabilizarse, no sólo por influencia de la naturaleza, por ejemplo, con la escasez de alimento, de agua, de luz, sino por conflicto con otros cuerpos en el mundo de la vida. En sentido estricto, todo cuerpo puede producir un cadáver en cualquier momento, ya sea por enfermedad,

por heridas o sólo por vejez. Es más, todo ser humano, y por extensión todo ser vivo, siempre anda con la sombra de la muerte incorporada en su ser.

La naturaleza era ejemplo de nacimiento, padecimiento y muerte, es decir, que no era difícil deducir la debilidad del cuerpo, como parte del mundo mismo. Bajo este principio de conciencia nacen los conceptos de cuidado, restauración y asistencia corporal, para lo cual, nuestros antepasados desarrollaron medicamentos con las plantas:

“Las utilizaban sometiéndolas a maceración y las aplicaban en cataplasmas, como desinflamantes, cáusticas o hemostáticas; también las empleaban en cocción, en infusión, en evaporación o inhalación. Sabían cuándo el zumo o la cocción de una planta que podía ser venenosa al tomarla por la vía digestiva, podía ocasionar un gran alivio al aplicarla por la vía rectal [...]. Sabían dosificar el veneno para sus flechas y lo empleaban en cantidad que quitara la vida o que produjera la inconsciencia, o la inmovilidad de los miembros, temporalmente” (Castro de Posada, 1955: 84).

De esta manera la idea de cuerpo, tanto propio como ajeno que habitaba en la mente de los nativos era de un cuerpo débil ante el mundo, pero con posibilidades de restauración mediante la intervención intencional, por medio de elementos externos al cuerpo mismo.

Los cuerpos de los aborígenes, como en la actualidad, se jugaban su existencia entre estar bien y estar mal, entre las perturbaciones y las armonías corporales, entre lo patológico y lo normal o, si se quiere, entre la salud y la enfermedad; y como todo ser humano, siempre busca estar bien, en armonía consigo mismo, normal, es decir, saludable. La salud, en este sentido, es como lo afirma Canguilhem citando al cirujano Leriche: “*La salud es la vida en el silencio de los órganos*” (2005: 63). Podemos suponer, con lo dicho, que la enfermedad era invisible y sólo se aparecía a la conciencia del cuerpo de los nativos en la medida en que sus órganos se hicieran sentir, en la medida en que su cuerpo se le manifestara con sensaciones de molestar al pensamiento, en la medida en que los órganos hablaran a su cuerpo, por medio del dolor, de la sangre o de la restricción de las actividades cotidianas. Así, padecer una patología, sólo era posible en la medida en que el cuerpo pasara de un estado de armonía a un estado de anormalidad, de tal manera que en la medicina de los nativos, se intervenía el cuerpo, la mayoría de las veces, cuando éste le gritaba en términos de dolor⁵ o sangre al sujeto portador de tal irregularidad.

⁵ Con relación al dolor en el contexto de la existencia, en mi libro *Ética: la mejor forma de ser hipócritas. La máscara de la realidad*, editado por la UAM en 2005, profundizo sobre este tema.

La experiencia de dolor ha acompañado a los seres humanos en toda su existencia, pareciera que con el solo hecho de ser, ya es suficiente para estar expuestos al dolor, sin embargo, la forma como se entiende éste en cada época y en cada cultura es diferente, hay culturas que sacralizan esta sensación de malestar y otras que lo asumen como un castigo. Los significados pueden ser múltiples pero el dolor es uno sólo –por lo menos a nivel biológico–. De esta manera el dolor representa la individualidad, no sólo del cuerpo humano como cuerpo entre los cuerpos sino de las fracciones o partes del cuerpo, ya que el dolor puede ser localizado, y se puede identificar como alteración corporal. De esta forma, para nuestros antepasados esta sensación tiene mucho significado, tanto que lo plasmaron en estatuillas zoomorfas como lo afirma el profesor Betancourt:

“En la costa de Tumaco es notable la alfarería por la riqueza y variedad de formas zoomorfas y antropomorfas, destacándose, principalmente, el realismo y la expresividad del rostro humano: emociones, como la alegría, el temor, dolor, duda o asombro fueron artísticamente verdaderos retratos, comparables con la cerámica de los Mochica del Perú” (1998: 135).

La sangre es otro elemento que enuncia el bienestar del cuerpo, pero también la alteración del mismo. Este fluido, que tiene su origen en el cuerpo y recorre cada uno de los fragmentos del mismo, es parte del cuerpo, y cuando brota de él es presagio de enfermedad, como lo muestran los aborígenes, sobre todo en las mujeres y su condición natural. Este pasaje menstrual fue simbolizado de una manera negativa, a tal punto que a las mujeres había que exiliarlas en los días de la primera menstruación, como ritual de inicio de la pubertad, como lo muestra el profesor Betancourt (1998: 56): “Entre los Guajiros, por ejemplo, tras un monacal corte de cabello, las pequeñas permanecen acostadas en un chinchorro, colgadas casi contra el techo de la casa, sin moverse y sin ingerir otra cosa que chicha sin azúcar”. En otros casos, como los indios de Cali, dice el mismo autor, citando a Juan de Castellanos, se edificaba al lado de las chozas otras más pequeñas para aislar a las mujeres menstruantes, allí las mujeres no podían tener contacto con nadie, durante el tiempo que de su cuerpo brotara el elixir de la vida.

De esta manera la sangre en general, enuncia los estados corporales, y aun en casos naturales como la menstruación, ella implica simbolismos que hacen que se diferencien los géneros, lo cual debió haber sido una pregunta clásica, de nuestros nativos, ¿por qué la sangre brota del sexo femenino, y no de masculino? De cualquier manera este elemento plástico, no pasa desapercibido, es una muestra de vivencia, de salud pero también de enfermedad, puede ser

un mal presagio, pero también la esencia de la vida, para nuestros nativos. La sangre constituyó un elemento cargado de posibilidades destructivas, ya que ella mezclada con otros elementos despreciables por sus efectos, hacía parte de la receta del veneno, para los Caribes, que se usaba para aniquilar las presas en caza o al enemigo en la guerra, como lo narra Fray Pedro de Aguado (Melo & Valencia. 1989: 36, T. I), texto que reproducimos en su totalidad por la curiosidad de la receta:

“En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas Caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos y todas las arañas que pueden haber de un género que hay, que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas y si tienen algunos compañeros de hombres los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta lo que vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe y después de esto toman algunos sapos y tiénelos ciertos días encerrados en algunas vasijas sin que coman cosa alguna, después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto atados con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en el medio de la cazuela tirante sin que pueda menear de una parte a otra y allí una vieja le azota con una varilla hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por este orden van pasando todos los sapos, que para efecto tienen recogidos y desde que sea recogido el sudor de los sapos que les pareció bastante júntanlo o échanlo en un vaso donde están ya podridas las culebras o las demás sabandijas y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosas que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y lo menean todo junto y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño”.

Pero la sangre también era tomada como alimento del mundo de la inteligencia, como el elixir de la vida, así lo muestra Castro de Posada en *El pasado aborigen*, hablando de los Chibchas recuerda que:

“La sangre, elemento plástico por excelencia, principio constituyente de la leche alimenticia y del germen de la vida, era juzgada como al alma misma de los organismos. La sangre, decían nutre la vida de la naturaleza hasta en las plantas y los espíritus. Algunos pueblos bebían sangre porque les daba la inteligencia y la sensibilidad” (1955: 69-70).

Así la sangre producida y acumulada en los cuerpos, al brotar de ellos, también era símbolo de alimento, era la urdimbre de la vida y con ella se trasmitía la vida misma. Sangre, vida y cuerpo, son una tríada de elementos que siempre han existido en la naturaleza humana y de esta manera se interpretan de diferentes formas, pero siempre en relación, la sangre habita en el cuerpo para producir la vida, pero esta misma, como lo veíamos, también puede acabar con la existencia.

Otras formas de restauración corporal, se daban mediante la intervención del cuerpo por medio del uso de plantas que si bien podían curar también podían envenenar, aquí parece que nuestros antepasados tenían mucho conocimiento, sobre el efecto de las yerbas en el cuerpo humano, al respecto cuenta Bernardo de Vargas Machuca:

“Si alguien fuere herido con yerbas, lo mejor y más seguro es cortar toda la carne que comprendía la herida [...] Si la herida entre ellos cayere se raerán con la uña y limpiarán luego para que no quede infeccionada de la yerba, que esto saben bien hacerlo los indios amigos” (Melo & Valencia 1989: 59-60.T.I).

Aquí se expresa claramente la seguridad de los nativos en la intervención en el cuerpo y la posibilidad de las amputaciones como medio de salvar la vida del cuerpo en pos de la partes del mismo. De forma similar se muestra en esta cita la posibilidad de la transmisión de patología y la necesidad de la asepsia como proceso de bienestar corporal.

Este mismo autor, muestra el uso que nuestros antepasados hacían de la masa de harina de maíz tostado, para combatir la infección y estancar la salida de la sangre de las heridas; para matar el veneno que corre por la venas también es bueno el zumo de triaca, o de bencenuco, o una almeja de río molida y desleída en agua o chicha, entre otros elementos. En este mismo sentido nos narra Jiménez de Quesada (1989: 69) el uso que hacían los Chibchas del hayo, que crece en las costas del mar, para purgarse y limpiar su organismo. Hay otros ejemplos sobresalientes en las costumbres de nuestros nativos, para la restauración corporal, tales como, el uso de estimulantes, las enfermedades de los ojos, la manía de consumir tierra y piedras para afirmar los dientes, entre otros. Estas maneras y elementos para intervenir en el cuerpo, nos muestran que el concepto de soma que tenían nuestros nativos era profundo sobre la anatomía y la fisiología del mismo, así haya sido de una forma empírica, ya que la efectividad de sus aplicaciones e intervenciones, según Bernardo de Vargas Machuca, era buena y se lograba el efecto esperado.

El cuerpo, para nuestros antepasados, no era una identidad terminada por la naturaleza, ni por los dioses, sino un elemento vivencial que acompañaba todas las circunstancias de nuestros pobladores. Y como fundamento de las vivencias podía moldearse a la manera que la naturaleza lo exigiera. Así los cuerpos podían ser sanados con plantas o con rezos o acribillados a flechazos, podían padecer dolor y sufrimiento, supurar sangre como símbolo de vida; se podía intervenir en los cuerpos a voluntad de quien lo portaba o de otros. El cuerpo era reconocido como un elemento orgánico, inacabado, expuesto a los movimientos de la naturaleza salvaje, por esto la vida habitaba en el cuerpo, pero de forma pasajera ya que los límites del cuerpo no eran los límites de la existencia, en este sentido la vida superaba, en tiempo, al cuerpo. De esta manera el cuerpo que los habita no era algo diferente a la naturaleza, para nuestros antepasados, todo estaba en lo uno corporal y lo uno corporal estaba en el todo, por ello creían que podían intervenir en su cuerpo pero también en el mundo como en el sol y los estados climáticos, como lo narra Gutiérrez de Ovalle (Melo & Valencia, 1989: 148 T.I), relatando las costumbres de los Colimas:

“Cuando tienen voluntad y querían que el sol abreviase su jornada y corriese más que corre a encerrarse en su ocaso, codicioso de la noche, aunque sea de mañana, por dormir o no trabajar ponerse a mirarle y a soplarle muy a prisa arrancándose las pestañas y las cejas de los ojos y arrojándose las con aquellos antojos, y creen que basta esto a hacer fuerza al sol para que se sujete a su querer desatinado. El mismo rito y ceremonia tienen y observan contra los aguaceros y tempestades, imaginando que con soplos de su aire han de resolver las aguas y detener los vientos”.

3. Conclusiones

No son pocas las categorías que aparecen cuando uno quiere mirar el descubrimiento del cuerpo en el descubrimiento de América. Categorías como el erotismo, la estética en los adornos corporales, la motricidad, la magia o el poder de la palabra en las representaciones de cuerpo, la hechicería, entre otros, son conceptos que no aparecen en este trabajo de manera explícita, pero que de alguna manera, no son obviados del todo; por lo menos hay conciencia de que ello existía en los tiempos de nuestros antepasados. De cualquier manera los tres elementos que hemos seleccionado en este trabajo, pretenden dar la idea inicial que del cuerpo tenían los nativos colombianos a la llegada de los conquistadores, que bien puede servir como referencia endógena de nuestras costumbres, como referente al surgimiento de la percepción del

cuerpo que nace de nuestras necesidades y condiciones naturales, anhelos, valores, creencias y sentimientos que los antepasados vivieron en nuestra tierra.

Bajo estas advertencias tenemos que decir, en primer lugar, que los cuerpos de nuestros antepasados eran percibidos por los conquistadores como semejantes a los suyos, en cada cuerpo resplandecía la semejanza que se develaba en la concepción de los nativos mismos, como herederos del resplandor del sol y la luna, éstos creaban las aguas la diosa *Sie*, que acompañaba toda la existencia de los seres humanos, desde su nacimiento hasta su fin corporal. De esta manera el cuerpo era símbolo de la forma o configuración de los dioses, es decir, que las primeras representaciones del cuerpo de los nativos nacen de la idea de los cuerpos de las deidades, de tal manera que lo mortal hacía parte de lo inmortal, que la carne hacía parte del espíritu de la naturaleza o, dicho en otros términos, lo oscuro resplandecía como imitación de la luz.

Por otra parte, los cuerpos de los nativos no se diferenciaban de una manera específica del paisaje natural, por ello muchos de los nativos andaban desnudos y otros cubrían su intimidad por factores de salud; de esta manera hay un choque entre la imagen que tenían los conquistadores de su propio cuerpo y los cuerpos que encontraron en nuestra tierra, nuestros cuerpos eran invisibles, para el mundo de la civilización. Sin embargo en las costumbres de usar taparrabos, protectores, objetos peniales y vaginales se expresa el interés de nuestros antepasados por la reproducción, simbolizándose a sí mismo como cuerpos del engendramiento. También los cuerpos transitaban a los otros como la sombra de la muerte, en forma de cuerpos preservados y usados en la guerra o el desgarramiento del rostro del otro para hacer máscaras, o lo más común mediante el canibalismo. El cuerpo seguía siendo después de muerto, los cuerpos invisibles se transformaban en sombras que los nativos utilizaban para sus propósitos.

Y por último, el cuerpo se representa para los nativos como un elemento vulnerable en la naturaleza, se expresa al mundo como saludable o enfermo por medio del dolor y la sangre. Ambos lenguajes del soma muestran cómo el cuerpo podía ser intervenido con medios físicos para fines determinados para su restauración o destrucción. De cualquier manera, la representación de cuerpo que connota estas intervenciones muestran que el cuerpo podía ser modelado al capricho de los nativos, de tal manera que el cuerpo no era de una vez y para siempre, sino un proyecto que está en continuo cambio, en continuo progreso, es decir, que es un cuerpo abierto al mundo de las circunstancias y no un cuerpo cerrado por capricho de los dioses.

Bibliografía

- AGUDELO, Luis E. (1983) *Génesis delo pueblo Caldense*. Manizales. Imprenta departamental. Biblioteca de escritores caldenses
- BETANCOURT PATIÑO, José Colombano. (1998). *Cultura precolombinas colombianas, arquitectura, cerámica, orfebrería, folclor*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- CANGUILHEM, G. (2005). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- CASTRO DE POSADA, Elvira. (1955). *El pasado aborígen*. Buenos Aires: Stilcograf.
- FEHER, Michel; NADDAFF Ramona & TAZI, Nadia. (1991). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Tomo II. Madrid: Santillana.
- KARSTEN, Rafael (1935). *The head-hunters of Wester Amazonas. The Life and Culture of the Jibaro Indias of Eastern Ecuador and Peru* Centraltrickeri och Bokbinderi
- MELO, José Orlando & VALENCIA LLANO, Alonso. *Reportaje de la historia colombiana*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- OVIEDO Y VALDÉZ, Gonzalo F (1959) *Historia general y natural de las indias*. Madrid. Ediciones Atlas Graficas Orbe
- PATIÑO, Víctor Manuel. (1993). *Historia de la cultura material en la América Equinoccial*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo. (1989). "Colombia indígena, periodo hispánico". En: JARAMILLO URIBE, Jaime. *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- TOBAR V. José Miguel. (1958). *Los Pijaos sus ascendientes y antecedentes*. Bogotá, Colombia. Pontificia Universidad católica Javeriana.
- VANEGAS GARCÍA, José Hoover. (2001). *El cuerpo a la luz de la fenomenología*. Manizales, Colombia: UAM.
- _____. (2005). *Ética: la mejor forma de ser hipócritas. La máscara de la realidad*. Manizales, Colombia: UAM.

DINÁMICAS GEOMORFOLÓGICAS DE PIEDEMONTES Y PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS EN EL MAGDALENA MEDIO CALDENSO*

MARIO ALONSO BERMÚDEZ RESTREPO**

Recibido: 15 de agosto de 2010
Aprobado: 25 de septiembre de 2010

Artículo de Investigación

* El artículo es resultado de la investigación: “Preservación y salvamento de sitios arqueológicos amenazados por riesgos geológicos en la Cordillera Central colombiana”, Fase 1, financiado por la Vicerrectoría de Investigaciones y Postgrados de la Universidad de Caldas.

** Antropólogo, Profesor-investigador del Departamento de Antropología de la Universidad de Caldas. Director del Grupo de Investigación en Geoarqueología –GIGA– y coordinador del área de Arqueología de la misma universidad. E-mail: mario.bermudez@ucaldas.edu.co

Resumen

El contexto del paisaje arqueológico se compone de diferentes unidades que incluyen entre otras el relieve, las coberturas vegetales, minerales y el imaginario construido por los diferentes grupos humanos que ocuparon una región. En este artículo se propone hacer un análisis de la influencia que los procesos geomorfodinámicos y pedogenéticos tienen en los desarrollos y cambios en la micro geomorfología y los estratos de sitios arqueológicos, definidos como paisaje contextual, que son resultado de la Fase 1 del programa de investigación: "Preservación y salvamento de sitios arqueológicos amenazados por riesgos geológicos en la Cordillera Central colombiana".

Se analizan las dinámicas de los piedemontes de la Cordillera Central en el valle medio del río Magdalena y cómo han transformado el paisaje, a tal punto que los análisis de variables arqueológicas necesitan de nuevos datos para la interpretación en áreas regionales.

Palabras clave: geoarqueología, paisaje, geomorfodinámica, transformación de yacimientos.

GEOMORPHOLOGIC DYNAMICS OF FOOTHILLS AND TRANSFORMATION PROCESSES OF ARCHAEOLOGICAL SITES IN THE CALDAS MIDDLE MAGDALENA.

Abstract

The context of the archaeological landscape is composed by different units which include, among others, relief, vegetation covers, minerals and the imaginary constructed by different human groups who occupied a region. In this article we propose an analysis of the influence geomorphodynamics and pedogenetics processes have in the development and changes in the microgeomorphology and the strata of archeological sites, defined as contextual landscape, which is the result of Phase 1 of the research program "Preservation and Rescue of Archeological Sites Threatened by Geological Risks in the Colombian Central Range."

The dynamics of the foothills of the Central Andes Range in the mid valley of the Magdalena River are analyzed, as well as the manner in which they have transformed the landscape to the point that the archaeological variables analysis needs new data for interpretation in regional areas.

Key words: geoarchaeology, landscape, geomorphodynamic, site transformation.

Introducción

Los datos, análisis e interpretaciones que se presentan en este artículo son tomados de los resultados de varias investigaciones en las que el autor ha participado y que fueron recopiladas con el fin de analizar las dinámicas de piedemontes, como zonas activas que presentan cambios geomorfológicos mesoescalares, que a su vez afectan de manera significativa los registros arqueológicos. El desarrollo de la investigación que origina este artículo tomó como mena principal, los datos arrojados en el área de los piedemontes occidentales de la Cordillera Central colombiana en inmediaciones del municipio de Victoria, en el Magdalena Medio caldense, donde se lleva a cabo el programa de investigación sobre: “Preservación y salvamento de sitios arqueológicos amenazados por riesgos geológicos en la Cordillera Central colombiana”, y que es financiado por la Vicerrectoría de Investigaciones y Postgrados de la Universidad de Caldas.

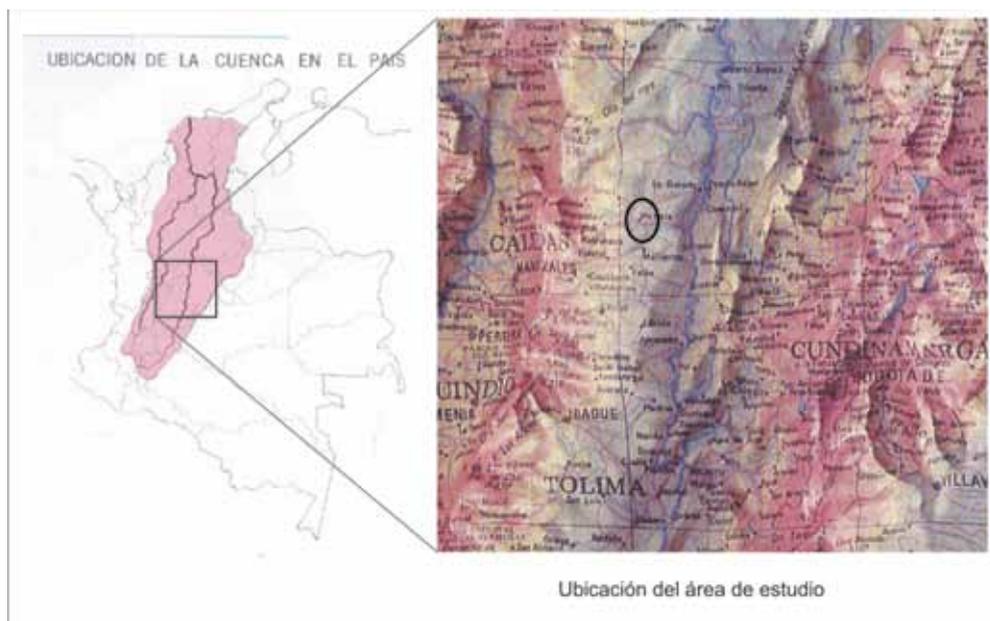


Figura 1. Localización del área de estudio.

En esta región se analizó un área de muestreo de 25 km², que se considera representativa del piedemonte hasta ahora prospectado. Esta unidad se

dividió en dos grandes sitios, denominados dentro de la investigación como complejos 1 y 2 o sitio Casanguillas 1a y sitio Casanguillas 1b, que están situados al pie de la cuchilla de San Mateo, al norte del municipio, separados por la cuenca de la quebrada Casanguillas. Los complejos están limitados por el norte con el río Purnio y por el sur con la quebrada Cascajillo.

Los yacimientos reconocidos y analizados, un total de 44 áreas consideradas como domésticas, se pueden correlacionar con ocupaciones humanas tardías previas a la Conquista española, esto con base en las colecciones cerámicas y líticas recuperadas en las prospecciones arqueológicas y que han sido vinculadas tecno-estilísticamente con otros yacimientos en la región (Marulanda, 2009; Marín & Gutiérrez, 2010).

Los complejos 1 y 2 se califican como dos unidades separadas únicamente desde el punto de vista metodológico, en las labores de trabajo de campo, pero vistas desde el análisis arqueológico se concluye que no hay una clara división entre ellas, por lo que las consideramos como una única ocupación.

Metodología

Aunque la discusión sobre qué es la geoarqueología como subdisciplina de la ciencia arqueológica no es el centro de este artículo, creo que es necesario poner en escenario que, siguiendo a Butzer (1989), el término no se refiere a geología arqueológica ni arqueología geológica, es más bien la conjunción entre los métodos y técnicas de las ciencias de la tierra, que sirven como herramientas para el análisis de contextos arqueológicos, no estando de acuerdo con lo que proponen Goldberg & Macphail (2007), quienes no ven necesario diferenciar entre las tres, sino que las sitúan bajo la misma rúbrica.

Vista desde la primera perspectiva, la geoarqueología pretende analizar el contexto arqueológico con ojos multidisciplinarios, queriendo principalmente reconstruir los procesos de formación, transformación y destrucción de yacimientos y paisajes, de modo que sirvan para la interpretación de la interacción entre la especie humana y su entorno, en otras palabras entre cultura y espacio físico.

Es por esto que el diseño metodológico de esta investigación se planteó desde la geoarqueología. No creo que haya una mejor forma de controlar la escala y que permita viajar desde el análisis y la lectura de los paisajes (entendido como el análisis fisiográfico), el análisis de la estratigrafía (tanto de los sitios arqueológicos excavados como de áreas circunvecinas a diferentes escalas) y

las características fisicoquímicas de los suelos, hasta la dilucidación del uso humano de la tierra en el pasado.

La geoarqueología

La geoarqueología, integrando procedimientos de análisis de las geomorfodinámicas, análisis geoquímicos de suelos y sedimentos, lecturas estratigráficas, aplicación de métodos geofísicos, entre otros, permite explicar, de una manera muy aproximada, los procesos de formación, transformación y destrucción de los yacimientos arqueológicos. Además, en una escala mayor, deja ver las respuestas que los sistemas medioambientales han generado a partir de las presiones que los grupos humanos han ejercido sobre ellos a través del tiempo. De otro lado, ésta permite identificar algunas de las modificaciones (en muchos casos irreversibles) sobre los ecosistemas regionales causadas por la actividad humana en el pasado (Dincauze, 2000).

El ser humano, como especie que se adapta y modifica su entorno, es uno de los agentes geomorfodinámicos más efectivos y en algunos casos es destructor directo o indirecto de medioambientes locales y regionales. Las consecuencias de las actividades humanas, específicamente en cuanto a lo que tiene que ver con el uso del suelo, no quedan reflejadas únicamente en los yacimientos. Algunas actividades, como la agricultura intensiva o extensiva, la minería, el pastoreo o los asentamientos nucleados, pueden generar cambios mesoescalares en las geoformas¹. El poder de alteración del hombre es el resultado de una relación recíproca con su hábitat, relación que se observa de un lado en el yacimiento y del otro en el paisaje que lo circunda y le sirve de contexto.

Por estas razones, Butzer propuso que el medioambiente debe ser visto, y utilizado, por quienes estudiamos el pasado, como una variable, más que como una constante, ya que el medioambiente es el principal componente del contexto del registro arqueológico. También, sugiere que el contexto en arqueología *“implica una trama espaciotemporal de cuatro dimensiones susceptible de incluir tanto un medio cultural como un medio no-cultural y de aplicarse tanto a un solo artefacto como una constelación de yacimientos”* (1989: 4). Siguiendo esta orientación, los análisis fisiográficos deben estar de acuerdo con un “contexto” inicial, que puede ser redefinido en concordancia con las necesidades del proyecto o programa de investigación.

¹ Estos rasgos mesoescalares pueden ser detectados desde el análisis aerofotogramétrico y en algunos casos desde las imágenes satelitales, los más sobresalientes se observan desde la primera lectura del paisaje, aunque algunos pueden ser evidencias de actividades modernas o contemporáneas que pueden confundir al ojo no entrenado en su detección.

Para los análisis fisiográficos, los paisajes se definen como resultado de la interacción del clima (temperatura, humedad, insolación y viento), el material parental (sustrato geológico), la edad y las poblaciones bióticas (mónera, protistas, flora y fauna) (Espinal, 1992). En general los paisajes se ven afectados, en sus aspectos externos, por los agentes de la geomorfología local y regional, ésta a su vez es producto de la interacción de las estructuras internas con los procesos de meteorización, transporte y deposición. En sus aspectos internos, los paisajes se ven influenciados por procesos de diferente magnitud, que van desde el reacomodamiento de las placas hasta movimientos locales de eluviación.

Descripción geológica

La geología del área de estudio es importante. Por un lado, para la definición de los paisajes internos, que pueden dar pistas sobre los materiales utilizados para la elaboración de artefactos arqueológicos. Y por otro lado, porque este sustrato sirve de material parental a los suelos, que son generalmente la matriz de los sedimentos que contienen las evidencias del uso de la tierra, por parte de las sociedades presentes y pasadas. Debido a que se quiere hacer un análisis comparativo en la región, es necesario hacer la descripción de esta a un nivel semidetallado.

El municipio de Victoria se encuentra sobre cuatro formaciones geológicas predominantes: esquistos, cuarcitas y mármoles de edad paleozoica, migmatitas y anfibolitas de la misma edad en las vertientes, rocas sedimentarias de edad terciaria compuestas principalmente por conglomerados, areniscas y pocas limolitas y arcillolitas que conforman la formación Mesa, y finalmente depósitos cuaternarios no consolidados en las vegas de los ríos y quebradas. En el área de estudio, al norte de la cabecera municipal, el paisaje geológico predominante son redepositaciones de anfibolitas y migmatitas sobre las rocas sedimentarias debido a los procesos de desprendimientos masivos del piedemonte de la cordillera (Corpocaldas, 2001).

Composición y dinámica geomorfológica y climatogenética

El macropaisaje, o lo que podríamos considerar el gran paisaje, está conformado por el valle interandino del río Magdalena, que corre de sur a norte encajado entre las dos cordilleras (Central y Oriental) y los valles interandinos, transversales, que irrigan la cuenca media específicamente en su sector sur (Figura 1).

El área presenta un clima muy cálido húmedo, ya que se encuentra por debajo de los 800 m de altura sobre el nivel del mar. La zona de vida predominante es de Bosque Húmedo Tropical (bh-T), aunque existen zonas muy áridas como pequeños parches que, en los veranos prolongados, avanzan sobre los pastizales. Las precipitaciones muestran dos épocas marcadas de lluvias entre finales de marzo y principios de junio y entre Septiembre y Noviembre, las demás épocas se consideran secas, mostrando un pico elevado de bajas precipitaciones en los meses de febrero y julio, aunque se presentan lluvias torrenciales esporádicas (IGAC, 1985).

Las laderas que sirven de respaldo al valle erosional, han sido talladas por la influencia del río en sus afluentes durante millones de años. El proceso está relacionado directamente con la orogénesis de ambas cordilleras, en las que la influencia de la duración efectiva de un fenómeno de este tipo (que puede ser entre 1 y 3 millones de años), puede persistir en la red de drenaje durante más de 5 millones de años debido a la inestabilidad creada (Ahnert, 1998). Los principales fenómenos geomorfodinámicos son las remociones en masa, flujos de escombros y/o de lodo y volcamientos, que producen, entre otros, represamientos en los ríos y quebradas que, con los posteriores rompimientos de los diques, generan avalanchas de diferentes magnitudes.

El sistema de fallas ayudó a la red de drenaje a excavar las laderas antiguas diferencialmente creando escalones a distintas profundidades, de acuerdo con la dureza del sustrato geológico. Los procesos de meteorización que modifican la resistencia de los materiales parentales, pudieron causar movimientos masivos en estas zonas. La diferenciación espacial en el tipo e intensidad de estos procesos, es decisiva para el desarrollo de las formas y la generación de laderas irregulares de diferentes pendientes.

En el mesopaisaje predominan los valles intermedios y menores, que en su mayor parte los formaron ríos y quebradas que se orientan oeste-este. En sus cuencas altas presentan valles en V profundos, con procesos erosivos acelerados y de magnitud considerable, mientras que en sus cuencas bajas discurren por una topografía ondulada a plana, formando valles amplios con cursos meándricos, que por lo general en las épocas lluviosas anegan sus vegas. De otro lado, se pueden describir los paisajes de piedemonte, los cuales se dividen en: laderas erosivas del piedemonte, depósitos de piedemonte, terrazas disectadas y depósitos de vega.

Las laderas erosivas del piedemonte de la Cordillera Central, son principalmente los frentes de erosión que limitan el fondo del valle y las extensas vertientes de la cordillera. Los eventos más comunes en ellas son la

erosión remontante de diferente magnitud y los movimientos en masa, flujos de escombros de distinta gradación. Sus pendientes y la profundidad de los saprolitos varían de acuerdo a los procesos de meteorización, remoción, transporte y depositación, que en algunos casos suavizan los escarpes. En estos últimos y las laderas de pendientes fuertes, se conservan aún algunos bosques en sucesión secundaria, relativamente intervenidos, en los que abunda la fauna silvestre. Las pendientes suavizadas por los procesos mencionados, dejan áreas topográficamente aptas para el asentamiento y el uso agrícola no intensivo.²

Los depósitos de piedemonte se encuentran situados bordeando y limitando las laderas erosivas, tienen diferentes formas, desde abanicos gradados hasta depósitos caóticos amorfos. En general la gradación es media, están compuestos de detritos de diferentes tamaños y composición. Los procesos postdeposicionales de escorrentías permanentes y no permanentes, han modelado estos depósitos conformando geoformas onduladas a quebradas, poco profundas, en las que las fuentes continuas se han encajado y en algunos casos forman pequeños cañones de paredes escarpadas. Tanto en las líneas de escorrentía como en los cañones de las quebradas, se han desarrollado asociaciones vegetales de tipo galería en distintos desarrollos de sucesión.

Las terrazas disectadas se sitúan en la zona plana del valle, son terrazas de edad cuaternaria depositadas por las paleofuentes y las fuentes actuales, las más antiguas fueron y son talladas o remodeladas por los procesos geomorfológicos de remoción por escorrentía y erosión superficial de tipo laminar.

Algunas de estas terrazas se vieron en el pasado como colinas bajas, en algunos casos redondeadas o con cimas planas. Son aptas para el asentamiento humano, cuando se encuentran cerca a las fuentes permanentes. Estas geoformas son usadas actualmente para el pastoreo extensivo, ubicación de asentamientos, y en las terrazas bajas, que lindan con las vegas, se siembran cultivos de maíz, centeno y pasto con irrigación.

Los depósitos de vega están situados en los cauces permanentes siguiendo las líneas de escorrentía. Se componen de materiales finos a muy finos (desde gravas hasta arcillas), no consolidados que, por la dinámica aluvial, sufren procesos de transporte y depositación continuos. Estas vegas inundables son colonizadas por pastos y rastrojos, resistentes a los procesos propios de esta posición geomorfológica.

² Laderas de pendientes suaves que dominan parte del paisaje, con profundidad relativa media en sus perfiles de meteorización, en las que se generan y desarrollan suelos aptos, con capacidad de intercambio media.

En ambos paisajes, los procesos geomorfológicos predominantes están dominados por la acción de la gravedad sobre sustratos saturados de agua. La saturación hace que la resistencia de rozamiento disminuya y, dependiendo del ángulo de inclinación las capas superiores, se deslizan hasta posiciones en las cuales las pendientes cambian, es decir posiciones más estables, en las que la energía es menor, y por ende la fuerza normal disminuye y el movimiento cesa.

Estos procesos están determinados por la ecuación:

$$K_n = m s = mg \cos a$$

donde

K_n = fuerza normal

mg = masa por gravedad

a ángulo de la vertiente

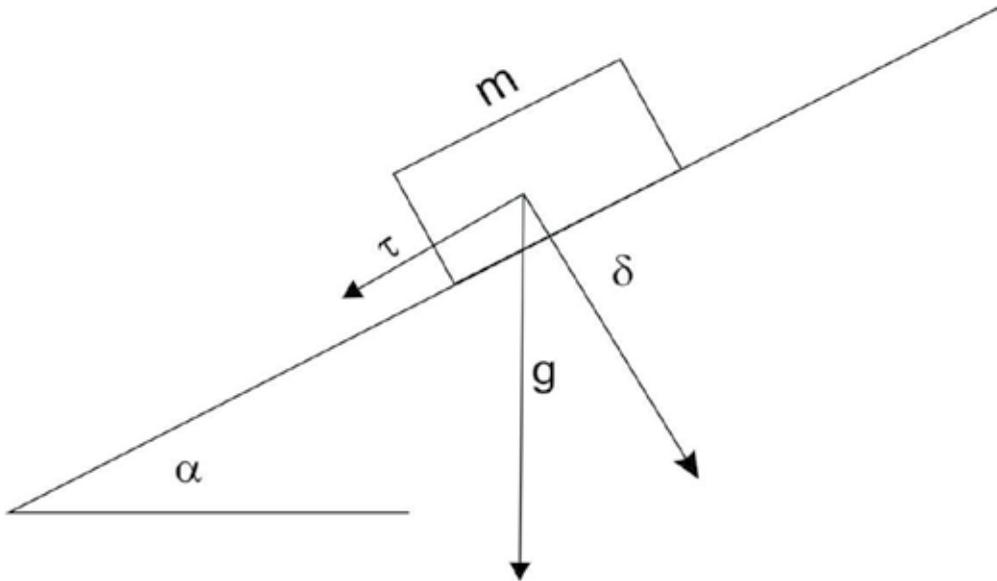


Figura 2. Ecuación vectorial de la aceleración por gravedad en un plano inclinado (tomado de Ahnert, 1996: 89).

Procesos pedogenéticos locales

Los procesos pedogenéticos, aunque están directamente influenciados por la geogénesis, en cuanto a que esta última provee los materiales parentales y puede influenciar directamente la posición topográfica, son mucho más localizados y finos, y en el caso que nos ocupa un factor más podría, y puede

estar influenciando el resultado final: la influencia antrópica como agente geomorfodinámico.

El proceso pedogenético es también diferencial, cuando las laderas y los piedemontes estaban cubiertos de bosques sucesionados (vegetación media y alta) y en consecuencia la población de animales y microorganismos era mucho mayor, había una capa superficial de materiales orgánicos en descomposición cubriendo el suelo mineral (litter), la insolación bajo el dosel del bosque era casi imperceptible y los vientos apenas se registraban a nivel del suelo. Bajo estas condiciones, la influencia de la erosión era mínima, los procesos deposicionales de ganancia local, transformación y translocación producían suelos medianamente profundos, maduros y con mayor concentración de materia orgánica que funcionaban como una fábrica de reciclaje de nutrientes.³

Cuando se perdió la cobertura vegetal⁴, se iniciaron procesos de erosión de distinta severidad, desde erosión laminar, hasta cárcavas, que cortaron los estratos superiores en las cimas y laderas de las colinas, en algunos casos decapitando los suelos y en las laderas más pendientes los eliminaron por completo. Estos procesos, han hecho que en ciertas posiciones los suelos se tornen de color rojizo con incipientes horizontes A (ya que los horizontes B y C se aproximan a la superficie) y que en posiciones más pendientes se expongan los materiales parentales. Estos fenómenos a su vez producen deposiciones finogranulares en las colinas, los respaldos, abanicos y otras geoformas bajas con lo cual se genera, de un lado, una mezcla de horizontes del suelo en su posición original y sedimentos traídos desde otra posición y, de otro lado, el sepultamiento de suelos (horizontes Ab) o sedimentos en los que se albergan las evidencias que definen los yacimientos (registro arqueológico).

La rápida sedimentación o erosión (al igual que la variable biota), dependen directamente de la geomorfología local. Como se afirmó arriba, a mayor pendiente mayor es la velocidad de erosión, y en cambios abruptos, de inclinados a horizontales, la deposición es rápida. Estos procesos impiden el desarrollo de los suelos. En el primer caso, los suelos se adelgazan, son jóvenes en constante pérdida y, en el segundo, hay un aumento del espesor sin pedogénesis que produce suelos jóvenes en constante ganancia. Por el contrario, mientras haya una estabilidad relativa en la topografía, llámese estabilidad geomorfológica de baja pendiente, el desarrollo de los horizontes de suelo se verá influenciado favorablemente.

³ Éste es un proceso que no sólo se da en este tipo de paisaje, en general se da en todas las regiones de las latitudes medias y el trópico.

⁴ Ya sea por causas naturales como la creación de claros por caída de árboles, o por causas culturales como la tala por parte de las sociedades que habitaron estos ecosistemas.

La formación y conservación de paleosuelos (enterrados o no), horizontes A principalmente y en algunos casos horizontes B de suelos antiguos decapitados, es un factor importante en el proceso de evaluación de cómo se han preservado las localidades arqueológicas (Mandel, 1992: 89). La formación de paleosuelos en sitios arqueológicos indica períodos de estabilidad climática, geomorfológica y biótica, en las cuales las comunidades pasadas se asentaron para aprovechar el medioambiente favorable. La formación de este tipo de indicador climato-estratigráfico durante la evolución de las geoformas sedimentarias en planicies aluviales o áreas de sabanas, es más común que en áreas de ladera, aunque no se descarta su presencia en paisajes ondulados a quebrados.

En general, los horizontes en las laderas de pendientes medias a fuertes en el área de estudio, son poco profundos, de color pardo claro, poca profundidad efectiva, con altos contenidos de detritos rocosos y acumulación de rocas (entisols), esto debido a los procesos geomorfológicos explicados más arriba, que tienen que ver con desprendimientos masivos desde zonas altas, producidos por erosión a causa de aguas superficiales o por desplazamiento del suelo saturado de agua (solifluxión). Estas dinámicas pueden haber causado variaciones en la topografía e inestabilizan las laderas, hasta tal punto que algunos sitios arqueológicos pueden incluso haber desaparecido.

En los sitios en los cuales la pendiente de la ladera es menor, los suelos tienen mayor espesor, presentan mayor evolución y coloración oscura por ganancia de materia orgánica, la profundidad efectiva es un poco mayor, hay presencia de horizontes minerales maduros (inceptisols) y en algunos casos paleosuelos enterrados por los procesos mencionados (oxisols). Estas condiciones mejoran las posibilidades de preservación de las localidades arqueológicas.

Análisis estratigráfico

El estudio de los sitios arqueológicos debe incluir, inicialmente, un análisis de los sedimentos que han sufrido transformaciones pedogenéticas y contienen los restos materiales arqueológicos⁵. Los procesos de formación de horizontes y estratos, su continua transformación por sedimentación y erosión, es una característica observable en la microtopografía o micromorfología, la cual es indicadora de procesos locales. En el análisis de las unidades de sedimentación y pedogénesis internas (microestratigrafía), pueden ser señal de dinámicas

⁵ Es necesario aclarar que para algunos arqueólogos todos las matrices que se encuentran en yacimientos arqueológicos, deben tratarse como sedimentos (estratos) y no como suelos (Dincauze, 2000). Yo considero que ambos procesos (ganancia de sedimentos y pedogénesis) se dan continuamente en los nuevos materiales parentales que sufren la acción de los cinco factores.

locales o regionales y de posibles usos de la tierra por parte de los diferentes agentes bióticos.

La microtopografía muestra las irregularidades internas de los estratos y posibilita el reconocimiento de rasgos de carácter antrópico o natural⁶. La microestratigrafía muestra el registro temporal de los acontecimientos en la localidad o en la región (si se hace un muestreo de varias localidades). Dichos eventos pudieron haber afectado parte de una localidad o varias a la vez.⁷

El proceso de estratificación, tanto en geología como en arqueología, hace parte de un ciclo de erosión y acumulación, que depende directamente de las fuerzas naturales y antrópicas. En conclusión, la estratificación arqueológica es producto, por una parte, de las condiciones naturales de deposición y erosión y, por otra parte, de las alteraciones que los grupos humanos han producido en el paisaje mediante los diferentes usos del suelo, los cuales producen nuevos estratos y nuevas interfaces (Harris, 1986: 70).

Las localidades arqueológicas contienen de alguna u otra manera una estratificación propia, la cual da cuenta de los procesos de formación y de los procesos de alteración postdeposicionales. Desde hace por lo menos tres décadas, se viene admitiendo que la formación de un sitio hace parte de fenómenos complejos que puede envolver gran cantidad de causas (Schiffer, 1983 y 1996). Es evidente que más de un proceso pueda actuar sobre la transformación de un yacimiento, entre ellos los procesos geológicos (Stein, 1993), la topografía local (Rigaud & Simek, 1991) y las ocupaciones no humanas del sitio (Binford, 1983 y 1992)⁸. Los perfiles estratigráficos de una localidad pueden servir para determinar la secuencia de ocupación y en algunos casos para la reconstrucción del paisaje, si se cuenta con una cronoestratigrafía detallada y una recurrencia de estratos comparables en una región determinada. Además, las columnas estratigráficas pueden servir como elementos de datación relativa en regiones donde las oscilaciones de la variedad medioambiental y climática son regulares.

⁶ Cierta tipo de microrrelieve puede indicar una acción antrópica precisa o una actividad biológica específica, por ejemplo depresiones de tamaño considerable, profundas, en zonas geomorfológicas reconocibles, son indicadores de actividades de gaaquería, mientras que acumulaciones amorfas de suelos rojizos sin estructura y friables son indicadores de antiguos hormigueros.

⁷ Como afirma Butzer (1989: 66), sólo mediante la construcción de perfiles litoestratigráficos adyacentes se podrá determinar si estos acontecimientos son estrictamente locales o culturales o ambas cosas a la vez.

⁸ El registro detallado de los estratos permite determinar cuáles de los componentes han sido aportados por actividades humanas, animales o físico-químicas. Los dos primeros, son considerados como agentes geomorfológicos que al interactuar con el medio ambiente producen estratificaciones complejas, las cuales requieren una atención particular y una interpretación específica (Butzer, 1989: 75).

Análisis de la unidad geomorfológica

La unidad 1 situada al pie de la cuchilla de San Mateo, denominada dentro de la investigación como complejo o sitio Casanguillas 1a, se encuentra sobre depósitos de piedemonte de grandes proporciones que rodean esta última estribación de la cordillera hacia el valle (Figura 3). En el caso que nos ocupa, los depósitos de piedemonte tienen diferentes formas, desde abanicos hasta depósitos caóticos, la gradación es media, están compuestos de detritos de diferentes tamaños y composición que fueron transportados en una matriz arenosa a franco arenosa.

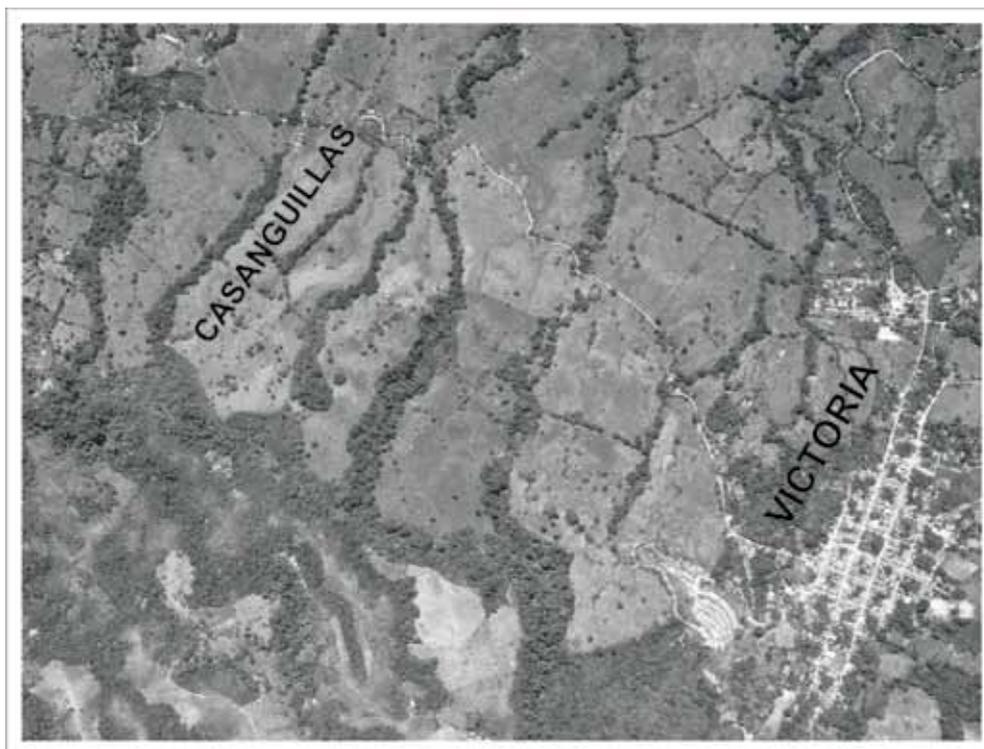


Figura 3. Posición geomorfológica del área de estudio. Foto aérea del IGAC C2294-095.

Haciendo una mirada regional, las laderas erosivas del piedemonte de la Cordillera Central, son principalmente los frentes de erosión que limitan el fondo del valle y las extensas vertientes de la cordillera. Los eventos más comunes en ellas son la erosión remontante de diferente magnitud y los movimientos en masa, sus pendientes y la profundidad de los saprolitos

varían de acuerdo a los procesos de meteorización, remoción, transporte y depositación, que en algunos casos suavizan los escarpes.

Los procesos postdeposicionales de escorrentías permanentes y no permanentes, han modelado estos depósitos conformando geoformas onduladas a quebradas, poco profundas, en las que las fuentes continuas se han encajado y en algunos casos forman pequeños cañones de paredes escarpadas.

El depósito está conformado por detritos de tamaños que van desde gravas finas hasta bloques de más de dos metros de diámetro, la composición de estos es de anfibolitas, conglomerados y areniscas, envueltos en una matriz meteorizada de color pardo amarillento, que sirve de material parental a los suelos y en los casos en los que se presenta, al registro arqueológico. La matriz de sedimentos está conformada principalmente por materiales meteorizados, de granos finos con texturas desde franco arcillosas hasta franco arenosas.

Para la ubicación de los yacimientos en estas geoformas, se siguieron dos indicadores principales: primero, la posible adecuación de las cimas y en general de las geoformas y, segundo, la baja concentración de detritos medios y gruesos en estas superficies.⁹

La estratigrafía en los yacimientos arqueológicos de este complejo es homogénea, la pedregosidad es considerable, las características físicas (color, textura, estructura y porosidad) no varían, la profundidad relativa no se ve afectada, los pH tomados en distintos yacimientos presentan comportamientos similares.

Se puede concluir que los horizontes superficiales de la unidad 1 (que incluye los yacimientos arqueológicos muestreados 1 al 13), tienen una clara influencia reciente por actividades pecuarias principalmente¹⁰, las cuales han afectado el desarrollo de los suelos.

La transformación de los yacimientos en esta unidad se puede considerar lenta, debido principalmente a la conformación topográfica y la cobertura vegetal. Podríamos pensar que el agente principal en este sitio, está relacionado con la erosión laminar remontante (pérdida), que extrae los materiales más finos de los hombros, depositándolos en los respaldos de otros aterrazamientos considerados como se dijo yacimientos (ganancia).

⁹ En un análisis de semimicroescala se puede observar claramente cómo, en algunas de las colinas o terrazas con topografías planas, la ausencia de rocas es evidente, lo que implica que hubo una adecuación de lugar.

¹⁰ Actividades que se relacionan principalmente con la cría de ganado extensivo, es decir extracción de la cobertura vegetal para la expansión de potreros y la siembra de pastos gruesos y resistentes a climas extremos.

La estabilidad en la pendiente en los yacimientos ha permitido que se desarrollen suelos medianamente maduros (inceptisols), con ganancia de materia orgánica en los horizontes A y A2, generación de incipientes horizontes AB¹¹, pero con altas concentraciones de gravilla y rocas en todo el perfil, aumentando de tamaño a medida que se profundiza (Figura 4).



Figura 4. Concentración y gradación de las rocas en el horizonte A2.

En los alrededores de los aterrazamientos, la profundidad relativa de los horizontes varía de acuerdo a la posición geomorfológica. A medida que la pendiente aumenta se adelgazan, debido a que los procesos de pérdida son más efectivos que los de ganancia, mientras que en las zonas semiplanas la ganancia hace que los horizontes A y B maduren, y se hagan más profundos.

¹¹ Es en estos tres horizontes: A, A2 y AB, de la totalidad de los yacimientos, es que se encuentran los componentes del registro arqueológico.

Conclusión

Los análisis de las dinámicas geomorfológicas en la mesoescala, la semimicroescala y la microescala en los paisajes erosionales y deposicionales de los depósitos de piedemonte de la Cordillera Central, en el Magdalena Medio caldense, nos permiten concluir que las ocupaciones antrópicas pueden estar significativamente mal representadas en cuanto a densidad y distribución.

En el caso de la unidad Casanguillas 1a, es evidente que las áreas de menor pendiente en el paisaje natural ondulado fueron adecuadas para su utilización por los habitantes prehispánicos, ya que las concentraciones de rocas en superficie son casi inexistentes, el comportamiento físico (color, textura y estructura) de los horizontes inferiores de los trece yacimientos muestreados ha sido alterado y esta alteración está asociada directamente con materiales artefactuales incluidos en la matriz de sedimentos. Estas dos características, pueden ser indicadoras de que los techos o partes superiores de los horizontes A2 actuales, pudieron haber estado en posiciones superficiales (haber sido horizontes A) en el pasado o que por lo menos estuvieron cubiertos por horizontes A incipientes, cosa que los acercó a la superficie y por ende fueron alterados cuando las sociedades agrícolas hicieron uso del suelo al momento de habitar la región.

El comportamiento de los yacimientos prospectados en la unidad de muestreo, presenta características muy homogéneas. Como se afirmó, el proceso de formación de los epipedones tiene que ver con los movimientos mínimos producidos por la erosión, que transportan bajas cantidades de materiales finos, los cuales lentamente se van adicionando en las superficies planas y van formando nuevas capas, que son el material parental de los suelos en formación y que van cubriendo los horizontes superficiales a manera de sepultamiento laminar.

La huella de ocupación antrópica en esta localidad, está influenciada por dos fenómenos distintos que la pueden estar ocultando. El primero, tiene que ver con los procesos geomorfodinámicos, de erosión, transporte y deposición locales que han extraído o por lo menos han cambiado de posición las concentraciones de componentes finogranulares (limos y arcillas) indicadores de actividad antrópica en el lugar. El segundo, tiene que ver con la influencia climatogenética en los procesos generadores de suelos. Las altas temperaturas y el régimen de humedad aumentan las velocidades de reacción, que hacen que los suelos evolucionen ocultando las evidencias de alteración antrópica pasadas.

Estas dos condiciones podrían, como se afirmó, estar ocultando la verdadera intensidad de la ocupación del complejo Casanguillas 1a, más si tenemos en cuenta que la concentración de fragmentos cerámicos en las áreas excavadas es significativo.

Con base en los análisis de campo y laboratorio, se puede afirmar que las regiones conformadas por paisajes erosionales de valles en V, presentan dinámicas morfológicas activas, que dependiendo de su intensidad modelan nuevas geoformas y afectan directamente el registro arqueológico. La dinámica de los procesos no ha permitido que los suelos maduren lo suficiente, la adición y la pérdida continuas producen suelos jóvenes (entisols) y poco evolucionados (inceptisols), con ganancia de materia orgánica en los horizontes A, y apenas incipientes horizontes de transición AB, en los cuales se depositaron los artefactos en el pasado o a los cuales se transportaron por movimientos internos del suelo.¹²

Los contextos externos a los yacimientos han sido alterados con más intensidad debido a su posición en la vertiente, el grado de inclinación y la falta de cobertura vegetal. Los procesos de pérdida en las áreas aledañas a estos sitios no permiten que la alteración por actividades agrícolas prehistóricas se pueda determinar. La conformación de suelos esqueléticos poco evolucionados, porosos y ácidos no deja ver si en el pasado hubo adiciones que variaran la química del suelo. Además, los horizontes de suelos jóvenes no dejan ver las huellas de remociones superficiales que se hubiesen podido hacer con arados manuales. De otro lado, no se puede inferir que haya habido construcción de algún tipo de campo de cultivo.

Para responder a preguntas de mayor envergadura como la demografía, la economía y la política de los ocupantes de estos contextos paisajísticos de depósitos de piedemonte, es necesario tomar datos con mayor intensidad, hacer una lectura del paisaje ayudados por imágenes satelitales, fotografías en ondas no visibles y hacer muestreos de campo que permitan simular las dinámicas locales de los sitios ocupados en el pasado. También, es necesario mirar la región desde la macroescala espacial y controlar la mesoescala temporal, de tal modo que la contemporaneidad de las ocupaciones por parte de los diferentes grupos que poblaron la región sea precisa y no se convierta en ruido, que impida la correcta interpretación de los contextos arqueológicos.

¹² Procesos de fractura de horizontes superficiales en épocas de sequía (conocidos como argiloturbación) hacen que algunos elementos arqueológicos se transloquen de horizontes superiores.

Bibliografía

- AHNERT, Frank. (1998). *Introduction to geomorphology*. London: Arnold Ed.
- BINFORD, Lewis. (1983). *Working at Archaeology*. New York: Academic Press.
- _____. (1992). *En Busca del pasado*. Barcelona: Editorial Crítica.
- BUTZER, Karl W. (1989). *Arqueología - Una Ecología del Hombre: Método y teoría para un enfoque contextual*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- CORPOCALDAS. (2001) *Plan de Gestión Ambiental regional para Caldas, PGAR, 2001-2006*.
- DINCAUZE, D. (2000). *Environmental Archaeology. Principles and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ESPINAL T., Luis Sigifredo. (1992). *Geografía ecológica de Antioquia, Zonas de vida*. Universidad Nacional de Colombia. Medellín: Ed. Lealon.
- GOLDBERG, Paul & MACPHAIL, R.I. (2007). *Practical and Theoretical Geoarchaeology*. London: Cambridge University Press.
- HARRIS, Eduard. (1986). *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Barcelona: Editorial Crítica.
- IGAC. (1985). *Características geográficas de Caldas*. Bogotá: Prensa Nacional.
- MANDEL, Rolfe (1992). "Soils and Holocene Landscape Evolution in Central and Southwestern Kansas: Implications for Archaeological Research. In Vance T Holliday (Ed) *Soils in Archaeology, Landscape Evolution and Human Occupation*. (pp 41-100) Washington, Smithsonian Institution Press.
- MARÍN Q., Víctor Hugo & GUTIÉRREZ V., José Leonidas. (2010). *Caracterización tecnostilística de la cerámica prehispánica en la cuenca baja del río Guarinó*. Universidad de Caldas. Monografía de Grado. Sin publicar.
- MARULANDA, Cristian A. (2009). *Distribución-función de materiales líticos en un yacimiento alfarero de la cuenca baja del río Guarinó*. Universidad de Caldas. Monografía de Grado. Sin publicar.
- SCHIFFER. M. (1983). "Toward the identification of formation processes". En: *American Antiquity*, 48: 675-706.
- _____. (1996). *Formation Processes of the Archeological Record*. Salt Lake City: University of Utah press.
- STEIN, Julie K. (1993). "Scale in archaeology, geosciences and geoarchaeology". In: J. STEIN & A. LINSE (Eds.). *Effects of Scale on Archaeological and Geoscientific Perspectives*. Boulder, Colorado: Geological Society of America. Special Paper 283.
- RIGAUD, Jean-Philippe & SIMEK, Jan F. (1991). "Interpreting Spatial Patterns at the Grotte XV A Multiple-method Approach". En: Kroll & Price (Eds.). *The interpretation of Archaeological Spatial Patterning* (Cap. 6, pp. 199-220). New York: Plenum Press.

Trayectos



Autor: Javier Morales
Titulo: so pretty, so dirty
Técnica: collage acrílico sobre papel
Dimensiones: 50cm X 35cm
Año: 2010

**LIDANDO COM A AFETAÇÃO:
ENTRE O MÉTODO ETNOGRÁFICO, AS
NARRATIVAS DE TRAJETÓRIAS MASCULINAS
E O MÉTODO AUTOBIOGRÁFICO***

*ELIZABETH GÓMEZ ETAYO***

Recibido: 15 de agosto de 2010
Aprobado: 25 de septiembre de 2010

Artículo de Reflexión

* Este artículo es el capítulo metodológico de su tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, realizado en la Universidad Estadual de Campinas, Brasil. 2010.

** Socióloga. Magíster en Sociología. Docente del Departamento de Antropología y Sociología de la Universidad de Caldas, Manizales. elizabethgomez@ucaldas.edu.co

Resumo

Este artigo é uma proposta de abordagem metodológica para o estudo das masculinidades a partir de três técnicas de pesquisa sócio-antropológica: a etnografia, as narrativas e o método autobiográfico. A partir daí apresenta-se como o pesquisador lida com a afetação quando se tocam fibras sensíveis da intimidade durante uma pesquisa, como foi neste caso. Trata-se de apresentar as origens de uma pesquisa sobre violência de gênero a partir de uma experiência pessoal, mas, que não por isso deixa de ter os cânones e o rigor da pesquisa científica social.

Palavras chave: etnografia, narrativas, método autobiográfico, masculinidades, estudos de gênero.

LIDIANDO CON LA AFECTACIÓN: ENTRE EL MÉTODO ETNOGRÁFICO, LAS NARRATIVAS DE TRAYECTORIAS MASCULINAS Y EL MÉTODO AUTOBIOGRÁFICO

Resumen

Este artículo es una propuesta de abordaje metodológico para el estudio de las masculinidades a partir de tres técnicas de investigación socio-antropológica: la etnografía, las narrativas y el método autobiográfico. A partir de ahí, se presenta cómo el investigador lidia con la afectación cuando se tocan fibras sensibles de la intimidad durante una investigación, como fue en este caso. Se trata de presentar los orígenes de una investigación sobre violencia de género, a partir de una experiencia personal, pero que no por eso, deja de tener los cánones y el rigor de la investigación científica social.

Palabras clave: etnografía, narrativas, método autobiográfico, masculinidades, estudios de género.

DEALING WITH AFFECTATION: AMONG THE ETHNOGRAPHIC METHOD, THE MASCULINE PATH NARRATIVES, AND THE AUTOBIOGRAPHICAL METHOD

Abstract

This paper is a methodological approach proposal for the study of masculinity from three social-anthropological research techniques: ethnography, narrative and autobiographical method. From there, it is presented how the researcher deals with affectation when the sensible fibers of intimacy are involved in a research project as it happened in this case. The origins of a research project on gender-based violence from a personal experience are presented. However the research project maintains all the canons and rigor requested for a social scientific investigation.

Key words: ethnography, narrative, autobiographical method, masculinity, gender studies.

1. Introdução

Apresento neste artigo uma abordagem metodológica para o estudo das masculinidades e da violência de gênero a partir das interfaces dos três caminhos sugeridos no título: etnografia, narrativas e método autobiográfico. Descrevo aqui como cheguei a este tema, como me relacionei com os sujeitos da pesquisa, como foi o processo de observação, de quais coisas tive que prescindir e como lidei com a *afetação*. Minha perspectiva teórica baseia-se no conceito de *anormalidade* H. Arendt.

Quando Hannah Arendt acompanhou o julgamento de *Eichmann em Jerusalém* se deu conta que ele não era a encarnação do mal, nem o monstro que todos esperavam encontrar –inclusive ela–, e sim um homem *normal*, ou seja, *comum*, que executa seu ofício obedecendo a regras estabelecidas, próprias do seu tempo e do seu contexto político¹ (Arendt, 1999). Embora Arendt não

¹ Como sabemos, Eichmann foi tenente-coronel da SS durante Alemanha Nazi. Ele foi o grande responsável pela logística de extermínio de milhões de judeus durante o Holocausto, que foi chamada de “solução final”, organizando a identificação e o transporte de pessoas para os diferentes campos de concentração, sendo por isso conhecido como o executor-chefe de Terceiro Reich. Ele foi preso no fim de 1960 no subúrbio de Buenos Aires por uma equipe de agentes secretos israelitas e foi julgado em 1961 por um tribunal especializado em Israel. Hannah Arendt fez a cobertura da notícia do julgamento de Eichmann, como repórter enviada pela revista *The New Yorker*; quem esperava dela que fizesse uma ampla descrição desse maligno ser, porém, o que a filósofa nos ofereceu, a partir dessa experiência, foi sua teoria sobre a “banalização do mal”, baseada na caracterização do que ela chamou de “normalidade”, conceito que usei nesta pesquisa.

seja uma teórica nem das masculinidades nem da violência de gênero, achei instigante sua proposta da *normalidade* porque nos oferece a possibilidade de pensar nesses outros que julgamos de agressores como homens, eles também, *normais*, e com os quais compartilhamos nossa sociabilidade. E Todavia, o pior é que há em todos e cada um de nós, esses rastros de *normalidade* pois todos e cada um de nós, cá e lá, submetemo-nos aos padrões instituídos sem ressignificá-los.

Inspirada nesta teórica, minha hipótese é que os homens que agridem as suas parceiras sentimentais estão normatizados por um padrão de educação que, inclusive hoje, é *exigido socialmente* (Lorente-Acosta, 2008)², embora cada vez sejam menos os homens que se encaixam nesse arquétipo, pois, segundo várias pesquisas sobre masculinidades³, os homens heterossexuais na contemporaneidade estariam em uma fase de transição entre um velho padrão de homem para uma nova configuração de masculinidade. Existe, é claro, a capacidade de agir e, portanto, a responsabilidade das ações individuais não pode se justificar somente pelos padrões estabelecidos –refiro-me aos padrões inconscientes–. Assim, o objetivo desta pesquisa foi desvendar nas narrativas de homens envolvidos em situações de violência de gênero, diferentes ângulos e contornos que dão conta das fissuras, das arranhaduras, dos ínfimos deslocamentos desse padrão (Silva, 2003). Este artigo somente faz referência à abordagem metodológica que usei para pesquisar o problema acima assinalado.

Vários autores, como o antropólogo brasileiro Marcio Goldman, têm abordado o assunto de viver uma *experiência* junto com os sujeitos de pesquisa integrando tal experiência ao processo propriamente dito da pesquisa para lhe dar um lugar aí não só como fatos alheios ou paralelos, mas como constitutivos do processo de pesquisar, tema que é abordado neste texto. Ao respeito, este autor considera que:

“O cerne da questão é a disposição para viver uma experiência pessoal junto a um grupo humano com o fim de transformar essa experiência pessoal em tema de pesquisa que assume a forma de um texto etnográfico. Nesse sentido, a característica fundamental da antropologia seria o estudo de experiências humanas a partir

² Miguel Lorente-Acosta é um psiquiatra espanhol reconhecido pela sua engajada participação no combate da violência de gênero na Espanha. O autor propôs em uma palestra apresentada no X Congresso Internacional: “Mundos de Mulheres” realizado em Madrid em 2008 que “a violência de gênero continua fazendo parte da nossa realidade porque as referências culturais se apresentam como parte de uma normalidade perante de fatores precipitantes que agem para que um homem se comporte de forma violenta contra uma mulher” (Lorente-Acosta, 2008: 162).

³ Cito algumas dessas pesquisas: *Os homens, esses desconhecidos... Masculinidade e Reprodução* (Ferreira Albino de Oliveira, 1999), e *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y Reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (Amuschástegui & Szasz, 2007).

de uma experiência pessoal. E é por isso, penso, que alteridade seja a noção ou a questão central da disciplina, o princípio que orienta e inflete, mas também limita a nossa prática” (Goldman, 2006: 167).

Eu comecei com um roteiro que foi se transformando conforme iam aparecendo novas perguntas. O projeto inicial de pesquisa chamava-se: “Masculinidade, poder e violência. Um estudo comparado com homens negros e mestiços de Cali e Salvador de Bahia”, pois minha experiência de campo foi em uma região de população negra na Colômbia: “Bocas de Satinga”. Porém, foi ao longo desta pesquisa que reconheci a importância e a pertinência de pesquisar sobre aquilo que me “afetou”, e tender pontes entre essa afetação e o exercício acadêmico. Sendo a *afetação* um dos aspectos da pesquisa etnográfica que vem sendo considerado e discutido amplamente na antropologia e diferenciando-o do fato de ter uma *experiência*, quis aprofundar nessa questão como já o faz Favret-Saada. Vejamos:

“As operações de conhecimento acham-se estendidas no tempo e separadas umas das outras: no momento em que somos mais afetados, não podemos narrar a experiência; no momento em que a narramos não podemos compreendê-la. O tempo da análise virá mais tarde” (Favret-Saada, 2005 [1990]: 160).

Minha *afetação* não foi só durante a pesquisa, como no caso da feitiçaria de Favret-Saada, senão muito antes que ela acontecesse, porém manteve-se guardada em um estranho canto da memória pronta para sair assim que fosse liberada. Antes de começar o doutorado no Brasil, tive na Colômbia experiências de campo que me afetaram, porém, ficaram escondidas e quase cindidas de mim. Eu não tinha estrutura para compreendê-las e dar-lhes um lugar na minha vida acadêmica. O caminho que empreendi e que partilho aqui é, então, o momento da compreensão. Porque considero que uma experiência anterior à pesquisa, propriamente dita, pode-se integrar ao exercício acadêmico da pesquisa como propõe Favret-Saada.

“Ora, minha experiência de campo [...] levou-me a explorar mil aspectos de uma opacidade essencial do sujeito frente a si mesmo. Essa noção é, aliás, velha como a tragédia, e a ela sustenta também, desde há um século, toda a literatura terapêutica. Pouco importa o nome dado a essa opacidade (“inconsciente”, etc.): o principal, em particular para uma antropologia das terapias, é poder daqui para frente postulá-la e colocá-la no centro de nossas análises” (*Ibid.*: 161).

Esta pesquisa é um esforço interpretativo sobre mais um caso de *experiência* e de *afetação*, de alteridade e de convívio interno com um nativo que mora na psique e que se transforma em diálogo com os outros nativos externos à pesquisa e que se transforma também no processo da compreensão. Eu fui afetada em uma experiência de vida que depois se tornou pergunta e inquietação e se articulou na atual pesquisa, momentos que tento tecer e apresentar neste texto.

2. Observação etnográfica na Delegacia da Mulher de Santo Amaro (Recife/Brasil)

Observação participante? “[...] *curiosa expressão. Em retórica, isso se chama oximoro: observar participando, ou participar observando, é quase tão evidente como tomar um sorvete fervente*”
(Favret-Saada, 2005 [1990]: 156).

Dentro das ciências sociais um dos aspectos metodológicos mais discutidos é a subjetividade da observação participante. Cientes dessa questão, sabemos que a observação é subjetiva sim, tanto quanto a pesquisa em si mesma, mas, lembrando Souza Santos, tentamos manter sempre uma *proximidade crítica* para ter maior discernimento ao decidir o que observar e a partir de qual ângulo. Também é colocado por outros autores que no método por excelência da antropologia se segue, de alguma maneira, o método usado no *divã* pela psicanálise, isto é, permitir as *observações livres* do pesquisador assim como as *falas livres* dos informantes, tal como se faz com as *associações livres* na psicanálise. Cabe ao pesquisador fazer uma excelente revisão e seleção da informação registrada em campo e uma interpretação que tente ser fiel à realidade, sabendo que não existem “fatos, mas interpretações” como já advertia Nietzsche. Sobre a observação participante, Goldman diz o seguinte:

“A observação participante, que os antropólogos proclamam ser seu método por excelência, não consiste apenas em, de vez em quando, deixar de lado a máquina fotográfica, o lápis e o caderno para participar do que está acontecendo, “tomar parte no jogo dos nativos” ou dançar com eles, como disse, creio que meio ironicamente, Malinowski (1978 [1922]: 31), o inventor do método. Na verdade, o que ele operou na antropologia foi um movimento em tudo semelhante ao de Freud na psiquiatria:

em lugar de interrogar histerias ou nativos, deixá-los falar à vontade. A observação participante significa, pois, muito mais a possibilidade de captar as ações e os discursos em ato do que uma improvável metamorfose em nativo. E consiste, também, no meio privilegiado para elaboração de teorias etnográficas, expressão, aliás, à primeira vista, um pouco estranha, mas que serve para solucionar o dilema do antropólogo, preso entre as ciências e a narrativa, o discurso sobre os outros e o diálogo com eles” (Goldman, 2006: 170).

Atenta as colocações acima assinaladas, fiz uma *observação etnográfica* na *Delegacia da Mulher de Santo Amaro*, Recife, que é a primeira Delegacia Especializada da Mulher, e tive uma aproximação com homens em situações de violência de gênero, o que passo a descrever brevemente. O objetivo desta observação era conhecer a dinâmica deste espaço no qual se inicia o processo de punição dos homens denunciados por violência contra a mulher. A Delegacia fica em um casarão antigo no bairro de Santo Amaro, zona central de Recife. Cheguei aí no dia 20 de outubro de 2008, acompanhada por uma colega do GEMA. A delegada nos explicou o processo de atendimento e nos apresentou o comissário. Ele nos disse que 90% dos casos de agressão contra mulher que chega a esta delegacia está associados ao consumo de drogas e álcool. E que as mulheres que fazem o Boletim de Ocorrência, quase sempre contra o marido, parecem que, no fundo, estivessem buscando ajuda para a reabilitação do agressor –e não tanto denunciá-lo– e recorrem à delegacia como se esta fosse a Instituição de referência para tal ajuda.

Fiz observação do local, conversei com alguns funcionários, com mulheres que denunciaram homens agressores, com outras que são só acompanhantes e, com alguns homens julgados ou que começam um processo jurídico por terem agredido suas parceiras. Um aspecto interessante que apareceu recorrentemente entre os homens entrevistados é que eles acreditam cair permanentemente em um tipo de “armadilha” que os leva a um beco sem saída. Quase todos os casos que chegaram à delegacia estavam associados ao consumo de álcool, o que faz pensar aos funcionários que a violência de maridos contra mulheres é assunto só de *alcoólatras*. O consumo de álcool e drogas é socialmente visto como responsabilidade somente de quem consome, mas acredito que é válido indagar se a questão está para além da vontade do consumidor.

O processo de atendimento começa pela recepção dos denunciantes por parte de um funcionário no local chamado de *permanência*; depois a mulher agredida vai à sala do *recebimento de queixas* onde é atendida por uma

funcionária, quem recebe o caso perguntando todos os detalhes. Feito isto, os processos são registrados na sala chamada *setorial* e finalmente os acusados são chamados para interrogação na sala de *intimação*; nesta sala permanecem o delegado de plantão e o comissário. Todos eles são policiais. O ambiente na delegacia é de muita confusão. Chegam várias mulheres com crianças de colo; as crianças choram. Há uma televisão ligada em alto volume, apresentando notícias regionais, mas ninguém olha, mesmo assim a TV continua ligada. Permanentemente há pessoas entrando e saindo. A delegacia não tem condições confortáveis para receber as mulheres que vão prestar queixa. Há mulheres com o olho roxo - figura tipificada-, outras chorando, outras falando, outras brigando para ser atendidas, há homens ainda com hálito de álcool, homens simples, negros, mulatos, desempregados ou do setor informal, impacientes para sair logo e continuar a vida.

Na *permanência* há dois bancos de cimento embutidos na parede. No estreito corredor há três cadeiras de plástico, bastante desconfortáveis. As paredes estão sujas e tem colados cartazes de prevenção de violência contra mulher; o ambiente é lúgubre e entediante. O calor recifense recrudescer o bafo da sala. Ao tentar conversar com alguns homens, houve os que recusaram, e com outros não fiquei à vontade para abordá-los, por considerar que não era o espaço para falar e sim observar, só observar. Conheci muitas das histórias registradas por estar perto das pessoas quando falavam alto nos corredores. Envolvi-me em algumas conversas e perguntaram minha opinião; ao perceberem o meu sotaque espanhol me indagaram sobre o que eu fazia naquele espaço. Ao contar que era da Colômbia e que pesquisava violência, assim, no geral, fui fustigada: *ah! Mas violência na Colômbia! Ué?* Eu mal começava a explicar o que pesquisava e as pessoas já precisavam ir embora ou passar a alguma sala para serem atendidas.

Vejo muitas situações. Um homem pescador de profissão, que bateu na mulher estando bêbado e depois da agressão foi denunciado pela mulher, parece visivelmente afetado por ter sido tão “burro” ao cair na “armadilha”, por ter atuado sob efeito do álcool e por não ter medido a força das suas ações. Segundo ele, a mulher sempre o provoca quando ele fica bêbado, e ele tinha sido advertido pela sua família em relação a isso, porque ele bêbado “é bruto”, disse. Outro homem brigou com sua mulher na frente dos funcionários e por isto o deixaram na cela. Eu conversei com ele aí, na cela; era uma situação bizarra, senti pena da sua situação, ele me rogava para que eu o ajudasse, não para sair daí, da cadeia, mas para sair do consumo de drogas, ele pede para ser internado, mas ninguém o ouve. Pela décima vez o casal está aqui na delegacia e o homem implora para ser atendido pelo consumo de drogas, mas não há ouvidos para suas súplicas, ele é consciente dos seus problemas, e

roga também para que obriguem a mulher deixar a casa dele. Eu enxergo sua angústia, “seu problema”, pois o homem está totalmente consumido pelas drogas, sugado, doente. A mulher dele tem um ar arrogante e parece não se importar com a situação, ela sabe que nesse espaço vão estar do lado dela e não dele, já que é uma *Delegacia para mulheres* e não uma casa de recuperação para viciados em drogas. O que fazer para não ter que chegar à punição? O que é punido neste caso? Fico pensando no ciclo repetitivo da sociabilidade de alguns homens, a maioria deles pobres: trabalhar, beber, jogar sinuca, bater, acordar para trabalhar, beber, jogar sinuca e bater de novo. E as mulheres, claro, acompanhando esse ciclo.

Lucélia Braghini, em *Cenas Repetitivas de Violência Doméstica: Um impasse entre Eros e Tanatos* (2000), pergunta-se por que as mulheres que sofrem violência na relação de casal continuam neste relacionamento reproduzindo estruturas e queixas e chegando, às vezes, a limites lamentáveis. Vários autores fazem esta reflexão. Neste caso, a autora considera, dentre outros fatores, que isso obedece a que um *ciclo de violência* perpetuado em que homens e mulheres ficam presos, como se não conseguissem (ou não quisessem) sair deste ciclo. A autora descreve esse ciclo da seguinte forma:

“Contudo, antes que ocorra o crime, é possível identificar no cotidiano do casal o chamado ciclo da violência, que se repete sucessivamente. O nível da tensão na relação vai aumentando gradativamente, até que fica insuportável, e então, por um motivo aparentemente banal, o homem explode agredindo violentamente a companheira. Esta, como forma de retaliação, freqüentemente sai de casa, mas acaba sempre voltando em função dos insistentes rogos do marido, que, arrependido, promete-lhe que nunca mais acontecerá de novo. Por um certo tempo, movido pela culpa e pelo medo de perdê-la, ele “veste pele de cordeiro”, e consegue fazer o papel do bom marido. Mas, à medida que a tensão começa a se acumular novamente, fica muito difícil desempenhar este papel, até que há outra explosão e o ciclo se repete” (Braghini, 2000: 19).

A autora acrescenta que para as mulheres agredidas é difícil sair desse ciclo, pelo “*peso insuportável provocado pelas culpas por terem que arcar sozinha com a opção pela separação*” (*Ibid.*: 239). Ela considera que ainda hoje, algumas mulheres, especialmente aquelas agredidas, se assustam ao ter que assumir a responsabilidade de sua vida sexual e afetiva, precisando de um homem para legitimar sua relação com o mundo exterior, situações que pude observar recorrentemente nesta delegacia.

Também fiquei pensando no assunto da fiança. As penas menores de dois anos, que são a maioria, são pagáveis. Há algo paradoxal nesse sistema: as fianças vão de 1 a 10 salários mínimos, dinheiro que vai para o Estado e traz prejuízo na renda familiar. Em outras palavras, se uma mulher presta queixa do marido, ele paga uma fiança e isso afeta o orçamento familiar. Afinal, não é ela mesma que sai prejudicada? Muitas mulheres não querem denunciar por conta disso. Quando o homem não tem condições de pagar a fiança, ele vai para cadeia. Assim, que tipo de homem vai realmente para a cadeia? Afinal, para quem é a cadeia? Afinal para quem a lei é realmente punitiva? Normalmente as famílias do acusado coletam o dinheiro para ajudá-lo e pagar a fiança, então para quem é a punição? Este tipo de questão me leva pensar no recorte de classe social no caso da lei que pune a violência contra as mulheres. São os homens negros, pobres, incultos, marginais que vão para a cadeia. Questões que já têm sido discutidas e questionadas por varias pesquisadoras advertindo as dificuldades da lei e das Delegacias das Mulheres (Debert, 2002; Gregori, 2005; Bandeira, 2009).

No Brasil, após a Lei Maria da Penha, a cesta básica foi trocada pela fiança. E quais são as perdas e quais os ganhos dessa mudança? Pelo menos a cesta básica ia para a mulher e os filhos - como muitas mulheres disseram na delegacia- agora a fiança é coletada pelo Estado - como outras reclamaram-. Então, quem ganha? Claro, a lei é uma '*conquista do feminismo*', tal como tem sido amplamente divulgado, e serve para muitos casos, especialmente para os casos extremos, mas o que fazer com os outros que constituem claramente a maioria? Será que fiança é um conceito "*politicamente mais correto*" e "*cesta básica*" reproduz a iniquidade de gênero? Já que a cesta estaria reforçando o fato de que uma forma de reparar o dano nas mulheres é através das coisas de casa e não a través de uma multa como com qualquer outro crime? Estes são questionamentos permanentemente ouvidos na Delegacia da Mulher e amplamente discutidos por advogados conhecedores da lei, pelo movimento feminista e também por pesquisadoras (Bandeira, 2009).

Presenciei a denúncia do caso de uma mulher agredida brutalmente pelo seu marido policial, cujo caso foi matéria do jornal da região. Ele marcou o rosto dela com a sola do seu sapato. Quando bêbado e drogado, ele queria obrigá-la a fazer sexo e ela recusou, caso que se poderia qualificar de "extremo". Nesse caso, a fiança foi de R\$600, quantia que o homem simplesmente pagou e continuou solto, sendo uma ameaça para a mulher. Vale dizer que o terror estava desenhado no rosto da mulher que fez a denúncia, levada pela irmã e pela mãe, porque presa ao pânico ela não conseguia denunciar.

Por outro lado, diferentes situações que se apresentaram servem para pensar que a Delegacia é quase um substituto da *autoridade masculina* ausente no

lar. As mulheres querem que alguém repreenda os maridos *sem-vergonha*, desobedientes, maus maridos e que pelo menos eles “levem um susto”. A delegacia é o lugar aonde vão muitas mulheres quando não podem resolver os seus problemas em casa. Muitas das pequenas brigas que se buscava solução na delegacia eram como *birra de adolescentes* e eu achava aquilo bem peculiar; dois adultos fazendo-se careta, gritando-se insultos na frente dos outros, mergulhados no seu pequeno mundo; é como se não tivessem mais nada a fazer senão brigar na delegacia. Ficava imaginando: Como será o cotidiano desse lar? Como será a educação dos filhos? Como esses dois querem chamar à atenção!

Ao terminar minha observação na delegacia vou embora com várias sensações. A primeira é que este não é o espaço para falar à vontade com os homens autores de violência de gênero. Nunca consegui, obviamente, aprofundar outras questões que eu considerava importantes. Eles estão aí para resolver uma situação pontual, urgente, e eu só ficava *atrapalhando*. Por outro lado, foram bastante incômodas algumas atitudes dos funcionários públicos, como tentar *obrigar* alguém a falar comigo, acrescentando-se a isso que o ambiente é pesado, abafado, desconfortável, não tem privacidade, nem condições para fazer uma entrevista. Porém, justamente foram essas sensações que se impuseram para que eu continuasse procurando aquilo que me permitisse mergulhar e caracterizar melhor os contornos da minha pesquisa e então essa experiência serve como contraponto para aprofundar o tema que nos ocupa.

3. Narrativas de Histórias Masculinas: Escutando os homens

“Parte da nossa tarefa consiste em descobrir por que aquilo que as pessoas que estudamos fazem e dizem parecesse, eu não diria evidente, mas coerente, conveniente, razoável. Mas a outra parte consiste em estar sempre se interrogando sobre até onde somos capazes de seguir o que elas dizem e fazem, até onde somos capazes de suportar a palavra nativa [...]”
(Goldman, 2006: 167).

Depois desta etnografia, decidi registrar as narrativas com homens autores de violência na Colômbia e em espanhol. Não porque eu tenha pouca tolerância com a *palavra nativa*, muito pelo contrário, sou ciente das minhas próprias limitações, aspecto central na pesquisa etnográfica e descobri que neste caso

os nativos teriam de ser homens que quisessem falar e que tivessem um espaço para isso. Desta forma, tive como primeiro critério que os homens aceitassem falar comigo e não que se sentissem obrigados a falar ou estivessem mediados por uma instituição tal como aconteceria se o fizesse em Recife.

As narrativas são janelas através das quais olhamos e compreendemos uma realidade social. O narrar deve ser um ato prazeroso (embora seja no meio de prantos!) e não uma imposição. Foi assim que abordei os homens que devia entrevistar, partilhando com eles a importância do narrar, de dar sentido a uma vivência e (re) elaborar eventos traumáticos de forma que esse transbordamento de sentido que é o trauma se integre à identidade deles. Instiguei-os a narrar as suas “estórias” para que fizessem parte de uma “história”. Convidei-os a narrar seus traumas, seus afetos, suas vidas (Benjamin, 1985 [1933]).

Ao registrar as narrativas dos homens levei em consideração a discussão antropológica sobre as diferentes abordagens das narrativas de vida. Tal discussão nos propõe que ao narrar, a ênfase pode estar na vida mesma; ou seja, na sucessão de fatos que são narrados e entrelaçados de forma que descrevam a vida propriamente dita do sujeito; mas também na “história”: na forma narrativa com a qual se fazem escolhas de alguns acontecimentos da vida e se deixam outros; ou, no “processo narrativo”: no procedimento ou método para narrar, que pode ter diversas características literárias. Estas três ênfases podem-se apresentar por separado e também pode se apresentar uma justaposição delas (Peacock & Holland, 1993). Na minha pesquisa tentei destacar a justaposição das três ênfases, mas finalmente optei por uma ênfase na *história*, já que estamos referindo-nos a fatos pontuais na vida dos homens, tendo os fatos violentos como pretexto para iniciar a fala, mas que se integram à história da sua masculinidade como contexto; lembrando que não estávamos nos referindo a uma vida em extenso, mas a fatos que consideramos marcantes dessa existência.

Não se ignora aqui, a diferença entre “estória” e “história” (diferença que não existe no castelhano) abordada por Kofes no artigo: “Experiências sociais, interpretações individuais: histórias de vida, suas possibilidades e limites” (1994). No artigo citado a autora diferencia entre “estórias de vida” e “histórias de vida” e entre “biografia” e “autobiografia”, considerando que uma história de vida pode ter muitas estórias. Levando em conta essa diferença e seguindo essa linha de interpretação, podemos dizer que a narrativa seria a matéria prima das nossas interpretações que vão se guiando através de perguntas na entrevista que servem para delimitar o relato (Kofes, 1994: 94). Melhor dizer, podemos ter muitas “estórias”, mas nem sempre temos “histórias”, da

mesma forma que podemos ter muitas “vivências”, mas nem sempre elas tornam-se *experiências*, como sugere Walter Benjamin (1985 [1933]).

Também levamos em consideração *os tempos das narrativas* como foi colocado por Ricoeur (1994), pois os sujeitos da pesquisa vão narrando acontecimentos que já se passaram e a narrativa em si mesma é uma interpretação de eventos passados, e neste processo há um vaivém permanente entre recordação e esquecimento, os acontecimentos vão e voltam na memória, e às vezes, alguma pergunta ou alguma resposta durante o registro da experiência narrada faz como que o entrevistado ou a entrevistadora lembre ou esqueça-se de algum detalhe. Segundo Ricoeur:

“[...] existe entre a atividade de narrar uma história e o caráter temporal da experiência humana uma correlação que não é puramente acidental, mas apresenta uma forma de necessidade transcultural. Ou, em outras palavras, que o tempo torna-se tempo humano na medida em que é articulado de um modo narrativo, e que a narrativa atinge seu pleno significado quando se torna uma condição da existência temporal” (Ricoeur, 1994: 85).⁴

Desta forma, registrei as narrativas de seis homens que, em primeiro lugar, aceitaram falar comigo, questão, embora simples, fundamental para a construção da confiança, já que falaríamos de temas íntimos que poderiam gerar julgamentos. Cabe assinalar também que eles foram co-participes da pesquisa e não só objeto dela; os momentos das entrevistas foram também momentos de reflexão e não só um espaço para extrair informação.

Nas narrativas desses homens, fomos identificando alguns *fios invisíveis*; aspectos e características das situações violentas que não se reconhecem no ato mesmo, mas ao longo da história. No caso da violência de gênero, compreendemos esses “fios invisíveis” como as circunstâncias que fazem possível que a violência se perpetue porque aparecem como naturais ou lógicas ou esperadas. Por exemplo, dentro do casal pode-se considerar como *não-violento* dar uma tapa no rosto do parceiro e assim parar uma conversa, porque esse tipo de prática pode fazer parte das relações de casal, segundo uma cultura que promove a hierarquia de poder entre os gêneros. Certo tipo de comentários discriminatórios, insultos, gritos, humilhações, provocações, que fazem parte do cotidiano do casal, mas que ao ser parte do cotidiano não aparece como violento.

Os *fios invisíveis* seriam o não explicitado, o não dito, o silêncio frente a situações que só se manifestam quando chegam a um limite insuportável.

⁴ Tradução livre do original em inglês.

Esses *fios* contribuem a tecer o cotidiano do relacionamento de forma que ao aparecer a violência, ela parece ter surgido do nada, porém latentes. Uma sequência de eventos que tornaram a violência possível e esses fios não são identificados pelo casal. Os fios invisíveis estão na base da constituição dos *vínculos* como se tratará de argumentar nos capítulos seguintes.

Aproximamo-nos dos antecedentes que tornaram violentos esses relacionamentos, identificamos alguns fios invisíveis como os jogos de sedução e poder, a manipulação psíquica, moral e emocional, entre outros aspectos. No entanto, sempre levamos em consideração que nem todos os homens reagem agressivamente contras as mulheres e nem todas as relações de casais heterossexuais tornam-se violentas e que, inclusive, no caso dos homens entrevistados, eles não se comportam agressivamente sempre, nem com todas as mulheres que se relacionam. As agressões cometidas estão ligadas a situações particulares, a contextos particulares e a mulheres particulares. *Vínculos* específicos: são eles que nos interessam.

Depois destas primeiras observações etnográficas, faltava ainda registrar narrativas de homens que houvessem passado por situações de violência de gênero para entender seu processo de se fazer-homens, sobre a sua masculinidade e, talvez, tentar enxergar, nesses processos, o que vamos considerar como *crise da masculinidade*; mudanças, rupturas, fissuras, transformações, surpresas, espantos nesse ‘ser homem’, segundo as diversas situações afetivas e conflitivas nas quais eles se envolveram.

Desta forma, eu precisava de conversas muito mais profundas, e senti que teria mais sucesso se pudesse falar na minha língua: o espanhol. Na *Delegacia da Mulher de Santo Amaro*, senti falta de riqueza na língua portuguesa para conversar de outros assuntos com os entrevistados, ou perguntar a mesma coisa de outra forma. A linguagem acadêmica que nós, estudantes estrangeiros, praticamos, era uma péssima ponte para me aproximar desse mundo dos entrevistados, mas eu não tinha outra linguagem, mal conhecia as gírias brasileiras, muito menos as nordestinas!⁵

A questão da língua, mas também a necessidade que eu tinha de aprofundar na compreensão da violência de gênero no contexto sociocultural mais próximo para mim, foram as principais razões que me levaram de volta para Colômbia. Fiz então uma segunda parte da pesquisa de campo na Colômbia.

⁵ “Assim entre duas línguas, o seu elemento é o silêncio. De tanto falarmos de diversas maneiras, igualmente banais, igualmente aproximativas, não falamos mais. Um cientista de renome internacional ironizava sobre o seu famoso poliglottismo, dizendo que falava russo em quinze línguas. No entanto, eu tinha a sensação de que ele era mudo e que esse silêncio estagnado, às vezes, o impelia à longa monotonia dos entoadores de salmos para finalmente dizer alguma coisa” (“O silêncio dos políglotas”, Em Kristeva, 1994: 23).

Comecei procurando os entrevistados através de redes de amigos, familiares, antigos colegas de trabalho, pessoas de ONG, assistentes sociais, terapeutas, psicólogos e através de instituições de saúde e educação que de alguma forma trabalham o tema, ora violência contra mulher, ora violência de gênero ou com homens e masculinidades.

Os critérios para encontrar os entrevistados foram: 1) Que tivessem sua situação econômica resolvida em termos gerais; isto porque queria evitar que as razões da agressão se justificassem na precária situação econômica. 2) Que houvessem atuado violentamente contra mulheres. 3) Que houvessem refletido sobre seus atos violentos. 4) E, finalmente, que aceitassem falar comigo e contribuir com a pesquisa.

Foi bastante difícil encontrar homens que cumprissem com todos os requisitos, não porque não existissem, muito pelo contrário. Através da ativação de minha rede de contatos profissionais e de amigos/as cheguei a muitos homens que tinham o perfil, mas eles não queriam falar sobre isso. Eram homens de classe-média, arquitetos, advogados, comerciantes, empregados públicos, homens de diversas profissões, enfim, *homens comuns*; colegas, vizinhos, familiares, amigos de amigos, porém, alguns não tinham refletido a respeito da violência e outros simplesmente não aceitavam falar comigo.

Foi muito interessante a surpresa das pessoas que me ajudaram nessa busca ao encontrar tantos homens agressores, pois sempre se pensa que o assunto acontece lá, nas margens, entre os *pobres*, entre os *ignorantes*, entre os *drogados* ou os *bêbados*, ou então, entre os *anormais*, mas não entre os meus amigos e os meus familiares. Contudo, eles não aceitaram falar comigo, talvez pela familiaridade, talvez por vergonha, desconfiança, medo ou indiferença. Desta forma, tive que ir eliminando alguns de meus critérios e finalmente o principal deles era que fossem agressores, e, especialmente, que aceitassem falar comigo e não tanto que houvessem refletido a respeito. Abri mão também do pertencimento à classe-média.

O trabalho prévio a minha viagem, feito pelos meus amigos da rede de apoio que ativei na Colômbia, foi muito importante. Foram eles que convenceram os homens a falar; dando-lhes informações bastante pontuais sobre a pesquisa: o que era exatamente violência de gênero e o que seria feito com os depoimentos. As dúvidas eventuais foram elucidadas junto aos entrevistados antes das entrevistas pela rede de apoio. Isto fez com que no momento da entrevista todos os homens estivessem muito mais abertos e dispostos a falar e então as entrevistas foram muito fluidas. Vou descrever brevemente quem são eles.

3.1. Breve Perfil dos homens entrevistados

Eu tinha muita expectativa de entrevistar, finalmente, os homens-agressores, de ouvir suas histórias, de tentar com eles uma reflexão sobre os eventos violentos, mas, sobretudo, de saber quem eles são. Acho que a palavra “violência” contribui para desenhar na mente um estereótipo de homem violento; isto faz com que, talvez, imaginemos um homem rude, grande, forte, musculoso, de rosto fechado, amargo, bravo, em fim, um “homem violento” e não um “homem comum”, tal como foram os homens que entrevistei. Eles eram homens com os quais eu partilhava alguns imaginários culturais, os temas de conversação que contornaram os episódios violentos em si mesmos, eram comuns a nós, ou pelo menos podíamos reconhecer como familiares. Fisicamente, eles não eram o que se diz um “homem violento”, pois são baixinhos, magros ou então com um ar calmo que dificilmente insinua seus desabafos violentos. Claro, eu os entrevistei em um contexto de “diálogo” e não depois dos fatos violentos. Porém, a primeira imagem que tive ao conhecê-los e conversar com eles foi mais uma contribuição na desconstrução da violência de gênero que pretendo fazer ao longo desta tese.

1. Fabián. 41 anos, mora na cidade de Armênia, na região cafeeira da Colômbia. Ele chegou ao nosso encontro muito bem arrumado e cheiroso - como costuma se arrumar-; apresentação que corresponde com sua atividade principal, pois ele é dono de um bar de música salsa; o mundo da noite, da balada, da festa, requer de arrumação pessoal, pois esse mundo é também o cenário de encontros afetivos, de sensualidade, de conquista; é um espaço para olhar e ser olhado. Homens e mulheres se arrumam muito bem para ir dançar salsa uma sexta-feira à noite em um bar como o de Fernando. Ele foi indicado para participar desta pesquisa por um amigo que nós temos em comum e que frequenta o lugar. Fabián aceitou falar pela primeira vez sobre sua vida privada, justamente por “ter com quem falar daquilo”. Nosso encontro foi inicialmente no bar; ele queria que eu conhecesse seu espaço de trabalho e todos os enfeites que o adornam, pois cada um deles tem sido ou feito ou arranjado por ele mesmo. Nesse bar transcorre boa parte de sua vida. Lá, ele protagonizou várias cenas de amor, de encontros, de amizades, e também de brigas conjugais.

Nesta entrevista Fabián descreve três relacionamentos que ele considera os mais significativos da sua vida afetiva e, junto com eles, diversas situações de violência nas quais esteve envolvido. São estes três relacionamentos que ele considera os mais importantes, embora sempre esteja envolvido, seja namorando ou ficando, com muitas outras mulheres. O primeiro relacionamento é com sua ex-esposa, com quem teve dois filhos, hoje uma

menina de 17 anos e um menino de 11 anos. Com ela conviveu por 17 anos em um relacionamento que ele qualifica de “tormentoso”, no qual houve violência física mútua, segundo ele. Embora o nosso amigo em comum me diga que no círculo de amigos acredita-se que era ele quem apanhava da mulher, pois várias vezes ela chegou ao bar e, ao encontrar Fernando em uma situação que ela julgou de infidelidade, não hesitou em jogar os copos de cerveja no chão, chutar nas mesas, gritar e reclamar e, enfim, armar tremendo escândalo. Depois que ele se separou de sua primeira mulher, ele namorou outra moça por quatro anos, com quem teve um relacionamento tranquilo e não houve violência, segundo ele. No entanto, nosso amigo disse que ela apanhava sim, do Fabián. No momento da entrevista estava num relacionamento com outra moça, e agora é ele quem apanha direto dela, segundo ele; neste caso os amigos concordam acrescentando que aquela mulher é “maluca” e crêem que Fernando precisa mesmo de relacionamentos conflitivos.

2. Federico. 52 anos, Licenciado em Ciências Sociais e possui um mestrado em Filosofia. A entrevista com Federico foi realizada num centro de recuperação para adição de drogas, numa pequena cidade perto da região cafeeira da Colômbia. Interessei-me em conversar com ele, sendo o tema do álcool tão recorrente nos depoimentos de homens agressores, quis saber mais de sua história. Federico é um intelectual reconhecido da região.

Federico não tem experiências de agressão física contra mulheres, mas no seu depoimento expressa outras manifestações de machismo e desprezo pelas mulheres, especialmente no campo intelectual. Ele disse que as mulheres não estão à altura da sua capacidade discursiva e que não são interlocutoras, só nos resta o papel de amantes, acompanhantes, mas sem “encher o saco”, aí, *quietinhas, caladinhas*, prontas para satisfazer os seus desejos. Ele também reconhece que, de alguma maneira, sua adição às drogas e ao álcool foi uma forma de agredir a sua mulher e os seus filhos; já que perdeu o interesse por tudo, incluindo a família. E a vida da boemia, era de certa forma, um desrespeito com a sua mulher.

3. Durán. 39 anos. Esta entrevista foi possível graças a um amigo psicólogo e professor na Universidade Del Valle. Durán gosta de música ‘metal’ e partilha com meu amigo da turma dos chamados “metálicos”. Em alguma ocasião, meu amigo soube que Durán tinha agredido sua parceira sentimental. Quando cheguei a Cali, entrei em contato com meu amigo e falei sobre minha pesquisa, pedindo que me indicasse alguém que cumprisse com os critérios já expostos. Eles falaram sobre a minha pesquisa e tiveram uma primeira sensibilização sobre o tema e posteriormente Durán - que gosta de ser chamado assim, pelo sobrenome- aceitou falar comigo. Combinamos pelo

telefone um encontro no seu Bar de *Rock*, (meu segundo informante também é dono de um bar) uma segunda-feira de janeiro de 2009, à noite. O ambiente do bar serviu para que Durán recriasse umas das típicas cenas violentas que se apresentam neste bar, como parte, segundo ele, da *sociabilidade masculina*. Durán teve dois casamentos. Ele agrediu sua primeira mulher brutalmente, até quebrar um dente dela, e hoje ele, separado e cheio da culpa, paga para ela um tratamento odontológico. No seu segundo casamento não houve violência, porque *sua mulher sabe lidar com ele*.

4. Sánchez. 60 anos, cinco filhos. É sapateiro, pedreiro e encanador, mora num setor de baixa renda em Cali com uma das filhas. Foi indicado para a entrevista pela mãe de um amigo meu. A senhora participa de uma Igreja Cristã onde Sánchez também vai. A entrevista se fez na sala da casa da senhora que nos apresentou, em um bairro popular de Cali. Sánchez é alto, moreno, forte, rude; ele tem no seu rosto as marcas de uma vida batalhadora; cada ruga parece testemunha de uma história. Ele não somente narra uma situação de violência com sua ex-mulher, mas a contextualiza na história da conformação de bairros populares de Cali, na qual houve participação política com grupos de esquerda na década dos anos 70. Fernando era um homem engajado na luta por melhores condições de vida para os moradores do seu bairro, por moradia, etc. Ele fez uma travessia: de homem de esquerda, daqueles que participavam nas “bases” do processo comunitário, a homem cristão, que procura em Deus a paz que sua alma necessita. Ele bateu na sua mulher quando saiu da cadeia e ficou sabendo que ela o traiu com um companheiro político.

5. Néstor. 32 anos. Ele disse que tem “transtorno afetivo bipolar”. Mora num bairro popular, mas não favelado, com a sua mãe. Atualmente se medica. Ele foi indicado por uma amiga minha que o conheceu em uma ONG na qual ela trabalhava e naquela época soube que ele agrediu a sua namorada. Eu e Néstor tivemos um primeiro contato pelo telefone e como sinal para nos reconhecer pessoalmente ele me disse: “Eu sou negro”. Depois marcamos um encontro numa padaria do bairro *San Antonio*, no centro histórico da cidade. Caminhamos um pouco pelas ruas do bairro e fomos estabelecendo confiança; falamos da sua vida e de minha pesquisa. Depois entramos num café e começamos nossa entrevista. Ele bateu fortemente na namorada por ciúmes e ao terminar este namoro nunca mais namorou menina alguma. Os anos se passam e ele continua procurando o perdão dessa namorada que agrediu. Néstor, igual os outros homens que entrevistei, ao final agradecem esse espaço de fala que tivemos e que era o primeiro depois dos fatos violentos que protagonizou. Em alguns momentos da entrevista ele se mostrou tímido o envergonhado, baixava o olhar e falava baixo. Ficava olhando pela janela

do café com um jeito pensativo, introspectivo. Em outros momentos da entrevista eu sentia falta de coerência na exposição dos fatos e duvidava se aquilo era produto da sua imaginação, como consequência do transtorno que ele indicou desde o começo da entrevista ou se realmente fazia parte dos fatos de violência narrados, mesmo assim, deixei que a narrativa fosse fluído.

6. Antonio. 41 anos. Professor de artes plásticas da Universidade Del Cauca; ele mora em Popayán, uma pequena cidade ao sudeste do país, de estilo colonial, com, aproximadamente trezentos mil habitantes, que na época da Colônia foi centro de referência político-administrativa, sem ser a capital do país, e que ainda hoje conserva um estilo de pequena vila colonial. Ela é reconhecida por ser uma cidade tradicional, pacata, conservadora. Seu centro histórico, ainda conservado, é todo pintado de branco. Caminhar pelas ruas realmente evoca a época colonial. Popayán é também centro de conflitos políticos no país, por conta da proximidade da guerrilha das FARC e do movimento indígena que lá é bastante importante. Antonio odeia Popayán. Não agüenta o lento caminhar das suas pessoas. Sai da calçada e prefere a rua porque não quer esperar que as pessoas abram passo. Foi indicado por minha prima que estuda antropologia nessa cidade e levei um choque ao saber, na entrevista, não antes, que ela foi uma das parceiras sentimentais que apanhou dele.

Para as entrevistas usei um roteiro semi-aberto, sob os seguintes temas de conversa: características pessoais, constituição familiar, relação com o pai, com a mãe, com os irmãos, anedotas de infância, de adolescência, dos primeiros namoros, dos relacionamentos sérios, as mulheres, as situações de violência, os outros homens, os amigos, os espaços de encontro dos homens, a amizade e ao final a conversa se dirigia para uma reflexão sobre as masculinidades: o que os entrevistados pensavam sobre o que esta acontecendo com alguns homens heterossexuais contemporâneos, sobre seu lugar nos relacionamentos de casal, nos lares, e no geral com seu *ser homens*. Estas entrevistas foram traduzidas ao português por mim com ajuda de amigos brasileiros, tentando manter gírias e usos populares.

Às vezes, as narrativas escorregavam para temas bastante pessoais que eu deixava fluir ao mesmo tempo em que tentava acolher. Eu demonstrei interesse durante as entrevistas para que os entrevistados se sentissem à vontade. Às vezes eles queriam falar demais. Como lidei com isso? Deixando fluir, ao final éramos dois adultos discutindo de questões que previamente tínhamos combinado. E eles eram cientes que estavam contribuindo com uma pesquisa, como cientes também de que pretendíamos olhar além das situações pontuais de violência de gênero que eles protagonizaram, tentando

encaixar essas situações na vida deles e não as considerando como um fato alheio. Eu sempre estive atenta de não deixar-me provocar ou persuadir, ao final, *nem anjos, nem demônios. Homens comuns.*

4. Reconhecendo minha própria experiência: O método autobiográfico

O método autobiográfico contribui nos debates das ciências sociais discorrendo sobre o lugar da subjetividade nas pesquisas científicas (Maroni, 2008). Se couber o termo, eu fiz uma *etnografia de minha memória* e rastreei na minha própria narrativa os motivos que me levaram a pesquisar *violência de gênero*, inicialmente, e *masculinidades, poder e violência*, posteriormente, como ponte para chegar aos estudos sobre *crise das masculinidades*. E, parafraseando Goldman, “*passsei por uma experiência que gostaria de narrar brevemente*” (2006: 164).

Ao longo do doutorado a coragem para falar foi me habitando. Ela apareceu no meio de um permanente devaneio entre um silêncio envergonhado e uma vontade de encarar o ridículo. Sempre a dúvida. Até onde eu devo aparecer? Até onde trazer a experiência pessoal? Precisava mesmo? Precisava! Não porque minha experiência fosse mais ou menos violenta que das outras mulheres. Mas porque minha experiência me permitiu, ou melhor, obrigou-me a refletir. A busca de sentido foi cada vez mais imperiosa. Descobri, então, o que significa *fazer uma experiência*. E assim foi se desvendando uma grande necessidade de falar. E esta tese não é alheia a isso.

“Será preciso coragem para fazer o que vou fazer: dizer.

E me arriscar a enorme surpresa que sentirei com a pobreza da coisa dita. Mal a direi, e terei que acrescentar: não é isso, não é isso! Mas é preciso também não ter medo do ridículo, eu sempre preferi o menos ao mais por medo também do ridículo: é que há também o dilaceramento do pudor. Adio a hora de me falar. Por medo?

E porque não tenho uma palavra a dizer.

Não tenho uma palavra a dizer. Por que não me calo então? Mas se eu não forçar a palavra a mudez me engolfará para sempre em ondas. A palavra e a forma serão a tábua onde boiarei sobre vagalhões de mudez” (Lispector, 1964: 23).

Em junho do ano de 2000 protagonizei uma cena de violência que só agora reconheço como minha. Aquilo aconteceu em um vilarejo do Litoral Pacífico colombiano quando trabalhava em um projeto ambiental para recuperação da floresta tropical. O projeto estava localizado em uma região de população predominante negra e eu cheguei lá pelo romantismo com essas comunidades; talvez tentando encontrar nelas algum vínculo com as minhas próprias raízes negras. Comecei a trabalhar lá em fevereiro do ano 2000 e assim que ingressei no projeto também comecei a namorar com meu chefe. Trabalhei nesse projeto entre fevereiro e agosto do ano 2000. Minha função era promover a organização social dos camponeses; especialmente à participação das mulheres negras. Morávamos em uma cabana grande, à beira do Rio Sanquianga, aproximadamente quarenta pessoas, trinta e cinco homens e cinco mulheres, entre os quais havia técnicos agrícolas e florestais, assistentes sociais e o pessoal administrativo. Ao ingressar ao projeto, eu e meu chefe, percorremos as aldeias à beira do rio. Aproveitei para conhecer os líderes comunitários, mergulhar culturalmente na área e namorar. Lembro que durante o primeiro dia de reconhecimento da área eu tinha tanta expectativa quanto medo. Comecei sentir uma estranha sensação que me acompanharia depois, como se estivesse presa da floresta. Embora me sentisse maravilhada com ela, não tinha a liberdade de sair daí quando eu queria. Dependia de outros ritmos que não eram os meus. Curtia muito da grandeza da natureza; ela se apresentava impetuosa diante dos meus olhos, mas ao mesmo tempo me sentia longe de tudo; de minha família, dos meus amigos, de minha cidade. Uma chamada telefônica era um luxo que eu tentava ocasionalmente. Tinha sentimentos ambíguos, no entanto gostava de trabalhar lá.

Nos primeiros quinze dias meu chefe ficou comigo na aldeia, depois saiu para a cidade, tal como fez nos meses seguintes. Nesses primeiros dias eu o acompanhei a visitar um bruxo da área. Tratava-se de um homem negro que fazia remédios naturais e curas contra os males da alma. Meu chefe acreditava cegamente nele e tomava os remédios por ele indicados. Naquele dia eu o esperei de fora do local, senti medo e também respeito por esse lugar, não entrei. Entre outras recomendações o bruxo sugeriu que meu chefe (embora eu tivesse um relacionamento afetivo com ele, sempre o considerei, especialmente, o meu chefe, e neste relato refiro-me sempre a ele assim: chefe) não podia ter relações sexuais por cinco dias. Situação que em nossos primeiros encontros gerava mais expectativa. Ele, por ser Coordenador Geral do Projeto, tinha que viajar muito para cidades próximas como Pasto e Tumaco e distantes como Bogotá e Cali. Depois soube que tinha duas mulheres grávidas, uma em Cali e outra em Pasto, e que este era outro dos motivos das suas viagens. Ele dizia que se apaixonou por mim como nunca antes por ninguém na sua vida; eu achava aquela lisonja como uma simples persuasão.

Segundo vários estudos antropológicos sobre as populações negras rurais do Litoral Pacífico colombiano (Mota, 2002), uma das principais características nos relacionamentos afetivos dessa região é que os homens têm muitas mulheres

e vários filhos com cada uma delas, e as mulheres têm, respectivamente, vários filhos de diferentes homens. Sem que isto represente um problema afetivo, emocional ou social para ninguém. Eu reconhecia em *meu chefe* um homem próprio da sua região, embora fosse Engenheiro Florestal formado em universidade. Por esta, e por outras questões, eu me sentia da *cidade* e achava ele do *interior*.

No meio das saídas do meu chefe para as diferentes cidades que ele tinha que frequentar, eu tive outro relacionamento com um engenheiro florestal, homem branco e da capital do país. Meu chefe começou duvidar da minha possível infidelidade e pediu para o seu melhor amigo, que também trabalhava no projeto, me policiar. Eu soube depois que a ordem do meu chefe era armar uma cilada para nos pegar no ato sexual e nos matar. Em uma ocasião eu e o meu chefe fomos para Cali, e voltando para o projeto eu decidi lhe contar que estava tendo outro caso com aquele que ele suspeitava. Não achei que isto gerasse algum tipo de reclamação, já que ele era casado e eu solteira, e, além disso, ele tinha duas mulheres grávidas; eu me sentia no direito de ter outros relacionamentos. O nosso era para mim, um relacionamento aberto.

Quando meu chefe soube do meu outro caso, ficou em fúria. Ficou louco de ciúmes, de raiva, tomado pela vingança. No começo quis terminar o relacionamento comigo e depois eu também quis terminar com ele. Ele já tinha confirmado meu outro caso porque o homem que me vigiava lhe contou antes que eu lhe confirmasse, achando que na nossa situação de amantes-amigos era possível a "honestidade". O meu chefe surtou!

Tivemos uma cena de briga, pedidos de satisfação, explicações e insultos que tenho na memória como a pior briga de casal que eu já vivi. Houve violência psicológica, moral e verbal e um chute na perna; porém não é fácil reconhecê-la quando se está no meio da cena, nem mesmo depois dela. Só muitos anos depois, eu qualifiquei aquilo como violento. Violento contra mim! E, todavia, essa não é a pior situação de violência que gerou em mim um trauma. Meu chefe e seu amigo, ao estar certos do que estava acontecendo, estavam planejando me pegar em flagrante com o outro homem - como eu já disse-, mas, antes do que isso acontecesse, eu - intuitivamente- decidi contar o que estava acontecendo.

Depois da minha confissão, ele pediu para que nos reuníssemos nós três: eu, o engenheiro florestal e meu chefe. Reunião na qual deixaríamos claro que eu e meu chefe tínhamos um relacionamento. Mesmo achando bizarro aquele 'pacto entre dama e cavalheiros', o aceitei para pôr fim àquela situação de briga com 'meu namorado'. Mas na hora do encontro meu chefe surtou de novo; os ciúmes o consumiam - acredito que também o sentimento de humilhação-, e assim que viu entrar no local o outro homem pegou um revólver que tinha dissimulado no seu cinto. Eu quase morro de

medo, na verdade, de terror! O meu chefe estava morrendo de raiva, de ciúmes e de loucura, começou apontar contra o outro homem e ameaçava atirar nele.

Berrava todo tipo de insultos contra ele e contra mim. Insultos de conotação sexual. Reclamava seu direito à exclusividade sexual e sentimental comigo na sua zona –zona de negros!–. Eu rezava, rezava muito, e ele, deduzindo as minhas preces, sempre mentais, me dizia que isso não serviria de nada. Eu tentava acalmar os ânimos, parar a briga, parar a cena, mas tudo em vão. O meu chefe apontava de novo e, entre outras coisas, tentou nos obrigar a ter sexo na sua frente.

Eu tinha uma corrente de ouro com a imagem da Virgem Maria pendurada no meu pescoço que ele me arrancou brutalmente ao tempo que me gritava que parasse de rezar porque não ia me servir de nada. Ele ameaçou me bater, mas se arrependeu justo no momento de ter a mão fechada no ar, simulando um soco. Eu senti pânico de que ele batesse no meu rosto, imaginei como seria um soco dele no meu rosto, em milésimas de segundos eu me senti e vi com o rosto desfigurado e totalmente impotente frente a sua força furiosa. Eu imaginava meu rosto caindo como uma porcelana chinesa estilhaçada em mil pedaços.

Ele berrava de novo, insultava, gritava, ameaçava, apontava. Eu ficava no meio dos dois, ele me sacudia e eu sentia sua força bruta! Olhava de novo no outro cara e o ameaçava de novo. Eu estava aterrorizada, o outro cara também; lembro seu rosto pálido e também meu batimento cardíaco muito acelerado. É uma sensação de impotência, de eternidade, de estar em um beco sem saída, de humilhação, de vulnerabilidade total, de pânico que inclusive ao lembrá-la depois me gerava sentimentos parecidos. Meu batimento cardíaco se acelerava só de lembrar e contar para alguém, de fato contei para pouquíssimas pessoas e nem pensar em fazer uma denúncia. Nem sabia o que denunciar, já que não houve “violência física”; também não queria fazer daquilo um escândalo.

A espantosa cena não teve resultados trágicos graças à intervenção da faxineira do projeto. Os técnicos agrícolas e florestais que também trabalhavam no projeto; homens negros, nativos da região, afastaram-se como se fossem surdos ante as minhas súplicas. Suponho que eles pensavam que se tratava de um problema do casal no qual ninguém deveria intervir. Foi ela, a faxineira, quem corajosamente bateu na porta da sala onde nos estávamos e interveio para finalizar a briga, lembrando para meu chefe que uma das mulheres grávidas que ele tinha era irmã dela e que ele devia pensar no futuro e na saúde de sua mulher. O que? A irmã da faxineira é a mulher dele? Para mim era tudo confusão e espanto! Aproveitei a porta aberta para sair correndo e me encerrar no meu quarto. Pouco me importou a sorte de aqueles dois. Até pensei: Que se matem! De novo em milésimas de segundos pensava na vergonha de estar protagonizando aquela cena. Eu! líder estudantil, promessa política local, defensora

dos direitos humanos, feminista! Quase a morrer no meio de um crime passional! Que vergonha! E ainda por cima ser atendida pela irmã de uma das mulheres grávidas do meu chefe! Meu chefe procurou depois meu perdão, argumentando que tinha que fazer aquilo para ganhar respeito, que não podia permitir ser tratado de 'palhaço' na sua própria terra, sendo ele um homem negro, chefe de um projeto ambiental muito importante da região. Entre explicações e pedidos de desculpas eu me sentia culpada. Fiquei no meu quarto por uma semana. Morria de vergonha para sair à aldeia, a faxineira me dava os alimentos básicos, embora eu mal conseguisse comer. Eu pedi para meu chefe que me tirasse dali, mas ele não aceitava meu pedido, dizia-me que podia pedir qualquer coisa, menos largá-lo; nem largar ele, nem o projeto.

Eu queria morrer, sumir, desaparecer. Como lidaria com essa situação? Como continuaria trabalhando? Como sairia daquela zona? Como contaria? Contaria? Denunciaria? Não! De jeito nenhum! A vergonha e a culpa não me permitiriam denunciar. Além disso, denunciar o quê? Se não fui ferida, se ninguém foi morto. Essas eram as perguntas me não me deixavam em paz.

Depois da cena acima descrita, nossos superiores nas respectivas instituições ambientais solicitaram uma nova reunião para aclarar o que foi aquela confusão que tínhamos protagonizado. Desta forma se organizou um encontro no qual tivemos que dar depoimentos e nos comprometer a "nos comportar", já que éramos exemplo nessa região. Os dois homens eram respectivamente coordenadores de projetos ambientais e eu era a coordenadora da área social com enfoque de gênero. Foi uma reunião bizarra e humilhante, na qual eu tive que admitir ser a "namorada" do meu chefe e que me "deixei" seduzir por outro homem, mas que estava arrependida e tínhamos decidido continuar nosso relacionamento. Meu "namorado" pediu perdão ao outro engenheiro por tê-lo ameaçado, o outro pediu perdão por ter "paquerado" a sua mulher, mas ninguém me pediu perdão por ter sido objeto de humilhação e agressão, eu era 'a causa' da violência e não 'a vítima'. O "amante" foi desterrado do projeto e eu continuei namorando com meu chefe. Sim! Continuei namorando-o por mais dois meses! E com o revólver por perto. Pois ele sempre guardava a arma embaixo do colchão.

A continuidade do namoro se caracterizou pelos pedidos de perdão e as satisfações que ele me oferecia. Entre outras, ele considerava que foi vítima de uma "bruxaria", tentava me convencer que algum espírito do mal se encostou a ele. Que essa forma de reagir não era própria da sua pessoa, que nunca tinha feito aquilo e que a única razão para seu comportamento era ter sido vítima de feitiçaria. Rogava para que eu acreditasse nele e me pedia para acompanhá-lo de novo ao bruxo que desfaria o mal. Eu tentava ser compreensiva. Não queria bater de frente, continuava o namoro, pensando que só estando em Cali conseguiria me livrar dele. E foi assim, só voltando em Cali que eu consegui terminar aquele namoro.

Essa foi, grosso modo, a situação que vivi e que se relaciona com as minhas buscas atuais. Refletir sobre aquilo se tornou uma preocupação central na minha vida pessoal e acadêmica nos últimos anos. Comecei refletir sobre a vergonha. Sobre a culpa. Sobre por que era tão difícil para mim, reconhecer que eu tive um relacionamento violento. Tive que pensar várias vezes sobre por que “meu chefe” tinha tanto poder sobre mim. E depois de conhecer a literatura sobre “trauma” compreendi que eu mesma me encarreguei de “desmentir” o vivido; como, de fato, acontece com muitas mulheres agredidas, principalmente de classe média. Também era difícil compreender por que depois da cena violenta eu mantive o relacionamento, como se eu tivesse responsabilidade naquela situação e isso me obrigasse a manter o relacionamento. Também me perguntei por que eu não contei para quase ninguém. Só para poucos amigos e jamais para minha família! Foi durante o doutorado que logrei refletir sobre o processo mental, emocional, espiritual e intelectual que me permitiu anos depois pensar e trazer a tona o acontecido no meu Litoral Pacífico colombiano.

Finalmente, agora, ao narrar, consigo integrar o que permanecera *cindido* e então transformar uma *vivência* em *experiência*. Compreendi que ao integrar o *trauma* poderia fazer isso: transformar a vivência em experiência. A minha narrativa ganhou outro sentido, aliás, ganhou um sentido. Nas palavras de Benjamin, compreendi que “O narrador retira da experiência o que ele conta: sua própria experiência ou a relatada por outros. E incorpora as coisas narradas à experiência dos seus ouvintes” (Benjamin, 1985: 201). Também comecei lembrar novos detalhes. E quando fiz as entrevistas com os homens agressores da minha pesquisa eu tinha a capacidade de, realmente, escutar e acreditar nos seus depoimentos. Eles perceberam alguma coisa especial na minha escuta, pois ficaram à vontade para falar.

Voltei para Cali em agosto do ano 2000, dois meses depois do evento traumático, quando toda a equipe tirou férias. Até minha saída da área eu continuei namorando meu chefe como já disse. Depois da cena violenta vieram os perdões, as promessas e a reconciliação. Só quanto estive de novo na minha cidade tive coragem para deixar o relacionamento. Em Cali ele continuava procurando-me, enviando vasos de flores para minha casa, fazendo amizade com meus amigos e procurando-me na universidade; – eu tinha iniciado o mestrado em sociologia–. Ele me dizia que não suportava a idéia de que eu ficasse com uma imagem dele como um homem violento, selvagem, bruto.

Sua procura terminou quando um belo dia uma das suas mulheres telefonou na minha casa para me fazer uma reclamação e, a conversa terminou quando fui eu quem reclamou que seu marido não me deixava em paz! Pedi para essa senhora que falasse com seu marido e que os dois me deixassem em paz. Ela sentiu vergonha.

Percebi que era uma mulher simples e eu consegui persuadir-lhe com a minha fala. Pensei em denunciar, mas nunca o fiz, porque não tive coragem e porque não sabia o que denunciar. A partir disso, ele não apareceu mais.

Pensar nos porquês de ter estado em uma situação de violência de gênero, direcionou-me a outros caminhos na pesquisa proposta. Quando eu tive consciência disso um novo caminho de elaboração foi possível. Fazendo minhas as palavras de Maroni:

“[...] um novo mundo se desvendou para mim. O mundo da neutralidade científica, da separação entre sujeito e objeto na pesquisa científica, do chamado rigor metodológico, caiu por terra. Compreendi, então, que não fazemos senão narrar nossos afetos, nossos traumas, nossos vínculos primários –muito embora não estejamos conscientes disso–. A objetividade possível de ser conquistada –e ela deve ser conquistada– é aquela que reconhece a subjetividade como momento primeiro da pesquisa científica” (Maroni, 2008: 36).

O parágrafo citado condensa uma chave valiosa que me serviu para articular minha experiência pessoal, que se pode considerar como uma experiência de pré-campo, com minha tese de doutorado. Os caminhos da subjetividade, se reconhecidos e resgatados do *inconsciente* podem também conduzir à *objetividade científica*, se eles vêm acompanhados de uma reflexão, de uma interpretação; se são acolhidos com a intenção de compreendê-los e não só de julgá-los, ou como diria Boaventura de Sousa Santos (2006): apostar por uma *proximidade crítica*, e não só por uma *distância crítica*. Esse foi o caminho que tentei e que apresento aqui.

4.1. Primeiras interpretações de minha experiência

Depois que sai desse projeto e desse relacionamento voltei para Cali e comecei o mestrado em Sociologia. Dois anos de disciplinas obrigatórias serviram para empalidecer minha vida anterior e, nela, o meu *trauma*. Tanto, que ao chegar o momento de fazer a dissertação apareceu “espontaneamente” o tema da violência contra as mulheres. Uma delas, amiga minha, feminista, formada em Ciências Sociais e de classe média, foi, sem saber, a primeira voz através da qual eu falei de mim, sem saber que falava.

As mulheres da minha pesquisa foram agredidas nas suas famílias e no meio dos seus relacionamentos amorosos. Interpretei quatro histórias de vida de mulheres que apanharam do marido, da mãe e do padrasto. Elas

foram vítimas de distintas formas de violência como a verbal, a simbólica, a sexual e a física; concentrei-me na violência física. A tese central na minha dissertação é que as mulheres tinham mais possibilidades de serem vítimas dessa violência chamada de gênero justamente pelo seu gênero; *ser mulher era um fator de risco para apanhar*. Desta forma, estruturei uma proposta de violência de gênero na qual as mulheres sempre teriam a possibilidade de serem vítimas e os homens sempre seriam potencialmente os agressores.

Nas quatro narrativas interpretadas, as agressões se apresentaram no contexto familiar e nos relacionamentos amorosos das mulheres entrevistadas. Suas histórias de violência estiveram inscritas no seu cotidiano. Os agressores foram pessoas próximas, com os quais elas tinham *vínculos* afetivos. Todas as histórias estavam cobertas por um véu de silêncio. Os fatos violentos tinham-se incorporado na vida rotineira como mais um fato. Silêncio que foi quebrado aos poucos no ato de narrar.

Ao redor dessa reflexão começaram aparecer no mestrado novas perguntas que foram gestando o novo tema de pesquisa para o doutorado: Quais seriam as versões dos homens destes relacionamentos que se tornaram violentos? Isso alteraria os resultados da pesquisa? Por que a maioria das pesquisas de violência contra mulheres, feitas por mulheres, centram-se, especialmente, na mulher-vítima e não nos homens, nem nas relações? Houve algum tipo de agressão contra o homem antes de ele agredir? Como eles enxergam essas agressões? Se sentem culpados, responsáveis, agredidos? E mais importante de todas: Por que eu me interessei pelo tema? O que há nele que me comove? Agarra-me? Ainda não me solta? O que isso tem a ver comigo?

Interpretei as narrativas das outras; sobre minha vivência o silêncio imperava. Silêncio sobre minha história, silêncio sobre minha vivência, silêncio sobre os fatos acontecidos naquele vilarejo do Litoral Pacífico colombiano e, todavia, o Mestrado em torno das mulheres agredidas foi o primeiro movimento de aproximação ao tema das masculinidades. Os homens e a maneira das mulheres se relacionarem com eles, eram o pano de fundo da pesquisa. Minha história e, portanto, meu *trauma*, continuava escondido de mim. Um momento de esquecimento e de desconhecimento, de silêncio e de pequenas perguntas discretas feitas em uma espécie de deserto de sentido.

Será que isso tem alguma coisa a ver comigo? Será que eu pesquiso sobre violência de gênero porque vivenciei uma cena violenta? Na época, estas perguntas eram perguntas mudas que não ganhavam expressão verbal, na época não as escutava; não havia *espaço psíquico* para escuta e, por isso fazia pergunta mudas. E por isso meus eventos traumáticos não faziam ponte

com o meu intelecto, então com a pesquisa. Minha vivência era um fato em segundo plano. E era só isso: uma vivência silenciosa.

Foi no Brasil, longe da minha terra, que consegui reconhecer minha vivência traumática; a lembrança, a memória do vivido se impôs, no começo com muita dor, depois com vontade de partilhá-la. Tinha tido uma vivência que, ate agora, havia se mantido silenciosa; pulsante, indigesta... Exigindo ser pensada. Ela poderia ser mais do que uma vivência? Poderia se integrar à minha formação intelectual? Como se chega a isso? Eis uma tentativa.

4.2. Caracterização do *trauma*

Hoje reconheço que o *encontro com a diferença* (Figueiredo, 2003) diferença radical no vilarejo do Litoral Pacífico colombiano, foi traumático. Reconheço que o trauma não foi gerado somente a partir dos fatos violentos vividos. O *trauma* começou ou se gerou com a ruptura que eu tive dos meus *vínculos*. Tinha medo de ficar longe do familiar e próximo: minha família, os meus amigos, minha cidade. Tinha construído uma poderosa muralha e por isso era difícil reconhecê-la. Ninguém imaginaria em Cali que eu –socióloga, feminista, liberal e independente– sentisse medo no *litoral Pacífico colombiano*, nem que sentisse falta de nada, já que esse tipo de projetos era parte da minha prática profissional; muito menos imaginariam que eu terminasse envolvida em uma cena de violência.

Durante a pesquisa do Mestrado as narrativas de mulheres agredidas foram de “outras - mulheres”, jamais a minha. De certa forma, indiretamente, eu fazia uma narração de minha história sem saber disso! Cindida dos meus afetos e dos meus traumas narrava histórias alheias, traumas alheios, os afetos machucados dos outros e neles ecoavam sem que eu desse conta deles, claramente, minha história, os meus traumas, os meus afetos. É possível afirmar que minha dissertação de mestrado testemunha minha consciência *inconsciente*.

Hoje vejo minha dissertação como um bom exemplo da cisão do intelecto com os afetos. Compreendi também que as narrativas são um excelente instrumento da investigação social quando queremos falar de “indivíduos-em-ruptura”; aqueles indivíduos que, segundo Pollak & Heinich (1986), têm passado por experiências traumáticas, como também dos que estiveram submetidos a processos de aculturação, emigração, fortes mudanças sociais e econômicas, processos violentos de desenraizamento que obrigam aos indivíduos a redefinir suas relações e readaptar sua identidade; tais situações geram neles uma “ruptura” e tais indivíduos estão, portanto, em transição; por isso são “indivíduos-em-ruptura” (Pollak & Heinich, 1986).

Essas experiências traumáticas dividem a vida em um antes, um durante e um depois e redefinem a vida e a identidade; a identidade seria por tanto uma transição. Essas redefinições precisam de uma narrativa de vida (*récits de vie*) que se pode reconstruir a partir da biografia. O *trauma*, desde a perspectiva de Pollak, também faz parte da identidade e ao ser elaborado transforma e/ou enriquece a identidade. O *trauma* seria quase um convidado que se acolhe na memória, e nesse acolhimento passaria a ser um novo habitante. Os testemunhos devem ser considerados como verdadeiros instrumentos de reconstrução e transformação da identidade (Pollak & Heinich, 1986).

Eu comecei a considerar-me com um “indivíduo-em-ruptura” e a partir desse reconhecimento, comecei a reconhecer que tive uma vivência traumática. E também reconheço nos homens entrevistados “indivíduos-em-ruptura” desde outra perspectiva, pois os fatos violentos também geram neles, não traumas, mas inquietações, transformações, perguntas, dúvidas. Dúvidas sobre sua masculinidade.

Hoje me reconheço em um momento de reflexão e abertura para fazer experiência. Descobri a importância de me trazer nesta pesquisa, ao reconhecer que tanto o mestrado em torno das mulheres agredidas quanto meu novo interesse no doutorado em torno das Masculinidades e, particularmente, dos homens em situações de violência de gênero tentam me dizer algo: num primeiro momento inconscientemente e no decorrer da pesquisa e, apenas na escrita, conscientemente. É como se os temas de pesquisa perambulassem - se aproximassem e se afastassem- em torno de um nó afetivo. Refiro-me aqui a vivência no Litoral Pacífico colombiano como traumática desde uma perspectiva psicanalítica.

A noção de trauma de Sandor Ferenczi ajusta-se perfeitamente a condição da mulher agredida e, vem como uma luva no meu caso: o trauma é tido como “desmentido”. Este autor propõe que:

“A comoção psíquica sobrevém sempre sem preparação. Teve que ser precedida pelo sentimento de estar seguro de si, no qual, em consequência dos eventos, a pessoa sentiu-se decepcionada; antes, tinha excesso de confiança em si e no mundo circundante; depois, muito pouca ou nenhuma” (Ferenczi, 2003: 109-110).

Foi isto exatamente o que aconteceu comigo. O excesso de confiança que eu tinha em mim na minha cidade enfraqueceu-se quando tive de enfrentar a ruptura dos vínculos no “Litoral Pacífico colombiano”. O autor considera que a pessoa traumatizada “vive na louca ilusão de que tal coisa não podia acontecer;

‘*não a mim*’” (*Ibid.*: 110). A pessoa traumatizada não consegue acreditar que esse tipo de situações possa acontecer com ela e, então, opta por apagar isso da memória, por desmenti-lo, por ocultá-lo, por negá-lo, por não reconhecê-lo.

Traumático para Ferenczi não se explicita em uma vivência em si, refiro-me à agressão; o que é traumático é o “desmentido” que algo se passou. Eu mesma desmenti o ocorrido no Litoral Pacífico colombiano. Cai num silêncio, numa dor sem nome. Hoje quando finalmente arrisco-me a pensar o “desmentido” me dou conta que o trauma não cessou de tentar dizer-se à minha revelia, levando-me conscientemente a fazer opções de pesquisa que tem tudo a ver com a vivência no Litoral Pacífico. Em um primeiro momento, como propõe Ferenczi se perde o controle da situação.

“A conseqüência imediata de cada traumatismo é a angústia. Esta consiste num sentimento de incapacidade para adaptar-se à situação de desprazer: (1) subtraindo seu Si mesmo à irritação (fuga); (2) eliminando a irritação (aniquilamento de força exterior)” (*Ibid.*: 110).

Optei eu também pela fuga! E o caminho de volta se deu graças às narrativas, pois elas permitem fazer a caminhada, sem a obrigação de chegar à meta; permitem um processo livre de resultados, dão sentido ao vivido; não se trata só de “achar o tesouro”, mas, procurá-lo (Benjamin, 1985 [1933]). Fazer experiência requer um esforço e uma intenção que os tempos modernos parecem negar, como nos propõe Agamben retomando a Benjamin:

“Todo discurso sobre a experiência deve partir atualmente da constatação de que ela não é mais algo que ainda nos seja dado fazer. Pois, assim como foi privado da sua biografia, o homem contemporâneo foi expropriado de sua experiência: aliás, a incapacidade de fazer e transmitir experiências talvez sejam um dos poucos dados certos de que disponha sobre si mesmo. Benjamin, que já em 1933 havia diagnosticado com precisão esta ‘pobreza de experiência’ da época moderna, indicava suas causas na catástrofe da guerra mundial, de cujos campos de batalha ‘a gente voltava emudecida [...] Não mais rica, porém mais pobre de experiências partilháveis. [...]’” (Agamben, 2005: 21).

O mergulho na minha memória e a narrativa autobiográfica ajudou-me a refletir sobre o assunto da violência de gênero sob uma nova perspectiva. Essa nova perspectiva nasceu com a vivência no Litoral Pacífico colombiano

transformando-se em pergunta, e, então, comecei a fazer experiência. Os porquês se tornaram o motor que impulsiona o meu pensamento atual: pergunto-me como se constroem os vínculos entre o agressor e a agredida e porque do desmentido encarrega-se a própria agredida!

Na leitura que Figueiredo faz do *trauma*, seguindo Ferenczi, o autor vai colocar que além do “desmentido” o trauma se caracteriza pela dimensão social na qual a vítima perde a *capacidade de assimilação e simbolização*, isto em consequência da desautorização do agressor (Figueiredo, 2003). Tal como aconteceu comigo e com meu chefe; ele nunca considerou que me houvesse agredido, pois sua intenção era dar um susto no outro engenheiro e não agredir-me. Na sua perspectiva ele não me agrediu e *desmentia* permanentemente aquilo; como também eu o fiz, ao começo; hoje reconheço também minha *incapacidade para assimilar e simbolizar* aquilo. Eu não tinha elementos psíquicos para nomear a dor, e por isso era uma *dor sem nome*. Depois compreendi que esse tipo de experiência serve para compreender melhor a subjetividade da dor.

4.3. Breve interpretação das interfaces entre gênero, raça, classe, sexualidade, e violência

Um homem negro e de origem humilde do interior que consegue ter um título universitário e coordenar um projeto de envergadura considerável é *desonrado no seu povo* por um homem branco de classe média e da capital. Sua reação correspondeu aos padrões de masculinidade não só aprendidos, mas exigidos aos homens da sua região. Eis a primeira interpretação que me leva à compreensão do comportamento violento do meu chefe.

Por outro lado, vale ressaltar a relação hierárquica de poder que estabelecemos, eu e ele. Por um lado, eu tinha vantagens sobre ele por ser da cidade, profissional, jovem e mulata, considerada *branca* na sua terra; relacionar-se comigo era para ele motivo de orgulho entre seus pares. Para ele era muito importante ser reconhecido naquela região como coordenador de um projeto ambiental na sua própria zona e mostrar para os outros homens negros, que um homem negro pode estudar, ascender socialmente, ser importante, ser engenheiro, mas, mais importante do que isso era namorar uma *mulher de pele mais clara* do que a sua, pois era também demonstrar para outros homens negros que podem namorar mulheres mulatas, brancas, da cidade (Moutinho, 2004).

Moutinho considera na sua pesquisa sobre relacionamentos afetivo-sexuais e inter-raciais que deu origem ao título do seu livro “*Razão, ‘cor’ e desejo*” (2004), que os homens negros se envolvem afetivamente com mulheres brancas ou mestiças, como uma forma de ascensão social, e embora eu não seja uma

mulher branca naquele vilarejo parecia, já que, seguindo esta autora, *as cores de pele mudam segundo contextos sociais* (Moutinho, 2004). Nesta linha de interpretação, eu representava mais do que uma mulher para namorar: era uma mulher de pele mais clara do que a dele, era da cidade e era profissional, quando suas duas mulheres eram do interior; uma delas negra e dona de casa, a outra, embora profissional e branca, era também do interior.

E finalmente eu e ele compartilhávamos o trabalho socioambiental na zona e diferentes pontos de vista sobre o social e o político da região. Em algum momento do nosso breve relacionamento pode-se pensar que partilhávamos um sonho; o sonho de melhorar as condições de vida da população negra. A traição, portanto, não era só íntima e emocional, senão que, em algum sentido, também política e social. Pois para ele eu o traí com um homem branco da capital que não partilhava dos ideais da população negra.

Por outro lado, por ser meu chefe, ele possuía uma clara autoridade sobre mim, tanto que a usou como chantagem emocional no momento em que eu quis sair daquela situação. Incorporei demasiadamente o poder que ele tinha sobre mim; alias sempre o chamei de *chefe*, não de namorado ou amante. A leitura que eu fiz foi de que tinha um caso com um chefe, não com um *homem comum*. Lugar de poder que ele usou quando eu quis sair do vilarejo após os embaraçosos fatos, dizendo-me que se eu fosse embora, seria acusada de me demitir do cargo e isso implicaria penalidades.

O que significou e significa na minha vida afetiva ter-me envolvido com um homem negro do interior do Litoral Pacífico colombiano? O que significou e significa ter-me relacionado com ele do jeito que me relacionei? Devo destacar que, entre outras razões também compartilhamos um *sonho político* de trabalhar com e pelas comunidades negras. E que no curto tempo de relacionamento se construíram entre nós cumplicidades além da vida de casal. Essas questões também alimentam minha pesquisa.

Eu não me culpo de ter sido vítima de violência de gênero e muito menos justifico as ações violentas de um agressor, mas posso compreender que, no meu caso, antes de ser agredida pelo meu chefe, eu o humilhei. *Brinquei com fogo*, como se diz na Colômbia. Não li o contexto social e cultural no qual eu mergulhei. Cabe-me a responsabilidade de ter ignorado esse contexto sendo eu cientista social e trabalhando lá pela equidade de gênero! Mas isso é algo que só se aprende com a experiência, vale dizer, com uma vivência pensada, refletida. Desta forma, eu não me vejo mais como uma vítima, mas como parte de *um jogo de poderes* no qual eu tive participação (Gregori, 2003). Contudo, isto não isenta o meu chefe da sua responsabilidade no ato violento.

5. O Caminho seguido

O reconhecimento desses movimentos internos, do *silêncio* e da vivência tornada em experiência, foi uma chave que abriu a porta para ingressar nos estudos de homens e masculinidades. Quis expandir minha compreensão e não construir paredes de julgamento. Se eu o tivesse denunciado, o assunto ficaria resolvido e pronto, a muralha obstrui o passado e eu continuaria pesquisando violência contra mulheres pelo meu compromisso político. Mas não foi isso o que aconteceu. Uma inquietação não cessava em meu espírito. Foi aí que surgiu o diálogo. Re-construir minha narrativa tem sido uma primeira experiência de diálogo comigo, o primeiro passo.

Ter-me escutado, ter-me aberto para minhas inquietações e perguntas foi o primeiro passo e definitivo passo que me permite, agora, escutar acolhedoramente as narrativas de homens em situações de violência de gênero, um diálogo com o estereótipo de homens machistas e também escutar as narrativas dos homens feministas que descrevem opções para a violência masculina: um passo de esperança além da denúncia, do julgamento e da criminalização.

Foi assim que me aproximei do *método autobiográfico*, como uma possibilidade de falar do *trauma*. Compreendi que diante do fato violento não é suficiente denunciá-lo, mas refletir sobre ele. Percebi que existe um *vínculo* entre essas duas realidades; sujeito e objeto de uma estranha maneira se pertenciam, havia entre eles uma *“morada conjunta”* (Maroni, 2008: 36). As diversas situações de violência de gênero que eu pesquiso e a minha própria experiência por fim se encontraram. Essas são as interfases entre o fazer *etnográfico*, o registro de *narrativas* e o *método autobiográfico* que teci nesta pesquisa para realizar minha tese de doutorado em ciências sociais.

Bibliografia

- AGAMBEN, Giorgio. (2005). *Infância e História: destruição da experiência e origem da história*. Tradução de Henrique Burigo. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- AMUCHÁSTEGUI, Ana & SZASZ, Ivonne. (Coordenadoras). (2007). *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. México, D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- ARENDDT, Hannah. (1999). *Eichmann em Jerusalém: um relato sobre a banalidade do mal*. São Paulo: Companhia das Letras.

- BANDEIRA, Lourdes. (2009). "Três décadas de resistência feminista contra o sexismo e a violência feminista no Brasil: 1976 a 2006". Em: *Sociedade e Estado*, Vol. 24, No. 2, pp. 401-438, maio/ago. Brasília: Universidade de Brasília.
- BENJAMIN, Walter. (1985 [1933]). *Magia e Técnica, Arte e Política. Ensaio sobre literatura e história da cultura. Obras Escolhidas, Volume 1*, São Paulo: Editora Brasiliense.
- BRAGHINI, Lucélia. (2000). *Cenas Repetitivas de Violência Doméstica: Um impasse entre Eros e Tanatos*. Campinas-SP: Editora da Unicamp; São Paulo: Imprensa oficial. (Coleção Teses).
- DASILVA, Cristina Maria. (2009). *Rastros das socialidades. Conversações com João Gilberto Noll e Luiz Ruffatto*. Tese de Doutorado em Ciências Sociais, Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas, Campinas, Brasil.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura. (2006). *Pela mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade*. 11ª edição. São Paulo: Cortez Editora.
- DEBERT, Guita. (2002). *Arenas de conflitos éticos nas Delegacias Especiais de Polícia*. Campinas: Documentos IFCH-UNICAMP.
- FERREIRA ALBINO DE OLIVEIRA, Maria Coleta. (Pesquisadora-Coordenadora). (1999). *Os homens, esses desconhecidos... Masculinidade e Reprodução*. Pesquisa do Núcleo de Estudos de População, NEPO, Universidade Estadual de Campinas, Campinas.
- FAVRET-SAADA, Jeanne. (2005 [1990]). "Ser afetado". Tradução de Paula Siqueira. Em: *Cadernos de Campo*, No. 13, pp. 155-162. Universidade de São Paulo.
- FERENCZI, Sandor. (2003). *Obras completas. Psicanálise IV*. São Paulo: Martins Fontes.
- FIGUEIREDO, Luis Claudio. (2003). *Elementos para a Clínica contemporânea*. São Paulo: Escuta.
- FOUCAULT, Michael. (1979). *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal.
- _____. (1988). *Historia da Sexualidade I: A Vontade de Saber*. Rio de Janeiro: Graal.
- _____. (2001 [1975]). *Os anormais*. São Paulo: Martins Fonte.
- GOLDMAN, Marcio. (2006). "Alteridade e Experiência: Antropologia e teoria etnográfica". Em: *Etnografia*, Vol. X (1), pp. 161-173. Universidade de São Paulo.
- GREGORI, Maria Filomena. "Relações de violência e erotismo". Em: *Cadernos Pagú* (20), 2003.
- KOFES, Suely. (1994). "Experiências sociais, interpretações individuais: histórias de vida, suas possibilidades e limites." Em: *Cadernos Pagú*, 3, pp. 117-141, Campinas, Brasil.
- KRISTEVA, Julia. (1994). *Estrangeiros para nós mesmos*. Tradução: Maria Carlota Carvalho Gomes. Rio de Janeiro: Rocco.
- LISPECTOR, Clarice. (1964). *A Paixão segundo G.H.* Rio de Janeiro: Rocco.
- LORENTE-ACOSTA, Miguel. (2001). *Mi Marido me pega lo normal. Agresión a la mujer realidades y mitos*. Barcelona: Editorial Ares y Mares.
- _____. (2008). "El agresor de género: acciones y reacciones del posmachismo": (pp.162-177). *La igualdad no es una utopía. Nuevas Fronteras: Avances y Desafíos*. Madrid: Livro de Trabalhos do Décimo Congresso Internacional Mundos de Mulheres.

- MARONI, Amnérís Ângela. (2008). *E por que não? Tecendo outras possibilidades interpretativas*. Aparecida, SP: Idéias & Letras.
- MOUTINHO, Laura. (2004). *Razão, "Cor" e Desejo, uma análise comparativa sobre relacionamentos afetivo-sexuais "inter-raciais" no Brasil e na África do Sul*. São Paulo: UNESP.
- MOTA GONZÁLEZ, Nancy. (2002). *Por el monte y los esteros: Relaciones de género y familia en el territorio afropacífico*. Cali: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- PEACOCK, James & HOLLAND, Dorothy. (1993). "The narrated self: Life Stories in process". Em: *Ethos*, 21 (4), pp. 367-383. São Paulo.
- POLLAK, Michael & HEINICH, Nathalie. (1986). "Le Témoignage". Em: *Actes de la Recherche*, No. 62/63, Juin, pp. 3-29. Paris.
- RICOEUR, Paul. (1994). *Tempo e narrativa*. Campinas: Papirus.
- SILVA, Maria Cecilia Pereira da. *A Herança psíquica na clínica psicanalítica*. São Paulo: Casa do Psicólogo, 2003.

Reseñas



Autor: Juan Camilo Fernández Salazar

Título: Yes

Técnica: mixta

Dimensiones: 35cm X 50cm

Año: 2010

***DIREITO AMBIENTAL, LUTA SOCIAL E
ECOSSOCIALISMO.***
JOÃO ALFREDO TELLES MELO.*

LUIS MARTÍNEZ ANDRADE**

Recibido: 10 de octubre de 2010
Aprobado: 10 de noviembre de 2010

Reseña

* Telles Melo, J.A. (2010). *Direito ambiental, luta social e ecossocialismo*. Fortaleza-CE: Edições Demócrito Rocha.

** Sociólogo mexicano, estudiante de doctorado de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París. E-mail: luisma_andrade@hotmail.com

El texto del profesor brasileño, militante ecologista y político nordestino, João Alfredo Telles Melo, con el subtítulo “Artículos académicos y escritos militantes”, es un conjunto de textos donde podemos observar el uso adecuado del derecho ambiental como instrumento de lucha por parte de los oprimidos. Sin embargo, sus escritos no sólo se encierran en la denuncia del abogado comprometido sino que apuntan a la construcción de una sociedad eco-socialista. La preocupación por una sociedad emancipada de la técnica burguesa y de la lógica del capitalismo está presente en esta obra.

La primera parte del texto, “A luta socioambiental nas páginas do O Povo”, además de contar con una breve presentación del periodista Valdemar Menezes, concentra 43 artículos de opinión publicados por el autor entre el periodo que va de 1989 a 2010, en el periódico *O Povo* (El Pueblo). De la mano del autor, recorreremos las luchas por los derechos ambientales y por la justicia social protagonizada por el pueblo de Ceará. De la misma manera observamos el desconocimiento que existe en el aparato judicial estatal que tiene que ver con el Derecho Agrario, ligado esto, a su vez, con la presencia del capital inmobiliario que, por un lado, fortalece la desigualdad social y, por el otro, degrada al medio ambiente (p. 87).

La existencia de una clase política –la bancada ruralista–, que bajo un discurso “verde” fomenta la mono-cultura de la caña de azúcar y, asimismo, defiende la ideología del crecimiento, es denunciada por Telles Melo. De ahí que el autor proponga otra manera de entender el “municipalismo” (Murray Bookchin) señalando dos desafíos: la defensa de los derechos del pueblo y la construcción de una ciudad justa y sustentable. Cabe hacer mención de que el autor retoma el concepto de ciudadanía, en el sentido de Hannah Arendt, esto es, “*el derecho a tener derechos*” (p. 39 y 99) en el diseño de la utopía del siglo XXI: el ecosocialismo.

El proyecto de transposición del Río de San Francisco es abordado por el autor (pp. 37, 64, 65, 78, 81 y 82) con la finalidad de evidenciar que no sólo el reparto de la Tierra es desigual sino también el del agua, puesto que el principal objetivo es de “saciar la sed” de las grandes empresas industriales quienes, además, son las principales contaminadoras del medio ambiente. Por consiguiente, “*el problema es que la transposición –nos dice el autor– no resuelve en sí la problemática de la sequía [...] la discusión sobre una reforma hídrica debe ir acompañada de una reforma agraria*” (pp. 64-65). Es por ello que las cuestiones políticas, económicas, culturales y ambientales en torno a la transposición del Río de San Francisco deberán ser re-planteadas teniendo como “criterio de verdad” la reproducción de la vida –en sentido amplio– y no el de la inmediatez política y el de la racionalidad instrumental burguesa.

De ahí que, para el autor, *“la lucha contra la transposición cuente con un carácter no sólo anti-imperialista sino, fundamentalmente, anti-capitalista porque expresa una oposición directa a la visión que transforma al agua en mercancía”* (p. 287), esto es, un acto profético contra el *ethos* capitalista.

La segunda parte, presentada por el reconocido profesor en Derecho Ambiental Brasileño Paulo Affonso Leme Machado, titulada *“Direito Ambiental: limites e possibilidades”*, presenta temáticas dentro del área del Derecho Ambiental. En esta sección, Telles Melo da muestra de su talento en el terreno jurídico puesto que, sustentado en profundo conocimiento de la legislación brasileña y de su Constitución Federal, desarrolla lúcidos argumentos en contra de los proyectos anti-ecológicos implementados en Ceará.

Para el autor, es necesario emplear una visión crítica del propio derecho ya que, por lo general, la perspectiva naturalista y positivista del fenómeno jurídico enfatiza la matriz privatista del Código Civil. Por ello, el Derecho Ambiental *“[...] es el instrumento de contención, dentro de una visión de mundo, que le es propia –como crítica al actual modelo de civilización– y propositivo de una nueva relación –más equilibrada– de la sociedad con la naturaleza”* (p. 113).

Dentro del escaparate de temas tratados, en esta sección, destacan: a) La construcción de la represa Castanhão y su impacto en la ciudad de Jaguaribara, mostrando que aunque exista la normatividad jurídica ésta no es suficiente mientras no haya voluntad política para cumplirla. b) El Derecho Ambiental después de la Eco-92 celebrada en Río de Janeiro; el autor señala que, dejando de lado el *“pacto de mediocridad”* entablado por los países del Hemisferio Norte, gran parte de los 27 principios de la declaración ya estaban incluidos en la Constitución Federal, por ejemplo, el artículo 225 de dicha Carta que *“garantiza el derecho a todos de tener un medio ambiente ecológicamente equilibrado”*. c) La historia de la legislación ambiental, que dentro de sus múltiples influencias cuenta con las luchas de personajes como Wálter Lazarini y Chico Mendes, y que expresa la manera cómo la participación de la sociedad civil es la mayor y más significativa conquista democrática del movimiento ecológico en el plano de la legislación ambiental del estado de Ceará. d) La importancia del concepto de *“impacto ambiental”* en la construcción de represas (barragens), puesto que dicho concepto ilumina la imposibilidad de desarticular el *“ambiente natural”* del *“ambiente cultural”* y se torna *“una herramienta importante de transformación social, en el sentido de dotar, al mismo tiempo, a los técnicos y a las comunidades afectadas con proyectos de una nueva epistemología que contempla la unidad del hombre con su ambiente, sea éste representado por su aspecto natural o sea el ambiente resultado de una construcción cultural y afectiva por la sociedad que habita un determinado ecosistema”* (p. 146).

e) El análisis constitucional del proyecto de Ley que instituye en la ciudad de Fortaleza la construcción del área “Dunas do Cocó”, preocupación socio-ambiental de importancia mayor ya que en 1968 el 66% de la superficie de la ciudad estaba cubierta de vegetación, mientras que en 2003 se redujo significativamente en más de un 7%, dando por resultado que actualmente exista un área verde de 3 m² por habitante cuando la OMS postula un mínimo de 12 m², todo ello, efecto de la irresponsabilidad del capital inmobiliario.

La tercera parte del texto, “Ecología e socialismo: as bases de uma nova utopia”, cuenta con los excelentes comentarios de Michael Löwy, quien señala que el eco-socialismo es una perspectiva crítica y una estrategia de lucha contra las consecuencias del proceso de acumulación capitalista. Para Löwy, la concepción productivista de la que se ha acusado a Marx es equivocada puesto que la crítica al fetichismo de la mercancía implica de suyo una ruptura con la idea de producción *per se*. Al respecto, Löwy escribe que: “*Marx nos abastece de armas para una crítica radical contra el productivismo capitalista*” (p. 229). Del mismo modo, Löwy menciona que una revolución eco-socialista implica no sólo la transformación del aparato Estatal sino, al mismo tiempo, del aparato productivo con sus respectivas fuentes energéticas. Precisamos de una convergencia de luchas sociales y ambientales para poder construir una nueva sociedad pos-capitalista, una organización social que no tendrá como eje la producción y acumulación de capital sino que buscará la armonía entre los pueblos y la naturaleza, nos estamos refiriendo a la sociedad eco-socialista.

Telles Melo está convencido de que la esencia de las cuestiones ecológicas son evidentemente políticas, en otras palabras, que la crítica al modo de producción capitalista debe ir acompañada de la crítica a las formas de organización política que tienen su expresión en un Estado de cuño liberal-burgués. Esto es puesto de manifiesto en el capítulo “Una vela a Dios y otra al Diablo”, donde el autor devela las contradicciones de las políticas de desarrollo promovidas por el gobierno de Lula, ahí, somos testigos de dos proyectos diametralmente opuestos, uno, el de la ex ministra del Medio Ambiente, Marina Silva, quien intentó restringir el crédito bancario a los “desmatadores” de la Amazonia y, el otro, el de Roberto Rodrigues, Ministro de Agricultura, quien es pieza clave en la alianza entablada entre el gobierno de Lula y el agro-negocio. Nos dice el autor que entre agosto de 2003 y agosto de 2004 –los dos primeros años de gobierno– fue registrado el segundo mayor índice anual de deforestación de la Amazonia: 26.130 km². La importancia de la Amazonia, como concepto ecológico, es vital para el mantenimiento del equilibrio climático del planeta.

Uno de los efectos de la biocolonialidad del poder (Juan Camilo Cajigas-Rotundo¹) durante su reconfiguración a mediados del siglo XX se manifestó en las dictaduras en América Latina, un claro ejemplo, fueron los gobiernos militares en Brasil (1964-1985) ya que, bajo el lema “*integrar para não entregar*”, significó el proceso de ocupación masiva de la Amazonia y, por ello, la devastación de la floresta amazónica (p. 256).

La ecología política ocupa un lugar destacado en la agenda de las luchas y los proyectos de transformación porque permite entender los conflictos ecológicos ligados a la cuestión territorial y su traducción en la relación entre sociedad y naturaleza. No obstante al falso discurso “verde” de la clase política brasileña, que ampara y fomenta la mono-cultura de la caña de azúcar, Telles Melo recupera la pertinencia del “ecologismo de los pobres” o “ecologismo popular” concretizado en las propuestas de la Vía Campesina, del Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra (MST), del movimiento de pequeños agricultores (MPA) y de la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT).

El eco-socialismo recupera los sueños de emancipación de las luchas socialistas y las utopías de los movimientos ambientalistas con la finalidad de articular las demandas socio-políticas y las preocupaciones ecológicas dentro de una estructura ecológica y democrática. Asimismo, recupera la crítica al productivismo capitalista y a la concentración de las decisiones –aplicadas por las burocracias soviéticas– con el objetivo de modificar la matriz energética hegemónica.

En conclusión, el texto que nos presenta João Alfredo Telles Melo no es sólo un excelente diagnóstico, en términos socio-ambientales, en que se encuentra Brasil, concretamente el estado de Ceará, sino también una excelente prueba de que no podemos encontrar, dentro de los marcos del capitalismo, una solución a la catástrofe que se avecina. La consigna “Eco-socialismo o barbarie” reviste una mayor importancia en este nuevo siglo.

¹ En su excelente artículo Cajigas-Rotundo contraponen el concepto de escasez con el de abundancia para confrontar cartografías epistémicas. Cfr. Cajigas-Rotundo, “La biocolonialidad del poder. Amazonia, biodiversidad y ecocapitalismo”, in Santiago Castro-Gómez (ed.), *El giro decolonial*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2007, pp. 169-194. Sin embargo, pensamos que su concepción sobre el concepto de escasez debería ser ampliado por las reflexiones ya elaboradas por Joan Martínez Alier, Franz Hinkelammert y Jung Mo Sung para demostrar la relación entre su propuesta de “ecosofía de la multiplicación de la vida” y un proyecto de liberación de corte eco-socialista.

**EL ENTENDIMIENTO DE LOS SUPERDOTADOS:
UN LIBRO DE ESTUDIO DE CASO CHINO-
ISRAELÍ.*
DAVID, H. & WU, ECHO. H.**

MARY LUZ SANDOVAL ROBAYO**

Recibido: 15 de agosto de 2010
Aprobado: 15 de septiembre de 2010

Reseña

* David, H. & Wu, E.H. (2009). *Understanding Giftedness: A Chinese-Israeli Casebook*. Hong Kong: Pearson Education South Asia.

** Socióloga de la Universidad Nacional, magister en Sociología Política de la misma universidad, autora de varios libros y artículos en la línea sociojurídica, consultora y actual docente de la Universidad de Caldas. E-mail: marysand617@yahoo.es

En este trabajo se reseña el libro de la Doctora Hanna David de Israel y el Doctor Echo Wu de la China, quienes trabajaron juntos en un estudio comparativo sobre uno de los aspectos de la educación menos estudiados en nuestro país y una de las dimensiones de la inteligencia humana que más ha suscitado debates teóricos y conceptuales a nivel mundial, razón por la cual no solo no existe acuerdo sobre el concepto de “*gifted*” en inglés y cuyo sentido en español podría ser “dotado” o “superdotado”, o alguien que posee un don extraordinario, sino que la noción de “*giftedness*”, es muy difícil de traducir al español. Según algunos autores, se diferencia de la noción de “talento” o “brillantez”, o “sobresaliente” y de otras acepciones en inglés y en español. Así que existen varias interpretaciones, por ejemplo, unos entienden por “*gifted*” una persona que muestra o puede potencialmente mostrar un nivel excepcional de desempeño en una o más áreas del conocimiento: matemáticas, ciencias, música, liderazgo, etc. Esto se parecería a la noción que tenemos de superdotado en nuestro medio. Es necesario aclarar que no se puede confundir con alguien que posee un IQ alto o superior, pero sí se trata de la demostración de un alto o superior desempeño intelectual, artístico, entre otras, un talento excepcional, único que requiere cambios tanto en la crianza como en la educación. A diferencia del talento que es una capacidad adquirida sistemáticamente, que puede colocar al estudiante entre los primeros respecto de sus pares, se trata de una aptitud natural, que según algunas teorías tiene una base genética, mientras para otros en cambio tiene que ver con características tanto heredadas como adquiridas. Por tanto la palabra “*giftedness*” es el sustantivo correspondiente a “*gifted*”, dotado, superdotado. La idea de calificarlo como “genio”, es decir, “genialidad”, como su sustantivación, sería quizá la significación más aproximada, pero aun sigue siendo inexacto. De acuerdo con las explicaciones anteriores en esta traducción se mantendrá la palabra “*giftedness*”, derivada de su acepción como alguien excepcionalmente dotado de inteligencia para el desempeño de una o de varias áreas del conocimiento tanto intelectual como artístico.

Leyendo el título del nuevo volumen de David y Wu, uno no puede más que rendirse ante la urgencia de preguntar: ¿por qué un libro de un caso chino-israelí? ¿Qué tiene la cultura china que ver con el judaísmo? Los dos casos descritos en el libro ofrecen una perspectiva totalmente nueva sobre los “superdotados” o estos casos han sido puestos cuidadosamente juntos.

Un estudio de caso no es obvio en la investigación sobre los “superdotados”. Para una investigadora como la Dra. David, quien ha publicado ampliamente sobre poblaciones “superdotadas” (por ejemplo: David, 2001, 2002, 2006, 2007, 2008a, 2008b, 2009a, 2009b, 2009c, en prensa; David, Gil & Raviv, en prensa; David & Landau, 2006; David & Lynn, 2007; Landau & David, 2005;

Ziegler, David & Stöger, 2004), en esta ocasión se requiere una explicación que se presenta a continuación:

“Este número [de individuos superdotados descritos en el libro – R.L.] es considerado apropiado para un estudio cuantitativo también, pero hemos escogido escribir un libro sobre un estudio de caso en lugar de ello porque creemos que ésta es la única forma en la cual las historias en su totalidad tanto de los individuos como de las familias que se han abierto a nosotros y que han compartido con nosotros datos tan valiosos, puede ser expresado”.

La respuesta al misterio de porqué un estudio chino-israelí es también explícito en la introducción:

“El entendimiento de los superdotados: un estudio de caso chino-israelí es un trabajo de colaboración entre dos educadores e investigadores en el campo de la educación de los superdotados: chinos e israelíes. La Doctora Hanna David y el Doctor Wu comparten entre ellos más de 40 años educando a los superdotados, como sus consejeros, estudiando la variedad de los aspectos de la “genialidad” y enseñando a cientos de profesores y aspirantes a profesores no solo cómo enseñar sino también alimentando y apoyando a los estudiantes superdotados”.

El trabajo con niños superdotados y sus familias por tan largo tiempo y comparando la experiencia israelí con la china, ha sido la iniciación del trabajo de narración de este libro. Las dos razones más importantes han sido: 1) La literatura en el campo de los “niños superdotados” tanto cuantitativa como cualitativa ha sido escrita desde el punto de vista anglo-americano, mientras la perspectiva israelí y la china no se adecuaban a ella; 2) Al revelar los detalles de los casos, los autores cayeron en cuenta de (ESTO NO!!) que las tradiciones y culturas china e israelí han sido similares en muchos aspectos, y ello llevó a ver muchas características comunes no solo en los individuos superdotados sino en la percepción de la “genialidad” también en estas dos culturas. El libro incluye ocho (8) estudios de caso, cuatro casos israelíes y cuatro casos chinos. Sin embargo, el número de los individuos superdotados descritos llega a 25. Algunos son los “héroes” –descritos ampliamente y otros son sus parientes– en un caso los abuelos de los hermanos superdotados descritos y los hermanos y hermanas de los “héroes” –más jóvenes o más viejos, adolescentes o adultos–.

Los casos en este libro incluyen:

1. Cinco niños superdotados en un salón de clase. Un largo estudio de 7 años de cinco familias israelíes, con un total de 15 niños. Cinco de ellos, entre las edades de 5 y 8 años, han sido identificados como superdotados y fueron estudiados en el mismo salón de clase del Kinder hasta el fin del grado 4°, cuando uno de ellos saltó directamente al grado 6°.
2. Tres familias chino-americanas. Los padres de tres niños chinos superdotados fueron entrevistados para explorar sus prácticas diarias de crianza y sus creencias acerca del rol de crianza en la educación de quienes tienen los más altos logros entre los niños.
3. Dos hombres jóvenes superdotados y sus familias. Este capítulo trata de dos hermanos chinos, ambos superdotados en matemáticas y ciencias y quienes también tuvieron altos logros en la interpretación musical. Aunque los dos muchachos sufrieron de problemas de lenguaje, el hermano mayor nunca fue evaluado, mientras el hermano menor fue diagnosticado como disléxico.
4. Un estudio de un joven muchacho discapacitado visual. Una descripción detallada de la vida de un chico israelí desde su nacimiento hasta la edad de 7 años, altamente dotado. Este chico nació con el síndrome de movimiento involuntario de los ojos (síndrome de *Nystagmus*), el cual es severamente limitante no solo para su vista sino para su desarrollo verbal, emocional y social. Su historia es un ejemplo verdadero de un joven ganando frente a todas las posibilidades en su contra, es la historia de la victoria de una gran habilidad, a pesar de sustanciales obstáculos.
5. La experiencia de la *crystalización del sí mismo* (teoría según la cual el *self* es construido a través del contexto y la comunicación; el individuo no es algo real ni una falsificación sino una cristalización de múltiples facetas) de un joven muchacho disléxico superdotado, después de una dextralización forzada (proceso genético de medición de la asimetría). La historia de 16 años, desde el nacimiento hasta el borde de la adultez de un muchacho israelí con tres excepcionalidades diferentes, es única incluso en la literatura sobre personas dotadas y discapacitadas al mismo tiempo. De hecho, este joven ha superado severas dificultades, pero la verdadera heroína de la historia es su madre. Ella fue la persona que luchó por el éxito del joven, y ella está aún allí apoyándolo. En el momento de la edición de este libro, estaba ayudándolo a estudiar para matricularse en los exámenes, los cuales, si los llegara a pasar, lo habilitarían para obtener una educación de muy alto nivel.

6. Una entrevista con un Nobel laureado de la China. El profesor Yuan T. Lee ganó el Premio Nobel en química en 1986. Durante la conversación con el co-autor Dr. Wu, el profesor Lee habló acerca de sus experiencias tempranas como el tercer hijo de una familia grande en Taiwán, y acerca de sus influencias parentales sobre él y sobre sus hermanos, en su desarrollo tanto académico como no académico.
7. Un estudio de caso de un joven chino, graduado en la Harvard Business School. Lawrence nació en China en 1982, creció y vivió en Shanghai con sus padres hasta que tenía 9 años. Entonces se trasladó a Chongqing para vivir con sus abuelos antes de empezar la escuela secundaria. A la edad de 16 años se trasladó a Estados Unidos y pronto se convirtió en alguien altamente exitoso. Publicó tres libros antes de los 26 años y tuvo un inmenso éxito en su carrera antes de ir a Harvard a estudiar un MBA.
8. Una familia superdotada emigrante de Rusia a Israel. En este capítulo se narra la historia de tres generaciones de ruso-judíos superdotados. Aunque todos los miembros han pasado por muchos cambios, las decisiones que han tomado, sus preferencias profesionales y sus decisiones con respecto a vivienda y educación han sido todas tomadas de una manera completamente racional, son abiertos a los cambios necesarios de acuerdo con las circunstancias.

El libro provee también un resumen de las diferencias y similitudes entre los focos de dependencia cultural en la crianza de niños en las dos culturas: la israelí y la china. En la última década Hong Kong, China y Singapur han escalado a la cima de los *ranking* internacionales en matemáticas y ciencias (e.g. Beaton *et al.*, 1997; Mullis *et al.*, 1997, 1998, 2000, 2004; OECD, 2004, 2007; Martin *et al.*, 2004). Israel, por otro lado, ha alcanzado la marca del primero entre los doce (12) países más desarrollados evaluados entre 1963 y 1964 (Husen, 1967), pero este nivel se ha deteriorado gradualmente hasta llegar al puesto 39 entre 58 países en el año 2006 (OECD, 2007). Los valores como el aprendizaje para motivar el conocimiento, persisten hasta la adquisición de las metas de aprendizaje. El respeto por la sabiduría y por la inteligencia habían sido importantes en la cultura judaica, como lo ha sido también por cientos de generaciones, el identificar al judaísmo con altas habilidades y con los "genios", pero empieza a descubrirse que dichos valores son también altamente apreciados en la cultura china. Sin embargo, últimamente, otros valores se han vuelto importantes, el joven estudiante israelí ha sido influenciado por dos culturas, la que enfatiza los valores sociales, los logros deportivos, y la que valora el "ser como todos los demás" más que la sabiduría, los logros científicos y el entendimiento profundo. Cuando los valores del pseudo Occidente se han combinado con el ambiente geo-político en Israel,

principalmente el de sus vecinos geográficos, el valor del alto logro que había sido siempre el resultado del “genio”, ha sido rechazado, no obstante, Israel tiene muchas ventajas relacionadas con el denominado “cerebro judío” que aun existe en los Estados Unidos y en los países europeos.

La cuestión intrigante de la religiosidad

Un estudio reciente de la Dra. David ha mostrado que existe una alta correlación positiva entre el agnosticismo y el IQ (Lynn *et al.*, 2009). En seis estudios descritos en este libro no ha sido encontrada ninguna influencia de la religiosidad sobre el “genio”. Esto puede ser explicado de dos maneras distintas: 1) dentro de las familias judías, ser religioso tiene un “efecto de protección” del mundo exterior y de su influencia sobre la materialización de las habilidades de alguien. En los casos israelíes descritos, todos los individuos identificados como superdotados han tenido cierto mínimo nivel de inteligencia, y en su familia la religión no ha podido tener influencia sobre la identificación de su “genialidad” ni ha dañado su realización. Si la religión ha tenido algún efecto éste ha sido positivo, mostrado en la historia de cinco niños superdotados que aprenden en el mismo salón de clases. La pequeña comunidad de gente religiosa, que vive en un suburbio secular de Tel Aviv, la capital cultural de Israel, ayudó a los padres de los superdotados a alimentar los talentos de sus hijos, con lo cual hubo menores riesgos de falla en el alcance de sus potencialidades. 2) Entre los casos chinos, las familias inmigrantes eran más religiosas que otras. Ello proviene del hecho de que el confucionismo es una forma de vida más que una religión. Para los inmigrantes chinos la Iglesia sirve como un centro social que necesitan las parejas casadas y sus familias, pero no para los muchachos jóvenes que se trasladaron por su propia cuenta a los Estados Unidos a la edad de 16 años, como el caso del muchacho chino, cuya “Iglesia” es ahora su nuevo círculo social. Vivir en Mainland China, tanto como en Hong Kong o Tailandia, significa adoptar los valores de “ser dios”, “trabajar para otros”, y “honrar las familias” más que “hacer lo que Dios desea”.

**REESTRUCTURACIÓN Y RELACIONES
LABORALES EN LA BANCA COLOMBIANA,
O UNA PERSPECTIVA SOCIOLÓGICA DEL
MUNDO LABORAL CONTEMPORÁNEO.*
JUAN CARLOS CELIS OSPINA.****

RODRIGO SANTOFIMIO ORTIZ***

Recibido: 12 de septiembre de 2010

Aprobado: 11 de Octubre de 2010

Reseña

* Celis Ospina, J.C. (2008). *Reestructuración y Relaciones Laborales en la Banca Colombiana, o una Perspectiva Sociológica del Mundo Laboral Contemporáneo*. México: Universidad de Querétaro.

** Sociólogo de la Universidad de Antioquia, dedicado a los temas laborales. El libro hace parte de su tesis Doctoral.

*** Docente Asociado, Departamento de Antropología y Sociología, Universidad de Caldas, Manizales. E-mail: rodrigo.santofimio@ucaldas.edu.co

Es lugar común admitir las transformaciones del mundo laboral contemporáneo ligadas a la configuración socio-técnica, la flexibilización de las tareas, y el papel que parecen jugar *el capital* y *la fuerza de trabajo*. Existen también en ese lugar común las consideraciones acerca de la calidad del trabajo contemporáneo, que si bien se ancla preferentemente en los jóvenes, profesionales éstos, no ven claro que sus expectativas, supongan la estabilidad y la confianza que asegure a largo plazo proyectos familiares y sociales, al contrario, persiste la idea de la volatilidad en los empleos, salarios trasladados en beneficios y reconocimientos y un vínculo laboral más parecido a la compra y venta de servicios, sin ajustarse a los principios del Derecho Laboral y entra definitivamente al campo del Derecho Civil.

No es que el reciente libro intitulado *Reestructuración y Relaciones Laborales en la Banca*, del sociólogo Juan Carlos Celis O., aboque directamente esas problemáticas, empero, son implícitamente discernibles en tanto la importancia que cobra hoy el sistema financiero –los bancos en este caso–, pero, así mismo, otras expresiones del capitalismo contemporáneo como los *supermarket*, las cadenas de comidas llamadas *fast food* y *junk food*, en síntesis, para lo que cabría en la expresión del filósofo francés Houellebecq (2000), el mundo como un supermercado, y paradigma en la configuración de las relaciones sociales.

Ahora bien, uno de los problemas metodológicos en ese contexto social contemporáneo, el cual a la manera de Bourdin (2007) se nos presente fluido, ecléctico y en un permanente desequilibrio generador, tiene que ver con las posibilidades de aprehensión analíticas, pues bien, a criterio de Celis O., es importante preservar la categoría de *configuración socio-técnica*, ampliamente utilizada para los Estudios en la industria manufacturera y, adicionalmente, la inclusión de un tercer actor, el cliente, advirtiendo su incidencia de control en el proceso de trabajo, las relaciones de poder, que adoptan formas concretas muy diversas a través de los trabajos desterritorializados, la jornada de trabajo y los espacios productivos, empero, cabría preguntarnos si ese tercer actor no cobraría también significación actualmente en otros sectores productivos, uno de ellos, por ejemplo, las telecomunicaciones, incluso, yendo más allá, en los *supermarket*; discrepo, entonces, con el autor al hacer prevalente para los Estudios de las Relaciones Laborales en la Banca, este tercer actor, pues es evidente que se enuncia también su importancia para otros sectores, y ello tendría que ver con el supuesto de una contemporaneidad que visibiliza *in extremis* al individuo como sustrato civilizador que hace del consumo un *valor social y modelo cultural* (Bourdin, 2007).

La importancia de la apuesta analítica que nos ofrece el trabajo de Celis O., no sería entonces únicamente porque resalte la incidencia del cliente en las

relaciones laborales contemporáneas, sino también porque pretende una ruptura metódica y epistémica, en relación con perspectivas menos sistémicas u holísticas que tradicionalmente no centraban las relaciones laborales en ese actor, aludo entonces a trabajos como los de Barnard (1947), Simon (1977) y Perrow (1998).

La otra postura también importante que plantea el trabajo de Celis O., tiene que ver con el tema de las divergencias de las relaciones laborales, más allá de los supuestos de la convergencia, bastante frecuentes en los trabajos contemporáneos, a partir del decaimiento de los sindicatos. En efecto, el autor logra mostrar con claridad la tendencia a la divergencia en los procesos de reestructuración de la banca colombiana. La explicación del por qué y el cómo de las divergencias se lleva a cabo a través del análisis de los tres bancos estudiados, el Banco Colombia, propiedad del Grupo Empresarial Antioqueño (GEA), el Banco Popular, propiedad del Grupo Aval, cuyo propietario principal es Ardila Lulle, y el Banco BVVA, de origen transnacional. Se resalta en la obra de Celis O., el ánimo de ajustar la propuesta investigativa a la luz de la metodología del *reconstructivismo*, para la cual la realidad social no estaría sujeta a leyes universales que actúan al margen de la voluntad de los sujetos, en cambio sí se reconocen las tendencias que pueden o no volverse reales en función de los sujetos y sus acciones. No se trata, agrega el autor, de negar el concepto de estructura, sino de abrirlo a la acción de los sujetos, lo que implica identificar las estructuras pertinentes al problema y al objeto. La conexión entre estructuras y subjetividades, serían propiamente los procesos de sentido, con los cuales los sujetos van a la acción y, de ésta, sobre las estructuras y las subjetividades. Es de anotar que el autor pretende sustituir el concepto de sistema por el de configuración, empero, no observo una mención al menos marginal, que retraiga al sociólogo alemán N. Elias (1995), quien le diera carta de presentación al concepto, pretendiendo con él, una aprehensión más fenomenológica o de emergencia de la realidad social. Esa construcción teórica elisiana fue un aporte alentador a la sociología contemporánea dadas las restricciones objetivas que suponía el uso del concepto de sistema en Parsons (Gouldner, 1979), el de estructura, aún en versiones de la doble hermenéutica de Giddens (1987), o la de campo en la propuesta de Bourdieu (García-Canclini, 1990).

Decantados los enunciados del objeto-problema, así como los presupuestos analíticos y metodológicos que orientan la investigación, el segundo capítulo en la obra del profesor Celis O., expone las *teorías de la reestructuración productivas y el concepto de configuración socio-técnica*, a partir de estudios clásicos y contemporáneos, advirtiendo un campo propio de la *sociología económica*, con sus inicios en la década de 1980, frente a los límites de las teorías y los

estudios parciales, que no lograban dar cuenta de los fenómenos referidos a la empresas red, los entramados territoriales y las redes productivas, mostrando, entonces, cómo la lógica en la construcción conceptual no tiende a la convergencia en un solo modelo de producción, debido a los diferentes modos de crecimiento, las diversas elecciones de estrategias de ganancias y la adopción por los actores intervinientes en la empresa, de diferentes medios para implementar la estrategia acogida de forma coherente y aceptable por éstos, pero con un *margin de maniobra* o abanico de opciones bastante estrecho. Ahora bien, para el caso de los bancos, el autor muestra que el cambio tecnológico determinaría el paso de una organización muy burocrática (hasta principios de los años 80), a un modelo basado en la orientación a las ventas y a los clientes, y el acoplamiento funcional de nuevas instituciones –diríamos mejor, la emergencia de nuevas configuraciones–, dentro de la producción de servicios bancarios, entre los que se cuentan las de relaciones laborales, cultura de la empresa y gestión de los recursos humanos, empero, frente a estos procesos de reestructuración productiva y configuración socio-técnica a escala mundial, observo que en ese esfuerzo de abstracción que hace el autor, no aparece la relación que pudiéramos establecer entre esos procesos y las dinámicas de la globalización neoliberal, esto es, el capitalismo contemporáneo, bien sea que se lo considere en crisis o sencillamente a través de períodos cíclicos de depresión o estabilidad en la contingencia.

El tercer capítulo, “La construcción social de las relaciones laborales”, expresa la tradición marxiana y crítica en el sentido de que las relaciones laborales serían las que se establecen y desarrollan entre *el capital y el trabajo* en la empresa, abarcando el intercambio contractual (contrato laboral individual), el uso de la fuerza de trabajo, las relaciones sociales en el trabajo, las relaciones de poder, legitimación, demarcación y competencias, la generación de costumbres de trabajo (instrumentación de la cultura laboral, compromisos laborales, sentidos de pertenencia, involucramiento e identidad), la negociación colectiva y su esfera de influencia. Esta construcción social de las relaciones laborales se estructurarían en niveles territoriales, institucionales, de empresas y sectoriales, así como a diferentes temporalidades, siendo, nos dice el autor, producto histórico de la interacción de sujetos que concurren en la construcción, siempre cambiante de un campo acotado por estructuras relacionadas con el poder, la hegemonía, la trayectoria de estrategias y el conflicto.

El cuarto capítulo, “Breve reseña de la dinámica de la banca colombiana entre 1990-2006”, es un interesante esfuerzo por diseccionar y caracterizar el sindicalismo, dado que emergen caracterizaciones al tenor de *sindicatos de negocios clientelistas*, paradójicamente más conflictivos que los *sindicatos*

de clase, los sindicatos paternalistas y neo-paternalistas. Es sin duda esta una nueva ruta analítica y comprensiva para entender los conflictos sociales en Colombia, y es también cierto que en este apartado, de rigor histórico, no sobra la sociología, sino que más bien resulta bastante importante para direccionar y dimensionar el trabajo de los historiadores.

Los capítulos quinto, sexto y séptimo de la obra, refieren al tratamiento puntual que el autor hace a cada uno de los referentes empíricos. Así, pasa revista al proceso de *reestructuración productiva y de configuración socio-técnica* en el Banco Colombia, resaltando la transformación del banco en un banco universal y su posicionamiento en el país como el primer banco, y para el período del 2000 al 2006 significa a nivel de la configuración socio-técnica, la reorganización del trabajo, la profundización de prácticas de Gestión de Recursos Humanos (GRH), permanente innovación tecnológica de productos y nuevos negocios, y un re-perfilamiento de los empleados, y con ello nuevas tensiones y redefiniciones del campo de las relaciones laborales. El proceso de reestructuración va a estar atravesado por una disputa hegemónica a través de la implementación de una *cultura organizacional*, que de un lado logró un sentido de pertenencia, pero encontraría contradicciones en su objetivo de propiciar el trabajo en equipo, con la individualización y la competencia por los clientes, generada por la manera en que se concretan la multifuncionalidad y la flexibilidad salarial. Su implementación supuso, entonces, diálogos, pero también la negociación conflictiva, con involucramiento parcial de los sindicatos, y un conflicto latente con empleados por los efectos sobre el bienestar laboral de la reestructuración.

En relación con lo acontecido en el Banco Popular, dista mucho de expresarse una situación parecida, pues allí se unirían dos variables, de un lado, el clasismo del sindicato, con una gran identidad en torno a las conquistas laborales ligadas a las opciones políticas de Izquierda y, de otro lado, hasta cierto punto la administración gubernamental del banco, no obstante, se emprende un proceso de reestructuración productiva que se filtra en las relaciones laborales, período que se extiende entre 2000 y 2006, para introducir prácticas de gestión del recurso humano, mas éstas no logran cambiar sustancialmente la anatomía de las relaciones laborales, aunque introducen nuevas áreas de tensión y conflicto y reconfiguran otras existentes. Empero, la aplicación parcial de prácticas de Gestión de Recursos Humanos en el caso del Banco Popular, no incidió en la ruptura de la *cultura laboral* que en buena medida se había formado por más de dos décadas con un protagonismo muy activo del sindicato, lo cual para el autor, se expresaría como una lucha por la hegemonía cultural en el banco, lo cual plantearía, dice el autor, el *embebimiento –embeddednes–* (Granovetter, 1985), es decir, la inserción o

absorción de las relaciones laborales por la *cultura laboral* del sindicato, restándole efectos a la *configuración socio-técnica* que se redujo a la adaptación y desarrollo de tecnología dependiente, flexibilización de la fuerza de trabajo, a través del cambio de perfil, pero sin grandes traumatismos, pues el banco seguiría valorando a los antiguos empleados *por su honestidad y experiencia*. Esa tensión alrededor de la lucha *hegemónica cultural*, en la que sale adelante la *cultural sindical*, se debió, agrega el autor, a la tradición de lucha del sindicato, empero, considero que también deberíamos darle créditos a la adscripción política de Izquierda que presenta el sindicato para la época.

Queda finalmente observar los resultados acontecidos para el caso de un banco de origen transnacional, el BVVA. Allí se emprende un proceso profundo de transformación de la configuración socio-técnica, que parte del arreglo tecnológico articulado a un proceso más a largo plazo de implementación de prácticas de gerencia del recurso humano, orientadas a reducir a la mínima expresión la bilateralidad de las relaciones laborales, flexibilizar éstas tanto numérica como funcionalmente, acompañada de un recambio del perfil de la fuerza laboral –la juvenilización del trabajo–, y un intenso programa para imponer la *cultura corporativa* sobre la *cultura laboral* pre-existente. Frente a esto, los sindicatos no generaron iniciativas para negociar la reestructuración al menos sus efectos, y el banco llenaría el déficit de consenso frente a la configuración socio-técnica generada, y la cultura corporativa, con prácticas de coacción a los empleados, discriminándolos entre los que están comprometidos con la empresa y los que no lo están. En esta apuesta del banco por la unilateralidad de las relaciones laborales, se complementaría la disputa por la *hegemonía cultural* con una judicialización de buena parte de las relaciones laborales, en especial con demandas contra los dirigentes sindicales, lo que intensificaría la confrontación con los sindicatos, donde el banco buscaría entre los trabajadores posicionar la idea de que las relaciones laborales se pueden desarrollar sin necesidad de sindicatos y con la codificación del pacto colectivo. Como queda visto, son tres situaciones diferentes, respecto a los procesos de *reestructuración productiva y de configuración socio-técnica*, que a todas luces muestra las tensiones entre el *capital y la fuerza de trabajo*, y por supuesto una inequívoca tendencia a las divergencias de las relaciones laborales, aún en condiciones del declinar de la fuerza sindical.

NORMAS EDITORIALES

La revista de Antropología y Sociología: *Virajes*, recibe colaboraciones originales en forma de artículos y reseñas. La naturaleza de los artículos es triple, ya que pueden ser de investigación, de reflexión o de revisión. Todos los artículos serán sometidos a evaluación anónima y los autores serán notificados de la decisión de los árbitros en los 60 días siguientes a la recepción de sus propuestas. Sólo se publicarán los artículos que superen satisfactoriamente el proceso de evaluación y cumplan con los requisitos aquí expuestos.

La revista de Antropología y Sociología: *Virajes* se reserva los derechos de impresión, reproducción total o parcial del material, así como el de aceptarlo o rechazarlo. Igualmente, se reserva el derecho de hacer cualquier modificación editorial que estime conveniente. En tal caso, el autor recibirá por escrito recomendaciones de los evaluadores. Si las acepta, deberá entregar el artículo con los ajustes sugeridos dentro de las fechas fijadas por la revista para garantizar su publicación dentro del número programado.

Un artículo sometido a consideración del comité editorial no se debe haber publicado previamente, ni debe estar sometido a otra publicación. Si el artículo es aceptado, no deberá publicarse en otra revista.

Los artículos de esta revista se pueden reproducir total o parcialmente, citando la fuente y el autor. Las colaboraciones que aparecen aquí no reflejan necesariamente el pensamiento de la revista. Se publican bajo responsabilidad de los autores.

El autor que desee enviar artículos para consideración por parte del comité editorial de nuestra publicación deberá:

1. Entregar original y copia del artículo en la secretaría del Departamento de Antropología y Sociología de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Caldas: carrera 23 N° 58-65, telefax 88627220 ext. 22158 –prefijos nacionales (68) e internacionales (57) (68)–, correos electrónicos: revistavirajes@ucaldas.edu.co
2. Entregar el trabajo en soporte de papel y disquete 3.5 o en CD-ROM en formatos Word o RTF. Se debe incluir: título del artículo, autor o autores y dirección del contacto (correo electrónico y dirección postal). El texto debe estar digitado a espacio y medio, letra arial, tamaño 12.

3. Especificar en diferentes notas al pie: a) los datos centrales del *curriculum vitae* del autor o autores, el cual debe incluir los títulos universitarios, la filiación institucional y el correo electrónico; b) la naturaleza del artículo, es decir, si se trata de un artículo de investigación, de reflexión o de revisión, o si se trata de una reseña.
4. Escribir su artículo con una extensión máxima de 25 hojas (folios o cuartillas tamaño carta), el cual debe ir precedido de un breve resumen del trabajo en castellano y en inglés que no sobrepase las 150 palabras. Inmediatamente después de este resumen, se debe poner de cuatro a seis palabras clave para identificar las principales temáticas abordadas.
5. Redactar las críticas y reseñas de libros con una extensión máxima de 10 hojas (folios o cuartillas tamaño carta), la cual debe ir precedida de los nombres, apellidos y profesión de quien realiza la crítica o reseña, así como de los elementos bibliográficos completos (nombres y apellidos del autor, título completo del libro, número de edición, ciudad de publicación, editorial, año de publicación).
6. Entregar artículos inéditos, salvo que hayan sido publicados en el extranjero, en cuyo caso podrá considerarse su publicación. Si se trata de un artículo traducido se debe indicar con claridad las fuentes y procedencias del texto original.
7. Enviar los gráficos, mapas y fotografías en una resolución mínima de 266 dpi en formato jpg o gif. Junto a los cuadros deben ir los anexos al artículo, indicando el lugar donde se pondrán dentro del texto. Todos estos recursos se deben enumerar consecutivamente e indicar con claridad la(s) fuente(s) correspondiente(s).
8. Citar las fuentes bibliográficas dentro del texto del siguiente modo: (autor, año: página).
Ejemplo: (Muñoz, 1996: 30).
9. Las notas al pie de página numeradas en orden consecutivo, se utilizarán para aclaraciones, comentarios, discusiones, envíos por parte del autor, y deben ir en su correspondiente página, con el fin de facilitar al lector el seguimiento de la lectura del texto.
10. Referenciar la **Bibliografía** teniendo en cuenta las normas APA, pero con algunas modificaciones. Así:

Libro:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año). *Título del libro*. Lugar de publicación: Editorial.

SABINE, George. (1998). *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo de libro:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año). "Título capítulo". En: APELLIDO, Nombre del editor o compilador. (Ed.) o (comp.). *Título del libro*. Lugar de publicación: Editorial.

GARRISON, C.; SCHOENBACH, V. & KAPLAN, B. (1985). "Depressive symptoms in early adolescence". En: DEAN, A. (Ed.). *Depression in multidisciplinary perspective*. New York, NY: Brunner/Mazel.

Artículo revista:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año). "Título artículo". En: *Nombre de la revista*, No., Vol./Año. Lugar de publicación: Editorial o Centro editorial.

SANDOVAL, Mary Luz. (2006). "Teoría sociológica, conflicto y terrorismo". En: *Virajes*, No. 8, Año 8. Manizales: Universidad de Caldas.

Artículo de periódico:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año, Fecha de circulación). "Título artículo". En: *Nombre del periódico*. Lugar de publicación. letra p. Número de la página consultada.

MARTÍNEZ, Liliana. (2002, Diciembre 8). "Cuando el trópico llegó a Estocolmo". En: *El Tiempo*. Bogotá. p. 2-2.

SIERRA, Orlando. (2001, Mayo 6). "Los carros oficiales". En: *La Patria*. Manizales. p. 2A.

Tesis de grado o postgrado:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año). *Título Tesis*. Tesis de grado para optar al título de... Escuela o Departamento, Universidad. Ciudad, país.

ALAMOS, F. (1992). *Maltrato infantil en la familia: tratamiento y prevención*. Tesis de grado para optar al título de Psicólogo. Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile.

VENEGAS, P. (1993). *Conflits socio cognitifs et changement de représentations en formation d'adultes: une étude de cas*. Tesis de grado para optar al título de Doctor en Psicología. Faculté de Psychologie et des Sciences de l' Education, Université Catholique de Louvain. Louvain, Francia.

Internet:

APELLIDO, Nombre del autor. (Año –si lo tiene–). “Título artículo”. En: dirección electrónica. [Fecha de consulta].

BIGLAN, A. & SMOLKOWSKI, K. (2002, Enero 15). “The role of the community psychologist in the 21st century”. En: <http://journals.apa.org/prevention/volume5/pre0050002a.html> [Enero 31 de 2002].

Cordialmente,
COMITÉ EDITORIAL
REVISTA DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA: VIRAJES

AUTHOR GUIDELINES

The Journal of Anthropology and Sociology: *Virajes*, receives original collaborations in article form and reviews. The nature of articles is triple, since they can be research, reflection or revision. All the articles will be placed under anonymous evaluation and the authors will be notified of the decision of the evaluators in the 60 days after the reception of their proposals. Only the articles that surpass the evaluation process satisfactorily and fulfill the requirements exposed here will be published.

The journal of Anthropology and Sociology: *Virajes*, reserves the impression rights, the total or partial reproduction of the material, as well as accepting it or rejecting it. It also reserves the right to make any publishing modification that it considers advisable. In such case, the author will receive recommendations of the evaluators in writing. If the author accepts these, he/she will have to return the article with the adjustments suggested within the dates fixed by the journal to guarantee its publication within the programmed issue.

An article submitted under consideration of the publishing committee must not have been previously published, nor under consideration for another publication. If the article is accepted, it should not be published in another journal.

The articles of this journal can be reproduced total or partially, mentioning the source and the author. The collaborations that appear here necessarily do not reflect the thought of the journal. They are published under responsibility of the authors.

The author who wishes to send articles for consideration by the publishing committee of our publication should:

1. Hand in original and copies of the article in the secretariat of the Department of Anthropology and Sociology of the Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales of the Universidad de Caldas: carrera 23 N° 58-65, telefax 88627220 ext. 22158 - national area codes (68) and international (57) (68)-, electronic mails: revistavirajes@ucaldas.edu.co

2. Hand in the work in paper form and on a 3.5 diskette or CD in Word or RTF formats. The title of the article, author or authors and contact address (electronic mail and mailing dress) should be included. The text must be typed at 1.5 space, Arial, font size 12.

3. The following information must be specified in different footnotes: a) the central data of the *curriculum vitae* of the author(s), which must include professional titles, institutional affiliation and electronic mail; b) the nature of the article, that is to say, if it is a revision, reflection, or research article, or if it is a review.

4. The article must not exceed the extension of 25 sheets (letter size), which must be preceded by a brief summary of the work in Spanish and English, not exceeding 150 words. Immediately after this summary, four to six key words identifying the main themes treated by the article must be included.

5. The critics and reviews of books must not exceed 10 sheets (letter size), which must be preceded by the names, last names and profession of the person carrying out the critic or review, as well as of the complete bibliographical elements (full name of the author, complete title of the book, number of edition, city of publication, editorial, year of publication).

6. Hand in unpublished articles, unless they have been published abroad, in which case they will be considered for publication. If it is a translated article, the sources and origins of the original text must be indicated with clarity.

7. Send the graphs, maps and photographs in a minimum resolution of 266 dpi in jpg or GIF format. The graphs should include the annexes to the article, indicating the place where they should be located within the text. All these resources should be numbered consecutively and the corresponding source(s) should be clearly indicated.

8. The bibliographical sources should be cited within the text in the following way: (author, year: page). Example: (Muñoz, 1996: 30).

9. The footnotes numbered in consecutive order, should be used for explanations, commentaries, discussions by the author, and must go in their corresponding page, with the purpose of facilitating to flow of the text to the reader.

10. Reference the **Bibliography** taking into account the APA norms, but with some modifications. Thus:

Book:

LAST NAME, Name of the author. (Year). *Title of the book*. Publication place: Editorial.

SABINE, George. (1998). *History of the political theory*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Book chapter:

LAST NAME, Name of the author. (Year). "Title of the chapter". In: LAST NAME, Name of the publisher or compiler. (Ed.) or (comp.). *Title of the book*. Publication place: Editorial.

GARRISON, C.; SCHOENBACH, V. & KAPLAN, B. (1985). "Depressive symptoms in early adolescence". In: DEAN, A. (Ed.). *Depression in multidisciplinary perspective*. New York, NY: Brunner/Mazel.

Journal article:

LAST NAME, Name of the author. (Year). "Title article". In: *Name of the journal*, No, Vol. /Year. Publication place: Editorial or publishing Center.

SANDOVAL, Mary Luz. (2006). "Sociological Theory, conflict and terrorism". In: *Virajes*, No. 8, Year 8. Manizales: Universidad de Caldas.

Newspaper article:

LAST NAME, Name of the author. (Year, Date of circulation). "Title of the article". In: *Name of the newspaper*. Publication place. Number of the consulted page.

MARTINEZ, Liliana. (2002, December 8). "When the tropic arrived at Stockholm". In: *El Tiempo*. Bogota. p. 2-2.

SIERRA, Orlando. (2001, May 6). "The official cars". In: *La Patria*. Manizales. p. 2A.

Undergraduate or postgraduate thesis:

LAST NAME, Name of the author. (Year). *Title of the Thesis*. Degree thesis to obtain the title of... School or Department, University. City, country.

ALAMOS, F. (1992). *Child abuse in the family: treatment and prevention*. Degree thesis to obtain the title of Psychologist. School of Psychology, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile.

VENEGAS, P. (1993). *Conflits socio cognitifs et changement of représentations en formation d'adultes: une étude de cas*. Degree thesis to obtain the title of Doctor in Psychology. Faculté de Psychologie et des Sciences de l' Education, Université Catholique de Louvain. Louvain, France.

Internet:

LAST NAME, Name of the author. (Year - if available). "Title of the article".
In: electronic address. [Date of consultation].

BIGLAN, A. & SMOLKOWSKI, K. (2002, January 15). "The role of the
community psychologist in the 21st century". In: [http://journals.apa.org/
prevention/volume5/pre0050002a.html](http://journals.apa.org/prevention/volume5/pre0050002a.html) [January 31 of 2002].

Sincerely,
PUBLISHING COMMITTEE
JOURNAL OF ANTHROPOLOGY AND SOCIOLOGY: VIRAJES

Revista de Antropología y Sociología

VIRAJES

FORMATO DE SUSCRIPCIÓN

Nombre / Name	
Cédula / Identification number	
Dirección / Address	
Ciudad / City	
Departamento / State	Código Postal / Zip Code
País / Country	
Teléfono / Phone Number	
Profesión / Profession	
Institución / Employer	
Correo Electrónico / E-mail	
Dirección de envío / Mailing Address	

Suscriptores Nacionales por un año. (1) Ejemplar

Mayores informes:

Vicerrectoría de Investigaciones y Postgrados
Universidad de Caldas. Calle 65 N° 26 - 10

A.A. 275 Manizales - Colombia

Tel: 8781500 ext. 11222

Fax: 8781500 ext. 11622

E-mail: revistavirajes@ucaldas.edu.co
revistascientificas@ucaldas.edu.co

Último ejemplar recibido / Last issue mailed:

Año/Year Volumen/Volume Número/Number Fecha/Date

w w w . 4 - 7 2 . c o m . c o



LA RED POSTAL DE COLOMBIA

› Línea de Atención al Cliente Nacional ‹
01 8000 111210



Ventas, suscripciones y canjes

Vicerrectoría de Investigaciones y Postgrados

Universidad de Caldas
Sede Central

Calle 65 No. 26 - 10
A.A. 275

Teléfonos: (+6) 8781500
ext. 11222

e-mail:
revistascientificas@ucaldas.edu.co
Manizales - Colombia



Revista
Agronomía



Revista
Biosalud
Indexada en:
Publindex Categoría B
Lilacs



Revista
Cultura y Droga



Revista
Eleuthera
Indexada en:
Publindex Categoría C



Revista
Luna Azul (On Line)
<http://lunazul.ucaldas.edu.co>
Indexada en:
Publindex Categoría B
Index Copernicus, DOAJ



Revista
Discusiones Filosóficas
Indexada en:
Publindex Categoría B
Philosopher's Index
SciELO

Revistas





Revista
Boletín Científico
Museo de Historia Natural
Indexada en:
Publindex Categoría A2
SciELO



Revista Colombiana de
las Artes Escénicas



Revista
Veterinaria y Zootecnia



Revista
Hacia la Promoción
de la Salud
Indexada en:
Publindex Categoría B
Lilacs
SciELO



Revista
Jurídicas
Indexada en:
Publindex Categoría C
DialNet



Revista Latinoamericana
de Estudios Educativos



Revista
Vector



Revista de Antropología
y Sociología (Virajes)
Indexada en:
Publindex Categoría C



Revista
Universidad de Caldas



Revista
Kepes
Indexada en:
Publindex Categoría C



Revista Latinoamericana
de Estudios de Familia

Científicas



Esta revista se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2010
en los talleres litográficos
de Capital Graphic
Universidad de Caldas
Manizales - Colombia